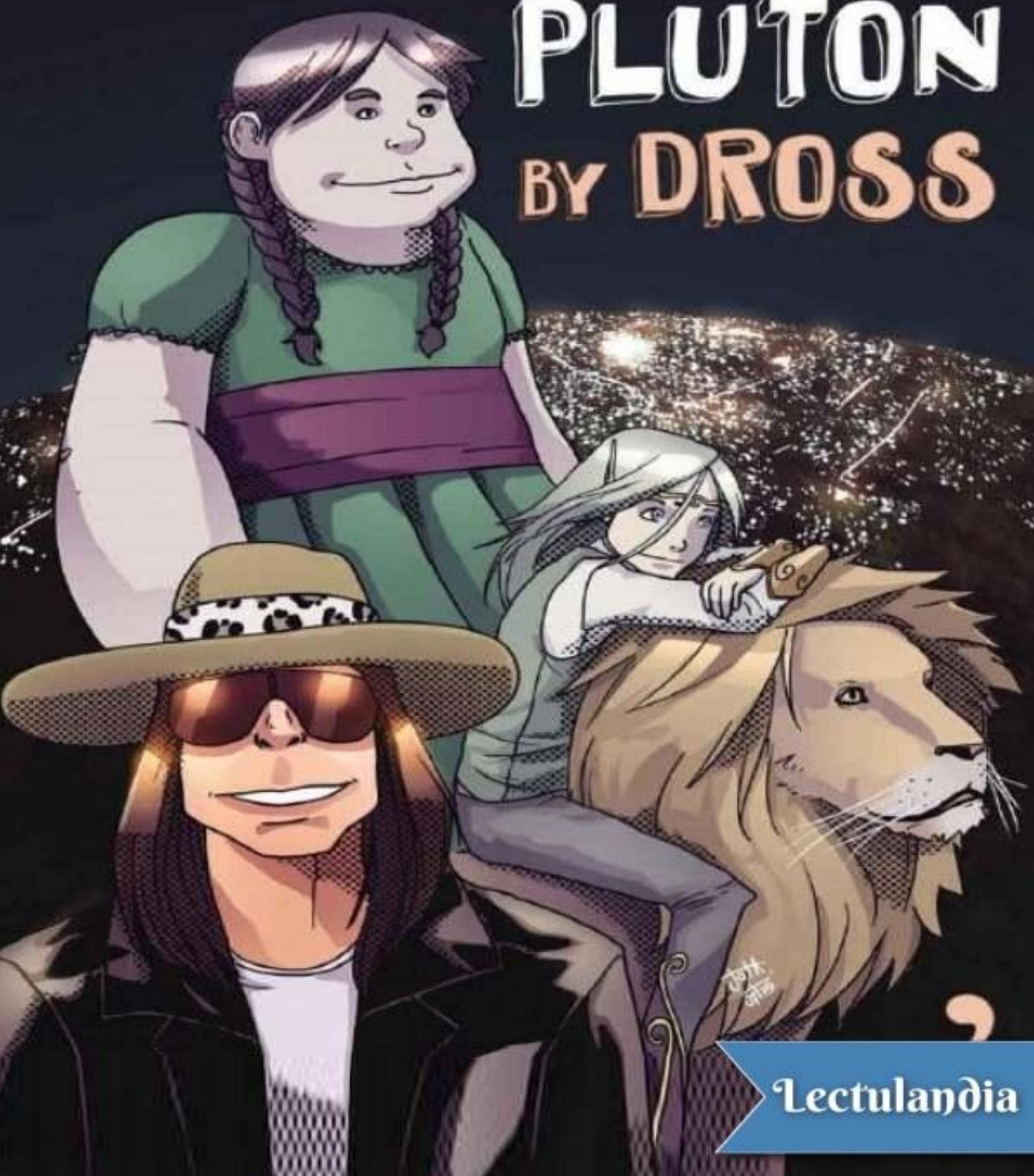


se

LUNA DE PLUTÓN

BY DROSS



Lectulandia

En un lejano parque de diversiones y en plena misión secreta para defender a su amada luna de un peligroso emperador, la joven Claudia, hija de Metallus, conoce a Knaach, y juntos se embarcan en una odisea de sucesos desafortunados que desatarán una verdadera guerra galáctica. La misión de Claudia se ve amenazada y su padre resulta preso, cuando ella queda envuelta equívocamente en un asesinato. En esta épica de intrigas y rencores ancestrales, ogros y elfos deberán pelear en contra de un mismo y casi todopoderoso enemigo. Con su filosa ironía y sublime astucia, Dross nos transporta a un universo vasto y maravilloso, nos obsequia una novela clásica de la más pura ciencia ficción y nos sumerge en una tremenda batalla cósmica, con la elegancia de quien todo lo ha visto y nada teme. Prepárate para quedar atrapado en la primera obra original publicada by Dross, donde nada es lo que aparenta ser...

Lectulandia

Dross

Luna de Plutón

ePub r1.0

Titivillus 20.06.16

Título original: *Luna de Plutón*
Dross, 2015
Diseño de portada: Juan Ventura
Ilustraciones: José Peñaloza (Jota Ilustrador)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

EL PARQUE DE DIVERSIONES

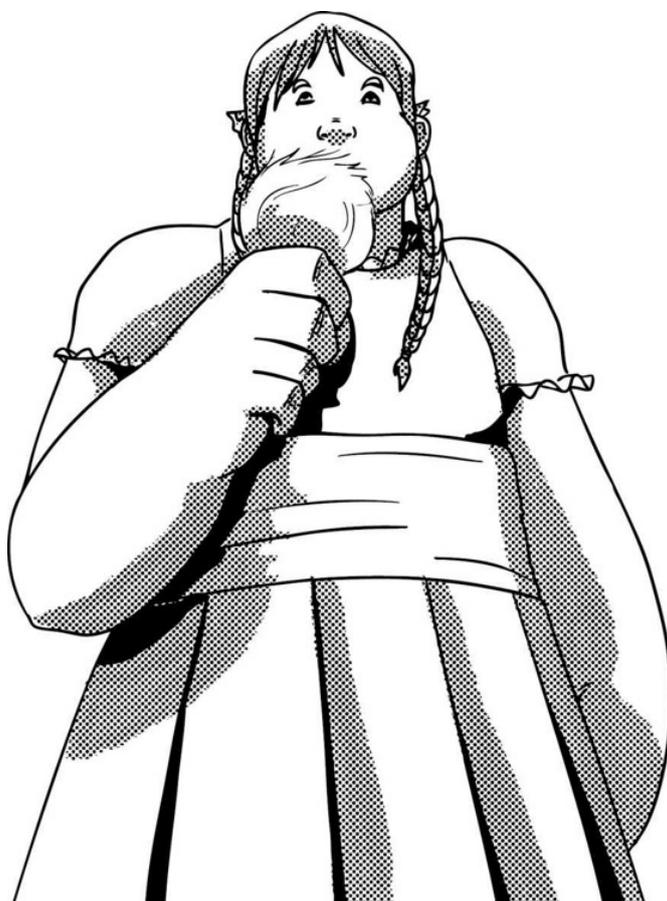
El parque de diversiones Jumbo Jumbo era el más grande de todo el planeta Plutón porque de todo tenía un poco: anfiteatros, parques, acuarios, montañas rusas, pistas de patinaje, tiendas, salas recreativas, centros de comida, un planetario y un circo. Jumbo Jumbo se había convertido en uno de los centros turísticos más fructíferos e interesantes de los pocos que poseía Plutón, e incluso, desde el espacio, podía verse la telaraña de luces del parque sobre la superficie del planeta.

Como nunca amanecía ni mucho menos era de día, Plutón estaba siempre destinado a la noche, lo que le daba una suerte de aspecto carnavalesco y muy de Noche de Brujas, pero nadie se quejaba, a pesar de que a causa de ello, la piel de los plutonianos era blanca y fría, y llevaban unas ojeras de ríete tú de los vampiros. El lugar estaba abierto las 24 horas (18, a decir verdad, que es lo que dura un día en Plutón), así lloviese, relampaguease o cayese una lluvia de meteoritos; a cualquier hora se podía entrar, y para el personal que operaba las atracciones eso nunca era un problema, pues todo estaba controlado mayormente por robots y por indocumentados ilegales de Saturno que eran capaces de trabajar hasta el borde de la muerte por un sueldo miserabilísimo, con tal de que no los llevaran de vuelta a las recalcitrantes y poco conocidas minas del Olympus Mons.

La directiva de Jumbo Jumbo contaba con varios ejecutivos filántropos, por lo que se daba el lujo de tener un departamento de rehabilitación de criminales, a quienes les hacían trabajar girando la enorme manilla de la Rueda de la Fortuna, o llevando entre los brazos los palotes que arrastraban las carrozas para niños ricos, pudiéndose estos dar el lujo de pegarles latigazos en la espalda cada vez que desearan ir más rápido (huelga decir que tenían especial precaución con los niños de seis brazos). Desde las plazas, siempre podía verse un mosaico de torres de fantasía asomándose por encima de los árboles negros, con escalerillas en torno a ellas, que terminaban en formas cónicas, parecidas a la de un sombrero de bruja, típica de castillos clásicos. Justo en el centro del parque se hallaba la cúpula del planetario, desde donde se proyectaba un abismal telescopio dorado de varios cientos de metros de altura, en el que se examinaba constantemente a los gigantes gaseosos del Sistema Solar, pero que sin embargo no ofrecía una vista muy aceptable de los misteriosos planetas sólidos que se hallaban después del cinturón de asteroides. El sol se veía como una bellísima y mediana estrella fugaz azulada de cuatro brazos. Las parejas de enamorados subían en ocasiones la colina artificial para sentarse y ver, hombro a hombro, el inacabable espectáculo palpitante. Otros, en cambio, preferían sentarse en los banquillos alrededor del lago, para arrojar harpías de maíz (nombre que le dan a las palomitas, a las que hacen crecer descontroladamente con un aceite mutante, enarbolando el descarado clima hiperconsumista de Plutón) a una especie de pez sin

ojos que no tardaba en asomar su boca para tragarse el bocado. Más allá, cerca de la galería AV (Artistas Vagabundos), en la Plaza Mayor, se hallaba un carrito que vendía algodones de azúcar. La larga fila de chiquillos esperaba su turno para recibir el delicioso dulce. Y es aquí donde nuestra historia comienza...

La chica que atendía el puesto, bajita, verde y cabezona, de orejas largas y puntiagudas, llevaba un gorrito blanco sobre el cráneo. Sus lindos ojazos azules, maquillados con varias tonalidades violeta, estaban fijos hacia dentro del hueco de la máquina, donde introducía el brazo, sosteniendo la barquilla, obrando formas y figuras con el algodón que eran todas unas obras de arte. Un par de retumbos arruinaron uno que empezaba a obtener la forma de la cabeza de un unicornio. Levantó la mirada, y abrió los ojos como platos, mientras sus pupilas se hacían cada vez más diminutas.



Una mano dejó un par de monedas sobre el mostrador.

—Un algodón, por favor.

El gorrito se deslizó por su redonda cabeza y cayó al suelo, y como si no se hubiese dado cuenta, tomó otra barquilla, y le preparó un cono de algodón de azúcar de color rosado a la señorita que acababa de pedírselo, sin dejar de mirarla, al punto de parecer casi descortés.

Alargó la mano y se lo tendió. Sosteniendo delicadamente la barquilla entre sus dedos, la señorita, que lucía una linda falda verde de varias capas, unos zapatos de charol, unos calcetines blancos que le llegaban hasta las rodillas y unas trenzas en la

cabeza, pasó de largo la plaza y siguió rumbo a una neblinosa calle de adoquines, alumbrada por farolas de luz amarilla. Esta calle desembocaba mucho más allá, era larguísima, hasta el punto que el otro extremo se perdía de vista y, además, estaba solitaria. Pronto se transformaba en un puente que surcaba el lago, y después de casi una milla, acababa en una isla recubierta, casi en su totalidad, por una enorme carpa. El final del camino de adoquines estaba signado por una valla arqueada con grotescas caras de payasos pintadas a los lados, mostrando sonrisas de barracuda. Había llegado al Circo de Jumbo Jumbo: el más grande de todo el Sistema Solar. Pero el lugar estaba desierto: en la arena se hallaban grabados millares de huellas de zapatos y botas de todos los tipos y tamaños, y un ligero olor a tabaco dominaba la atmósfera, mezclado con una brisa helada que gemía y acariciaba los banderines que tenía la colosal carpa.

Con tristeza, la señorita se dio cuenta de que había llegado tarde a la función; el show había terminado. Caminó lentamente hasta un expendedor de goma de mascar, la bola de cristal mostraba chicles que tenían formitas de cabezas de zombis y calabazas de cualquier cantidad de sabores: menta, fresa, naranja, durazno, mora y riñón de Zamurkiano. A cada paso que daba, más se asombraba por la inmensidad de la carpa: al igual que un rascacielos corporativo, había que levantar la cabeza para ver dónde terminaba el gigantesco letrero que entre luces de neón rezaba CIRCO JUMBO JUMBO en letras gruesas, de colores amarillo y rojo chorreantes. Algún artista debió pensar que eso le daba un aire atractivo, rematándolo con una gigantesca calavera de payaso encima, que parecía estar hincándole los dientes al letrero. Para acceder al circo, había que apartar unas enormes, pesadas y gruesas cortinas que caían desde la altura suficiente para vestir a un edificio pequeño. En la sala de espera había una gran tabla color crema que llevaba enlistadas, en elegantes letras negras, las atracciones del día: la mujer albóndiga, el hombre más fuerte de Plutón, la hermanas con pezones en la lengua, los payasos suicidas, los acróbatas intrépidos, el hombre elástico, los animales acróbatas y el señor cara de culo. Siguió a través de la alfombra roja y, lentamente, se deslizó a través de las cortinas, apartándolas con el hombro sin mayor esfuerzo. El panorama dentro del circo no habría podido ser más tétrico: parecía un estadio de fútbol a oscuras. Cada pisada era un concierto de crujidos entre bolsitas plásticas y harpías de maíz. No había nada ni nadie; ni siquiera se escuchaban zumbidos de mosquitos. El lugar estaba desordenado: las enormes mantas tapaban todas y cada una de las grúas mecánicas y trapecios, que bajo ella lucían como espectros descomunales y amenazantes. Pero aquella niña o era muy valiente o, sencillamente, no le importaba, pues caminó más allá de las gradas, hasta el centro del circo: el escenario. Aplastó una sonaja de payaso sin darse cuenta, y, entre tropiezos aquí y allá, llegó hasta la zona de los bastidores, luego de cruzar una difícil encrucijada conformada por coches miniatura para payasos.

El pasillo que se abría frente a ella era oscuro y largo, alumbrado por una hilera de lámparas cuyos focos parpadeaban irregularmente. A los lados, se hallaban los

retratos de quienes habían sido estrellas de antaño, y, mientras mordía su cono de algodón de azúcar, observó con atención cada uno:

LA NAPIA VELLUDA era el nombre en bajorrelieve sobre una placa dorada al pie de una ilustración barroca que mostraba el severo rostro de una señora madura, cuyos peculiares vellos nasales, que se asomaban por ambos hoyuelos de su nariz, caían como lianas por debajo de su mentón, dándole aspecto de ser bigotes de gitano.

EL SEÑOR OJEADA exhibía a un hombre de mediana edad, calvo, con arrugas en la cara, rostro afable, cuya amplia sonrisa permitía apreciar que en su hinchada campanilla, tenía un enorme ojo verde que devolvía la mirada a quien se atreviera a verlo.

EL MATEMÁTICO era tal vez el más raro de todos, pues su singular sonrisa dejaba ver que sus entrecruzadas y rosadas encías eran nada menos que su cerebro. Otro, bastante peculiar, era el hombre que tenía elefantiasis jupiteriana en...

La chica pensó en lo penoso que debía ser trabajar para un circo; ganarse la vida a expensas de que los demás se horroricen de uno, y luego pasársela exhibiendo sus peculiaridades para el disfrute de otros. Pero reflexionó que, al fin y al cabo, a esas personas no les quedaba de otra para subsistir, por no decir que había que contar a esa parte del personal que estaba ahí porque realmente le gustaba su trabajo. Al fin y al cabo, el circo es el único lugar donde uno puede ser el más feo o el más extraño y ser famoso, admirado y respetado por ello.

El paseo por el pasillo se le hizo muy corto, pero más allá, había unas cortinas con algún otro lugar, y la chica no se iba a quedar con las ganas de saber qué había por ahí, así que, caminando lentamente con sus zapatos de charol, cruzó el umbral hasta el área donde estaban las jaulas de los animales...

2

KNAACH, EL LEÓN

Aquel sitio parecía un enorme silo, la poca luz que había era algo difusa y tenía un raro color champaña. Era toda una ciudadela de jaulas de animales: algunas medianas, otras inmensas y varias enormes, apiladas aquí y allá. En aquel circo parecían resguardar más celosamente a sus animales que a los aparatos y objetos que habían regados en el escenario. La chica caminó lentamente, viendo de cerca a los animales: unos monos pequeños y chillones hacían un escándalo, extendiendo sus peludos brazos entre los barrotes, intentando quitarle un poco de algodón de azúcar. Otros, como los osos, sencillamente dormían en manadas, apilados unos sobre otros, ajenos al mundo. La misma cosa sucedía con los paquidermos, que se dejaban caer hombro a hombro para así sostenerse y dormir. Los lémures abrieron sus vivos ojos negros y giraron la cabeza por encima de sus espaldas encorvadas, para observar de forma maliciosa a la intrusa, a la vez que los cocodrilos asomaban los ojos al ras del pantano artificial, siguiéndola atentamente con la mirada.

En una jaula colocada sobre un sillín, se encontraba una pareja de jirafas que tenían el tamaño de un dedo meñique. En la de al lado, se hallaba una araña gigante, con unas patas algo delgadas y un trasero gordo y abombado, moviendo sus inquietantes diente-cillos, como si estuviera masticando algo. En una grandísima jaula dorada, que colgaba del techo, se veía una libélula de 60 centímetros, que reposaba sobre un columpio. Un mesón largo mostraba una ordenada fila de paredes de vidrio que eran dignas de atención; en una habitaba un grillo con patas de oro y en otra, de un escorpión con seis agujones. La chica se inclinó para poder ver a través del cristal de la pecera más alargada de todas, que estaba sellada con un candado, solo para darse cuenta que, bajo la arena, se deslizó una serpiente cascabel que tenía alas.

Después, se hallaba una celda alfombrada con enormes plumas pardas, la nena, aguzando bien los ojos, y acercando la cabeza a los barrotes, no pudo ver nada. Pero como no podía haber nada tan inverosímil como una jaula vacía, se dispuso a pegar tozudamente la frente a los fríos barrotes, en un esfuerzo por conocer qué podría haber metido allí. Cierta sorpresa se llevó cuando, de la nada, emergió un horrible sol amarillo, lleno de lava viva, con un centro negro y frío: era el enorme ojo de un búho cíclope, ave que tenía el tamaño de una persona. Apenas perdió el interés, el pesado párpado del ave volvió a caer lentamente.

El sobresalto le hizo caminar más deprisa, pensó que aquel ojo la perseguiría por varias noches antes de dormir y tal vez lo mejor sería conservar en su mente la imagen fresca de cualquier otro animal, por lo que caminó a la siguiente jaula. Esta tenía barrotes gruesos y altos. En ella habitaba un león sentado, viéndola. Se detuvo, y observó al animal, que a su vez, la veía a ella, con sus ojos amarillos. Se acercó y leyó la placa dorada que estaba colocada sobre un panel sostenido por un tarantín,

cerca de los barrotes:

LEÓN, PANTHERA LEO, EL REY DE LOS CARNÍVOROS.

Levantó la mirada, y ahí estaban los ojos del felino, clavados en los suyos. La idea de si aquel animal tendría hambre le surcó de súbito la cabeza. La jaula estaba muy vacía, pero a la vez irresistiblemente pulcra; no había restos de papeles, ni tampoco grasa o suciedad aparente. Solo un enorme plato colocado en una esquina, lleno de agua. Caminó unos pocos pasos más hacia allá, y el animal la siguió con su irresistible mirada, como si fuese una intrusa, pero no una intrusa molesta, sino más bien peculiar. Y el que aquella bestia se le quedara viendo de ese modo, con esa mirada, extrañó a la niña hasta tal punto, que decidió probar al animal. Como un soldado de infantería, se dio media vuelta, y caminó en línea recta por donde había venido, hasta desaparecer.

Y todo quedó en silencio por un tiempo, hasta que lentamente asomó la cabeza por un costado de la jaula. Y ahí estaba el león, viéndola otra vez, como si supiera exactamente qué hacía. Caminó hasta estar en el centro del campo de visión del rey de la selva, meditabunda.

Se llevó el algodón de azúcar a la boca, y masticó un poco, pensando. La fiera abrió lentamente la boca.

—Hola.

La niña se quedó pálida, abrió la mandíbula como una pala mecánica, y poco faltó para que soltara la barquilla. Su primer impulso fue correr, pero por algo que jamás llegó a entender, no lo hizo... Clavada en el mismo lugar, frunció el ceño, mientras sentía que miles de maripositas volaban dentro de su cráneo.

—Te he dicho hola.

—¡No me lo estaba imaginando! —farfulló—. ¡Tú en verdad hablas! ¡¡Hablas!!

El felino se aclaró la garganta.

—Mi nombre es Knaach —dijo, llevándose una pata al pecho—. ¿Cómo te llamas tú?

Insegura de si debía darle su nombre de buenas a primeras a un extraño, la niña cedió en menos tiempo del que normalmente lo hubiese hecho.

—Me llamo Claudia.

—Un placer conocerte, Claudia.

Por momentos, se sintió aliviada de que el león no haya extendido su pata por entre los barrotes con la intención de darle un apretón de manos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el animal—. No perteneces a este circo.

—Y a ningún otro —respondió, ofendida—. Solo entré para curiosar un poco, llegué tarde a la función, y no quería irme de Jumbo Jumbo hasta ver el espectáculo circense.

—Una pena...

El eco de sus voces llenaba el gigantesco lugar.

—No puedo creer que el circo solo hace una función por día, deberían ser por lo

menos dos.

—Oye, los animales necesitamos descansar...

—¿Descansar? ¡Pero si solo hacen una función al día, que apenas dura dos horas!

—Ten en cuenta que hacemos grandes acrobacias, y que todos los días estamos sujetos a presiones psicológicas bastante severas.

—Hmmm, ya veo —repuso sin convicción, llevándose la mano a la barbilla, y girando los ojos.

—Hoy he saltado a través de cinco aros de fuego —se jactó Knaach, sacudiendo la melena.

—¿Solo cinco? ¡Deberían ser por lo menos doce!

El león y la chica se quedaron viendo fijamente...

—Además —prosiguió Claudia— apuesto a que no ayudas en nada a las labores del circo y que estás casi todo el día durmiendo.

—No hace falta que ayude, pues tengo ayudantes... —contestó, ofendido.

—¡Ohohohoh! Así no se puede progresar.

—Veo que tienes una lengua venenosa...

—Como una serpiente...

—Será como una rana africana —le espetó, frunciendo el ceño.

—¡¡No!!

—De esas que dan lepra.

—¡Como una serpiente! —gritó, triturando la barquilla de algodón de azúcar con la mano—. ¡Como una serpiente, como una serpiente!

—Pues concedido: como una serpiente blanca y negra, como un bastón de barbería...

—No, no, no... Yo soy una cascabel.

—¡Ah, además una cascabel! —se burló—. Tú solo eres una serpiente blanca y negra, como bastón de barbería, que en la cola lleva arrastrando una sonaja de bebé.

—Cómo se ve que no me conoces; además, tienes la desfachatez de ser un león... Apuesto a que no tienes cualidades de león.

GROOOOOOOOOAAA

La chica apenas había alcanzado a poner sus dos brazos en forma de X, para poder contrarrestar la ventisca de energía que provocó el feroz rugido de Knaach.

Cuando el maremoto hubo terminado, Claudia se puso las manos a la cintura, mientras los ojos de la fiera se tornaron más afilados y salvajes.

—¡No me mires así! Además, tú no puedes llamarte león, apenas podrías ser un cachorro, indefenso...

—Entonces acércate y abre la jaula.

—¿Qué? ¿Me vas a comer?

—Acércate y ábrela...

Sin pensarlo mucho, se acercó a la jaula, tiró la vara metálica del resquicio, y abrió la puerta...



3

EL ERROR DE CLAUDIA

Apenas la puerta de la jaula quedó abierta, el león salió y le saltó encima a la niña, derribándola. En el suelo, y con las trenzas de su cabello como dos brazos extendidos a los lados, Claudia no perdía detalle de lo que hacía Knaach, quien decidió sentarse sobre ella.

—¿Eso es todo lo que vas a hacer?

El felino sonrió, mostrando, de forma coqueta, sus afilados colmillos. Extendió sus poderosos brazos para tomar la cabeza de la chica, levantarla, apretar sus cachetes, y luego estirarlos, como gomas de mascar. Su rostro parecía, por momentos, una masa de hacer pizza, mientras el león la amoldaba a su gusto. Dejó caer la testa de la niña al suelo y, haciendo una maroma casi acrobática, gritó «hop» y echó su cabeza sobre la de ella, acostándose de medio lado, como si se dispusiera a tomar una siesta. Y así fue como todo quedó nuevamente en silencio.

A un costado de la frente de Claudia empezó a sobresalir una vena en forma de cruz.

—¡Hey! ¡¡Pesas!! —protestó.

La respiración de Knaach se estaba tornando lenta y suave, como la de un animal que duerme.

—¡Levántate ahora mismo!

—Hmmmmmmm...

—¡Te dije que te levantarás!

—¿Por qué? —preguntó el león, molesto.

—Haces que me cueste respirar... —contestó, con la cara tornándosele cada vez más roja.

Hubo silencio.

—En verdad, peeeesas...

El león se levantó, y se sentó frente a ella.

—Si hubieras sido un león grande, probablemente me hubieras asfixiado —repuso, poniéndose de pie.

—SOY un león grande.

—¡Hohohohoh! Pues eres pequeño.

—No —corrigió Knaach—. Eres tú quien es demasiado grande.

El león se fue caminando hasta desaparecer entre un inmenso laberinto de cajas y utilería del circo, y regresó al poco tiempo, caminando en dos patas, mientras que con las delanteras arrastraba un enorme espejo ovalado. Se detuvo hasta que quedó en frente de la chica.

—¡Mírate!

La figura que apareció frente al espejo, con una falda verde de varias capas, unos

zapatos de charol, y dos trenzas de cabello cayendo a cada lado de su cara, fue la de una ogro. De hombro a hombro, Claudia era más grande de lo que Knaach era de largo, su cara gruesa y de piel blanquecina parecía dura, sus ojos eran pequeños y negros. Los enormes brazos caían a cada lado de su cuerpo de más de dos metros y medio de estatura, sus anchas manos lucían tan amenazadoras como palas mecánicas, y sus zapatos de charol eran, a decir verdad, mucho más grandes que cualquiera de las patas de Knaach.

La chica se escurrió un ojo con su mano formando un puño, sollozando.

—Tan fea soy... Me lo has recordado.

—No, no, no...

Pero cuando intentó poner una pata sobre el listón de la falda de Claudia (que era lo más alto que podía alcanzar) la chica ya había empezado a llorar a lágrima suelta.

—¡Pero por dios, cálmate! ¿Qué acaso no sabes que la verdadera belleza siempre es interior?

Pero la ogro seguía llorando.

—¡Eso no me consuela! ¿Acaso tú aceptarías ser un mono, en vez de un león?

—Si vieras a la gente que trabaja aquí en el circo, no te sentirías tan mal de ser como eres. Hay personas que están mucho peor que tú, eso sin contar tus cualidades, ¿quién se va a meter contigo, teniendo el tamaño y la contextura que tienes? ¡Tienes la supervivencia asegurada! ¡Cuántos no darían lo que fuera por tenerla!

—Ni que esto fuera la jungla, en Plutón hay derechos, ¿sabes?

—Aun así, me parece una ventaja nada despreciable —se empecinó el león, con la punta de una de sus garras posada sobre su peludo mentón—. Vamos, deja de llorar. Además, para ser una ogro, te encuentro mucho más linda que varios espectadores que suelo ver todos los días.

Apartó un poco sus gruesos dedos, dejando ver uno de sus ojillos negros.

—¿De veras?

—¡Claro! —mintió.

Bajó sus enormes codos, hasta que los imponentes brazos volvieron a cada lado del cuerpo de Claudia, que sonreía con los labios.

—Primera vez que veo a alguien de tu especie aquí, en Jumbo Jumbo. No pensé que a los ogros les interesasen los parques de diversiones.

De forma nerviosa, Claudia vio a los lados.

—Me ha parecido un lugar muy bonito...

—... pero no has venido aquí por eso, ¿verdad?

—Lo siento, pero no puedo decírtelo.

—Oh, entonces me temo que nos hemos quedado sin tema de conversación.

La chica dejó caer sus hombros en gesto de resignación.

—Es que se trata de un asunto delicado, y no puedo confiar en ti.

Knaach enarcó una ceja.

—¿Acaso me has visto a mí cara de soplón? ¿De alcahuete?

—¿Quieres saber por qué estoy aquí?

—Bueno... —contestó el león como el que no quiere la cosa, haciendo imponer su irremediable soberbia felina.

Claudia se puso en cuclillas mientras colocaba una mano sobre su rodilla. Acercó su cara a la de Knaach, cerrando un ojo, analizándolo. Tomó la cabeza del gran gato con sus dos manos, y empezó a pellizcarle las orejas, hasta que poco faltó para dejárselas como las de un conejo.

—¡Ay! ¡Detente! —rugió.

—¡Tiene que ser un traje!

—¡Un traje! ¡¿Estás loca?!

—Pues y entonces... ¿por qué hablas? —preguntó, acercándose más, y poniendo los ojos bizcos.

—¡Pues porque aprendí! —contestó el león, enjugando una lágrima.

Claudia se colocó de pie otra vez, cabizbaja por la equivocación.

—Lo siento.

—Entonces, a ver, ¿a qué viniste a Jumbo Jumbo?

La ogro vio fijamente al león.

—Soy una agente secreto, y he venido aquí para espiar a un hombre peligroso. Knaach todavía se sobaba una oreja, con un ojo cerrado, y el otro viendo a la chica, con una mirada poco tranquilizadora.

—¿Me vas a decir que una niña como tú es una agente secreto? ¿Qué clase de agencia de inteligencia enviaría a una niña para hacer su trabajo?

—Estamos en una situación muy comprometida, mi nación ha sido abatida por devastadores problemas económicos, auspiciados por gente innombrable: corruptos e inútiles que no fueron detenidos a tiempo. La supervivencia de la patria está en jaque.

—¿Tan mal están?

—Nunca ha habido tanta pobreza, miseria y hambre en Ogroroland. Una vez fuimos la luz del Sistema Solar, pero hoy día no queda ni la sombra de aquello.

Claudia puso las manos tras la espalda, y habló, como si sus ojos estuvieran viendo cosas diferentes a las jaulas del silo.

—La ineficacia del rey anterior para atender las necesidades de los ogros ha hecho que una revolución esté a borde de estallar, y eso solo haría que nuestra luna se dividiera en pequeñas naciones, ninguna llegaría demasiado lejos por sí misma. Pronto habrá anarquía y, después de eso, no quedará nada.



Knaach asintió.

—Así que, como último recurso, Ogroroland ha enviado agentes por todo el Sistema Solar, para seguir de cerca a sujetos muy poderosos, que estuvieron haciendo negocios en nuestra luna, y que en buena parte cometieron muchos crímenes, abusos y robos ultramillonarios en nuestro sistema.

—Ya veo, planean una venganza...

—En parte sí, pero lo que queremos saber, más que cualquier otra cosa, es para qué sujeto en común trabajan todas estas personas, y qué planean hacer en el Sistema Solar con todo el dinero que han conseguido.

—Suenan como algo grande.

—Lo es, pero... —su boca empezó a torcerse, y sus ojos a encogerse—. He cometido un error, un error terrible.

—¿Cuál error?

—El objetivo al que he estado siguiendo es un amante de los juegos, así que era fácil deducir que en su paso por Plutón iba a venir al Jumbo Jumbo, y por eso me enviaron a mí —dijo desahuciada, sacudiendo su falda verde con las manos—. El informe que recibí dictó que visitaría el circo, pero como se me olvidó poner la hora de Plutón en mi reloj, me he seguido rigiendo por la de Ogroroland, ¡y he llegado tardísimo!

—Tsk, tsk, tsk...

El león meneó la cabeza varias veces.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Esperar nuevas órdenes.

—Entonces nada harás aquí, así que te acompañaré afuera.

4

EL TREN AÉREO

—¿Dónde recibirás tus órdenes nuevas? —preguntó Knaach, caminando al lado de Claudia.

—Tengo que buscar a un zellas.

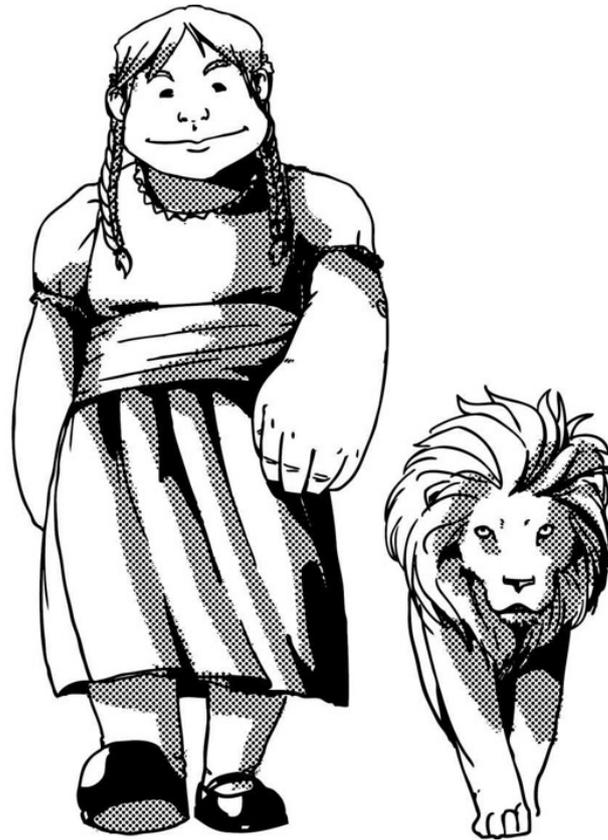
—¿Un zellas? ¿Y qué rayos es un zellas?

—Criaturas chiquititas que nos han ayudado mucho... Es el único medio confiable para enviarnos mensajes aquí y allá, sin que sean interceptados —vio de un lado a otro, con desconfianza, y agregó—. No podemos confiar en ningún servidor intergaláctico.

—Oh... —repuso el león, con un dejo de entendimiento sin convicción.

Para cuando cruzaron la mitad del puente, de vuelta a la Plaza Mayor, Claudia se dio cuenta de que el parque estaba casi vacío, a pesar de que todas las atracciones seguían operando; los carruseles daban vueltas, las montañas rusas volvían a salir con sus carros vacíos, las luces intermitentes y coloridas de cada anuncio, pantalla y letrero regalaban brillante luz artificial a la noche eterna de Plutón y el puesto del algodón de azúcar estaba atendido ahora por un androide contrahecho, que había relevado a la chica verde.

Con las luces amarillentas creando sombras, y sin ningún ser vivo a millas de distancia, Jumbo Jumbo parecía el sueño intrincado de alguien que ha comido demasiadas rosquillas antes de ir a dormir; montones de caminos, bastantes recovecos, y pocas pistas de qué hacer con todo ello.



Sin embargo, Claudia se había memorizado el camino por donde vino, y, en silencio, subieron las altísimas escaleras mecánicas que los llevaron hasta la salida del parque, que desembocaba en una redoma con una mórbida fuente de ignominiosa y grotesca forma de varios cientos de metros de altura, en donde podía verse una autopista que se perdía de vista entre el grisáceo y nocturno ambiente de Plutón. Por allá, al fondo, se veían montañas negras y quebradizas, difuminadas por una tenue luz amarilla.

—Supongo que aquí nos despedimos.

—Fue un placer conocerte, Claudia.

Knaach le tendió una pata a la niña, y ella, solemne y firme, se la estrechó con cuidado (como buena señorita de Ogroroland; consciente de su inhóspita fuerza para no cometer la descortesía de hacerle los huesos puré a otra persona).

—Te deseo suerte con tu misión —se despidió el felino, sintiendo como si una máquina apisonadora le estuviera aplastando los dedos de su pata.

Como las despedidas siempre la incomodaban hasta el borde del sentimentalismo, Claudia trató de alejarse lo más que pudo en el menor tiempo. Caminó durante un rato, oyendo nada más que sus pisadas, hasta que se encontró con una parada de comida rápida.

El lugar tenía la forma de un alargado *hot dog*, en cuyo techo había un inmenso signo de interrogación verde con luces de neón.

Antes de empujar la puerta, se dio media vuelta, y vio hacia atrás por última vez: contempló al león allá a lo lejos, de espaldas, sentado en la acera, viendo a la calle. No lo pensó dos veces y entró al restaurante; cada ogro debe recargar las energías

para rendir mejor durante cualquier actividad que realice. Ese era el primer mandamiento de su especie^[1]. La gula era un privilegio (no poder cometer gula cuando se tenía la oportunidad de hacerlo era considerado más bien una estupidez), y ya desde hacía un rato estaba queriendo una buena hamburguesa con abundantes papas fritas y una malteada de chocolate con azúcar como postre^[2]. En su camino a la mesa, pensó en lo peculiar que era Knaach. Se preguntó, súbitamente, qué harían en el circo cuando se enteraran de que les faltaba un león.

Se sentó, ahogando un suspiro, y se acordó de la reprimenda que le darían en la Central Ogrera por la torpeza que había cometido al no prever el problema de los horarios entre Ogroroland y Plutón.

No tardó en aproximarse un mesero muy alto, con manchas rojizas extendidas por toda la piel: era un oriundo de Porcia, una de las lunas de Urano, raza que tenía la particularidad de llevar la cabeza en las entrepiernas. Su delgadez era casi patética, pero su estatura espeluznante. Vestía una camisa a rayas y unos pantalones negros, sus manos tenían una libreta y un lápiz, mientras que con sus ojos completamente negros (a la altura de las caderas) veía la cara de la niña con aire de dignidad.

Frunció los labios; sus bigotes delgados y brillantes, que terminaban en una espiral a ambos lados, se movieron.

—¿La dama desea ordenar ya?

—Sí, sí —contestó Claudia, con sus ojos repasando rápidamente el menú, mientras se mordía la uña del dedo meñique, dejando entrever que aún no estaba del todo decidida.

El mesero colocó el reverso de sus manos a ambos lados de sus cinturas, a la vez que se acercó más a Claudia. La cabeza quedó a pocos centímetros de su mano izquierda. Pudo sentir el aliento frío del porciano en la carne.

—¿Y bien?

—Hmmm, pues... Me interesa la Morcilla Colosal con salsa de queso frito —murmuró— y la hamburguesa de queso con papas y malteada de chocolate con azúcar.

La fuerza con la que el porciense escribía sobre la libreta era tal que podía incluso escucharse los trazos que describía con el lápiz, mientras la cabeza, abajo, ponía los ojos en blanco, relamiéndose las comisuras de la boca, intentando que el pedido quedase escrito con coherencia sobre un papel que no alcanzaba a ver.

El cocinero se puso manos a la obra de inmediato, pues poquísimos minutos después, sirvieron su pedido. Claudia empezó a dar cuenta de su comida, masticando, gruñendo y dando resoplidos.

Al terminarla, sorbió de la pajilla toda su malteada con azúcar hasta hacer ruidos.

La niña, que llevaba sus rosados cachetes un poco inflados, tomó, con la punta de sus dedos, una servilleta, se la llevó suavemente a los labios, y dejó escapar un potente eructo, largo y grave, que hizo que el papel quedase como la cola de un cometa.

El mesero se puso en puntillas para poder ver sobre el mostrador, y empezó a preparar la cuenta, la cual llevó en un platito que por poco se parte cuando, con torpeza, lo dejó caer sobre la mesa.

Claudia pagó con dos monedas, y fijó sus profundos ojos negros sobre la cabeza del tipo.

—No veo a mucha gente como usted aquí en Plutón —dijo—. Debe sentirse muy solo a veces.

—No realmente —contestó el tipo, a secas—. Mientras menos seamos, tanto mejor para mí; todos instalamos restaurantes en algún lado.

—Hmmm...

La ogro se llevó un dedo a la boca, no podía resistir el impulso...

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Desde luego —concedió el tipo, contando las monedas que había recogido con una mano, y rascándose el bigote con la otra.

—¿No le resulta incómodo? Es decir... La cabeza, tenerla ahí.

Hubo cinco segundos de sepulcral silencio.

El sujeto levantó la mirada muy, muy, lentamente. Las órbitas de sus ojos rechinaron como bisagras oxidadas. Podía verse el cierre del pantalón justo debajo de su barbilla, casi como si fuese una corbata de metal brillante sofocándolo. Sus delgadísimos labios, entre morados y rojos, parecían estar pegados a presión.

—Me gusta donde está —contestó finalmente, mostrando una hilera de dientitos diminutos, sucios y amarillentos, al sonreír ampliamente—. ¿Alguna vez te han hablado del jiu-jitso porciano?

—¿Jiu-jitso porciano?

—El más letal de todo el Sistema Solar...

—¡Vamos!

—Consiste en 120 maneras distintas de arrancarle las entrepiernas a tu rival con los dientes^[3].

Cuando empujó la puerta y salió del restaurante, Claudia volvió a sentir el frío de afuera, mezclado con brisa. Sus zapatos de charol hacían un ruido curioso al pisar la arena.

Caminó varios metros, en silencio, y al poco rato, se llevó una sorpresa al ver que Knaach seguía sentado justamente donde lo había dejado.

—¿Aún no te has ido? ¿Por qué no corres? —preguntó, sorprendida.

—Porque espero un taxi...

Se quedó varios segundos en silencio, viendo de vuelta a la calle.

—¿Y qué esperas?! ¿Qué dejen subir un león a un taxi!? —exclamó Claudia.

El felino puso expresión grave.

—¿Y por qué no?

—Vete corriendo, eres un león ¿no? Eso es lo que hacen los leones.

—Racista —la increpó, girando los ojos y entrecerrándolos.

—Y tú eres un flojo... ¡Deberías correr!

—¿A dónde? —gruñó.

—A unos 60 kilómetros de aquí hay una zona que parece ser una llanura...

—¡Pero hay muchos mosquitos por la noche!

—¡Encima eres un llorón! Eso no te afecta —inquirió, llevándose las manos a la cintura—. Eres más grande que ellos ¿o no?

—Pero son muuuchos...

—¿No eres un león grande? ¡Pues demuéstralo!

Knaach se quedó en silencio, pensando.

Al cabo de un pequeño rato, la vio de vuelta, con sus brillantes ojos dorados.

—Prefiero irme contigo.

Aquello no se lo esperó Claudia, quien puso cara de compleja ecuación matemática.

—¿En mi misión?

—Sí.

—I think you must stay here... 'cause it will be dangerous if you come with me...

—¡Oh, vamos!

La ogro torció la boca, mirándolo con desaliento.

—Será peor que quedarse con los mosquitos...

Knaach solo se limitó a sonreírle:

=^_^=

—Pues qué esperas... ¡Vamos!

—¡Vamos!

Los dos caminaron como impulsados por una fuerza magnética, con la frente en alto y paso formidable, pero al cabo de unos tres segundos se detuvieron en seco.

—¿Y en qué vamos? —preguntó la fiera.

—Eso mismo te iba a preguntar...

Un ventarrón gimiente acarició la cabeza de ambos, quienes más que nunca parecían estar solos en el medio de la nada.

—Creo que no podemos darnos el lujo de esperar un taxi —suspiró Claudia.

—¿Y si tomamos el tren?

—Puede ser... pero, ¿dónde queda la estación?

—Yo lo oigo pasar todas las noches, en la medianoche. Es un tren aéreo.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué emocionante!

—He oído que la vista es hermosa desde ahí. Además es muy veloz y uno puede ir a un montón de lugares... Sé dónde queda, porque cuando me trajeron aquí, vine en uno. Creo que será mejor que nos demos prisa si pretendemos abordarlo.

EN UN LUGAR INNOMBRABLE DEL SISTEMA SOLAR

Era un cuarto negro, frío e infinito. No había suelo.

Y las paredes ¿estaban ahí o eran solo una ilusión? Nada era visible, ni siquiera el más mínimo detalle de algo; solo oscuridad.

Pero allá arriba, como si fuese una cámara en forma cónica, había reflejos de luz, regados por todas partes; planos, brillantes, como pantallas de televisión. Estos reflejos con forma de pantalla mostraban imágenes, muchas tomas de muchos lugares, de muchos planetas y muchas lunas, no como si fuese dirigido por una computadora que tiene un sistema de cámaras muy moderno, sino como si fuesen proyectadas directamente desde un cerebro.

Y en el centro, había una enorme esfera, flotando, negra, con un cinturón hueco en el medio, de donde salían tenues luces amarillas y azules, plagada en todo su hemisferio por monitores holográficos distribuidos desordenadamente.

El artefacto giraba lentamente, como un planeta. Las imágenes que mostraba no eran mudas, de ellas podía escucharse el resquicio de gritos, guerras, explosiones y llantos, pero también ofrecía la figura de lunas, del sol, de planetas, de un cometa refulgiendo, incluso del cinturón de asteroides.

—¿No es maravilloso, DIO? —murmuró una voz, estirando un brazo hacia la esfera, sin llegar a tocarla—. ¿No es maravillosa la inocencia de los niños? Cómo lo ven, lo perciben todo. Cómo son las cosas de simples, para ellos. Inmediatamente, la esfera apagó todas sus imágenes, quedando en una negrura solo interrumpida por las luces que salían de su cinturón.

El hombre flotaba, y se movía muy lentamente, hacia la izquierda, su capa volaba como un vendaval negro.

—Inocencia: ausencia de malicia.

Cómo los eventos transcurren tan rápido para ellos, cómo se pasa de una cosa a la otra así tan de súbito, como un libro escrito por un mal autor. ¿No te parece maravilloso lo lento que aún son los días para ellos, y lo rápido que resultan para nosotros? ¡Es como si la vida no les pareciera humo! ¡Como si esos días fueran siempre más que solo granos de arena!

De todas las pantallas emergió la misma imagen: un osito de peluche mutilado, de panza descosida, con un ojo de botón cayéndosele por la mejilla y algodón sucio saliendo de una abertura en la cabeza, colocado entre las ruinas de lo que una vez fue una ciudad.



6

ADIÓS, JUMBO JUMBO

La estación del tren aéreo era hermosa: había que entrar a una enorme plataforma con forma de pirámide, rodeada en toda su circunferencia por escaleras mecánicas transparentes (vista desde arriba, y en contraste con las escaleras mecánicas funcionando, daba la extraña impresión de que la pirámide estaba rodeada de arena movediza).

Claudia y Knaach se posaron en los escalones y ascendieron lentamente, rumbo a la entrada de la pirámide. Esta era mucho más alta de lo que en realidad parecía: pues a solo medio ascender en las escaleras (que por cierto, solo conducían hacia su primer piso) ya podían verse los focos de luces de Jumbo Jumbo girando aquí y allá, rascando el cielo.

—¡Démonos prisa! —apuró Knaach—. ¡Es mejor que compremos los boletos ya, el tren que sigue a este no sale hasta mañana!

Sin pensarlo dos veces, Claudia empezó a caminar más rápido, hasta el punto que parecía estar trotando, haciendo retumbar el suelo con pisotones bestiales, ocasionando que la gente se apartase de en medio con diez metros de anticipación. El león corría junto a ella.

Desde adentro, el lugar parecía un moderno centro comercial: pasaron un elegante café / librería, desde donde salía un delicioso aroma, luego una cadena de tiendas de ropa, después otras con souvenirs y recuerdos de Jumbo Jumbo, y más allá varios ventanales, donde algunos hombres, con las manos tomadas tras sus espaldas, veían al parque de diversiones como si fuese una enorme ciudad de luces inquietas.

Llegaron a una redoma construida con mármol rojo y rodearon una fuente que tenía una maqueta de la pirámide, cuya punta rebosaba agua y se deslizaba hacia el estanque, repleto de monedas. Tenía muchas luces amarillas saliendo de los lados, como conos de luz tocando el techo.

En la siguiente plaza había una gran pantalla holográfica flotando, haciendo propaganda a las atracciones más vertiginosas del parque de diversiones.

En ese mismo lugar pasaron por unos puentes angostos con pasamanos. Con solo asomar la cabeza por el borde, se veía un precipicio negro, desde donde se apreciaban numerosas luces azules titilando en el fondo. Un cartel del MCT (Mantenimiento y Cuidado para Turistas) indicaba que eran las chispas que producían las maquinarias y los obreros que construían, allá en el fondo, niveles extra para el nuevo tren subterráneo.

Los últimos metros del puente estaban repletos de banderas a los lados, que representaban los planetas y lunas de donde venían casi todos los turistas. En la siguiente sección, tuvieron que subir por una grandiosa escalera de caracol, como si fuese una torre que vista desde lo lejos parece una cadena genética.

Los zapatos de charol de Claudia, por momentos, parecían demasiado largos para poder pisar con propiedad sobre las escaleras; la mitad de estos llenaban el resquicio.

A medida que ascendían, la planta principal de la pirámide quedaba poco a poco debajo de ellos: desde ahí, toda una increíble cantidad de lámparas de araña se veían distribuidas como si estuviesen posadas en un campo de fútbol boca abajo.

En el segundo piso se hallaban, por fin, unas casillas blancas, muy pulcras, ovaladas (con forma de tostadoras) puestas en hileras, una al lado de otra, llenando el espacio de en medio con bastones amarillos y negros que se levantaban mecánicamente dejando pasar a algún pasajero que metía su boleto por la ranura de la máquina registradora.

—Dos boletos, por favor —pidió Claudia, encontrando el camino libre, sin tener que hacer fila.

—Llegan justo a tiempo —informó una mujer de aspecto furibundo y nariz arrugada que tenía forma de anzuelo, tras el frío cristal—. ¿Quién es su acompañante?

Knaach puso sus dos patas delanteras sobre el mostrador, asomando su cara y su tupida melena frente al cristal. La señora abrió sus ojos hasta tal punto que por momentos parecía que estuviera intentando que se le salieran.

Su horrible garganta arrugada, que parecía piel de lagarto, hizo movimientos.

—¿Pretende llevar a esa bestia en el tren? —preguntó alterada.

—No soy una bestia. Me llamo Knaach de Ravencourt III, y quiero un boleto también.

La mujer no pareció darse cuenta de que la dentadura postiza se le resbaló de las encías y cayó dentro de su *brassier*.

—¿A fonfe fieren ir?

Claudia se rascó el cráneo con un dedo.

—Caray, no pensamos en eso.

—Pídele dos boletos libres —sugirió Knaach, rápidamente—. Podremos bajarnos en cualquier estación con ellos.

La niña ogro mostró el puño con los dedos índice y medio levantados.

—Dos tickets... Libres.

—Son veinte plutos —anunció la vendedora, colocándose la dentadura de vuelta en la boca.

Claudia se quedó brevemente en silencio, meditabunda, pero pronto reaccionó, buscando su monedero.

Veinte plutos, obviamente, era un precio muy alto. Si hubiese ido sola, habría tenido que pagar solo diez, y ya era una cifra considerable.

Las mejillas se Knaach se pusieron rojas. El león cerró los ojos, avergonzado, y miró a otro lado.

Los dos boletos salieron expulsados por un tubo con forma de trompeta. Reanudaron el paso en forma más relajada, el bastón se levantó frente a ellos, y

pasaron a la sala de espera.

Los últimos pasajeros se agolpaban al final frente a las puertas automáticas que daban paso al andén, como un puño de carne molida siendo tragada por una máquina.

Claudia estaba ansiosa por viajar en tren, porque nunca lo había hecho. En su corta vida, jamás tuvo la oportunidad de hacer nada muy divertido, desde hacía mucho, en Ogroroland, no había tiempo para las distracciones. Inclusive, la nave espacial que la trasladó a Plutón (por cuestiones de seguridad) tuvo que ser una gran Recicladora de Basura. Fue por ello que nunca se esperó que lo que vería, justo cuando las puertas automáticas se deslizaron hacia los lados, sería tan impresionante.

El tren aéreo era rojo y tan brillante, que las luces proyectadas sobre él encandilaban. Levantó la cabeza y pudo verse a sí misma reflejada en la forma óvala y clásica que tenía la locomotora principal, en cuyo frente había una insignia de plata que mostraba una «P» de Plutón en relieve.

Los vagones eran muy altos y las hileras de ventanillas (una infinita fila abajo y otra encima) revelaba que tenía dos pisos. Solo bastaba con girar la cabeza hacia la derecha para ver que el andén recorría varios kilómetros, llenos de cabezas de personas.

La extensa pulcritud del mismo era tal, que por momentos parecía que estuviese construido a partir de espejos.

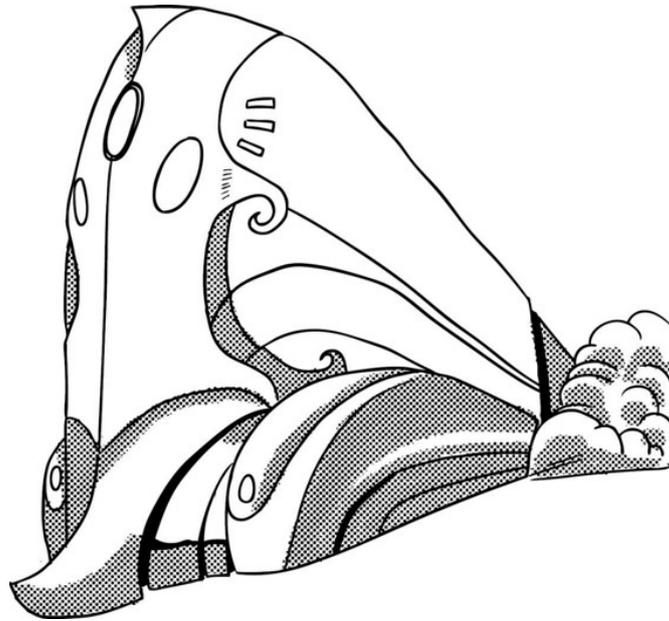
—Qué suerte —comentó Knaach, lentamente—. Nos ha tocado ver la parte más interesante, la locomotora.

—¿Crees que podemos viajar ahí?

El león se vio obligado a responder, avergonzado.

—Por el precio de los pasajes, me parece que deberían darnos buenos puestos. Tal vez en el piso de arriba. La gente se iba apilando en filas ordenadas, mientras varias compuertas se abrían a través de los vagones, desde donde hermosas azafatas daban la bienvenida a la gente.

Desde lejos, podían verse los codos, hombros y cabeza de Claudia sobresaliendo del mar de gente.



Ya podía oírse, desde dentro del tren, una amable voz mecánica que indicaba a los pasajeros dónde introducir sus pertenencias y en qué filas sentarse. Las filas se acortaban con rapidez, todos subían al andamio con sus equipajes y eran atendidos por la azafata para finalmente desaparecer en una luz brillante.

La niña extendió el brazo para pasarle los boletos a la azafata, quien, de entrada, no vio a Knaach con muy buenos ojos.

El tren era mucho más amplio de lo que hubieren podido imaginar: el pasillo entre las filas de asientos era lo suficientemente angosto como para que cinco personas pudieran caminar unas al lado de las otras sin problemas.

Al final del vagón había un pequeño bar que servía bebidas, las ventanas eran amplias, los asientos eran bastante anchos y esponjosos. Desde adentro todo era tan elegante como desde afuera: el suelo estaba tapizado por una alfombra roja autolavable, y las ventanillas que permitían ver hacia el exterior lucían un vidrio tan impecable que no dejaba ganas ni de respirar cerca de él para no empañarlo. Las previsiones del león fueron ciertas: la azafata se encargó de hacerlos subir las escaleras que los llevaba hasta el segundo piso, que, aunque se veía más amplio aún (porque había menos hileras de asientos) era todavía más elegante, pero a la vez más oscuro y menos alegre, como si fuese diseñado especialmente para gente rica. Knaach se sorprendió de que Claudia cupiese a la perfección en el asiento, que en realidad era casi una cama reclinable, agasajo exclusivo de los pasajeros del piso 2, pero que a ella le servía perfectamente de silla. Se sentó sobre el sillón, junto a ella, y observó a través de la ventana; una nube de vapores que salía de los motores del tren se deslizaba sobre el vidrio como una figura fantasmal, al fondo, bajo el cielo nocturno, Jumbo Jumbo seguía como solo sabía estarlo: despierto.

—Me he dado cuenta de que los boletos son de estadía ilimitada —inquirió Claudia—. Podemos quedarnos todo el tiempo que sea.

—Hasta que decidas tu destino —sentenció Knaach—. Eso te dará tiempo para

pensar cómo vas a continuar tu misión.

La chica se quedó callada, pensativa. Giró la cabeza para ver por la ventana. Unas pocas personas con sombrero aparecieron por las escaleras, acomodándose en sus asientos. Las azafatas recibieron su señal en las pulseras negras que llevaban en sus muñecas, y todas al unísono cerraron las compuertas, giraron el manubrio metálico, y aseguraron a presión las salidas.

Las luces de alerta titilaron delicadamente, el concierto de «clacs» producido por los pasajeros abrochándose los cinturones no se hizo esperar. Las violentas nubes de vapor que salieron desde debajo de los vagones resoplaron, y un temblor sacudió todo el tren, a medida que empezaba a moverse lentamente. El sonido no era el de una locomotora, sino el de algo parecido a una turbina, que rugía con mayor poder. La máquina empezaba a acelerar gradualmente, hasta convertirse, de golpe, en una bala que sacudió gentilmente todas las copas del bar. De pronto, ya no podía verse nada en concreto a través de las ventanillas: todo perdió nitidez, afuera parecía un caos, mientras que adentro todo estaba en completa calma. El suelo se hacía cada vez más vertical, y los pasajeros veían el asiento de adelante cada vez más por encima. Las cabezas de todos se pegaron a los respaldos de sus asientos, las turbinas rezongaron con mayor potencia hasta convertirse en un silbido agudo y apenas perceptible. Finalmente, los oídos de muchos pasajeros se taparon: el tren aéreo había despegado, dejando velozmente atrás la pirámide y al parque Jumbo Jumbo.

EL ZELLAS

La luz que indicaba «abrocharse los cinturones» se apagó apenas el vagón recobró su posición horizontal. Claudia no perdió la oportunidad para desabrocharse el suyo, que le quedaba tan ajustado que por un momento sintió dormido la mitad del cuerpo. Knaach, por su parte, inclinó su cabeza y se puso a ver a través de la ventana, desilusionado de que toda la vista no era sino una continua secuencia de nubes negras.

La niña decidió levantarse y caminar hasta una pantalla luminosa adherida a una pared, que estaba frente a las escaleras, reflejando un mapa holográfico de Plutón, orbitado por varios anillos horizontal y verticalmente en su circunferencia, que representaban las vías que tomaba el tren aéreo.

Para haber lunas en el Sistema Solar que eran incluso más grandes que Plutón, Claudia pensaba que este tenía muchas más cosas que ver que otros parajes del Sistema Solar.

Caminó de vuelta hasta su asiento; la niña parecía un refrigerador metamórfico.

—Estoy aburrida.

El poderoso felino no respondió, sino que echó una vaga mirada hacia unos asientos en el otro extremo del vagón, con pasajeros que desde hacía rato cuchicheaban cosas entre sí, mirándolo.

—¿Sucede algo? —preguntó Claudia, girando los hombros, para ver a las personas.

—Es solo que algunos olvidan que tengo una capacidad auditiva bastante competente —gruñó.

—¿Quieres que les diga algo? ¡Puedo mandarlos a callar ahora mismo!

—No, no te preocupes —rió, levantando sus ojos amarillos, para verla a la cara—. No pongo en duda que podrías callarlos aún mejor de lo que yo podría, pero no tiene caso, estoy acostumbrado a ello.

La conversación fue interrumpida por un suave pitido que vino de una rendija plateada en el techo: «*En breve estaremos sirviendo refrigerios. Los pasajeros que deseen dar un paseo por los vagones, por favor siéntanse en libertad de hacerlo, pero se les suplica tengan la amabilidad de indicar en el menú digital qué prefieren para dejárselo en la bandeja. Muchas gracias*».

—Apoyo la moción —repuso Claudia—. Quisiera dar un paseo por los vagones.

—Está bien, te acompaño.

Pero antes de que el león pudiera echar un salto al suelo, la chica le bloqueó el paso con su enorme cuerpo, tecleando ávidamente en el monitor replegable la palabra «POLLO».

La comisura de los labios de Knaach se torcieron.

—¿Qué? ¿Tienes algún problema? —le espetó, irritada, mientras él se limitó a quedarse callado, torciendo los ojos.

La puerta automática que daba paso al vagón posterior se abrió de par en par, dejándolos pasar. Era parecido al que les había tocado, con la ligera variante que este, en cambio, estaba mejor iluminado, y traía más gente. Caminaron y pasaron a otro vagón que tenía un bar todavía mejor surtido que el que consiguieron abajo, otro que tenía mesas de billar y máquinas tragamonedas incorporadas a los lados, y otro que era una sala de lectura^[4].

Claudia se sentía maravillada ante tal variedad de ambientes. El zumbido de zancudo que hizo la siguiente puerta al abrirse fue el preludio a un pasillo muy largo y angosto, con una sola ventana alargada a ambos lados por todo lo que medía el vagón. Las esponjosas nubes del cielo negro lucían como un manto azulado que había quedado bajo ellos.

No tardaron en ver a un sujeto sentado en el suelo, apoyado a la pared, delgaducho, de pelos desordenados y grasosos, barba de un día y aspecto lánguido y desaseado, que les dirigió una mirada de mal humor.

A pocos centímetros de sus pies se hallaban folios y hojas de papel repartidos desordenadamente, y usaba su propia cadera para mantener apoyado un trozo de cartón que tenía escrito «Dibujo por comida».

A pesar que el sujeto los seguía con una desagradable mirada, Claudia y Knaach caminaron hombro a hombro, intentando ignorarlo. Pero cuando pasaban frente a él, la niña ogro cometió el error de girar la cabeza y ver uno de sus dibujos.

—¿Lo vas a comprar?

—N-no, solo veía.

El artista hizo un mohín de desprecio y fastidio, y volteó la cabeza hacia la puerta automática. Por momentos, su horrible cuello pareció estar hecho de arcilla cruda, los pelos de su barba lucían como pequeñas espinas negras.

—¿Qué son? —preguntó, poniendo ambas manos sobre sus rodillas, inclinándose un poco para poder ver mejor sus trabajos.

—¿Estás ciega o eres imbécil? Son emparedados de moco de cerdo con sudor de culo de alce. ¡Son dibujos! Di-bu-jos. ¡Estúpida!

Knaach consideró que el sujeto se había extralimitado.

—Vámonos, Claudia —atajó, intentando mantener su voz lo más calmada posible—. Es solo un artista del AV, la galería de arte de Jumbo Jumbo: otro fracasado más.

El joven estiró bruscamente una de sus piernas, con la intención de largarle una patada al león, sin éxito. Sin embargo, fue el siguiente comentario de Claudia lo que, de pronto, lo sacó de sus casillas:

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando a la hoja de papel—. ¿Un hombre con cabeza de lobo?

De ser pálida como la arcilla, la cara del sujeto se tornó primero morada, y luego roja, a la vez que se mordía el labio inferior con tal fuerza que llegó a desaparecerle

el mentón.

—¡Es un licántropo, imbécil! —masculló.

Claudia puso sus manos a ambos lados de la cintura.

—¡Pues disculpa si no lo sabía! ¡Tienes un arte muy raro!

—Pues disculpa si no lo sabía —la remedó, poniendo voz de imbécil.

Los belfos de Knaach se contrajeron peligrosamente, viendo al artista directamente a los ojos, a medida que sus pupilas se hacían cada vez más pequeñas.

—Mi especialidad es el arte irreverente —se jactó, pronunciando «irreverente» con cierto dejo de acento francés.

Casi inmediatamente después de la última palabra, un folio que llevaba apretado contra la espalda y la pared se cayó, desparramando en el suelo un montón de hojas sueltas y una caja de crayones.

Una de las hojas se deslizó hasta parar en seco contra una de las patas del Knaach, quien bajó la cabeza y vio un bosquejo de dibujo muy vago de un hombre gato, con algo escrito arriba que decía «TRABAJO PENDIENTE». Toda la resma de hojas llevaba escrito lo mismo. El tipo sacudió un puñetazo con ambas manos al suelo, muerto de la rabia^[5]. Alargó el cuerpo y estiró los brazos, intentando recoger todos sus trabajos, aparentemente más enojado por tener que hacer algo que por el propio accidente en sí.

—¿Tienes todos esos trabajos atrasados? —se mofó Knaach, quien agradecía inconscientemente haber encontrado algo con lo que ceñirse para no reaccionar con violencia.

—Ese es asunto mío. Váyanse de mi vagón.

Aunque eso último que dijo fue una mentira redonda y petulante, Claudia consideró que no quedaba mucho por hacer en aquel lugar, así que empezó a caminar al frente; sin embargo, el león, aunque pensaba seguirla, tenía primero otra idea: estampó su pata en uno de los pocos dibujos que estaban casi terminados, dejando su huella formada con grasa sobre el papel. Volteó la cabeza, sacudiendo su melena, y caminó hasta estar al lado de su amiga. Pero antes de que pudieran cruzar a través de la puerta automática, escucharon un largo alarido de ira, y ambos se dieron media vuelta al mismo tiempo.

El sujeto estaba arrodillado sobre el dibujo, tomando cuidadosamente el papel con sus dos manos, contemplando de cerca la enorme huella de Knaach; los negros mechones de sus cabellos acariciaban los bordes de la hoja. Dejó caer el dibujo y se puso de pie. De súbito, sus ojeras parecían todavía más grandes y negras. Metió ambas manos en los bolsillos de su pantalón, y de ambos empezó a extraer algo... Eran cintas plateadas, que parecían de tela, pero que eran, de hecho, bastante pesadas. El artista empezó a mover el tronco de su cuerpo como si fuese una serpiente con brazos. Como si aquello fuese un movimiento mágico, las cintas parecieron cobrar vida, cual feroces víboras, que se mueven restallando en el suelo, estirándose hacia delante, como queriendo perseguir desesperadamente a una presa. Aquello

ciertamente daba miedo, parecía bastante peligroso, por lo menos en un principio... Pues francamente el tipo se veía bastante ridículo.

El látigo derecho golpeteó al frente con más prisa que el izquierdo, restallando frente a los zapatos de charol de Claudia. Los restallidos comenzaron a sacar chispas del suelo, que rebotaban varios centímetros hacia arriba y caían luego a los lados. Pero, de pronto, Claudia se puso en cuclillas, tomó el extremo de la cinta plateada y tiró de él. El artista despegó casi un metro hacia adelante, y cayó estampado al suelo, tras un pesado «TUMMMP». Ahí quedó.

El león y la ogro se quedaron por lo menos veinte segundos en silencio, esperando algún movimiento. Pero nada, el sujeto no se movía. Sus largos, y grasos cabellos estaban despatarrados alrededor de su cabeza como una araña espachurrada. Sus brazos echados a ambos lados y sus piernas abiertas como una tijera.

Knaach se acercó lentamente, hasta tenerlo al frente...

—¡Ten cuidado! —se apresuró a decir la niña.

El felino asintió con la cabeza y, lentamente, bajó la cabeza, como si por un momento hubiese querido moverle un hombro con la nariz. Se quedó quieto, escuchando, olfateando un poco.

—Me parece que lo has matado —sentenció el felino, levantando la cabeza y torciendo el hocico.

—¿Que qué? ¿Lo maté? —preguntó preocupada.

—Sep... No tiene signos vitales, no los oigo. Está más muerto que una piña.

La niña, horrorizada, se llevó el dedo índice a la boca, que se cerró en una pequeña O, mientras veía el cadáver.

—¡No puedo creer que sea tan frágil! ¡Hay zancudos en mi mundo que son más difíciles de matar!

El león se encogió de hombros.

Hubo otro breve momento de silencio.

—Creo que será mejor que salgamos de aquí —murmuró, echando una mirada rápida a la puerta, mientras tomaba cautelosamente el dibujo en el que había marcado la huella de su pata, y se lo guardaba en la melena. Ambos salieron cautelosamente del vagón, silbando, mientras que a sus espaldas la puerta mecánica se cerraba, ocultando la visión del artista destortillado en el suelo.



Después de veinte minutos de travesía pasando uno y otro vagón, un ligero traqueteo acompañó al denso sonido del aire acondicionado del tren: gotas de lluvia golpeando las ventanas. Entraron a un área de tiendas cuyas vitrinas mostraban todo tipo de cosas interesantes; en un negocio de electrónica, por ejemplo, había un grabador de sueños. En una estantería de dulces, se hallaba una colección de

chocolates con forma de planetas (Júpiter medía casi veinte centímetros, era una bola de chocolate glaseada con colores naranjas y rojos de distintos sabores). Una tienda mística vendía relojes de arena que podían hacer dormir y producían toda clase de sueños agradables.

Knaach se impresionó de ver que una tienda de mascotas tuviera un esqueleto vivo de serpiente, una de las especies más costosas del Sistema Solar. La arena de la pecera se deslizaba alrededor de sus delgadas costillas con elegancia.

Claudia, sin embargo, se mostró más maravillada por una pecera con medusas, en cuyo reflejo se decía que uno podía ver cómo luciría uno mismo cuando fuera anciano.

—¡Caray! Eso tengo que verlo...

El león chistó.

—¿No te interesa ver cómo vas a ser cuando seas anciano? —replicó la niña, más como un reproche que como una pregunta.

—Eso es difícil...

—Pero si...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—, y es cierto lo que dicen, podrías ver cómo serás de vieja, pero conmigo es casi imposible, no hay medusas lo suficientemente grandes en esa pecera para ver cómo seré de viejo.

Claudia observó a Knaach con aire misterioso, y este, al verla, no tardó en retomar la conversación.

—Mientras más grande, más potente...

La chica cruzó sus gruesos brazos.

Tras ella, una de las angulosas medusas de la pecera dejó entrever una delgada línea eléctrica que cruzó su cuerpo.

—¿Cuántos años viven los de tu raza, Knaach?

El león giró los ojos hacia la izquierda, pensando.

—A los 100 años alcanzamos la pubertad, creo...

—Espera, no entiendo el sistema de años... —¿Por cuál te riges tú?

—Por el sistema de zikles.

—¿Cuántos zikles tienes?

—Tengo ocho zikles.

—¿De cuál luna vienen los ogros?

—De Iapetus.

—¿Iapetus? Esa es de Saturno —repuso el león, llevándose una pata a la barbilla—. ¿Cada cuánto gira Iapetus alrededor de Saturno?

—Cada 100 khetos.

—100 khetos es un equivalente menor a 365 puestas de sol, que es lo que se necesita en mi mundo para alcanzar un año. En teoría, un año para ustedes son 182 días.

El león entrecerró los ojos, ceñudo, haciendo cálculos en la mente. Finalmente,

levantó la cabeza para ver a su compañera.

—Vaya, tu edad en años sería de tres. Tienes tres años de edad.

Claudia se llevó las manos a la cintura.

—Hohohoho, soy una chica grande.

El león, sentado, la observaba.

—Vengo de una familia que es capaz de alcanzar grados de longevidad envidiables entre los ogros. Mi abuela Gertrudis, por ponerte un ejemplo, murió a los 90 zikles.

—44 años —suspiró Knaach.

—Como sea... A ver, ¿tú cuántos años tienes, leoncito?

—150.

Claudia cerró lentamente la boca, llevándose una mano a los labios, intentando hacer un cálculo mental.

—Eso serían 300 zikles —le facilitó el felino.

—¿QUÉ? —gritó Claudia, en el paroxismo de la incredulidad.

Giró bruscamente para ver la pecera con las medusas, y luego volvió a ver al león, casi inmediatamente.

—¡Con razón decías que necesitabas una medusa grande para poder verte de viejo! —balbuceó, con los ojos bien abiertos—. Entonces si alcanzan la pubertad a los 100 años, tú... Tú... Tendrías un equivalente de 18 o 19 zikles para los de mi raza.

—Naturalmente —dijo el león, meneando su melena—. Soy el mayor y debes obedecerme.

—Hohoho —rio Claudia—. No te hagas ilusiones, aquí el líder es el más fuerte.

En ese tema, Knaach salía perdiendo, pues a pesar de que los de su raza poseían una fuerza extraordinaria, lo cierto era que Claudia parecía tener manos capaces de aplastar su cabeza como si fuese un huevo.

La niña se acercó a la pecera.

—¿No vas a querer verte aunque sea como un león maduro?

Aunque Knaach tenía cierta cultura sobre aquellas medusas y, ciertamente, ya había tenido la oportunidad de verse reflejado en una de ellas, reconoció que la idea de verse mayor otra vez lo volvió a tentar, por lo que puso ambas patas sobre el borde de la pecera, y asomó la cabeza. El reflejo le devolvía la imagen de un rostro felino con facciones más rectas y largas, su melena se había tornado ligeramente más blanca, sus ojos eran iguales, aunque más experimentados e interesantes, y su mentón era más cuadrado.

Se vio a sí mismo muy apuesto, cosa natural en los leones, que se volvían más atractivos conforme se hacían mayores.

Pero esto a Knaach no lo animaba mucho.

La medusa desprendió un destello eléctrico cuando el león se quitó de golpe.

—Ahora es tu turno, mírate...

Claudia sonrió. Dio un enorme suspiro, como si se estuviese preparando para un momento importante. Y, casi con reverencia, muy despacio, se asomó por el borde de la pecera, viendo su reflejo en la misma medusa. Sus codos bajaron lentamente, y se quedó inmóvil. La falda y el listón amarillo anudado a su cintura apenas se movían por la brisa artificial del aire acondicionado. La chica guardó total silencio, y sus labios pronto se pusieron rígidos, con la vista fija hacia abajo.

Se apartó lentamente de la pecera.

—Bueno, ya podemos irnos —dijo.

El león movía su cola como si fuese una serpiente.

—¿Sucede algo, Claudia?

—Nada, no te preocupes. Vámonos.

La medusa apenas emitió un pequeño y casi imperceptible destello eléctrico.

Ambos salían de la tienda, caminando de lado y lado. Un mimo androide, vestido con un traje negro con estrellas y lunas amarillas, se cruzó en el camino de ambos. Su cara era completamente blanca y sin líneas, los ojos apenas eran dos cuencas redondas, y su boca una sonrisa enorme dibujada en una línea fina y quebrada. Llevaba sobre la cabeza un sombrero de arlequín, que de vez en cuando producía tintineos. Llevaba una bandeja de bombones de chocolate con la forma del planeta Plutón; el parque Jumbo Jumbo podía verse en un pequeño relieve en todos ellos.

La alzó frente a Claudia, ofreciéndole uno.

Ella tomó un bombón entre sus dedos. El mimo la puso frente a la cabeza de Knaach, ofreciéndole a él también. Sin embargo, este negó con la cabeza. Se puso lentamente de pie, y caminó, buscando a otros pasajeros. Claudia se apartó para facilitarle el paso, y justo cuando lo veía pasar de largo vio, a través del reflejo de uno de los cascabeles metálicos de su gorro, algo que estaba buscando desde hacía muchísimo tiempo. Las mejillas de la ogro se pusieron rosadas, y giró rápidamente la cabeza, viendo a través de la puerta de una tienda de objetos místicos, desde donde salía un agradable olor a incienso.

—¡Vi uno! ¡SÉ que vi uno! ¡No puedo creerlo!

—¿Qué cosa?

Claudia caminó dentro de la tienda. Las paredes y el suelo estaban construidas de madera oscura y brillante, todo el lugar desprendía una suerte de anacronismo con la atmósfera moderna del resto del tren. La tienda estaba llena de estantes altísimos, con calderos que despedían vapor y neblinas blancas. Al fondo, entre unos estantes de libros viejísimos, Knaach se dio cuenta de qué estaba buscando: parecía un gato, pero tenía cuerpo humano, su piel estaba recubierta por un pelaje pardo, suave. Sus uñas eran negras y afiladas, pero, por algún extraño motivo, se veía inofensiva. Sus ojos eran grandes, verdes, sus pupilas parecían rajadas negras, como la de los gatos. Y sus orejas eran largas y erectas. Vestía una túnica rosada, un poco sucia a los bordes. Llevaba unas sandalias en mal estado. Veía a Claudia con temor, mientras pegaba su espalda al estante de libros, como si hubiese quedado acorralada.

—Es un zellas —dijo la ogro.

—¿Un zellas?

—Bueno, a decir verdad, una zellas —repuso.

Knaach se acercó lo suficiente, y se sentó.

—¿Es lo que me dijiste que andabas buscando, verdad? —preguntó—. El único medio en el que pueden confiar para mandarse mensajes.

—Así es.

El león inspeccionó a la zellas de arriba abajo.

—¿Y cómo haremos para arrojarla del tren? —preguntó entonces—. ¿Abriendo una ventanilla? ¡Eso sería peligroso!

La zellas golpeó su espalda contra el estante, abriendo más los ojos, y viendo a Knaach, aterrorizada.

—¡¡No seas bruto!! —reclamó Claudia, volteando la cabeza y frunciendo el ceño.

—Pero si me estás diciendo que ellos mandan mensajes...

Claudia se puso de rodillas frente a la zellas, viéndola con comprensión.

—Ya te dije que es porque entre ellos existe un nexo psíquico formidable, puede hablar mentalmente con otros zellas que trabajan para el Ministerio de Iapetus^[6] —explicó. Knaach giró los ojos y se quedó viendo a la niña con apariencia de gato, quien, a pesar de sentir menos aprensión con Claudia, seguía viéndolo a él con una temerosa desconfianza.

Claudia tendió su mano con el bombón con forma de Plutón.

—¿Te gustan los chocolates?

La zellas vio con temor las enormes manazas de la ogro. Giró la cabeza hacia la derecha, como si quisiera pegar la cara al hombro.

—No tienes que aceptarlo si no te parece prudente —la tranquilizó Claudia, bajando la mano—. Solo queremos hacer algo por ti, para que nos prestes tu ayuda, que en estos momentos nos sería invaluable.

Aquella niña de orejas largas, que apenas medía medio metro, miró a Claudia a la cara con aquellos inmensos y penetrantes ojos felinos. Se fijó en la expresión de su rostro y, cuando hubo analizado a la ogro lo suficiente como para considerarla digna de confianza, movió un poco su nariz (que parecía un pequeño botón negro) y abrió la boca:

—¿M... Me po... Podría ayu... Ayuda... r?



—¡Claro! —retumbó la ogro, sonriendo.

Knaach pensó que aquello haría gritar a la zellas, pero por el contrario, aquel gesto afirmativo tan contundente de su amiga solo hizo que los verdes ojos de ella brillaran.

—¿D... De ve... Ve... Veras?

—Hohoho.

Claudia se puso de pie y colocó sus puños en su cintura.

—¡Pide lo que sea!

La zellas tomó primero aire, y se dispuso a hablar:

—Somos muy pobres... Nunca hemos tenido suficientes plutos para vivir, y pronto, si no reunimos unos cuantos, nos echarán del tren, que ha sido nuestro único hogar durante meses.

Claudia juntó sus manos, conmovida. La zellas siguió hablando:

—El vampiro que me cuida lo ha dado todo por mí, a veces, no ha comido en días, solo por traerme alimento. Es lo único que tengo. Mi sueño más grande es poder hacer que algún día, sea una persona próspera y exitosa...

Knaach ensanchó un poco sus ojos, involuntariamente, mientras ella proseguía:

—...pero no se preocupen, yo no soy tonta, sé que su éxito es algo que no pueden darme. Me conformo si hoy él reúne el suficiente dinero para que comamos bien los

dos. Así que lo único que quiero que hagan por mí, es ir unos vagones más atrás, y comprarle unos dibujos...

Knaach y Claudia se miraron primero a la cara, y luego de vuelta a la zellas.

—¿De casualidad no es uno que dibuja gente parecida a ti, cariño? —preguntó Claudia, con un tono de voz apretado.

La zellas sonrió, y empezó a asentir repetidas veces con la cabeza. Knaach tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para aguantar la risa, mientras que Claudia lo fulminó con una mirada asesina.

La frente de la ogro, rápidamente, quedó perlada por una delgada capa de sudor, sus gruesos dedos se movían como tentáculos; obviamente, se había quedado sin palabras.

—Me dijiste que estaba muerto.

—Y sí, lo está, técnicamente; no conseguí signos vitales, pero al menos...

—¿A... A... A qué te refieres?

—...al menos sabemos que está bien. Bueno... «bien».

—Ne... Necesitamos tu favor ahora —explicó Claudia, haciendo caso omiso a su pregunta—. ¿No preferirías que mejor te dejara unos plutos aquí y ahora?

—Oh no, no —contestó la zellas, sonriendo, con sus ojos brillando—. Quisiera que se lo compraran a él directamente... ¡Le subiría tanto la autoestima!

—Oh, pero es que da la casualidad de que ya le hemos comprado algo —atajó Knaach, sonriendo, mientras buscaba en su melena—. Mira.

Le tendió el boceto que se había llevado durante aquel encuentro.

—¿Pero por qué tiene esta inmensa huella marcada? —preguntó la niña, con preocupada curiosidad—. Es tuya ¿verdad?

—Sí, lo es —terció el león, con tranquilidad—. Es la forma en que marco mis posesiones materiales.

La zellas le dirigió una mirada perforante, a medida que la intranquilidad que recorría todo su cuerpo crecía en proporciones alarmantes.

—¡Pero has arruinado el dibujo! —gimió—. ¡SU dibujo!

—¿De veras? ¡Caray! De haber sabido que te molestaba tanto no lo hubiese hecho, supongo que él se pondría furioso si supiese lo que hice.

—Sí —contestó la niña, con los ojos húmedos—. Le dolería mucho...

—Cuando lo veas, dile que lo siento mucho, que saber esto me ha caído como un golpe en todo el cuerpo —terció él.

Claudia tuvo que hacer mucho esfuerzo para contener el impulso de arrojarle una patada al león.

La zellas asintió con la cabeza, y juntó sus dos manos, viendo al suelo. La ogro se colocó de rodillas otra vez, y puso ambas manos en cada hombro de la pequeña chica.

—¿Estás lista?

—Sí —respondió la gatita, cerrando los ojos.

—Vengo de una luna llamada Iapetus.

La zellas frunció la nariz, cerró los ojos con más fuerza, en expresión concentrada. Knaach miraba fascinado, a la vez que estaba seguro de que Claudia debía sentir algún tipo de onda magnética a través de sus dedos.

La criatura empezó a jadear, sin abrir los ojos, sus orejas se movieron hacia atrás, sus párpados se arrugaron, y por momentos, parecía mareada, su presencia, su aura, se dilató por momentos, el calor que su cuerpo emanaba se hizo por segundos más frío, y daba la impresión de que, de algún modo, se encogía.

De no ser por Claudia, la zellas se habría desplomado en el suelo al cabo de un minuto: el viaje astral que estaba realizando era muy complicado para alguien de su edad, parecía desorientada.

No tardó en dar bocanadas de aire, abriendo su boca todo lo que podía, como si estuviese nadando desde el fondo de una profunda piscina, intentando buscar la superficie. Levantó la cabeza, y, con esto, pareció sentirse más tranquila: volvió a recuperar el equilibrio, sus hombros volvieron a estar tensos. Su cabeza se movió lentamente de un lado al otro, como si estuviese buscando a alguien en la oscuridad. Ahogó un gemido, frunció el ceño, cerró la boca y regresó la cabeza hacia su posición normal, al frente.

—He establecido una conexión —musitó.

—Muy bien —susurró Claudia—. ¿Ya estás en Ogroroland?

La zellas asintió suavemente.

Knaach pensó que el que Claudia mantuviera a la chica tomada por los hombros debía ser una parte vital del lazo, puesto que tal vez lo que hacía era buscar gente parecida a ella en algún lugar del Sistema Solar.

La ogro empezó a hablar con susurros apenas imperceptibles, como si murmurase hacia alguien a quien temiera despertar: empezó contando su problema con el horario de Plutón, cómo llegó tarde al circo y perdió de vista a su objetivo, sus conversaciones con Knaach, y su posterior subida, por consejo de este, al tren aéreo. Hubo breves momentos de silencio. Las comisuras de la boca de Claudia empezaron a bajar de lado y lado, a medida que su rostro se volvía a tornar rojo. Su boca se movía ligeramente. El león la observaba sin decir nada, pensando que tal vez se debiera a que le estaban dando un regaño descomunal desde el Ministerio de Ogroroland. Y en efecto, así era.

Claudia volvía a susurrar con mayor velocidad, pero sin aumentar ni un ápice su tono de voz. Esta vez explicaba que Knaach era alguien de confiar; que solo lo había ayudado a salir de su jaula, que por el momento solo estaba acompañándola, que conocía Plutón mucho mejor que ella y que podía guiarla a donde fuera...

Otros instantes de silencio precedieron a una serie de susurros más acalorados. Esta vez argumentaba que ella era bastante autosuficiente, y exigía que no la avergonzaban. Pero todo lo que logró fue contener el impulso de no aplastar los hombros de la zellas cuando el rostro se le puso rojo como un tomate. Esta vez, con la vena palpitante en su frente, Claudia giró la cabeza para ver a Knaach, y le dijo:

—Quieren hablar contigo.

MISIÓN NO AUTORIZADA

—¿Quién quiere hablar conmigo? —preguntó Knaach, nervioso.

—La gente del Ministerio de Ogroroland, y mi padre.

El león agitó la melena, de mal humor.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pon cuidadosamente tu pata sobre el hombro de ella —le indicó, quitando su mano izquierda del hombro de la zellas— y cierra los ojos si quieres tener mayor concentración.

Knaach se acercó unos pasos, se sentó al lado de Claudia, e hizo lo que se le indicó, acercando su pata al huesudo hombro peludo de la niña, imaginando, algo asustado, que al primer contacto con ella sentiría una descarga eléctrica. El felino no sintió absolutamente nada y, por momentos, pensó que con él, la conexión no funcionaría, pero se dio cuenta de cuán equivocado estaba apenas cerró los ojos...

La primera sensación fue de vacío y terror: por un momento, sintió que viajaba por el interior de un tornado infinito y que volaba como una hoja arrastrada por un agresivo ventanal a través del embudo. Pensó que perdería el equilibrio, pero una parte de su mente lo tranquilizó y convenció de que todavía seguía ahí, sentado en un tren aéreo que surcaba a toda velocidad una órbita de Plutón.

Una voz alterada, profunda y rasposa provino del interior de lo que parecía un hueco en el suelo.

—¿¡HOLA!? ¡¿HOLA?! ¡HOLA!

Sintió que la intensidad de aquel sonido le dañaba algún lugar del cerebro. Decidió seguir los pasos de Claudia, susurrando: «Hola».

El león escuchó su propia voz alejarse como un eco. La respuesta no se hizo esperar.

—¿¡HOLA?! ¡¿QUÉ INTENCIONES TIENE CON MI HIJA?!

Se quedó pasmado por varios segundos.

—Solo la acompaño, estoy muy agradecido de que haya decidido liberarme del circo —musitó—. Le aseguro que no tengo malas intenciones.

—¡SEPA USTED QUE NO TOLERAREMOS QUE MI HIJA SE CASE CON OTRA PERSONA QUE NO SEA DE OGROROLAND!

Knaach tuvo que morderse la lengua para no soltar ninguna palabrota, mientras la nariz se le ponía caliente de la rabia. Él estaba susurrando (y estaba seguro que el mensaje les llegaba así del otro lado) mientras que no olvidaba que aquella cosa que fungía como su interlocutor debía medir no menos de seis o siete metros de altura.

—No se preocupe, señor.

—Disculpa, Metallus —intervino una voz anciana, que tenía la misma intensidad que la primera, pero era más sosegada, y lo más importante, no gritaba—, pero

quisiéramos que nos explicase a dónde los lleva ese famoso tren del que nos habló Claudia, como comprenderá, aquí en el Ministerio estamos muy preocupados por ella.

—No hay ningún peligro, el tren pasa por varias paradas alrededor de Plutón, y nos puede dejar en cualquiera de ellas, siempre hace el recorrido por los mismos lugares.

El león pensó que, si estaban tan preocupados por ella, no debieron enviarla a ninguna estúpida misión para seguir a ningún criminal peligroso. Aunque obviamente, lo anterior era demasiado obvio, y en lugar de ser una explicación razonable, lucía, cada vez más, como un simple truco; aquello era simplemente un juego, no una misión real.

—Interesante... —comentó otra voz rejurgitante e igual de ronca—. Me recuerda a nuestro expreso Ogrero, en los tiempos de prosperidad.

—Dejemos la nostalgia para otro día, Furrufunovich —terció otro ministro—. ¿Qué quiere que haga Claudia ahora, su majestad?

—HMMM, HMM... HMMM... ¡REGRESA AHORA MISMO! —ordenó Metallus.

—¡No! —gruñó Claudia—. ¡Yo soy lo bastante competente! ¡Así que denme otra misión!

—¡HOHOHO, PUES NO, NIÑA TONTA! ¿YA HAS ARRUINADO UNA Y QUIERES QUE TE DEMOS OTRA?

Claudia rezongó con tal furia que Knaach se asustó.

—Tal vez deberías darle otra oportunidad para demostrarlo —opinó Rockengard, el ministro de voz anciana—. Un fallo lo comete cualquiera, hasta tú.

Metallus carraspeó varias veces, como si con ello tratase de borrar el comentario de su ministro.

—Podemos conducirla sobre los mismos pasos, y hacer que siga al mismo tipo.

—¡BUENA IDEA, POPSTONE! ¡PUES ESO, NIÑA TONTA, VAS A SEGUIR AL TIPO AQUEL!

Claudia se puso seria, con los ojos cerrados, concentrándose.

—Sabemos que ha ido a la EEP (Estación Espacial de Plutón). No le queda otra, porque ahí es donde debe abordar la nave-casino que lo sacará de Plutón —explicó Furrufunovich—. Lo sigues hasta que aborde su nave, y ahí acabará tu misión.

Knaach empezó a comprenderlo todo aún más, a tal punto que empezó a dudar (muy a pesar de Claudia) que «el tipo aquel» siquiera existiese.

—¿Y a dónde irá el tipo? —preguntó Claudia.

—Ese no es problema tuyo. Lo que te concierne es que debes seguirlo hasta ahí; trabajarán como escolta secreta.

Knaach ahogó el impulso de preguntar escolta de quién.

—¡ESO ES TODO! —dijo Metallus—. ¡UNA VEZ QUE HAYAS TERMINADO, VUELVE A COMUNICARTE CON NOSOTROS!

—Está bien.

—AH, Y ANTES DE QUE SE ME OLVIDE: ¡CUIDADO CON LO QUE PRETENDAS HACER CON MI HIJA!

El león por poco no saltó hacia atrás del susto, tuvo que morder muy fuerte para evitar rugirle al Patriarca de Iapetus. Parecía estar olvidando que su hija pesaba el equivalente a una tonelada más que él.

La zellas abrió los ojos y, automáticamente, la comunicación se cortó. Ambos se retiraron de la tienda (Claudia obligó a la zellas a aceptar diez plutos, quien casi gritó al ver tanto dinero junto entre sus temblorosas manos).

Salieron del vagón de tiendas y entraron a la siguiente: la feria de comida. La ogro se quedó mirando con cara de apetito un negocio de pizzas con un aspecto menos que reprochable, sin embargo, Knaach no disimuló su cara de desaprobación ante su glotonería desmedida y esta, de mal talante, acabó por ceder, pasando de largo la feria, evitando respirar el olor a comida para que el estómago siguiera durmiendo.

El siguiente vagón estaba completamente oscuro salvo por una pantalla que ocupaba toda la pared de la izquierda, que reflejaba a todos los planetas del sistema solar de perfil en órbitas verdes fosforescentes. Knaach se detuvo a admirar Júpiter y Saturno, mientras que Claudia sintió más inclinación en fijarse por los planetas que se hallaban antes del cinturón de asteroides.

El mapa electrónico era tan fidedigno que incluso las lunas de cada planeta eran exactamente del mismo color que las reales, como si fuese una escala exacta reducida a una millonésima.

—¿De qué mundo vienes tú, Knaach? —preguntó Claudia, viendo de cerca al planeta Mercurio, asediado por la inmensa bola amarilla que representaba el sol.

—Me dijeron que soy de una luna de Neptuno —contestó este—. El problema es que no sé cuál.

El león fijó su potente mirada sobre el coloso azul.

—Sin embargo, te estoy hablando de mi raza —repuso—. Yo nací en Plutón, nunca he salido de aquí.

La ogro caminó con las manos sujetas tras la espalda, viendo de cerca a Venus.

—Pobre planeta, no tiene ninguna luna... Dicen que es inhabitable, los científicos no se animan a ir hasta allá.

El león no contestó.

Claudia giró la cabeza y contempló que lo que seguía era una esfera de gases misteriosa, con pedazos de asteroides pulverizados y apilados entre sí.

—¿Y esto qué es? —preguntó la chica, con curiosidad.

—Eso fue un planeta llamado Tierra —contestó Knaach, con voz sabia—. Desapareció hace muchos miles de milenios en una calorífera nube de vapor que tenía forma de hongo^[7].

—Oh...

El próximo vagón fue lo que más maravilló al león en todo el viaje: parecía

completamente hecho de cristal. Claudia lo pensó dos veces antes de poner un pie adentro, y bastante tardó en convencerse, con sus dos manos tomadas a cada lado del marco de la puerta, que si pisaba adentro nada se rompería. Knaach caminó deprisa hasta llegar al centro, viendo que bajo sus patas corría un agitado suelo de nubes oscuras, y que a los lados el panorama estaba dominado por un precioso valle de nimbos. Lo más espectacular fue que allá, en el fondo, entre cerros de cúmulos que se abrían, aparecía la luna de Plutón, enorme, plateada y semioscura.

Los zumbidos del tren y el ruido locomotor podían escucharse desde ahí con total claridad, producía sosiego. El siguiente era un vagón vacío y metálico (el último). Estaba tapizado con una espesa alfombra roja. Al fondo se hallaban las escaleras que conducían al primer piso.

—Tengo dos preguntas —anunció Claudia, rompiendo de súbito una larga pausa de silencio prolongado.

Knaach no contestó, estaba muy ocupado combatiendo con el impulso de arañar la alfombra.

—¿Por qué este planeta tiene nubes, si no hay océanos? Y ¿dónde queda la Estación Espacial de Plutón?

Ambos empezaron a bajar las escaleras.

—Las nubes provienen de la luna. Se forman ahí. Pero como está tan cerca del planeta, la fuerza gravitacional de Plutón las absorbe. Plutón tiene muchas lunas, sí, pero esa que ves es la principal, y la verdad siempre ha sido un misterio. Hay científicos que aseguran que hay cosas ocultas dentro, pero siempre han sido objeto de burla por parte de los institutos espaciales más serios.

Cuando salieron del vagón de abajo (que era una réplica del que había arriba) el león contestó la segunda pregunta.

—La Estación Espacial de Plutón es una parada que el tren alcanzará mañana en la tarde, lo recuerdo porque lo vi en el panel. Debemos estar muy pendientes del reloj para saber cuándo bajarnos, acuérdate que en Plutón nunca amanece ni es de tarde.

Se escuchó el agudo pitido:

Rogamos su atención, por favor... El capitán del tren ha indicado que dentro de pocos minutos entraremos en una turbulencia, pedimos por favor a todos los pasajeros que tengan la amabilidad de retornar a sus asientos lo antes posible. Muchas gracias y disculpen la molestia.

—Me temo que vamos a tener que apresurarnos, lo siento.

Claudia se encogió de hombros y asintió a las palabras de su compañero. Apresuraron el paso, atravesando los vagones lo más rápido que podían, retrasados en ocasiones por filas de personas que también intentaban regresar con prisas a ocupar sus puestos.

—Claudia, ahora soy yo quien quiere hacerte unas preguntas.

—Dispara.

—Escuché que tu padre, es decir, Metallus, dijo que seríamos la escolta de

alguien.

—Sí, así es.

—¿Te importaría decirme de quién?

Cruzaron otra puerta automática.

—Se trata de un espía profesional de los ogros, Kannongorff. Su misión es extremadamente peligrosa.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas que los ministros hablaron de una nave-casino?

—Sí.

—Pues él tiene que abordarla.

Repentinamente, todas las luces del tren se apagaron, desde afuera, podía verse la larga fila de vagones desaparecer en la noche, sin dejar rastros, y luego reaparecer otra vez, parpadeando cuatro veces.

Varios pasajeros empezaron a gritar, mientras que las aeromozas veían al techo, confundidas.

Knaach pensaba que era hora de poner a prueba qué tanta confianza le tenía Claudia.

—Si quieres que te sea honesto, empezaba a dudar que ese tipo siquiera existiese. Pero ¿qué piensa hacer dentro de la nave-casino?

—Es una situación delicada —contestó ella, sin dejo de malicia—. A bordo se encontrará el emperador Gargajo, soberano de Io.

—¿Y qué pasa con él?

La ogro cerró los puños con tanta fuerza, que el león escuchó crujir sus huesos.



—Gargajo es responsable directo del empobrecimiento masivo de Iapetus, Ogroroland quedó al borde de la ruina. Fueron años terribles... Tomó aire, como si tratara de tranquilizarse, sus manos temblaban. Pero tuvo el suficiente temple para

continuar la conversación.

—El comercio principal de nuestra luna es la venta de arena... La tierra de Iapetus es la más fértil del Sistema Solar, porque posee los minerales más valiosos y únicos que existen. Básicamente, puedes hacer crecer lo que sea de la forma más frondosa y próspera: alimentos, frutas, hierbas medicinales valiosísimas que son casi imposibles de cultivar. Gracias a la tierra, Ogroroland era una nación reconocida a nivel planetario. Todas las patrias, reinos e imperios venían a nosotros cada vez que la necesitaban, nunca dejaban de hacerlo.

Claudia suspiró.

—Un día, una nave-laboratorio del Imperio Io cruzaba cerca de la órbita de Iapetus, y explotó. Los gases tóxicos crearon una atmósfera venenosa y amarillenta, que cubrió toda nuestra luna, y mató a miles de personas. Fue un infierno: los hospitales no podían albergar a tantos ogros, todos enloquecían porque además de provocar una muerte dolorosa y lenta, el gas tóxico que llevaba esa nave producía que la piel se secase lentamente, hasta marchitarse, junto con tus huesos.

Knaach tuvo que cerrar los ojos por un momento, indicando que no deseaba escuchar más detalles al respecto.

—¡Pronto, ninguna nave comercial se atrevía a acercarse a Iapetus! Muchos lo intentaron, pero los tripulantes se vieron contagiados, y algunos incluso murieron antes de llegar a establecer contacto con nosotros, dejando muchas naves fantasmas en nuestra órbita, que hasta hoy permanecen ahí. A pesar que nuestra tierra era de enorme valor, las naciones decidieron cancelar los trayectos a Iapetus, y nuestra principal y única fuente de economía fue muriendo lentamente.

Quedaron a oscuras otra vez, el bullicio de los pasajeros no se hizo esperar: empezaron a murmurar y gritar, pero, casi burlonamente, la luz quedó restablecida al momento, parpadeando dos veces antes de volver a alumbrar el vagón.

—Más tarde el emperador Gargajo se acercó a nosotros, y entonces fue cuando no nos quedaron dudas de que aquella explosión no fue un accidente: sus naves aterrizaron sin problemas en Ogroroland, indicando que ellos poseían la vacuna para el virus venenoso. En vez de intentar reparar su error y regalárnosla, decidieron venderla a precios exorbitantes. Fue el colmo de la indignación, pero no podíamos hacer nada, el gobierno solo hacía lo posible para la supervivencia de los ogros. Cuando ya no podían costear más vacunas, decidieron intercambiarla por nuestra tierra... Todavía puedo recordar las inmensas fortalezas espaciales que cubrían el cielo, tan grandes como montañas, que venían a cargar toda la arena que podían, hasta dejar cráteres y surcos descomunales alrededor de nuestras ciudades. Fue horrible, el sonido de sus máquinas era infernal, varias casas fueron arrasadas accidentalmente por los enormes tubos que sorbían la tierra. No les importaba nada. Las luces de las fortalezas dejaron ciegos a muchos niños. No paraban.

A medida que pasaban por los vagones llenos de pasajeros, podían ver hacia adelante una infinita fila continua de letreros brillantes encima de los asientos que

rezaba: «Por favor, abrochen los cinturones de seguridad».

—Toda esa tierra fue utilizada por el imperio de Gargajo para ser vendida por él mismo, desde luego. Se hizo una de las figuras más ricas del Sistema Solar en menos de un zikle. Mientras que la nube de gases tóxicos no se dispersaba nunca de Iapetus. Ellos decían que las fortalezas espaciales regresarían en poco tiempo, para seguir cargando más, a cambio de una paga miserable.

—Es peor y más sucio que un cerdo —siseó Knaach más por convicción propia, que por complacer a Claudia.

—Mi padre y los ministros están instando a científicos de otras lunas a desarrollar un germen que se coma al virus tóxico. Sin embargo, Gargajo ha saboteado dichos trabajos, y lo hace por medio de amigos que son tan ricos e influyentes como él en el Sistema Solar, gente que seguro recibe buenos precios al comprarle arena de Iapetus. Han prohibido en secreto cualquier ayuda para nosotros. Eso ha obligado a Ogroroland a entrenar a los ogros más capaces y ágiles para que se conviertan en agentes secretos. ¡Y yo estoy decidida a ser una!

—Supongo que aquí es cuando entra este sujeto del que me has hablado, Kannongorff.

—Ah, sí, Kannongorff —dijo Claudia, como si estuviera despertando de un sueño—. Su misión es cometer un atentado contra Gargajo, para asustarlo. Lo va a dejar tuerto.

—¿Tuerto? ¿Por qué no matarlo de una vez?

—Por cuestiones diplomáticas: si lo matamos, le haremos un favor gratis al mugriento gobierno que maneja Gargajo, que es tan sucio y corrupto como él mismo. Ellos tienen la política de que si un emperador muere, su sucesor hereda toda su fortuna, y no tiene cuentas que arreglar por los errores que cometió el anterior regente, por lo que quedarían libres de deudas con Ogroroland. El plan es coaccionarlo para que nos devuelva buena parte de nuestras riquezas, a cambio de que lo dejemos en paz. Estoy seguro de que no querrá a toda una luna dispuesto a atacarlo.

—Quisiera tenerlo en frente, para descabezarlo yo mismo —siseó el león, guiñándole un ojo.

Claudia suspiró.

—Y yo quisiera quitarle la cabeza de un puñetazo. El caso es que Kannongorff la tiene muy difícil. La verdad es una misión bastante sensible a fallar, puesto que ese miserable cobarde se oculta muy bien, se dice que Gargajo es casi inaccesible, y son pocos los que han podido verlo alguna vez en persona.

—Bueno, espero que no te importe que sea sincero, Claudia —se lamentó Knaach, hablando pausadamente— pero creo que va a fracasar. El plan es verdaderamente ridículo, no creo que una sola persona, aun un ogro, logre llegar sin ayuda hasta un emperador.

—Es ahora o nunca, Knaach —contestó comprensivamente—. Por primera vez

desde que es regente de Io, Gargajo estará en una zona neutral: en la nave-casino que abordará Kannongorff.

El león se paró en seco.

—Espera, ¿qué diablos va a hacer un emperador en una nave-casino?

—Sencillo: acudir a la reunión histórica de los patriarcas y adinerados más poderosos de todo el Sistema Solar, escoria que maneja mundos enteros. A Gargajo le importa muy poco la forma en que lo vea la Hermandad Federal de Planetas Unidos, él va descaradamente hacia donde se manejen sus intereses. La luz se volvió a ir, dejándolos a ambos a oscuras, en un vagón solitario.

Se encontraban nuevamente dentro de un manto de nubes, y la lluvia golpeaba las ventanas con mayor agresividad.

—Entonces, la misión es dejar tuerto a Gargajo —dijo la voz del león, en la oscuridad.

—Sí.

A los pocos segundos, la luz volvió a restaurarse, y ambos prosiguieron su camino hacia adelante.



Llegaron finalmente hasta el primer vagón, notaron que las personas estaban agitadas por los apagones. Una anciana comentaba que nunca antes, en todos sus años viajando en el tren aéreo, había sucedido semejante cosa. Un porciense estaba tenso y de mal humor, con el cinturón de seguridad apretándole la garganta.

No tardaron en llegar a sus asientos. Una bandeja plastificada con un plato de pollo y una lata de soda «refresco mercurio» esperaban en el asiento de Claudia quien, de pronto, había perdido el apetito por completo.

—¿Te parece si dormimos una siesta, Knaach?

El león no objetó nada.

—Despierta... ¡Despierta ya!

Claudia apenas podía abrir los ojos.

—¡Te digo que despiertes! —gritó Knaach—. ¡Vamos!

Sintió cómo las afiladas zarpas del felino le revolvían los cabellos y luego tiraban de ellos.

—¡Párate ya, muchacha! ¡Maldición!

La luz era ennegrecedora; le dio, por momentos, la impresión de que estaba acostada en una sala de operaciones. Apoyó un antebrazo sobre su cara. Todas las luces del vagón estaban encendidas. El traqueteo de la lluvia golpeando las ventanas era ensordecedor.

—¡Ha pasado algo muy grave!

Se escuchó un relámpago, desde todas las ventanas entró un destello blanco que

duró segundos.

—¿Qué sucede? —preguntó Claudia, asustada y mareada.

—Han encontrado a un ogro muerto en el tren.

La niña se incorporó en el asiento y parpadeó varias veces, frotándose las sienes. Se dio cuenta al ver por la ventanilla que el tren había aterrizado.

—¿Un ogro? Pero si no vimos ninguno ayer...

—Eso es lo que me ha dicho la azafata y no creo que haya estado mintiendo, incluso se acercó para saber si tú eras familiar. Hemos aterrizado en la estación más cercana.

Otro relámpago, y otro destello de luz blanca en su ventana, le recordó a Claudia volver a asomarse, a medida que el pulso se le aceleraba.

—¿Dónde estamos? —preguntó en voz baja, viendo al león de cerca.

—En la Lágrima de Plutón.

Knaach saltó de su asiento y giró para encarar a Claudia.

—El tren ha tenido que aterrizar de emergencia por el hallazgo. Han empezado a evacuar a todos los pasajeros. Casualmente, la Lágrima de Plutón era la estación más próxima cuando hallaron el cadáver. ¿Te parece que es una coincidencia?

—Tengo... Tengo que ver el cuerpo —gimoteó la chica, nerviosa.

Se puso de pie, y cuando salió de su asiento, la bandeja de aluminio con el pollo se volcó.

Bajaron las escaleras a prisa, encontrando el vagón vacío, y las puertas automáticas, que estaban todas abiertas, mostraban que en los vagones de allá y más allá, tampoco había pasajeros. El tren estaba vacío. La gente se apilaba en la estación, sujetando sus sombrillas y su equipaje, y colocándose sus impermeables; muy parecido al público gris de un funeral.

Las naves de la policía habían aterrizado alrededor, y los oficiales estaban acordonando el área, colocando sus micrófonos cerca de las bocas de las azafatas, tomando sus declaraciones. En el medio de la plaza, tras el andén de pasajeros, había cuatro camillas puestas juntas: una al lado de la otra, y las otras dos igual, pero a la pata de las primeras. Esta fue la mejor forma en que la policía pudo apoyar el enorme cuerpo, al cual cubría un manto blanco. Claudia tragó saliva, a medida que un desagradable destello helado le bajaba por la columna vertebral. El mentón le tembló, le caían heladas gotas de lluvia sobre la cara. Juntó las dos manos y bajó por las escalerillas, lentamente. A cada paso que se acercaba a las camillas apiladas, sentía un dolor creciente en el pecho. Como si la hoja afilada y fría de un cuchillo le atravesara el corazón. Por primera vez, desde que había llegado a Plutón, Claudia sintió miedo. Mucho miedo.

Un rayo plateado y blanco partió el cielo en dos, convirtiendo por segundos a la noche en el día. El consecuente trueno hizo vibrar el suelo. Knaach observó que un antebrazo enorme y musculoso, con una mano que abría podido abarcar un poste de luz sin problemas, se asomaba de debajo de la manta, como si quisiera agarrar con la

palma de la mano las alargadas gotas de lluvia.

Claudia quedó de pie frente al cuerpo, cuyo relieve a través de las sábanas era poco menos que tétrico. Alargó su mano y destapó la cabeza.

Nadie habría podido negar que AQUEL pertenecía a la misma especie que ella: la cara era grande, de facciones nobles y rectas. La quijada era cuadrada, el cuello ancho y poderoso. Tenía una tupida barba marrón que brillaba por la lluvia. Sus pestañas eran largas, sus pómulos todavía estaban rosados, y su frente amplia y recta.

La cara de Claudia se deformó en una expresión viva de horror.

—Es él.

—¿Quién?

—El agente especial Kannongorff.

EL EMPERADOR GARGAJO

—¡Eh, tú! Sí, tú, cariño, ¿tienes algún parentesco con la víctima? —preguntó un policía que se acercaba trotando, uniformado con un traje negro, un gorro amarillo y una placa verde en el pecho.

—N... No, solo lo estaba viendo porque me dijeron que es parecido a mí —se excusó audazmente Claudia.

—¡Entonces vete de aquí! ¡Qué descaro estar viendo así a un cadáver por esa tontería! ¿No tienes respeto? Vamos, fuera.

La chica no tardó en obedecer y, junto con Knaach, mojado y con la melena chorreándole agua, se dieron media vuelta y se alejaron a paso apresurado.

Aquella era una estación con aspecto colonial y clásico: parecía sacado de un *western*. Pasaron por un largo pasillo rodeado de columnas, las paredes eran altísimas, y en ellas había escaleras y balcones con tiendas (casi todas ellas con campanillas en las puertas) desde donde la gente se asomaba o sencillamente se sentaba a tomar café. Arriba del todo, entre puentes que conectaban las abismales paredes que desde ahí se veían como palillos, se hallaba el techo de cristal, donde se asomaba el enorme disco plateado, la luna de Plutón, entre nubes negras y un quásar rosado y brillante.

Uno por lo general sabe si es mañana o tarde en Plutón gracias al clima: la mañana suele ser gélida, la tarde es muy fría, y la noche, cuando el planeta está de espaldas al sol (apenas se lo ve como una estrella fugaz) es helado. La bóveda celeste plutoniana, que muestra una mayor cantidad de estrellas raras y desconocidas que la de cualquier otro planeta del Sistema Solar, era el único punto desde el que se podían ver nebulosas a simple vista.

Knaach seguía a Claudia; esta se metió dentro de un bar, muy cálido y bastante oscuro y tranquilo, iluminado por velas colocadas en el centro de las mesas.

El barman siquiera levantó la mirada cuando la extraña pareja se colocó en el punto más alejado y solitario. Knaach, aliviado de haber escapado por fin del frío, se sentó frente a la máquina de calefacción, sacudiéndose las últimas gotas de agua.

La ogro, sentada, estaba pensativa, con las manos tomadas, y los pulgares de ambas manos apoyados uno con el otro. El león se le acercó.

—¿En qué estás pensando?

—El gobierno de Io asesinó a Kannongorff.

—Eso ya es bastante obvio, ¿pero cómo se enteró de sus planes? ¿Nos escuchó alguien dentro del tren?

—¿Cómo? A menos que nos hayan colocado micrófonos sin darnos cuenta, ¡no entiendo cómo pudo haber pasado esto!

—Pero algo es claro... —terció Knaach, entornando los ojos hacia Claudia.

—¿Qué cosa?

—Pues que no detectaron tu presencia, si no, te hubiesen matado a ti.

La chica se quedó en silencio, pensativa.

El león movía su cola lentamente.

—Sé quién está detrás de todo, Claudia...

La chica enarcó las cejas y giró la cabeza para ver a su compañero.

—La zellas, ella fue la culpable.

—Es bastante inverosímil.

—¡Piénsalo y dime si de verdad crees que lo es! Ella escuchó absolutamente todo y, además, tenía motivos, nosotros le dimos razones para que nos quisiera traicionar ¿no crees? Así que se comunicó con zellas que trabajan para Io, informando a la gente de Gargajo.

—Dos cosas, Knaach; primero, nosotros confiamos muchos en los zellas porque ellos están en trance al momento de iniciar el nexa telepático. Es como un estado de inconsciencia, ellos no escuchan lo que decimos mientras estamos comunicándonos, es como hablar a través de alguien dormido. Segundo, la zellas nos delataría también a nosotros ¿no? Tú mismo lo has dicho, ¿cómo se explicaría entonces que sigamos con vida?

El león chistó y bajó la cabeza.

—Alguien estuvo siguiendo a Kannongorff...

—Y es bastante obvio que él estuvo escondido en el tren aéreo, es imposible no ver a alguien que mide unos seis o siete metros —comentó Knaach, con ironía.

Claudia dio un puñetazo a la mesa...

Por momentos todo el bar tembló.

—¡No puedo creer que se hayan burlado de Ogroroland otra vez!

Generalmente, el cantinero, un sujeto de aspecto bastante tosco, hubiese puesto cara de vinagre y gritado a cualquier cliente que dañara alguna propiedad en su bar, pero al fijarse bien, decidió quedarse callado, y hacer como si no se hubiese dado cuenta.

—Todo el plan se vino abajo antes de que ni siquiera empezara... —suspiró el león, con su mirada puesta en la llama que bailoteaba sobre la vela.

—No...

—¿Hmm?

—¡No!

La niña se levantó.

—Gargajo no hubiese perdido la oportunidad de vengarse de mi padre matándome, o aun secuestrándome. Ellos definitivamente no sabían que yo estaba ahí. ¡Y no lo saben aún!

—Pues sí... —dijo lentamente, como si estuviese hablando con alguien de cuidado—. Creí que estaba sobreentendido; lo tuyo siempre fue un juego. Una simple misión *boy scout* pero quizá un poquito más peligrosa. Nada más.

—¡Yo completaré la misión! Me subiré a en la nave-casino, ¡yo misma dejaré tuerto a ese grano de culo de cerdo de Gargajo!

El león resopló burlonamente.

—Creo que deberías tranquilizarte, niña...

—¡Yo soy Claudia Nefertitis vön Sugus del Titanium! —gritó a todo pulmón, levantando los brazos y apretando los puños.

El cantinero pegó la espalda al estante de las botellas.

—¿Podrías sentarte y utilizar el cerebro, por favor? —ordenó el felino en voz alta, malhumorado—. Date cuenta que lo que quieres hacer es estúpido e infantil.

—¡No! ¡¡No!! ¡No lo es!

—Que niña más malcriada eres.

—¡NO!

Claudia empezó a saltar repetidas veces, hasta que las trenzas de su pelo alcanzaban el techo. Su mesa y silla se volcaron violentamente, mientras que todas las otras que había en el bar comenzaron a dar tumbos y a moverse, al igual que las copas y las botellas sobre el mostrador. El barman se echó al suelo con ambos brazos sobre su cabeza. La gente que cruzaba frente al local tuvo que abrazarse a las columnas para no perder el equilibrio. Luego de dejar el suelo de cemento agrietado bajo sus zapatos de charol, la ogro se quedó parada, de brazos cruzados.

—¡Espero que estés contenta con lo que has hecho! —gritó el felino, echado en el suelo boca arriba.

La frente ceñuda de Claudia, junto con sus negros ojos y su boca, que ahora parecía una U invertida, se giraron para ver a Knaach.

—¿No se te había ocurrido que ese Kannongorff es un agente entrenado? ¿Quién eres tú? Y eso que ni el más tonto se hubiera creído que esa misión iba a tener éxito —gruñó, mientras se levantaba apartando las sillas, con la melena desordenada—. ¿Qué pretendes, pequeño monstruo? ¿Meterte y llegar hasta un emperador, así como si tal cosa?

—Te informo que es el momento más idóneo para llevar a cabo este plan, porque no va a estar en su imperio, sino en un territorio neutral, no va a montar a toda su escolta imperial dentro de una nave espacial.

—¡Pero aun así, Claudia!

Knaach enderezó una mesa, y se subió encima de ella, sentándose, para poder tener así una vista perfecta de la barbilla de la niña.

—¿Y no has pensado que es una misión suicida? Kannongorff iba a morir de todos modos. A ver, ¿a dónde iba a escapar después de dejar tuerto a Gargajo? ¿Pensaba abrir una puerta y saltar al espacio?

—¡Ogroroland no cree en kamikazes!

—Oh, pues qué lástima, porque entonces me temo que a su departamento de inteligencia se le saltó ese pequeño detalle, o, simplemente, no te lo han dicho todo en esta vida. ¡Eres una niña, Claudia!

—Kannongorff iba a escapar porque se suponía que era un golpe sorpresa, no iba a atacar de frente al emperador Gargajo. Eso le iba a dar tiempo para abordar una cápsula de escape, las naves-casino tienen cientos.

El cantinero asomó la calva y los ojos por el borde de la barra.

—Mentira. Era una misión suicida. Pero aun si creyésemos en tu dulce visión de las cosas: tú no tienes chance de sobrevivir, Claudia...

—Pues sépase que yo cursé «Supervivencia en condiciones de mierda I y II», y la aprobé con buenas calificaciones. Sé programar una cápsula de escape.

Knaach soltó un gruñido y se bajó de la mesa, dándole la espalda a la ogro.

—Si no hay forma de razonar contigo por las buenas ¡entonces ve tú sola!

La niña apoyó las manos en la cintura.

—¡Asumo mi responsabilidad yo sola! Nadie te ha pedido que fueras.

—Pues bien —contestó el animal, con indiferencia.

Claudia, como la señorita de alta alcurnia que era, recogió un poco su falda para cruzar a través del desordenado bar y, con mucho aire de dignidad y la frente en alto, inició su retirada, cruzando la puerta. El león frunció el ceño, entrecerró los ojos con amargura, y, encorvado, giró la cabeza bruscamente hacia el otro lado, de mal humor.



Los pasos retumbantes se empezaron a sentir otra vez... para cuando Knaach levantó la cabeza, la niña estaba nuevamente frente a él.

—Necesito que me guíes hasta la nave-casino, no conozco este lugar.

Vista desde arriba, la Estación Espacial de Plutón parecía una araña, porque el centro era una cúpula gigantesca, de varias millas de longitud, rodeada por varias pistas circulares describiendo trazos zigzagueantes en el horizonte, llenas de naves espaciales de todos los tipos y formas que usualmente formaban un enjambre espectacular. Algunas parecían enormes rascacielos, otras tenían formas aerodinámicas, varias incluso daban la apariencia de ser enormes suburbios metálicos, con calles y torres, y la mayoría, que eran muy pequeñas, volaban en un tránsito ajetreado alrededor.

La autopista que llevaba a la Estación Espacial desbordaba con la ingente cantidad de taxis.

Las personas iban de acá para allá, los delgados androides con cabeza cuadrada y ruedas por piernas ayudaban a llevar los equipajes a aquellos que insertaban un pluto en la ranura que tenían en el pecho.

Claudia ya había tenido una discusión con dos taxistas: la primera fue porque no querían dejar subir a un león dentro del vehículo y la segunda, porque no la querían dejar subir a ella, por miedo a que aplastara el coche y no pudiera flotar.

Bajaron del autobús rojo que los dejó en la terminal número 12154.

—Si fueses una espía hábil, le hubieras arrebatado el pase para entrar a la nave-casino que seguramente traía el agente Kannongorff —comentó Knaach con sorna.

—Ese no es problema, porque yo subiré como una turista que va a apostar.

—¿Ah, sí? ¿Y no has pensado en que te van a preguntar la edad? ¿O te piensas que dejan a los niños entrar a los casinos?

Claudia se detuvo en seco, nerviosa.

—N... No había pensado en eso.

El león frunció el ceño y esgrimió una sonrisa, que se borró de inmediato cuando la ogro arrancó un cesto de basura de una pared y vertió todo el contenido sobre el escote de su vestido. Se acomodó toda la basura sobre el busto derecho, que quedó arrugado y grumoso, y visiblemente más grande que el izquierdo.

—Ahora tengo que conseguir otro y resuelvo el problema.

El cesto metálico cayó pesadamente al suelo.

—¡Qué bestia eres!

Al girar la cabeza varias veces de un lado a otro y darse cuenta de que no había más canastas de basura alrededor, Claudia echó un resoplido de mal humor, y recogió nuevamente el cesto de basura. El león la veía atentamente. Con ambas manos, empezó a triturarlo, a la vez que el metal rechinaba entre sus dedos. Acabó por dejarlo como un papel hecho bola.

—Está listo —dijo, colocándoselo en el busto izquierdo— pero hacen falta un par de toques.

Giró, y caminó hasta una hermosa fuente redonda, en cuyo centro había un campo gravitacional, que mantenía flotando una enorme esfera de bronce, que representaba al planeta Plutón. Desde varios agujeros alrededor de la misma, caían chorros de agua dentro del estanque, que estaba lleno de unos peces muy graciosos, pequeños, gorditos, de color dorado.

Claudia se asomó por el borde y, arqueando el dedo índice y pulgar, pescó por la cola, como si fuese una tenaza, uno de los peces. El animalito se movía alocadamente cuando lo levantaba del agua. Con la otra mano sujetó el pececillo usando los mismos dedos y lo espachurró, hasta que su cabeza estalló haciendo un «POC».

Knaach se puso una pata sobre la cara, cerrando los ojos con fuerza. Claudia usó el cuerpo descabezado del pez como lápiz labial, hasta que su labios superior e inferior quedaron de color rojo brillante.

—Ya, ya casi, ahora necesito una prenda de vestir para verme como una adulta...

—¿Qué harás? ¿Robarte un abrigo de pieles?

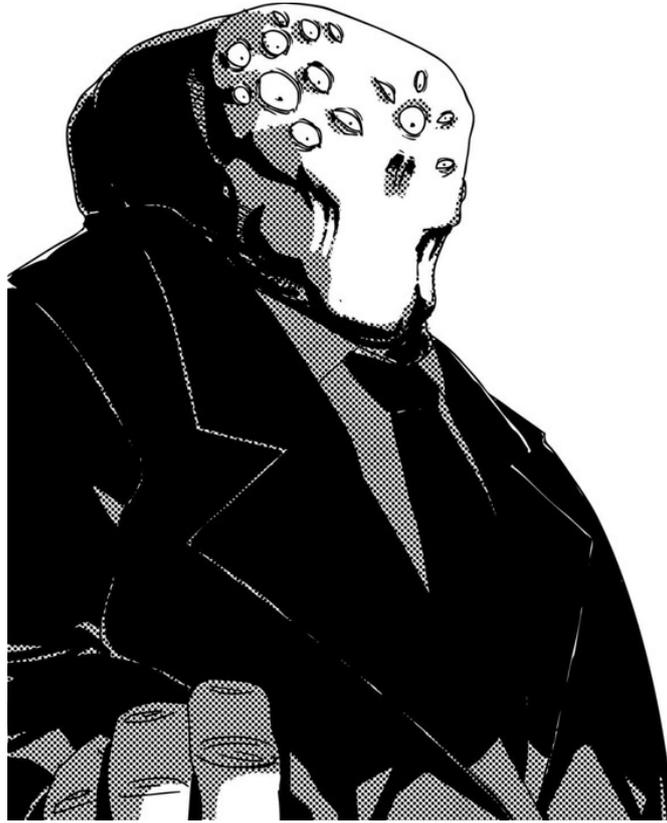
—Yo pensaba en otra cosa...

—¿Qué?

—Bueno, pero prométeme que vas a decir que sí.

Knaach enarcó una ceja.

—¿Qué?



Todos los pasajeros, que se movían como si formasen parte de una comunidad de hormigas, abrieron un espacio de por lo menos un minuto en su ajetreada agenda para ver pasar a Claudia. Algunos incluso giraban la cabeza e, impresionados, no le quitaban el ojo de encima hasta que se perdía de vista.

La chica, caminando coquetamente (o por lo menos eso intentaba, entre tropezón y tropezón), llevando al león echado sobre sus hombros, con su enorme melena color cobre agitándose.

—Ten paciencia, te bajaré cuando compre el boleto.

Knaach, haciéndose el muerto, con su hocico cerca de su oreja, contestó con un amargado gruñido.

Los paneles holográficos y los monitores planos flotantes de las aerolíneas caían verticalmente por todas partes como una lluvia, para hacer propaganda a los pasajeros y para recordarles la hora en que salían los vuelos a infinidad de parajes en el Sistema Solar, la voz femenina del altoparlante que se escuchaba cada cinco minutos se perdía en el eco de aquel gigantesco lugar. Tuvo que caminar hasta encontrar la terminal 145, que contemplaba la venta de boletos para viajes de entretenimiento en naves espaciales. Knaach sentía cada fibra de su cuerpo entumecida, y solo por pura maldad, clavaba con confianza sus largas pezuñas en el cuello del ogro, cuya piel parecía más dura que un hueso.

Llegó hasta un largo pasillo con una cinta mecánica en el suelo, que transportaba lenta y plácidamente a los pasajeros hasta el otro extremo. Alrededor, las paredes eran de vidrio y ofrecían una hermosa vista hacia las pistas, repletas de naves. A mitad del camino, el león sintió cómo la chica se ponía tensa y daba un respingo, a la

vez que una ópera aparatosa salía de todos los altoparlantes del área. Era el himno nacional de Io. Claudia se dio media vuelta, y, mientras la correa la deslizaba, veía, en una pantalla enorme que flotaba a cientos de metros en el techo, la imagen de la nave-casino, con un titular electrónico en la parte inferior: «Esta noche la nave-casino Herschel Magnatino se viste de gala para recibir a nada menos que una comitiva imperial que...». Fue justo en ese momento, acompañado con una pulsación rápida en su corazón, que la chica sintió un nerviosismo acompasado, y consideró lo peligrosa que sería su misión. Hasta entonces todo aquello había sido como subir los escalones del trampolín, y ahora, de súbito, sentía que estaba en la plataforma, viendo un abismo insondable bajo ella. Sus palpitaciones aumentaron, su mentón tembló apenas abrió la boca para respirar, y sus rodillas flaquearon: Claudia tenía miedo, mucho miedo.

—Si tu padre supiera lo que estás por hacer, seguro te mataría —susurró Knaach. La chica vio fijamente al frente.

—Lástima que no podrá hacerlo, porque igual ya te habrán matado en la nave... Me parece que antes de hacer nada, deberías conseguir otro zellas y comunicarte con él.

—Me lo prohibiría, por eso me comunicaré con él después de que haya dejado tuerto a Gargajo.

—Espero que donde sea que vayan los ogros cuando mueren haya zellas, para que le des la buena noticia de que ha dejado de tener a una hija tan tonta. ¡Y no se te olvide dejarme en el suelo apenas compres tu boleto!

Claudia echó un ronco bufido de hastío. Un bebé blanco y cabezón, quien iba caminando con su madre (que tenía un ojo enorme y azul en el centro de la cara, una boca redonda y pequeña, y un mechón de pelo amarillo y largo anudado con un lacito rosado) se quedó viendo a la ogro, asustado. La cinta transportadora la dejó frente a los terminales. Una esfera con dos antenas a los lados y unos ojos tubulares se acercó flotando al flujo de pasajeros que salía del pasillo, de la rendija que había sobre el lugar que debía llevar la boca salía la voz de una mujer: *Bienvenidos al área de venta de boletos para viajes de entretenimiento en naves espaciales. Por favor, recuerde que no se permiten llevar objetos afilados, radio-transistores de frecuencia superior a 29.3-4 y armas láser. Los pasajeros que tengan como destino abordar el Cometa de la Fortuna por favor ocupen los terminales 10 al 12; los que aborden el Observatorio de la Luna terminales 13-14; la nave-casino Herschel Magnatino terminales 15 al 18...* Claudia apresuró el paso, Knaach de pronto sentía como si estuviese montado sobre un caballo de carreras.

Las casillas transparentes de los vendedores de boleto (a través del cristal se veían imágenes holográficas del interior de la nave-casino) estaban casi vacías, el vendedor no pareció muy interesado en atender a Claudia cuando esta se puso frente a la ventanilla.

—Deseo un boleto para abordar la Hersloquesea Manganatino...

—Lo siento —contestó el tipo secamente, sin levantar la mirada de la revista que leía—, pero solo personas que tengan una invitación pueden entrar. Hay un evento especial esta noche.

Por momentos, la niña sintió que el suelo le empezaba a dar vueltas. Se asomó por el andén de pasajeros, y se dio cuenta de que las cápsulas transportadoras ya estaban despegando del puerto hacia el espacio, llevando a los pasajeros hasta la nave-casino, que se hallaba en la alta atmósfera de Plutón. Se veía a personas elegantemente vestidas hacer cortas filas frente a la puerta 15, mientras que una comitiva de atentas aeromozas revisaban sus invitaciones.

—No... No es justo —gimió.

—Gracias a dios que el sentido común esta vez imperó como ley natural —susurró Knaach, con satisfacción.

La ogro se retiró cerca de unos baños públicos para que el león pudiera bajarse de su cuello.

—¿Ahora qué vas a hacer?

—Tengo que subirme a esa nave a como dé lugar, ¡tengo que hacerlo!

—Cuidado y te da otro de tus arranques aquí, en medio de la Estación Espacial.

La ogro echó un gruñido.

—¿Qué piensas hacer, bestia? —le espetó el león—. ¿Secuestrar una cápsula transportadora? Acéptalo ya, el plan era ridículo desde el comienzo...

La azafata oteó el espacio para ver si llegaban más pasajeros y, al ver que tal cosa no ocurría, decidió cerrar la puerta, cosa que desesperó a Claudia. Empezó a caminar rápidamente a la puerta próxima a la 15, la 16. Una fila corta de sujetos con apariencia burocrática y excéntrica estaba pasando por la puerta. Un hombre que vestía un chaleco blanco con chapas, y unos pantalones apretados, giró la cabeza para ver a la ogro, o por lo menos eso le pareció a Knaach: tenía un copete de pelo negro parecido al cañón de un tanque, y unos anteojos negros enormes, que le daban la apariencia de una mosca.

Una vez hubo pasado el siguiente pasajero, la azafata, con una enorme sonrisa en la boca, cerró la puerta estruendosamente. La chica apretó sus dedos en el pasamanos, al ver que las cápsulas con forma de autobús despegaban rápidamente del suelo y ascendían a toda velocidad. El pasillo quedó totalmente vacío después de aquello. Knaach se sentó al lado de la ogro.

—¿Qué haremos ahora?

Claudia contestó con un puchero. Sus ojillos negros se fijaron en la puerta 17, que estaba a muchos metros más allá, la azafata hablaba con el último pasajero y, consecuentemente, cerraba la puerta. Empezó a correr otra vez hacia delante.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Voy a intentar sobornar a una azafata!

—¡Oh, por dios!

La niña se detuvo frente a la puerta 17 y empezó a golpearla; los retumbos que

daba su puño sobre el hierro hicieron pensar al león que en cualquier momento un guardia de seguridad acabaría por echarlos de la Estación Espacial.

—Claudia...

La niña tocaba la puerta furiosamente.

—Claudia...

—¡No pueden dejarme aquí! ¡No pueden, no pueden! —gimió, sacando la billetera de su bolsillo, mientras seguía golpeando con mayor fuerza.

Los monitores flotantes que reflejaban imágenes propagandísticas de la nave-casino se apagaron.

—Claudia...

—¿¡Qué!?

Knaach señaló con una garra a la ventana. Al asomarse, la chica se dio cuenta de que el puerto estaba vacío y lleno de neblina: la nave había despegado ya. Apoyó la espalda a la puerta y se dejó caer lentamente hasta quedar sentada en el suelo.

—No puedo creerlo, he fallado otra vez. Soy una inepta, una inepta. Iapetus seguirá siendo la misma luna miserable y sucia de siempre, porque no pude hacer nada en el momento que tuve que hacerlo.

—No era a ti a quien correspondía hacer nada.

La esfera flotante volaba por el pasillo, lentamente. «Por favor, desalojar el área, zona privada, las operaciones aquí han finalizado, cerraremos en este instante. Por favor, desalojar el área, zona privada...».

—Por lo menos te queda que, después de todo, vas a poder informar a tu padre sobre lo que sucedió con el espía secreto, eso es importante.

Ambos empezaron a caminar de vuelta a la cinta transportadora.

—Míralo por el lado bueno, Claudia —la consolaba el león—. A mí no me gustan las despedidas, y menos cuando sé que una amiga va a morir. Me hubiese hecho muy mal ver cómo te ibas en esa cápsula.

La ogro suspiró profundamente, con ambas manos metidas entre la cinta que estaba anudada en su cintura.

—¿Qué más puede hacerse por aquí?

—Hmmm, nada que yo sepa. Este lugar está lejos de todos lados. ¿De aquí no salen naves a Iapetus?

—No. Te he dicho que está recubierta por una nube de gases tóxicos, los vuelos comerciales también se cancelaron hace años.

—Lo siento —musitó el león, apenado.

Ambos dieron un respingo nervioso al escuchar una atronadora voz.

—¡EPA! ¡TÚ, LA GRANDOTA! ¡VEN ACÁ, INMEDIATAMENTE!

Claudia abrió bien los ojos y vio a un guardia de seguridad que se acercaba a ella a paso apresurado. Por su horrible cara de pocos amigos, no parecía tener buenas intenciones. Knaach se alertó al ver que detrás de él, venían cinco monstruosos hombres vestidos de blanco, uno de ellos llevaba una enorme inyectadora.

—¿Tienes permiso para traer animales salvajes contigo? ¡Más te vale que sí, o nos lo vamos a llevar!

Claudia observó a su amigo y este a su vez la miró a ella. Nuevamente, la mente de ambos generó la misma idea: se dieron media vuelta, y empezaron a correr a toda prisa.

—¡REGRESEN AQUÍ! ¡TE ESTÁS METIENDO EN EL PROBLEMA DE TU VIDA, CRETINA! —rugió el guardia, que sacó una pistola plateada del bolsillo—. ¡TRAS ELLOS, AHORA!

Con la otra mano sacó un radio y, tras la nube de interferencia electrónica, empezó a pedir refuerzos. El suelo retumbaba como un terremoto bajo los zapatos de Claudia, quien corría con los codos levantados, como una maratonista. Knaach iba pocos metros delante de ella. El monstruoso guardia, que llevaba una bata blanca, blandía la inyectora en el aire, como un loco. Pasaron la puerta 17, la pista de aeronaves estaba completamente vacía. El león giró la cabeza viendo tras su espalda: el guardia de seguridad le estaba apuntando justamente a él con la pistola láser. No alcanzó a sentir un frío terrorífico en su columna vertebral cuando por poco tropieza y pega el morro al suelo: una mujer muy baja, que llevaba un extraño traje de puntos negros con forma de triángulo, y unas zapatillas de payaso, le trancó el paso.

Claudia por poco aplasta a su amigo.

—¿Qué les pasa a ustedes dos, eh? —los espetó la mujercita, con su voz chillona, mientras un diminuto canario azul que llevaba en su hombro piaba—. ¿Acaso no saben qué hora ES?

El león jadeaba, Claudia, por poco, le arrojó un manotazo para apartarla del medio. Los pasos tras ellos se multiplicaban.

—¿Son del comité de espectáculos, no? Menos mal que los vi corriendo, ¡si llegaran a tiempo, no tendrían que pegar esas carreras!

La ogro levantó la mirada, y vio que estaban frente a la puerta 18, la última del terminal: la puerta de empleados.

Knaach se quedó callado.

—¡Y ni hablar de los artistas que contratan hoy día! Si yo fuera el jefe, no habría perdido el tiempo en ustedes... ¿Qué chiste tiene domesticar a un león si tienes el tamaño que tienes? —le espetó airadamente a Claudia.

El guardia de seguridad se detuvo pausadamente, varios metros más atrás. La mujercita puso ambos brazos alrededor de su ancha cintura, mientras fruncía los ojos (como si fuesen sus cejas, que por cierto, no tenía; solo llevaba una pestaña gruesa, larga y entornada en cada ojo).

—Je, pero no creas que no te voy a abrir un reporte ¿eh? Qué forma tan poco profesional de presentarse, y más hoy, cuando damos nuestro espectáculo frente a personas tan importantes. ¡Solo porque pareces llevar contigo un espectáculo digno del Circo Jumbo Jumbo!

Le dirigió otra mirada fatal a la ogro y luego al león. Su canario se transportaba

de un hombro a otro detrás de su espalda, viendo con miedo al felino.

—¡Vámonos! ¿Quieren? ¡Vámonos ya!

Claudia observó a Knaach y, este, ceñudo y boquiabierto, la vio a los ojos. Ella hizo un movimiento con los labios: no te queda otra opción... El empleado de traje naranja, que hacía el trabajo que hacen las azafatas (con la diferencia que este atendía a los empleados que trabajan en la nave), los veía de brazos cruzados, frente a la puerta.

—Dis... Discul... pen, disculpen en verdad —gimió Claudia, con un hilo de voz—. Se nos hizo tarde.

Puso una mano en la espalda del león.

—Vamos, Knaach.

El felino, sin pronunciar palabra, la siguió cabizbajo a través de la puerta, como si fuese un condenado a muerte. Los policías no les quitaron la mirada de encima hasta que la puerta quedó cerrada. Una vez dentro de la cápsula transportadora (que estaba abarrotada de animales y personas extrañas, que reían a carcajadas y estaban vestidas como payasos), los pilotos se aprestaron a despegar. Claudia decidió mezclarse con la gente, sudando, mientras su corazón generaba la suficiente energía para mantener con vida por lo menos a veinte personas. Se sentaron al lado de un mago con un sombrero de copa enorme y unos conejos asomando las cabezas. La mujercita histérica fue la última en subir, los payasos empezaron a hacer pedorretas al verla. La ogro pensó que ella era la única con vértigo cuando despegaron. Los tumbos en la nave solo hicieron provocar más carcajadas entre los payasos, que ahora cantaban en grupo. Knaach no dijo una sola palabra en todo el trayecto.



Al entrar en la vacuidad del espacio, la cápsula transportadora dejó de temblar por los embates del viento y la turbulencia. La espesa calma hizo prorrumpir un estallido de aplausos por parte de los payasos, quienes celebraban su llegada al espacio. Se prendieron varias bombillas rojas con un cartel luminoso que decía «gravedad artificial en línea, manténganse en sus asientos», obviamente nadie prestaba mucha atención a ello.

El corcho de una botella de champaña pegó contra el techo, seguido por un chorro de espuma que se quedó flotando en el aire por varios segundos antes de precipitarse sobre la cabeza de todos. La falda verde de Claudia, que estaba sentada, quedó manchada. Ella solo se limitó a sacudirla un poco, usando la champaña para limpiarse los labios de la sangre del pez, y quitarse disimuladamente su disfraz de ogro mujer, pues ya no había necesidad de fingir. Knaach parecía ajeno por completo al bullicio, solo veía a través de la ventana redonda, que ofrecía un panorama negro con puntos brillantes por todos lados.

El aura oscura y fulminante que despedía al león le indicó a la niña que tal vez lo más prudencial sería no entablar conversación alguna, por lo menos hasta que fuese estrictamente necesario. Por el momento, se sentía con suerte de que ningún payaso, mago o encargado les hubiese preguntado de dónde habían salido. Todos estaban embebidos en su alegre celebración.

El agudo ruido de las turbinas de la cápsula espacial se hizo más fuerte, indicando que se estaba moviendo con mayor velocidad, pero en breve, se apagaron, y sin embargo la sensación de que se estaban desplazando continuaba. Claudia se asomó por la ventana y se llevó una gran sorpresa: ahí, tan vasta como una pequeña ciudad, la Herschel Magnatino, con Plutón como fondo. A sus costados había cientos de miles de ventanillas amarillas brillando en conjuntos cuadrados, como una torre vista de noche. El cuerpo era mucho más ancho y se extendía millas hacia atrás. Tenía dos alas enormes, como las de una arpía, que terminaban encorvadas hacia abajo, y llevaban plegadas sendas turbinas de energía cósmica. Desde el morro del cuerpo de la nave se extendían luces azules y naranjas. Ventanales enormes desde los que podían verse pisos enteros con ascensores subiendo y bajando, y personas caminando aquí y allá. En ambas caras de la cola, estaban dibujados un trébol y un diamante de póquer. Desde la panza de la Herschel Magnatino se hallaban cúpulas transparentes con torres de control dentro, y naves transportadoras volando en multitud, como una bancada de peces bajo un titán.

Cuando la cápsula espacial se acercó bajo la cabeza de la nave-casino, a Claudia le pareció que esta debía tener el tamaño de una montaña. Observó que los autobuses siderales que vio partir desde el aeropuerto estaban subiendo y desaparecían a través de una compuerta. La cápsula de empleados tenía reservada otra entrada: visto desde ahí, mientras volaban al ras del estómago del vehículo espacial, parecían estar corriendo a través de una larga autopista. Pronto llegaron a la compuerta que les correspondía: las gruesas planchas metálicas se abrieron lentamente. La nave subió con admirable precisión a través de la obertura, la vista a Plutón y el espacio exterior se vio reemplazada por una pared metálica a través de la cual ascendían, como un ascensor. A continuación, se vieron en una plaza con cientos de cápsulas espaciales estacionadas en filas; en aquel lugar abordaban a la nave todo tipo de empleados: crupieres del casino, personal de seguridad, personal de limpieza, los cocineros, los camareros y un largo etcétera. Bajando por la rampa, entre el estrepitoso bullicio de los payasos, Claudia aprovechó para intentar que su amigo hablara.

—Es un lugar impresionante, ¿no crees?

—Sí, ciertamente. Nunca imaginé que moriría en un lugar tan grande, no está mal para ser una tumba.

—Oye, lamento que te hayas metido en esto, pero yo no quería que sucediera así, al final no había otra opción.

—Lo comprendo —gruñó—, solo quiero hacerte una pregunta.

—¿Sí? ¿Qué es?

—Cuando estuvimos allá abajo, en la Estación Espacial, hubo un tipo de apariencia rara, que se te quedó viendo, llevaba un chaleco blanco, y unos anteojos negros y enormes, lucía también un copete bastante ridículo. Te siguió con la vista hasta que la azafata lo llamó...

—Sí, yo también me fijé en él, fue una coincidencia verlo.

—¿Eh?

—¿Recuerdas que llegué hasta el circo de Jumbo Jumbo porque estaba siguiendo a un tipo? Pues era él.

—Vaya...

—Sí, su nombre es Mojo Bond.

—Y ahora sabe que estás aquí...

—No del todo. Se me habrá quedado viendo porque soy una ogro, el tipo es muy detestado en Ogroroland.

—¿Trabaja para Gargajo?

—No para él, pero sí aprovechó la situación para hacer todos los tratos sucios que pudo, y enriquecerse bastante, viniendo en representación de un supermagnate.

—Qué joya de tipo.

La mujercita histérica daba órdenes, caminando aquí y allá, mientras que su canario, que ahora estaba posado sobre su cráneo, trinaba enloquecidamente. Estaba sufriendo, intentando que los payasos la obedecieran para no dispersar el grupo, convenciéndolos de ensayar para el espectáculo. Claudia y Knaach aprovecharon la ocasión para separarse y perderlos de vista, colocándose tras otra cápsula espacial.

—Oye, Knaach, quiero que sepas algo...

El felino levantó la cabeza.

—Si alguien va a morir, soy yo, no tú. Eso no cambia por el hecho de que estés aquí. Yo soy la que va a dejar tuerto a Gargajo, tú puedes mezclarse con la gente con la cual subimos e irte con ellos... Se ven alegres.

—Estaría encerrado en un circo, otra vez.

La chica cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¡Pues que león más llorón eres! ¡Confórmate con que no te van a torturar!

—Ya cállate. Quiero saber otra cosa... ¿Alguna vez has visto a Gargajo? Es decir, sabes CÓMO es, ¿verdad?

—Pues no, casi nadie sabe cómo luce. Pero es un cobarde, debe estar rodeado de guardias. ¿A qué viene la pregunta?

—Porque podría estar infiltrado entre la gente.

—¿De veras lo crees?

—Sí, y será el tipo más horrendo de todos.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? Levantó sus ojos amarillos, para verla a la cara.

—¿Acaso no sabes cómo es la luna Io? —preguntó, con funesta seriedad.

—¿Io? Nunca la he visto.

—Pues te lo diré: es un infierno. No cualquiera puede sobrevivir ahí. Se trata de un lugar lleno de volcanes activos, cuyo suelo es de lava solidificada, la misma luna genera su propio calor, y las temperaturas, día y noche, son insoportables. El emperador Gargajo debe ser una persona de piel dura, recubierto de ronchas. Deberíamos reconocerlo apenas lo veamos. La marejada de empleados empezaba a subir la interminable fila de escaleras mecánicas que tenían, por lo menos, el tamaño de un edificio, y que los transportaba a la plataforma de arriba, desde donde debían entrar a la Gran Sala, para así empezar a cumplir con sus labores. Se oía el estentóreo bullicio de las personas, como si fuese una marcha enorme.

—Unámonos a los empleados y, una vez arriba, mezclémonos con las personas — sugirió la niña.

—Se te olvida un detalle.

—¿Cuál?

—No tenemos invitaciones. ¿Recuerdas que gracias a ellas no te dejaron comprar un boleto en la Estación Espacial? Y me temo que se llevan colgando del cuello. Los guardias no van a tardar en descubrirnos.

—¡Diablos! —gruñó, pegando la espalda a la cápsula—. Pero se me ocurre una idea...

—Si de casualidad se trata de noquear a un par de personas y robar sus uniformes, te recuerdo que ni vas a encontrar un empleado de tu estatura y contextura, ni tampoco vas a conseguir un traje para un león —advirtió, torciendo los ojos.

—¡Diablos!

Claudia cruzó los brazos y se quedó viendo el suelo, ceñuda. Su amigo movía la cola, viendo a las últimas personas subir.

—Bueno, ya sé...

—¿Qué?

—Noquearemos a un par de invitados y les robaremos sus invitaciones, y sanseacabó.

—No te creas que va a ser así de fácil, además, soy un león. ¿Quién se va a creer que me han dado una invitación a mí?

—Diré que eres mi mascota.

Knaach giró la cabeza para verla, con los ojos ensanchados.

—¿Qué has dicho?

—Pues... Podríamos decir, para despistar a la gente, que... Tú eres mi mascota —dijo, lentamente, y con un tono de voz apagado.

—¡NUNCA!

La ogro vio a un lado y a otro.

—¡Shhht! ¡Baja la voz!

—¡NO SOY LA MASCOTA DE NADIE! ¡¡DE NADIE!! —gritó, dramáticamente.

—¡Cállate ya! ¡¡Cállate!! —susurró, con una vena hinchando su frente.

—¿¡POR QUÉ ME ORDENAS QUE ME CALLE!?! ¿¡QUIÉN ERES TÚ PARA CALLARME!?! ¿¡QUIÉN TE CREES QUE ERES PARA DARME ÓRDENES!?!

Claudia empezó a tirarse las trenzas de los cabellos de la desesperación, y optó por morderse la lengua antes de empeorar la situación. La bestia resopló con fuerza y giró la cabeza, viendo hacia otra parte.

—¡Por dios! ¡Qué pesado eres! ¡Era solo una solución! Es obvio que eso no es cierto...

Knaach seguía con la misma postura, pero con los ojos entrecerrados, ofendido.

—No puedo creer que después de haber aceptado lucir como mi abrigo de piel te enojas tanto por esto.

—Los abrigos de pieles son prendas lujosas y caras —murmuró testarudamente, sin dignarse a observarla.

—Está bien, está bien, lo de la mascota hubiese sido una solución genial, pero ahora, por ti, tendremos que buscar otra. Vamos a ver, ¿no sabes cuál es tu hogar? ¿Estás seguro de que no recuerdas el nombre de donde provienes?

—¿A qué viene otra vez esa pregunta?

—Porque podríamos decir que eres un embajador de tu tierra.

—Absurdo, mi luna fue destrozada por un fenómeno natural hace ya mucho tiempo, o algo así tenía entendido, y no quiero hablar de eso.

—León histérico y malhumorado...

Knaach la vio de arriba abajo con desprecio, y le dio la espalda.

—Pues entonces seguiremos diciendo que somos del personal de espectáculos, hasta que encontremos a Gargajo y nos separemos. Caminaron hasta las escaleras mecánicas. A lo lejos, ambos se veían como puntos ascendentes. Una vez arriba, en la plataforma, se dieron cuenta de que había una encrucijada con cientos de puertas alrededor: la del centro, la más grande, era la única que estaba entreabierta, de ella salía un estruendoso bullicio y música.

Los dados brillantes restallaban contra las mesas, las cartas caían sobre la madera, las ruletas de la fortuna giraban sin cesar, los naipes se barajaban una y otra vez, los crupier cantaban los números, las máquinas tragamonedas no paraban de hacer sus característicos sonidos, y los caballos robot corrían en una pista anti-gravedad en el techo, echando vapor por la nariz, mientras los aficionados abajo gritaban, saltaban, y alentaban a las máquinas de diferentes marcas a dar lo mejor de sí. En la tarima del escenario, sobre una pista de baile, estaba un grupo de jazz, todos con uniformes blancos, y lacitos negros en el cuello. En cada lámina de pared que había entre dos inmensas vigas de metal, a los costados de la nave, se hallaba una ventana que mostraba el espacio. Las estrellas quedaban lentamente atrás, indicio de que la nave se estaba moviendo, ya no se veía Plutón. Al fondo del salón, había una pared recubierta por cantidades de banderas holográficas y ondulantes, de colores y diseños extrañísimos: unas tenían forma de cometa, otras de espiral, e incluso una brillaba, todas ellas representando a una luna o planeta distinto en el Sistema Solar. Claudia

distinguió la bandera de Io, representada como un eclipse de sol con fondo negro.

Se escuchó el descorche de varias botellas de champaña, mientras una lluvia de papelillos y chispas caía sobre una mesa, indicando que un afortunado se había ganado un montón de plutos.

—Me pregunto qué hubiera hecho Kannongorff ahora —murmuró Claudia, acalorada.

—Posiblemente no hubiese hecho nada...

—¿Cómo dices?

El león le hizo un gesto con el hocico, para que viera hacia delante, hacia la tarima. El grupo de jazz ya no estaba tocando. En cambio, estaban dos figuras paradas, con un cono de luz iluminándolos. El primero, que estaba parado frente al micrófono, era un personaje desconocido para Claudia, pero el sujeto que se hallaba detrás, con su chaleco blanco y su extraño copete, era Mojo Bond. Knaach dio un cabezazo en la cintura a su amiga. Una multitud copiosa de gente los rodeaba en la oscuridad, las luces se habían apagado, y todos veían al tipo.

—¡Ay! ¿Qué pasa?

—¡Claudia! ¡Ese tipo! ¡El del micrófono!

—¿Qué hay con él?

—Nunca pensé que lo vería otra vez, es Osmehel Cadamaren. ¡Tal vez el hombre más rico del Sistema Solar! Es el dueño de Jumbo Jumbo, y también de esta nave espacial, estoy seguro.

Osmehel Cadamaren era muy alto y bastante delgado, como buen porciano. Sus brazos parecían bastones con articulaciones en los codos, sus hombros eran abultados y redondos y, sus dedos, recubiertos por guantes blancos, huesudos y largos. Su pelo era intensamente negro y brillante, peinado de medio lado hasta tal punto que más que pelo, pareciese una cubierta de plástico. Lo que más resaltaba en su cara eran tal vez sus delgados bigotes, porque a cada lado estaban enrollados hasta hacer una semiespiral. Sus ojos eran saltones y completamente negros (incluso la parte que debía ser blanca) y sus pupilas amarillas, pero lo más terrible de todo, lo que más embebía de su cara, eran los ante-párpados, que estaban abultados y eran arrugados. Su nariz era larga y terminaba en una punta delgada y cuadrada. En cada cachete (ambos huesudos) había unas ligeras hendiduras. Sus cejas eran delgadas y su frente cuadrada. El traje que llevaba, un esmoquin negro, parecía tan ajustado a su cuerpo que daba la impresión, por momentos, de ser simbiótico. Del lado izquierdo del paltó estaba dibujado un elegante as mientras que del derecho, un diamante. Sin embargo, su rasgo más sobresaliente, era que, a diferencia del porciano usual, Cadamaren llevaba su cabeza entre los hombros, producto, seguramente, de una operación estética.

—Si está cerca de Gargajo, entonces no puede ser un hombre bueno.

—Este tipo literalmente controla Plutón —confirmó el felino, sin apartar la mirada de él— y también compró la luna.

—¿Que qué?

—No me preguntes, pero lo hizo; compró la luna de Plutón hace años y, un mes después, mandó a construir el Observatorio de la Luna, una nave circular que la orbita desde entonces, estudiándola. No me extrañaría si fuera todavía más rico que ese emperador que los dejó en la ruina.

—¡BUENAS NOCHES! —exclamó Cadamaren, extendiendo sus monstruosos brazos y delgados hacia la multitud—. ¡Desde aquí arriba, pareciera que puedo abrazarlos a todos ustedes!

Mojo Bond llevaba las manos tras la espalda, viendo a Osmehel con una sonrisa sumisa.

—Es una alegría grande, muy grande... —prosiguió, sonriendo con los dientes cerrados, como si fuera un ventrílocuo, mientras sacaba el micrófono de la base y se lo llevaba más cerca de la boca, cosa que hacía que sus últimas palabras aumentara en volumen y gravedad—. Esta noche es muy importante, pues hoy le dan un honor glorioso a mi nave, la Herschel Magnatino, que es el de proveerle felicidad a todos ustedes.

La audiencia interrumpió aplaudiendo.

—Esta noche, si todo sale bien, que saldrá, seguro que sí, cerraremos un trato que permitirá multiplicar nuestro alcance a más destinos en el Sistema Solar, llevando no solo alegría e infinitas posibilidades comerciales, sino además progreso y capacidades mayores a sus hogares. ¿No es eso maravilloso? Nuevamente, un minuto de aplausos, faltaba poco para que la sonrisa de Osmehel fuese demasiado grande para su rostro.

—Los excelentísimos primeros ministros, reyes, reinas, presidentes, patriarcas y líderes de Calisto, Ganímedes, Titán, Japeto y Porcia, que están aquí en la fiesta, nos regalan su invaluable presencia esta noche. ¡Un aplauso para ellos!

Nuevamente, como si fuese una marea de títeres, la gente empezó a aplaudir con fuerza, mientras que varios conos de luz caían sobre algunas cabezas en la multitud, indicando las personas a las que Cadamaren se acababa de referir. Casualmente, Claudia estaba cerca de uno de ellos; un señor bajito, muy gordo, vestido de negro, con un cinturón dorado que recubría su hombro izquierdo y terminaba en su cintura derecha, luciendo varias medallas de oro en el pecho, quien saludaba tímidamente.

—También tenemos el honor de contar con el emperador Gargajo, quien por desgracia no nos pudo acompañar esta noche (pero no se asusten, porque está a bordo de la nave). Dejó a su esposa, la emperatriz Flema, que vino en representación de él a la fiesta.

Claudia se puso en puntillas, intentando localizarla, pero estaba muy lejos, en un palco privado, a varios metros del suelo.

—Dentro de dos horas exactamente, pasaremos al Gran Aula Magna de Reuniones, para dar inicio a la histórica jornada que nos ha traído hoy a la Herschel Magnatino. ¡Quedo a su disposición, un servidor, Osmehel Cadamaren! ¡Que disfruten de la fiesta!

Como si sus palabras hubiesen accionado un mecanismo automático, las luces se volvieron a encender, los anuncios electrónicos volvieron a funcionar titilando en todos los colores, las máquinas alrededor reiniciaron sus funciones y las ventanas que daban vista al exterior, que desde el inicio del discurso habían estado opacadas, volvieron a mostrar las estrellas. Era como si el universo volviese a funcionar otra vez. Y con ella, el bullicio de las personas, que luego de una tormenta de aplausos, volvían a lo mismo.

Claudia giró la cabeza otra vez para ver hacia la emperatriz Flema, cuya figura era borrosa, pero no para los potentes ojos de Knaach, quien podía divisar incluso el movimiento de sus dedos.

—¿Piensas ir hasta allá?

—¡Tal vez se reúna con Gargajo! Es mi oportunidad —dijo, con determinación.

A continuación, todo lo que pudo hacer el león fue tragarse su respuesta y correr tras Claudia, quien iba a toda prisa hacia el palco de honor de la emperatriz, esquivando al flujo de gente que se atravesaba en su camino sin mucho éxito, pues paradójicamente eso le dificultaba a ellos huir de la ogro cuando la veían acercarse como una locomotora.

La división de guardaespaldas de la emperatriz se movilizaba en círculos alrededor de ella, acompañándola a bajar del palco por las escaleras.

—¡Es una mala idea! ¡Mala idea! —le alcanzó oír al león, cuya voz se ahogaba entre el bullicio.

Pronto, ya habían recorrido media sala, en el centro del suelo estaba dibujada en grande la Herschel Magnatino. La chica siguió su paso recto a través de unas mesas de billar y, justo cuando el nubarrón de gente se disipó, la puerta por donde salieron todos los guardaespaldas, escoltando a la emperatriz, se cerró en frente de sus narices. Tuvo que ahogar un impulso de darle una patada al marco. Alzó un puño al aire y antes que supiera qué hacer con él, Knaach le habló, mientras ponía la oreja en la puerta.

—¡Sssht! ¡Cállate!

La ogro se puso en cuclillas, apretando los dientes, mientras su amigo solo giraba los ojos amarillos, como si estuviese escuchando algo imperceptible para todos los demás.

—¿Puedes escuchar lo que dicen?

—Solo a los guardias... Espera.

—¿Los puedo ayudar en algo?

La ogro y el león giraron automáticamente.

—Me parece que estaban intentando escuchar algo.

Mojo Bond se sacudió las mangas con suavidad y levantó la vista para observarlos. Delante de las luces del casino, el copete del sujeto parecía tener una especie de hálito brillante.

—Pues sí —se aventuró Claudia, con firmeza—. Quería hablar con la emperatriz

Flema.

—¿Una ogro, intentando hablar con la esposa de Gargajo? Me pregunto para qué será...

Knaach observó a Claudia, nervioso.

—Y tal vez habrías tenido que agregar que también la espiabas ¿verdad? Porque dudo que trataran de pasarle un mensaje ahí, por el resquicio de la puerta.

La niña se puso roja en un instante. No solo pasó frente a sus ojos una película donde se repetían las desgracias que tuvo que ver en las fronteras de Ogroroland, sino además, fungía el hecho de que él no tenía absolutamente nada que ver con Gargajo. El reporte que había leído en la Recicladora de Basura que la llevó a Plutón decía que Bond solo trabajaba como secretario de Cadamaren.

—¿No le parece que se está metiendo demasiado en asuntos que no le incumben? —resopló, cruzando los brazos.

—Pero resulta que están en la Herschel Magnatino —respondió con una sonrisa de suficiencia y una ceja enarcada, peinándose el cabello con delicadeza— y sí es mi problema.

De la cintura, se sacó un radio-control, y se lo acercó a la boca.

—Seguridad, por favor, venga en este mismo instante. Es una orden.

Se lo llevó otra vez a la cintura, se sostuvo las manos tras la espalda y, con los ojos entrecerrados, asintió con la cabeza, observándolos a los dos. Knaach tenía la cara entumecida por el miedo, viendo fijamente al sujeto, y haciéndose la idea de que por fin ocurriría lo que siempre supo que ocurriría desde que no le quedó más remedio que montarse en la cápsula transportadora, Claudia apretó los puños, con la frente bañada en sudor. Como para delatar su culpabilidad, ambos dieron un respingo cuando el cerrojo de la puerta que tenían atrás crujió.

Salió uno de los escoltas de la emperatriz, alto, de hombros muy angostos y cintura muy compacta, y con la cara tapada por un velo negro, del mismo color que el resto de su uniforme. Se quedó varios segundos viendo a los tres, y, sin mayores problemas, cerró la puerta y se dispuso a caminar. Mojo Bond ensanchó los ojos, viendo primero al guardaespaldas y luego a Knaach y Claudia. Rápidamente, se acercó hasta él y tuvo que colocarse un puntillas para acercar su cara al velo. Le susurró una serie de cosas mientras señalaba al león y la ogro con el dedo. El misterioso personaje giró la cabeza lentamente para observarlos, y deslizó su brazo hasta la cintura, donde extrajo su propio radio control, para llevárselo a la cara, solo que esta vez, a diferencia de Bond, el aparato sí despidió un nubarrón de interferencia y un pitito doble.

—Necesito que vengan acá, tenemos un problema de seguridad —dijo, con una horrible susurro jadeante.

—Ahora mismo —confirmó la voz a través de las rendijas del aparato.

Bond, de una forma muy mal disimulada, les intentaba tapar el campo de visión del hombre hablando por radio.

Claudia estaba confundida. En menos de lo que tarda la aguja más larga y delgada del reloj en recorrer medio camino hasta el próximo segundo, dos guardias de seguridad se acercaron, llevaban escopetas plateadas tras la espalda, tan brillantes que parecían espejos.

—¿Cuál es el problema?

—Ahem, sí, yo los mandé a llamar —murmuró Mojo, con un hilo de voz casi imperceptible—. Resulta que sorprendí a esta parejita intentando forzar la puerta.

—¡ESO ES MENTIRA! —gritaron la ogra y el león al mismo tiempo.

Uno de los custodios observó detenidamente a Claudia (tenía que levantar la cabeza para hacerlo) y luego a Knaach.

—No llevan sus invitaciones alrededor del cuello —reflexionó.

—¡Oh, sí, sí! —escupió Bond, ensanchando los ojos y abriendo la boca en O, fijándose en aquel detalle mientras veía fijamente a la chica—. Es también por ello que ordené su presencia.

El guardia torció los labios, viendo fijamente al personaje, que tomaba las solapas de su chaleco plástico y lo veía de vuelta, sonriendo.

—Entonces van a tener que acompañarnos para interrogarlos —dijo el otro, tomando la escopeta tras su espalda y apuntándolos—. Andando.

Claudia obedeció. Knaach giró la cabeza para ver a Mojo Bond una última vez, fijándose que el radio-control que llevaba en la cintura, era muy distinto a los del personal de seguridad, no solo porque era completamente hueco, sino porque además, llevaba pegado un *sticker* que decía en letras esponjosas «MADE IN JUMBO JUMBO», con el logotipo de la juguetería del parque de diversiones en un costado.

—¡Ese bastardo, hijo de la más gorda puerca marciana! —gruñó, sintiendo que echaría chispas por el hocico.

Afortunadamente, las pocas personas que los vieron pasar siendo escoltados por los vigilantes (uno de ellos que les apuntaba con un arma mortal) ni siquiera se molestaron en retirar su profunda abstracción de los juegos del casino. Los llevaron a una puerta de seguridad que estaba cerca y, una vez adentro, los hicieron caminar por un infinito pasillo de paredes y techo angosto (Claudia tenía que agachar ligeramente la cabeza).

—¡Nosotros no estábamos haciendo nada malo! —explotó la niña—. ¡AQUEL hombre era solo un farsante!

Escuchó que el agente chistó, tranquilamente.

—En eso te creemos, cariño. El problema es que no llevas tu invitación, es lo que nos hizo detenerte, a ti y al animal.

Siguieron caminando por un rato, en silencio.

—¿Y qué piensan hacer con nosotros?

—Ese detalle todavía no lo hemos decidido... y ya habrá tiempo de sobra para que te hagan preguntas en el cuarto de interrogatorios.

—Y más te vale que seas inteligente y no te niegues a cooperar —intervino el

otro gendarme, divertido—, porque si lo haces, nadie se molestará en gritarte ni tampoco amenazarte, no... Te colocarán el casco de la verdad.

Knaach se tragó el impulso de hablar para preguntar qué era el casco de la verdad, pero para su desgracia, la pregunta quedó respondida en un santiamén.

—¡Oh, sí! El caso de la verdad, menos mal que me lo has recordado... ¡Ya estaba pensando en que les sería muy difícil interrogar a alguien tan grandota como ella!

—¿Qué hace el casco de la verdad? —preguntó la ogro, sin miedo.

—Te da corrientazos eléctricos en la cabeza, muy dolorosos, que van partiendo tu cráneo poco a poco, hasta que decidas ser una buena niña.

Como si fuese un poderoso trompo gigante, Claudia tomó giró en un instante, y cogió la mano del guardia que tenía detrás, el que llevaba la escopeta. El hombre gritó una obscenidad y, justo cuando accionó el gatillo, ya le había quitado de la mano el objeto, como si apenas fuese un niño atolondrado. La línea de láser amarilla y radiante fue a dar contra la pared, abriendo un hueco del tamaño de una moneda. Los bordes de metal derretido empezaron a deslizarse en espesas líneas, dejándolo casi tapado otra vez. A través de él había podido verse a la gente ocupada con los juegos del casino y al peculiar grupo de jazz en la tarima. Claudia le dio un empujón en el pecho, el tipo salió disparado como una pelota, profiriendo un vomitivo gorgoreo. Cuando por fin cayó al suelo, allá a lo lejos, se veía como la mitad de su tamaño.

Su compañero, con la boca abierta, y los dedos atezados, no daba crédito a lo que acababa de suceder. Para cuando extendió un tembloroso brazo hacia su escopeta, ya tenía a Knaach encima. Las enormes patas del felino le sacaron el aire de los pulmones. El león le dio un bofetón con el reverso de la pata y lo dejó inconsciente al instante.

—Ahora sí la hemos armado buena, Claudia —suspiró, girándose para verla.

Pero ella no decía nada.

—¿Claudia? ¿Qué pasa? ¡Claudia! ¡Oh, dios! ¡El láser te tocó!

La ogro se sacudía su cadera izquierda, intentando quitar todas las cenizas que habían quedado.

—Solo me ha rozado —explicó—. No es nada.

Knaach apretó los dientes cuando la ogro dejó de sacudirse la cintura, y vio la herida.

La piel descubierta le había quedado de un color rojo oscuro, irritado.

—No... No puede ser, por un maldito demonio —exclamó, viendo a su amiga a la cara, y luego al bultito de metal derretido que había quedado en la pared—. Deberías tener el hueso de la cadera al descubierto.

—Hohoho... Pues somos más resistentes de lo que crees.

El león frunció el ceño, viendo, con sus potentes pupilas dilatándose, el cuerpo del guardia que ella había mandado a volar como a un monigote con tan solo un empujón.

—Entonces estuve equivocado —reflexionó.

—¿Equivocado? ¿Acerca de qué?

—Pensé que ese tipo, Mojo Bond, fue el que había asesinado a Kannondross en el tren aéreo.

—Kannongorff —lo corrigió.

—Sí, eso. Pero no pudo ser él, es imposible. No entiendo nada, Claudia, y quiero que me des más explicaciones. ¿Qué pudo haber asesinado a un ogro adulto? ¿Qué o quién tiene el poder de hacer semejante cosa?

—No lo sé, Knaach, en eso te soy sincera. Lo poco que sabes sobre lo que sucedió en el tren es exactamente lo mismo que sé yo.

La chica recogió la escopeta plateada del guardia, que en su manos parecía apenas una simple pistola. Su dedo era demasiado grueso para introducirlo por la rendija que tenía el gatillo.

—Bueno. ¿Ahora qué tienes pensado hacer? No podemos salir y dejar que Bond nos vea otra vez.

En respuesta, Claudia se puso de rodillas, y tomó al guardia por la solapa del abrigo rojo, levantándolo lo suficiente como para que sus caras quedasen frente a frente. Con la otra mano, presionó su índice con el pulgar, lo acercó a su rostro y catapultó el dedo dándole un capirotazo (lo que para él fue el equivalente a una sonora bofetada soper). El tipo empezó a toser, respirando hondo, y abrió los ojos. El rostro de la ogro abarcaba todo su campo de visión.

—Contesta. ¿Dónde está el emperador Gargajo?

—¿Eh?

Claudia lo zarandeó con brusquedad, el hombretón gimió.

—¡Dime dónde está, o habrás preferido tener tres horas con el casco de la verdad a cambio de verte en el espejo después de que te amase la cara!

El guardia empezó a temblar, los labios se movían estúpidamente, mientras sus ojos se hacían vidriosos.

—Él... Él ya está esperando en el Gran Aula Magna —gimió.

—Es el lugar donde Osmehel Cadamaren dijo que se llevaría a cabo la conferencia —atajó Knaach.

El hombre asintió con la cabeza repetidas veces, viendo a Claudia con miedo.

—E... Es... Está solo, no... No hay nadie con él —añadió, esperando que aquel dato extra fuese un boleto para salvar su vida.

—¿Cómo llego hasta ese lugar?

—A... Al fondo, al fondo —dijo rápidamente, extendiendo un brazo hacia adelante—. En la puerta del fondo.

Claudia soltó al tipo y se puso de pie, haciendo una seña con la cabeza a Knaach. Lo último que el gendarme vio antes de quedar inconsciente nuevamente era que la enorme pata del felino cubría su cabeza, otra vez.



Ya llevaban casi veinte minutos caminando hacia la dirección que les habían dicho. Claudia avaló la idea del león de dejarlos a ambos atados con sus propias ropas dentro de un compartimiento de basura. El pasillo era demasiado largo y ni siquiera los ojos de Knaach podían ver el fondo. La iluminación era tenue, las paredes eran de un extraño metal blanco y frío y, ocasionalmente, se encontraban con alguna puerta a los lados. Ya habían dejado la Gran Sala detrás, sin embargo, no dejaban de escuchar el bullicio de la gente que se colaba a través de las paredes. Ni siquiera vista desde la cápsula, Claudia había caído en cuenta de lo imponente que era la Herschel Magnatino: una verdadera fortaleza espacial, al servicio de un hombre que era un aliado cercano del emperador Gargajo y cuyo servil ayudante, Mojo Bond, había sido el objeto de una sencilla prueba que Metallus, su padre, le había otorgado a ella, quien insistía en que quería dedicarse al espionaje: seguirlo solo hasta el circo de Jumbo Jumbo y dar un reporte, eso era todo lo que tenía que hacer. Pero ahora se encontraba ahí, a bordo, en lugar del asesinado mejor espía de Ogroroland.

—¿Hay alguna forma en que pueda convencerte de que no lo hagas?

—No, ninguna. Ya estoy aquí.

—¿No sería mejor encontrar a un zellas primero, para que te comuniques con tu padre y el Ministerio?

—No.

Claudia se detuvo en seco, señalando una puerta con el dedo.

—¿Lees lo que dice ahí, Knaach?

—Área de Cápsulas de Escape.

—Pues aquí nos despedimos.

La ogro sostuvo sus manos tras la espalda. Hubo breves momentos de silencio.

—¿No quieres que la programe para que vayas a un lugar en especial? ¿Estás seguro de que no tienes un hogar?

—Claudia, no tengo a donde ir...

—¿Quieres ir de vuelta a Plutón?

—No, definitivamente no.

—Entonces piensa en un lugar muy bonito. Tienes que irte ahora.

El león arrugó las comisuras de la boca y vio a su amiga a la cara, más por no saber qué decir que por no decidir una ubicación.

—No quiero irme.

—Pero tienes que hacerlo, Knaach, porque tú también vas a morir si te quedas.

—¡Oye! ¿Por qué dices «también»?

¡Tú dijiste que ibas a abordar una nave de escape! ¿Por qué te estás dando por muerta?

—Dije que Kannongorff iba a abordar una nave de escape, pero él era un

profesional, yo no.

—¡Pero tú dijiste que Ogroroland no cree en kamikazes!

Claudia sonrió, y se puso en cuclillas, para colocar una mano sobre la cabeza de Knaach.

—Es lo que tengo que hacer —dijo—. Es la esperanza para traer felicidad otra vez a Iapetus, Knaach.

—¡Tu padre no te ha pedido que hagas esto!

—No lo hago porque alguien me lo haya pedido, sino porque debo hacerlo.

—Eso es lo que tú crees, y es una inmadurez, una idiotez.

La ogro se quedó tres segundos en silencio.

—Puede ser —repuso—. Pero es una oportunidad única.

Viéndola ahí, con su falda verde, su cara noble, y las trenzas de su cabello, Knaach sintió ganas de llorar.

—Yo te ayudaré entonces —gruñó de mal humor.

—Tú mismo lo dijiste allá abajo, en la Estación Espacial, no tienes que involucrarte en esto, y tampoco debes hacerlo. ¿Para qué vamos a morirnos los dos, Knaach? Vete ya.

—¡No tengo dónde ir!

—Pero puedes conseguir un nuevo hogar y seguir tu vida ahí.

—Una vida casi infinita, atrapado en un lugar que posiblemente no quiera estar. Vamos adelante, yo te ayudaré a escapar. Podemos salir una vez que hayas dejado tuerto a Gargajo.

Claudia torció la boca y estuvo a punto de negarse de lleno, pero su amigo parecía decidido hasta el punto de la obstinación. En el fondo, ella había sabido que las posibilidades de sobrevivir a aquella misión serían poco menos que nulas, sobre todo cuando Knaach se lo advertía, pero ahora parecía que a él tampoco le importaba morir.

—Supongo que tendremos que escapar de vuelta por este pasillo, hasta encontrar el Área de Cápsulas de Escape.

—Si es que no está atestado de guardias para entonces —repuso Claudia, en un último intento de hacer que el león cambiara su idea de quedarse.

Este solo respondió haciendo un gesto con la cabeza.

—Puedo ver el fondo.

—¿Sí?

—Es una puerta grande, ¡vamos!

El león comenzó a correr y, en pocos segundos, dejó a Claudia atrás, quien trotaba con toda la rapidez que podía, cuidando de no golpearse la cabeza con el techo. Ya no se oía el menor indicio de gente alrededor, solo el suave siseo de las máquinas de la nave espacial. Encontró a su amigo sentado frente a una puerta electrónica enorme, que estaba abierta en dos. Intercambiaron una mirada, y, al entrar a una enorme sala, precedida por una alfombra roja, se dieron cuenta de que estaban en un museo. Había

una puerta gigante de un extremo (la entrada de invitados) y una puerta aún mayor al otro, con un arco encima que decía en letras doradas «Gran Aula Magna de Reuniones».

Knaach caminó lentamente, observando las estatuas apostadas a cada lado de la alfombra roja, cada una representando a un habitante de las distintas razas del Sistema Solar. La ogro se sorprendió mucho cuando vio que una de ellas era un gran león. Su amigo estaba sentado, observándola en un sepulcral silencio. En las manos, o colgando alrededor de los cuellos de las estatuas, había objetos que, con toda seguridad, provenían de aquellos mundos: la de Iapetus, por ejemplo, era una bola de cristal, llena de tierra. Al lado, del mundo de Porcia, estaba un inmenso reloj de diamante negro, que funcionaba. De la luna de Io había un traje aparatoso y grueso, hecho de algún material formidable que podía aguantar temperaturas volcánicas. Y luego, algo recuperado del extinto planeta Tierra, flotando entre escombros cósmicos, algo que captó la total atención de la ogro... Algo que estaba en las manos de la estatua de un guerrero samurai: una impresionante y hermosa espada Masamune, larga y comba, con la hoja brillando.

Claudia tomó la legendaria arma japonesa de las manos de la estatua. La vio de cerca y pudo ver el reflejo de su cara en el filo. La sostuvo con decisión, señalando con la punta hacia el Gran Aula Magna de Reuniones.

—Ya es hora de terminar con esto.

Empuñando la Masamune, caminó hasta estar frente a la puerta. El león la seguía con la vista.

—¿Estás seguro de que lo harás, Claudia?

—Sí. El emperador Gargajo está aquí, tras esta puerta. Por fin lo veré a la cara.

Él asintió.

—Knaach, si escuchas algo, si todo sale mal, entonces vete, no lo dudes y vete. Activa el piloto automático de la cápsula de escape y ella te llevará a un lugar seguro. ¿Lo prometes?

—Sí.

La chica giró para ver al león y sonrió.

—Eres mi mejor amigo. Gracias por acompañarme.

No pudo decir nada. Ni siquiera cuando la niña abrió la puerta, entró, y la cerró tras ella.



Claudia se hallaba en un lugar enorme. Frente a ella, se abría un camino que era tan angosto como una cancha de fútbol, pero alargado. El suelo era de madera. Había gradas, miles de asientos, a varios cientos de metros de altura. Corrió al frente, sus pisadas se perdían en un horrible eco que se levantaba como un fantasma. La espada

Masamune iba describiendo destellos en el aire, mientras ella corría con toda la rapidez de la que era capaz, su corazón bombeaba poderosamente, buscaba con la mirada a su odiado enemigo, al que aún no podía ver. No había nada. Se sintió engañada, furiosa. Corrió con más ganas, intentando, en vano, encontrar alguna señal de vida en aquel lugar.

Ya la puerta de entrada había quedado atrás, parecía atrapada en un laberinto sin paredes, un laberinto que solo se limitaba a ser inmenso. Claudia, por fin, divisó el final de la sala: todo estaba negro. Pero antes de ese final, se encontró algo muy extraño: varias torres apiladas horizontalmente, una sobre otra, en total ocho, que estaban en medio del camino. No eran exactamente torres, pero por el tamaño, era la forma más ideal de describirlo: parecían postes enormes, gruesos, que empezaron a moverse, y a despegarse unos de otros, para levantarse lentamente hacia el cielo. Poco a poco, ahí de pie, Claudia empezó a comprender un montón de cosas:

Aquello de madera sobre lo que había estado corriendo, no era el suelo, era una mesa gigante.

Esas inmensas cosas apiladas no eran ni torres ni postes, sino dedos. Y esa pared negra que ella había creído que era el fondo, no lo era realmente, aquello era un descomunal traje esmoquin, que además llevaba una gran corbata anudada al cuello. La ogro vio hacia arriba, lentamente, como si estuviera parada al pie de una montaña, intentando, inútilmente, de contemplarla en su totalidad. Una titánica cabeza apareció en el cielo. Era redonda, no tenía facciones ni arrugas de ningún tipo, no había suficiente luz para verla por completo. Sin embargo, algo sí era seguro: tenía ojos, muchos ojos enormes, por lo menos veinte, que se estaban abriendo lentamente. El emperador Gargajo observó a Claudia.

EL VERDADERO PODER DE UN OGR0

—Hola —la saludó Gargajo, con una voz honda y lenta, que cubría todo el lugar.

Claudia temblaba de los pies a la cabeza, no podía creer su mala suerte. Por primera vez en su vida, se sintió metida de cabeza en el mismísimo infierno. Apoyó la espada torpemente en el suelo, a punto de soltarla.

—Hola —respondió, lentamente, encogiendo los hombros.

El susurro que aquellos gigantescos dedos provocaban en el aire cada vez que se movían le producían asco.

—Eres una ogro...

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer con esa púa que llevas en la mano?

Claudia bajó la cabeza para ver la espada y luego de vuelta al cielo de ojos que se levantaba frente a ella, respondiendo lo primero que se le cruzó por la cabeza.

—Nada...

Los dedos del gigante se entrecruzaron nuevamente, apoyados contra la mesa, esta vez mucho más cerca de la niña. La sala quedó en un silencio sepulcral, y Gargajo, que no le quitaba la vista encima, no decía absolutamente nada. Ella sentía que esa mirada, proveniente de esa cabeza sin boca visible, le colocaba clavos sobre sus zapatos de charol, que la bañaba de una gravedad turbulenta y agresiva, que no le permitía moverse ni siquiera un poco. Lo último en el universo que habría querido en aquel momento, es que su padre viera aquello.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó aquella voz de abismo, que se metía por todos los poros de su cuerpo.

—Claudia —contestó, y después de varios segundos de silencio, prosiguió—. Claudia Nefertitis Vön Sugus del Titanium.

Cuando el emperador asimiló la información que acababa de recibir, desplazó sus enormes manos por la mesa, poniendo cada una a cada lado de Claudia. Cada dedo era tan largo y grande como una muralla.

—Vön Sugus del Titanium... —susurró, acercando la enorme mole que era su cabeza.

La niña tuvo que morderse la parte interior de los cachetes para reprimir la fugaz repulsividad que le produjo ver aquella enorme masa de carne. La forma de su cabeza era redonda, pero el cráneo era alargado, como un gorro para dormir, que terminaba en un delgado y blando embudo que caía haciendo tirabuzones hacia delante, como una antena.

El color grisáceo de la piel de Gargajo se extendía uniformemente por el redondo rostro minado de ojos, desprovisto de boca alguna. Sin embargo, de algún modo, era capaz de hablar, pero este detalle no era lo que la preocupaba.

—Tú debes ser la hija de Metallus. Metallus de Iapetus.

El hecho de que el colosal regente tuviera que rebuscar en su memoria para recordar la identidad del rey de Ogroroland enfureció a la niña, quien todos los días tenía el nombre del déspota de Io tallado en su mente, siempre a flor de piel.

—Así es.

—¿Ha venido? Pensé que esta era una reunión de gente importante...

Claudia le sonrió con desdén, y apretó los labios, mientras veía cómo las exorbitantes manos de Gargajo se levantaban en el aire y desaparecían en la oscuridad.

—Pero debe ser peligroso salir, con esa atmósfera envenenada —repuso—. Espero que no hayan cometido la imprudencia de venir aquí portando ningún virus. Creo que deberías estar dentro de una pecera, y no trotando por ahí, cosita.

La niña no pudo contestar nada, ni aunque quisiera, porque hubo un retumbo violento que hizo temblar todo.

El impacto la tiró al suelo. La cabeza de Gargajo volvió a perderse en la oscuridad, signo de que se había colocado en posición recta. El enorme auditorio con forma de coliseo tembló, algunas sillas a lo alto se salieron de sus goznes, y cayeron como rocas en un precipicio.

Hubo un segundo retumbo, todavía peor. Claudia sintió un terrible dolor en su columna vertebral, la nuca y la cabeza. Quería aferrarse al suelo, pero no había manillas. Gigantescas vigas de acero se desprendieron del techo, precipitándose sobre la mesa, levantando un géiser de polvo y astillas. El eco del segundo golpe todavía recorría la nave. Sin embargo, el tercero, el más fuerte de todos, produjo un sonido de desgajo, que luego degeneró en explosión: un hueco se abrió en el techo y dejó descubierta la negrura estrellada del exterior. Inmediatamente, el grito del abismo, el sonido del vacío inocuo del universo, frío, gimiente, terrorífico, llenó el lugar. Un tornado de vigas, astillas y sillas se arremolinaron en el aire, chupados hacia afuera.

La monumental plataforma construida para que sirviera de silla al emperador Gargajo por poco se derrumba cuando este, de golpe, se puso de pie. Era todavía mucho más grande de lo que nadie hubiera imaginado.

—¿¡QUÉ ES ESTO?! ¡QUÉ-ES-ESTO! —espetó furioso a las estrellas que pasaban encima de él.

Claudia tomó la espada Masamune con renovadas fuerzas.

—¡Gargajo! —gritó.

El terrible emperador apenas giró la cabeza, todo lo que necesitaba para que varios de sus ojos esparcidos por todo el rostro alcanzaran a ver a la niña. La ogro levantó su poderoso brazo y, como una atleta que hace el último esfuerzo de su vida, arrojó la espada que, moviéndose a la velocidad más formidable desde que había sido creada, giró en el aire hasta parecer un disco plateado y se enterró hasta la agarradera entre el iris y la pupila del ojo más grande de Gargajo.

Una tormenta roja empezó a cubrir el globo ocular, su iris se hizo más brillante.

El prolongado alarido que siguió fue de dolor y furia. Claudia se tapó los oídos, haciendo una mueca de dolor.

—¡Pequeña puta! —bramó.

El mareante ulular de una esfera negra con un cinturón de donde salían luces amarillas y azules, plagada de monitores holográficos, bajó por el hueco en el techo, seguida por un hombre muy alto, que podía volar, de cabellos largos y plateados, piel lechosa, quijada cuadrada y fuerte, una hendidura en la barbilla, frente amplia, ojos secos y grises, de capa negra y larga.

—¿Lo ves, DIO, lo ves? —gritó el hombre, divertido—. ¡Te dije que estaría aquí!

La esfera, que estaba un poco por debajo de sus botas solo giraba, llenando sus monitores con imágenes de Gargajo, como si con ello dejase ver que podía observarlo.

—¡El hambriento está aquí! ¡Sí, DIO! ¡El emperador hambriento!

La ira de Gargajo crecía más allá de cualquier capacidad o límite comprensible, sin embargo, no pudo articular respuesta alguna, porque intentaba imaginarse cómo alguien sin traje espacial podía volar, causar ese hoyo en la nave, y además sobrevivir en el vacío del espacio.

Paradójicamente, lo que estaba salvando a Claudia de la muerte, evitado que despegase del suelo y fuese absorbida por la inclemente succión del hueco, era el inmenso cuerpo del emperador, que se interponía.

—Dime quién eres, cretino berreante.

—¡JA JA JA JA JA!

DIO reflejaba la cara de su amo.

La cabeza de Gargajo estaba apenas a pocos metros debajo del hombre.

—¿Para qué decirte quién soy, mi querido emperador hambriento, si quiero verte resistirte, si quiero verte pelear? ¿Para qué informarte, si te resignarías, y tal vez hasta pedirías clemencia?

—¿Cómo dices? —espetó Gargajo, de una forma en que su voz pareció un barrido de elefante.

La nube roja que cubría su ojo mayor contribuía a hacer que su mirada se viera casi tan furiosa como realmente él estaba.

—¿O no la pedirías? —dijo el sujeto, cuyos cabellos erizados volaban desordenados, como una estrella palpitando—. ¡Tal vez tu orgullo sea tan grande que te duele incluso tener que levantar la cabeza para ver a alguien a los ojos! ¿Nunca te había sucedido, verdad?

La iluminación se hizo de pronto más tenue porque una de las pantallas que mostraba DIO se apagó por segundos, solo para mostrar un poco de interferencia y, finalmente, mostrar el rostro de Claudia, quien veía hacia arriba, sorprendida.

El hombre de cabellos plateados se dio cuenta de inmediato.

—¿Quién es, DIO?

El poco oxígeno que quedaba en el lugar fue anunciado repetidamente por una

alarma general que sonó en sincronía por toda la Herschel Magnatino.

Claudia apenas podía ver el resplandor de la esfera sobre la cabeza de Gargajo. Tenía que correr, salir de ahí pronto. El sujeto, quien veía a Claudia como si fuese un punto allá abajo, ni siquiera se fijó cuando el emperador levantaba los brazos, lentamente.

—Insignificante... —susurró el gigante, grotescamente.

La ogro caminaba hacia atrás, con la esperanza de descubrir qué era aquel resplandor, averiguar a quién le hablaba su enemigo.

Gargajo arrojó sus manos hacia delante para triturar con las palmas al desconocido, como si este fuese un zancudo. Pero aún usando su colosal poder, fue detenido en seco justo a pocos metros de alcanzarlo, como si se hubiese encontrado en el medio con un ladrillo invisible, como una mandíbula a medio cerrar, que se paraliza inexplicablemente. Los nervios de sus manos subían y bajaban bajo la alfombra de carne grisácea que era su piel, haciendo un esfuerzo totalmente inútil por penetrar una barrera invisible cuya resistencia estaba muy por encima de sus fuerzas. Los ojos del emperador Gargajo parecían salirse de sus órbitas, sus pupilas se hacían pequeñas y temblorosas, mientras que su gruñido agónico era cada vez más distante, empleando todas las fuerzas de las que disponía.

La esfera metálica estaba a salvo, rotando a pocos metros delante de los pies de su amo.

—Emperador hambriento, emperador hambriento.

Con la mano, señaló al corazón de Gargajo.

De la punta óvala de su dedo empezó a formarse una burbuja transparente, casi invisible, que solo era perceptible por su delineación y brillo blanco, como si fuera cristal, creciendo hasta hacerse del tamaño de una pelota. A través de ella, se veían los ojos del emperador como un amasijo de bolas superpuestas. La sonrisa del misterioso individuo se ensanchó hasta cubrir la mitad de su cara, su frente pareció hacerse más amplia a medida que sus cabellos se movían tirados hacia atrás, producto de todo el enojo de la vacuidad del espacio. La burbuja salió eyectada de dedo, restallando y titilando, perdiéndose en el abismo negro del esmoquin de Gargajo, del lado derecho, donde tenía el corazón. Hubo unos breves segundos de silencio, las manos del regente todavía estaban acompasadas arriba, con los dedos erizados en formas siniestras, entregado en su frenesí por aplastar al intruso.

Claudia estaba paralizada. El torbellino de astillas arremolinándose y partiéndose en pedazos contra los bordes del agujero lo abría cada vez más.

Escuchó un desgastado gemido gutural, a la vez que el emperador Gargajo perdía resistencia en las muñecas de sus manos, girando, mientras dejaba caer sus brazos, que se columpiaron a los lados de su cintura. El monstruoso cuerpo se sostenía en pie, como una torre cuyos hombros y cabeza estaban a oscuras. Por momentos, Claudia se había olvidado de la estruendosa alarma general de la nave, que hasta hacía rato estaba martillando sus tímpanos. La niña subió la cabeza y abrió los ojos, viendo que

aquella esfera negra, llena de pantallas, subía y desaparecía de vuelta por el agujero que había abierto, rumbo al cosmos.

Pronto, el panorama de visión de Claudia se tapó por completo y se transformó en una odiosa negrura: la espalda del cuerpo del fallecido emperador Gargajo empezó a precipitarse sobre ella. Iba a morir de las manos de su peor enemigo, después de todo.



—¡Claudia! ¡CLAUDIA!

Por más que el león gritaba, no obtenía respuesta; sabía que no la obtendría, pero un impulso en el corazón le hacía desistir de prestar atención a lo evidente.

—¡CLAUDIA! ¡CLAUDIA!

El felino rasgó la alfombra hasta que sus pezuñas penetraron y rallaron el gélido acero del suelo que estaba debajo, intentando en vano cruzar la puerta por donde había visto desaparecer a su amiga hacía ya mucho tiempo. Algo raro estaba sucediendo en la Herschel Magnatino, el descontrol reinante lo había alertado sobre ello aun antes de escuchar la alarma, la nave estaba desorbitándose, y lentamente caía a pique dentro del espacio.

Las estatuas del salón empezaron a caer una sobre otra, como piezas de dominó. El samurai perdió los brazos, la figura en piedra del león anciano cayó de costado sobre el porciano, cuyo reloj de diamantes se hizo trizas con el impacto. Toda la Magnatino crujía, como si estuviese siendo víctima de una lluvia de meteoritos. Knaach sabía que si algo había impedido que aquel lugar estuviese inundado de guardias, era precisamente por la inestabilidad de la nave, el casino debía estar hecho trizas, muchos jugadores tenían que estar apilados y heridos ahí, otros debían hallarse evacuando la nave; los controles podrían estar fallando, y lo que era peor: la causa de todo aquello se hallaba allá adelante, adelante de aquellas puertas, en el Gran Aula Magna de Reuniones, el lugar donde estaba su amiga, y que él, desesperadamente, intentaba alcanzar, pero que se hallaba sellado por un inescrutable objeto, que había rodado y tapado la entrada. El león, después de escalar trabajosamente, rascaba el objeto, como si intentase, con sus fuerzas, apartarlo del camino.

—¡CLAUDIA!



Gargajo se precipitaba sobre la mesa, la sombra negra bañó a la ogro, quien apretó los dientes, y se tomó el tiempo de recordar por última vez a Iapetus, su luna.

Claudia dobló las rodillas, levantó los hombros, viendo hacia arriba, con el ceño fruncido, y su frente surcada por venas.

El cuerpo se desplomó sobre la mesa, causando que una nube de polvo saliera disparada bajo la espalda y un terremoto terminara por destruir varios palcos alrededor del aula, desprendiéndose y precipitándose en el aire, explotando en una nube de escombros al llegar a la mesa, los restos flotaban y subían luego, lentamente, para ser despedazadas por el Universo.

Todas las puertas de emergencia del Gran Aula Magna de Reuniones se abrieron de golpe, y de ellas emergieron soldados vestidos de negro, con un velo en la cara: guardaespaldas de la armada imperial de Gargajo, quienes irrumpían oteando al frente con sus armas. De las otras entradas, que estaban colocadas en las filas de asientos que se alargaban alrededor del Gran Aula y también en los palcos, salían filas y filas de guardias de la nave, quienes se detenían en seco gritando, tomándose unos a otros de los uniformes, las manos, y de los asientos que todavía quedaban aferrados a su base, al notar la horrible, inclemente succión que los impulsaba hacia arriba. Un desafortunado despegó del suelo, girando con las piernas y los brazos extendidos, mientras su alarido se perdía en la altura, desapareciendo a través de la abertura.

Otros se detenían en seco, extendiendo sus brazos al marco de la puerta, al ver que bajo el borde de la suela de sus zapatos solo había un abismo, pues el palco yacía destrozado allá abajo, con partículas delgadas de polvo que se extendían largamente hasta el techo. La Guardia Imperial de Io se mostraba más sorprendida por ver a su

emperador muerto que por el inminente peligro que corrían ahí. Los velos bailoteaban y tras estos, sus inescrutables rostros observaban al enorme cuerpo, sin pronunciar palabra.

Mojo Bond se abrió paso tras ellos, a empujones. Los párpados tras el cristal pardo de sus lentes se abrieron hasta que su frente quedó marcada de arrugas. Abrió su boca, aferrándose con brusquedad a los hombros de los guardaespaldas, al sentir que sus pies se desprendían del suelo. La alarma general seguía sonando en intervalos repetidos, mientras el piso crujía, los soldados de la nave intentaban ponerse a resguardo, caminando en filas de vuelta hacia las puertas, mientras los guardaespaldas del fallecido regente se colocaban todos en cuclillas, demostrando todos un equilibrio muy seguro, aferrándose unos a otros de las manos, para hacer peso y no ser llevados por la inclemente fuerza que los halaba.

—¡Mi cabello, mi cabello! —chilló Mojo, con su brillante copete completamente desecho—. ¡Sáquenme de aquí!

Los escoltas, sin embargo, solo veían hacia delante, sordos a su súplica, y cuando Mojo también fijó su mirada al frente, se dio cuenta de por qué no le prestaban atención alguna.

El cuerpo de Gargajo estaba moviéndose, estaba *levantándose*. Su cabeza y sus piernas caían inertes, pero su cuerpo se elevaba sutilmente. La piel de Claudia estaba roja, las venas de su frente y sien hinchadas, palpitando, sus ojos eran completamente blancos, como si estuviese ciega, no había atisbo alguno de iris y pupila, solo blancura, llenos de agonía. Sus labios se estremecían bajo la mortífera presión de su dentadura. No podía abrir la boca, no podía siquiera respirar. Sus piernas temblaban, los músculos de los muslos se ensanchaban cada vez más, sus rodillas parecían de piedra y sus pantorrillas eran casi el doble de tamaño de lo normal. Bajo sus zapatos de charol se abrían grietas que se extendían como una telaraña a su alrededor, astillando madera. Los músculos de sus brazos estaban hinchados como pelotas, con un amasijo de arterias que se alargaba alrededor como si se tratara de gusanos moviéndose bajo la piel. Los antebrazos también estaban tumefactos e inflados y, sobre sus manos, levantaba poco a poco a Gargajo.

Las muelas de la ogro rechinaron y entre sus dientes se escapó un gruñido profundo, asfixiado, mientras sus codos crujían y sus antebrazos se levantaban como un artefacto mecánico, muy lentamente, su cuerpo se hacía cada vez más voluminoso bajo la mole. Los guardias que había salido por el auditorio veían la escena desde arriba, como si el cadáver de Gargajo levitara. Mojo Bond llevaba los lentes descolocados, atónito. El techo se derrumbaba lentamente sobre ellos y la alarma general seguía restallando. Claudia extendió sus brazos, delirando. Se puso firme, con la frente en alto, como una reina. Sus ojos blancos eran iguales que su cara, que solo mostraban indiferencia inocua, al borde de la inconsciencia, con la boca entreabierta, llevando sobre sus dos manos al emperador.

—Lo ha levantado, por dios, lo ha levantado —masculló un guardia, aferrado con

todas sus fuerzas a la alfombra.

La ogro abrió la boca, gritando ferozmente, columpiando sus brazos y su cuerpo.



—¡Mierda! ¡Lo va a arrojar! ¡Lo va a arrojar contra nosotros! ¡CORRAN!

Los hombres se precipitaron de vuelta a las puertas, los soldados de velo negro se pusieron rápidamente de pie en silencio, retrocediendo. Claudia no lanzó el cuerpo, jamás habría podido. Simplemente lo dejó caer y este se deslizó al borde de la mesa. La niña cayó primero de rodillas y luego de cuerpo completo, desmayada. Aquel último y más aparatoso retumbo del cuerpo del emperador hizo que el cuerpo de Knaach cayera hacia atrás, como si una enorme masa sólida se hubiese estrellado contra la pared. El león no pudo sujetarse de nada y rodó de vuelta por el largo corredor que recorría toda la nave.

El suelo se inclinaba hacia arriba.

—¡CLAUDIA, CLAUDIA!

Se aferró en vilo del borde de una puerta, sus patas traseras rascaban la pared enloquecidamente. Apartó sus pezuñas del medio y se dio cuenta de que había arañado la A del letrero Área de Cápsulas de Escape. Sintió los retumbos de algo grande que caía en picada: era la estatua del león, golpeando las paredes, la escultura de su antepasado que ahora amenazaba con arrasarlo. Knaach decidió arrojarse en clavado dentro de la sala del Área de Cápsulas de Escape.

Sorprendentemente, todas estaban ahí: eran pequeñas y ovaladas, cada una podía albergar una persona. Acostadas en fila sobre una compuerta de emergencia que las hacía proyectar al espacio.

El felino, cayendo por el lugar como si fuese un tobogán, y sintiendo que su lomo era quemado por la fricción, se abrazó a una. Bajo sus patas y cola se abría un abismo.

Levantó un dedo hasta un botón blanco, y la superficie de la cápsula se abrió, con un esponjoso sonido de decompresión. Se metió adentro, echó una bola. Apenas la computadora registró su peso, cerró automáticamente la compuerta y, frente a él, un panel de cristal líquido se encendió, iluminando su rostro con diferentes colores brillantes.

Claudia le había dicho que activar una no era en lo absoluto difícil, que podía poner a funcionar el piloto automático, que lo llevaría a cualquier lugar seguro. Una lluvia de escombros cayó sobre su cápsula, por momentos, le pareció que la alarma general empezaba a sonar con mayor fuerza.

—Claudia... —musitó, por última vez.

El león cerró los ojos y, contra su voluntad, hundió la garra en el botón. Sintió un vértigo inicial que le ocasionó náuseas, como si estuviese atrapado en un ascensor

que cae en picada. Luego de casi un minuto de dejar atrás una larga fila de luces que se deslizaban a los lados de las ventanillas, cayó al espacio, y los propulsores apostados a los lados de ella se activaron, alejándose de la Herschel Magnatino, que flotaba de cabeza, alrededor de una nube de escombros.

11

DESPERTAR

—Eyy, está abriendo los ojos.

—Sí, ¡que ya los abre, que ya los abre! ¡Míralo!

—¡Ufa! Hasta que por fin... ¡Hathor, el bicho ya despertó!

La voz histriónica de un niño se escuchó fuera de la casa, tras una palmera.

—¿Despertó? ¡Weii!

El chico, de cabellos amarillos, piel tostada por el sol, ojos grandes color azul claro y orejas puntiagudas que sobresalían sobre su melena como dos cuernos, atravesó el jardín y se arrojó por la ventana, zumbándose como un avión, aterrizando sobre el estómago de Knaach, que hasta entonces había estado durmiendo en una hamaca, boca arriba.

El león gimió y movió las patas, como si estuviese pedaleando una bicicleta, abriendo los ojos de nuevo. Hathor parecía una pulga gigante abrazada a él. Intentando ganar oxígeno inútilmente, solo logró hacer una pregunta entonada con voz patética.

—¿Dónde estoy?

La niña bajita y el niño más alto que habían estado hablando delante de él tenían los mismos rasgos, las mismas orejas, y los mismos cabellos color amarillo. Hathor parecía ser el del medio y, a la vez, el más fastidioso.

—¡Ufa! ¡No sabes cómo se ha enojado papá cuando la cápsula destrozó su observatorio! Caíste de picada sobre la cúpula y partiste en dos el telescopio — explicó la pequeña, haciendo mímica con las manos.

—Pero te hemos sacado de la cápsula y te hemos estado dando de beber todos estos días, y te hemos cuidado también, hasta tenías piojos y todo, que te sacamos usando un cincel y un cuchillo. Tepemkau quería afeitarte la melena —dijo el chico, señalándose a sí mismo con el dedo pulgar— pero Hathor y Pisis lo convencieron de que tal vez eso te haría enojar.

Knaach empezó a sentir que habría preferido despertar en la cápsula, flotando en medio del espacio. El pequeño elfo lo apretaba con mayor y mayor fuerza.

—Pero ahora te tenemos con nosotros —repuso Hathor— y serás muy feliz una vez que asimiles nuestras costumbres.

—Esta tarde habrá una guerra de cocos prendidos en fuego, ¡no podías haber despertado en mejor momento!

—¡Ufa! —exclamó la chiquilla—. No veas que *encabritá* se pone la palmera salvaje de la playa cuando te le acercas, el que reciba más cocazos en la espalda pierde.

Posó sus patas sobre los lados de la hamaca, intentando levantar la cabeza. Sentía una intensa migraña que nublaba no solo sus sentidos, sino además su cerebro. La luz

del lugar todavía le hacía picar la retina.

—¿Claudia? ¿Vino conmigo?

—¡Claudia, Claudia! Tepemkau fue el primero que te escuchó decir ese nombre varias veces mientras dormías —dijo el niño, con expresión seria— pero no vio que cayera otra cápsula. No por aquí, no por estas tierras. Lo siento.

El león giró la cabeza para ver a través de la enorme ventana sobre el escritorio por la que el chico había volado para tirársele encima. Al fondo se veía el mar, azul y claro, y un cielo hermoso, despejado y azul, todavía más diáfano que el agua, desde donde descansaba el enorme espectro de Saturno, que cubría buena parte del cielo.

—¿Cómo se llama esta luna?

—Titán —dijeron los tres niños elfos al mismo tiempo.

Hathor apoyó sus manos sobre el pecho de la bestia y se sentó a su lado, Knaach se reclinó todavía más, hasta sentarse sobre la hamaca. Más allá de la palmera, a través de la ventana, se veía una casita de caoba despedazada, con un montón de maderos rebosando por sus ventanitas, y lo que alguna vez fue la puerta yaciendo en el suelo, completamente calcinada. Podía entrever los restos de la cápsula adentro de la choza. Saltó al suelo, sintiendo sus músculos blandos y débiles, pues le costaba apoyar el peso de su cuerpo sobre sus patas. Apenas podía sentir la cola.

—¿Cuánto tiempo estuve dormido?

Tepemkau y Pisis empezaron a hacer, al unísono, cuentas con la memoria, girando los ojos hacia arriba.

—Seis días, sí, fueron seis... o siete —se adelantó Hathor, usando los dedos.

El pequeño estaba deleitado con Knaach, viéndolo a los ojos como si fuese un nuevo miembro de la familia. El felino le echó una mirada a los tres, curioso, pero no se sintió de ánimos para preguntar nada. Una cortina de mal humor se estaba apoderando de él. Caminó de largo hasta la puerta, sintiendo que los tres elfos iban tras él, como esferas metálicas tras un imán.

Al atravesar el marco, echó un vistazo a su alrededor: aquello parecía el ambiente de un campo mezclado con el mar. Un terreno grácil y verde, despejado de árboles, con colinas surcando el horizonte, y un hermoso océano esmeraldino de fondo. La brisa era muy fresca y constante, el aire tan puro que limpiaba los pulmones a cada inhalación.

El asmático regurgitar de un motor que cada vez se hacía más estridente lo sacó de su ensoñada fascinación.

—¡Papá Panék! —gritó Pisis, levantando los brazos.

El enorme tractor llevaba, como si fuese una mantis religiosa, dos descomunales tenazas, y cada una sostenía una rueda llena de grandes y peligrosas púas que terminaban en un arco hacia abajo, como el pico de un halcón. Entre ambas ruedas había dos faros antiguos y redondos, que parecían los ojos de un insecto.

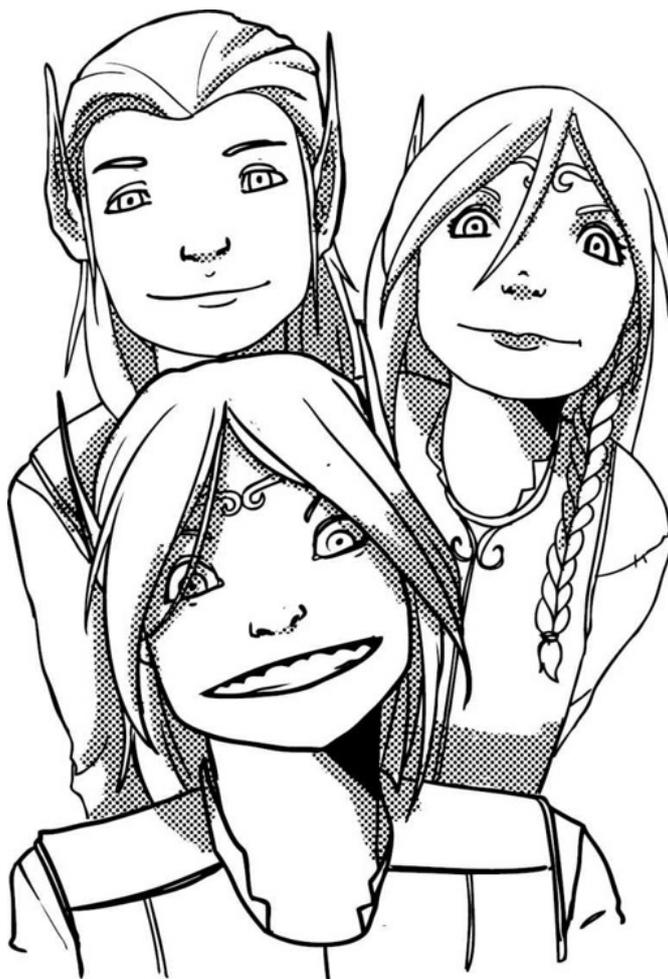
—¡Papá Panék, papá Panék!

Pisis, con su ajustado vestido indígena de corte sofisticado, pantalones cosidos de

cuero y chaleco del mismo material, revoloteando por la brisa, salió corriendo como un pájaro en dirección al colosal tractor y se detuvo dificultosamente frente a una de las ruedas, a punto de perder el equilibrio, dando manotazos a los lados. Las púas, que eran más grandes que ella, bajaban centelleando a solo centímetros de la cara de la niña.

Knaach abrió los ojos e involuntariamente arrancó el pasto debajo de sus patas, abriendo dos surcos.

—¡CUIDADO! —rugió.



La niña desapareció violentamente entre una tormenta de pasto y barro, levantada por los téticos apéndices de la máquina.

Hathor y Tepemkau empezaron a reír histéricamente.

El león, pensando que todavía seguía durmiendo, se volteó furioso a verlos, incrédulo, lanzándoles improperios, con su voz perdida por el potente rugido de la máquina, que ahora se acercaba en dirección a ellos, con las enormes púas rasurando el aire.

Cuando retrocedió unos pasos, inseguro de si podía salvar a aquellos chicos que, por lo visto, no planeaban moverse de donde estaban, giró la cabeza para ver a una pequeña figura que se subía como si fuese un mono a través de las ramas de un árbol, por las púas, tomándolas de la base y zarandeándose de un lado a otro, con las piernas

colgando, ascendiendo solo con la fuerza de sus delgados brazos. Pisis se estaba subiendo con habilidad, manchada por completo de barro, con los cabellos sueltos y ganando la batalla a la velocidad con que la rueda se movía en contra de su dirección.

—¡Papá Panék! —gritó, saltando de cabeza a la cabina.

La elfa cayó en las piernas de un tipo muy grande, vestido con pantalones sucios y camisa de cuadros, y que tenía el mismo rasgo que sus hijos, con ojos amarillos y brillantes, y cabello melenudo y desordenado.

Panék la aprisionó con un brazo, viéndola, describiendo una sonrisa con los labios. Tenía la cara manchada del barro, que le salpicaba su hija. Giró bruscamente el volante, haciendo que el enorme aparato cambiara de dirección y, sujetando a la niña, el elfo saltó del tractor en marcha. La cara de Knaach era la típica representación de una mandíbula estrellada contra el suelo y los ojos desorbitados. Pisis canturreaba sentada en los hombros de su padre.

—Así que este cuatropatas es el que destrozó mi observatorio y mi telescopio, ¿arhn?

—¡Apague la máquina, por dios! —gritó el león, señalando con una pata al tractor—. ¡Está siguiendo de largo!

—Aaaah, no importa, peludo. Ya lo alcanzaré.

Knaach dejó caer su trasero al suelo, sentándose como hacen los cuadrúpedos, sintiéndose cansado otra vez, apenas a pocos minutos de haber despertado de un largo sueño. Echó una mirada a Hathor y Tepemkau, quien miraban al jefe de la familia sonrientes, con sus puños en la cintura, y luego a Panék, alto, de torso delgado y hombros anchos, con músculos no exageradamente grandes, pero sí tan duros que parecían tallados sobre la madera, y una piel casi brillante. Parecía un vampiro. La imponente natural del padre se veía todavía más acentuada por una delgada cicatriz que se extendía en su mejilla. Sus hijos todavía no habían desarrollado semejante musculatura salvo un abdomen rocoso en los varones. Una vez más, Knaach se veía ante una situación en la que, contra todo pronóstico, su condición y fuerza de león no era realmente gran cosa al lado de la compañía que tenía.

—Son unos salvajes —pensó, con angustia creciente—. Aquí es donde voy a tener que pasar el resto de mi vida. Es imposible que esta gente posea cápsulas que salgan de Titán.

Sintió que los brazos de Hathor le rodeaban el cuello.

—Páa, ¿verdad que nos lo quedamos?

El hombre frunció el ceño, colocando a Pisis de vuelta en el suelo, al lado de Tepemkau.

—Tienes que respetar las formas de vida. Si se queda o no es decisión suya, no mía ni mucho menos tuya.

El chico bajó la cabeza, poniéndose rojo de vergüenza.

—Si quieres que se quede, pregúntaselo —repuso el hombre, sacudiéndose los cabellos—. Yo me voy a trabajar. ¿Por qué no le presentas a los que son como él?

Posiblemente así se sienta más a gusto y quite esa cara de vaca cagona.

—¿Los... que son como yo?

LOS QUE SON COMO KNAACH

—Tepemkau sabía que te iba a poner contento conocer a los que son como tú, así pueden hablar de cosas de bichos peludos entre bichos peludos —dijo Tepemkau, haciéndole señas a Knaach para que lo siguiera.

—Pero antes es mejor que se arregle un poco —repuso Pisis—. Se pueden molestar si lo ven así.

—¿Molestar? ¿Por qué se van a molestar si me ven «así»?

—¡Ufa! ¿Es que no conoces a los que son como tú? ¡Qué lío se va a armar si no te presentas como debe ser!

Hathor hacía gestos afirmativos con la cabeza, poniendo cara de entendimiento.

—¿Y qué tengo que hacer para... estar listo para verlos?

—Pues yo diría que primero un baño, y luego peinarle la melena, y después lavarte las patas, y quitarte las lagañas, y cepillarte los dientes.

—Y sobre todo hacer como si fueras el jefe y nosotros tus esclavos. Eso les hará sospechar menos ¿sabes? Porque van a hacer muchas preguntas.

Toda la pesadumbre de Knaach se había convertido en una eufórica alegría que apenas podía disimular, sus pelos se erizaban.

A menos que los elfos se equivocaran, estaban hablando de presentarle a otros leones. Y sería primera vez en su vida que hablara con otro como él. No se permitió siquiera sentirse tonto al temer que todo fuera solo un sueño.

—No entiendo qué me quieren decir, pero lo que sea, hagámoslo rápido, ¿dónde están ellos?

—Están en el pueblo —contestó Hathor, señalando con el dedo a unas colinas, de donde salía una delgada humareda negra.

—Tepemkau piensa que deberíamos prestarle nuestra ducha al bicho.

—¡Ok! —acordó Pisis—. ¡Vamos a la ducha!



Diez minutos después, y rodeado de los tres elfos (con Hathor montando sobre él), Knaach se percató de que, en realidad, la ducha de los tres hermanos era una pequeña cascada que coronaba un lago.

—*¡Aquíca es!*

—El agua debe estar requetefría, así que Tepemkau te aconseja que te metas de golpe.

—Está bien —contestó el león, sacudiéndose a Hathor del lomo, quien cayó de cabeza al suelo, riéndose.

Hacía mucho tiempo que Knaach no se daba un baño, como en Jumbo Jumbo no estaba expuesto a la tierra, los matorrales y la intemperie salvaje de la jungla, sino en el escenario del circo, el león no tenía por qué hacerlo, por lo que vio el agua con cierta reticencia. Era cristalina, el fondo pedregoso de lago podía verse con perfecta claridad, y aquello no era por el simple hecho de que sus ojos felinos eran potentes como pocos; el agua en Titán, sea cual fuere el fenómeno que así lo establecía, se veía mucho más límpida y clara que lo normal, cualquiera que estuviera corto de vista, no se habría atrevido a acercarse al lago, por creer que solo era un surco profundo.

Acercó más la cabeza, con la intención de beber un poco cuando sintió un intrépido golpetazo en el culo que lo hizo irse de morro contra el agua. El salpicón pareció erupción de volcán, Knaach dio manotazos, sacando la cabeza a la superficie, cuando recibió en plenos ojos más agua: Hathor había caído sobre él, empujándolo. El chico había dejado sus ropas colgadas sobre la rama de un matorral.

El rugido furioso que dio fue tan ejemplar y ensordecedor que el agua empezó a vibrar y espantó a una centena de pájaros que escaparon de la copa de los árboles.

Hathor asomó la cabeza frente al león, se quedó varios segundos viéndolo

fijamente y, con todo lo que sus cuerdas vocales le permitieron (que es bastante decir), empezó a rugir él también. Sus colmillos parecían como los de un gato.

—¡Ya cállate! —le ordenó el felino, exasperado.

Poco a poco, el niño obedeció, viéndolo expectante.

—¡Me pudiste haber hecho daño, tonto! ¡No vuelvas a hacer eso!

Tepemkau y Pisis, que estaban firmes a la orilla, se quedaron congelados, con un rictus firme en la boca.

—Lo... Lo siento, no quería hacerte daño —musitó el niño, arrepentido.

—¡Fuera, fuera del lago!

El elfo hizo un pequeño sollozo, arrugando la boca, con los ojos húmedos y el agua hasta el cuello. Se dio media vuelta y se salió del lago.

—¡Tú! —espetó severamente, dirigiéndose a Pisis—. ¿Con qué me voy a restregar para bañarme?

—Lo había olvidado —gimió ella, con miedo a acrecentar la rabia de Knaach—. ¡Ya te voy a buscar algo para que te restriegues!

Tepemkau siguió a su hermana, mientras Hathor, todavía sin ropa, se sentó sobre una piedra, abrazando sus rodillas, y viendo hacia otro lado.

Al poco rato que el león se había dado la vuelta tozudamente para darle la espalda al niño, con su lúcida melena flotando como una maraña infinita de tentáculos, sintió que, a escasos centímetros de su cabeza, cayó una roca enorme.

El pesadísimo pedrusco tocó fondo al poco tiempo, haciendo un sonido tosco debajo del agua.

—¡Ufa! ¡No lo atrapaste! —le avisó Pisis, con los pies sumergidos hasta los tobillos.

—¿Por qué habría de atraparla? —siseó el león con ímpetu asesino, sin darse la vuelta.

—Pues porque con eso es que te vas a restregar... —contestó Tepemkau, con ambas manos tras la espalda—. Es el peñasco más prolijito de todos, ¡pa' que veas cuanto te queremos!

Knaach intentó nadar como un tiburón hasta donde estaban ellos.

—¡Fuera, fuera del lago ustedes también! ¡FUERA!

Los pequeños elfos chapotearon asustados y se salieron de la orilla. A la media hora, estaba el trío de hermanos sentado en la roca de espaldas al lago, cabizbajos: Pisis, Hathor (que todavía seguía desnudo) y Tepemkau, por orden de tamaño. Knaach se había metido debajo de la cascada, y ahora parecía todo un cantante de rock: la melena, húmeda y pesada, le caía a ambos lados de la cara y le cubría también los ojos. Encontró una extraña propiedad en el agua, que hacía lógico al por qué los elfos se bañaban ahí: estaba perfumada y tenía un olor agradable. Al beberla, sintió como si entrase luz en su cuerpo y creyó que más nunca volvería a tener sed. Pensó en los elfos, en su padre Panék, y en la extraordinaria fortaleza física que mostraban. Se sintió curioso de saber hasta dónde serían capaces de llegar con esas

capacidades, qué podrían ser capaces de hacer en una situación de peligro. Súbitamente, la pesadumbre lo abatió en el interior de la cascada, donde hacía frío. Porque el pensar en fuerza en poder físico, le hizo recordar a Claudia. Por momentos, pudo imaginar el cuerpo enorme y redondeado de ella ahí en el lago, con él. Recordar sus enormes brazos, los antebrazos gruesos y poderosos, y sus manos regordetas, que inspiraban fuerza, pero a la vez fragilidad. En su falda, sus rodillas y sus zapatos de charol, le provocaron ganas de llorar, y así lo hizo, en silencio.

Se tomó su tiempo para salir del agua, alejado de los niños, y sacudirse hasta estar medianamente seco. Luego se les acercó.

—Ya estoy listo.

Pisis caminó hasta él, y tomó un mechón de su melena.

—¿Pero no quisieras que te peine? No les va a gustar verte así, no señor.

—¿Y? ¿Se fijan mucho en esas cosas?

Los tres chicos asintieron al unísono. Knaach empezaba a sentir menos emoción por conocer a sus posibles parientes.

—¿Con qué me vas a peinar? —preguntó inquisitivo.

—Pues con los dedos.

Observó cuidadosamente las manos de la niña: estaban limpias de todo el barro con el que se había ensuciado antes, sus dedos parecían frágiles y delicados.

—Está bien, pero ten mucho, mucho, MUCHO cuidado ¿entendido?

—¡Ufa!

El león se sentó de espaldas a ella. Aun por las malas primeras impresiones de lo que consideró bestias salvajes en dos patas, Knaach no pudo quejarse de la forma en la que la niña alisó su melena, colocando el pelo cuidadosamente entre ambas orejas, como si fuera un príncipe. Los dos hermanos veían la escena curiosos, montados en la rama de un árbol. Y ahí se quedó a gusto, a disposición de las hábiles manos de la niña por una hora completa, tiempo que incluso sirvió para que se hubiere secado completo. Knaach sintió una efervescencia de gratitud por Pisis y los chicos, pues no necesitaba verse al espejo para sentir que lucía mucho mejor.

—No te preocupes por el barro que vayas a pisar mientras salgamos de aquí —lo tranquilizó ella—. Te voy a sacudir las patas antes de llegar.

—Gracias.

Dado los últimos toques a su melena y ensayando un par de elegantes posiciones (según su modo de ver) de sentarse y caminar, Knaach estuvo preparado.

—Andando.

Los tres se encaminaron a paso firme fuera del lugar.

—Disculpa, ¿cómo te llamas tú, pequeño?

—¡Hathor!

—Hathor...

—¿Ein?

—¡Regresa y busca tu ropa, por dios!

El trasero del joven se perdió entre los arbustos, de regreso al lago de la cascada.

—Tepemkau tiene una pregunta.

—A ver, ¿cuál?

—¿Cómo se llama usted?

—Knaach.

—¡Ufa! —gimió la niña—. Eso es una lástima.

—¿Por qué es una lástima?

—Porque Hathor ya te había colocado un nombre y nos parecía apropiado.

—Pues es absurdo, porque yo ya tengo un nombre y me gusta —declaró orgullosamente, a la defensiva, viendo a otro lado.

Pasaron cinco segundos de turbio silencio.

—Bueno, ¿qué nombre me había puesto?

—Puberto.

—¡Y espera a que oigas el apellido, porque ese te lo pusimos nosotros!

—Puberto Nalgada del Corral —dijo Pisis, con solemnidad.

—Tepemkau piensa que eso denota fuerza y nobleza, como esas familias que son de alta alchurnia.

—Sipi, mucha fuerza, eso lo sabemos de papá Panék, que pega unas nalgadas que no veas.

El león tuvo que contener unos ardientes deseos de volver a rugir. Optó por ignorarlos.

Una vez hubo llegado Hathor (esta vez vestido), emprendieron la marcha a las colinas verdes, donde estaba el hogar de los chicos, y de ahí por un largo sendero que se perdía como una larga serpiente de cal en las montañas, en dirección al pueblo. Knaach se percató de que en todo el día no hubo una sola nube en el cielo (fenómeno bastante raro, estando tan cerca del mar) y que ya la tarde estaba avanzada, puesto que el cielo, poco a poco, iba cobrando un tono naranja espeso. El espectro de Saturno se hacía cada vez más intenso. La brisa se estaba volviendo más fría. El delgado hilo de humareda negra que había visto horas atrás se había convertido ahora en un intenso vapor que llegaba hasta el cielo, coronando el ras del valle con visiones de tejados puntiagudos y clásicas chimeneas altas con forma de lanza, y molinos.

En el pueblo había una cantidad más bien mediana de gente, todos elfos, altísimos, con rostros angulosos, quijadas puntiagudas, ojos rasgados y de colores amarillentos, azules y verdes, cabellos amarillos o intensamente plateados y largos, parecían versiones humanas de Knaach. Uno de ellos cargaba sobre su hombro dos barriles amarrados uno sobre otro y, con la otra mano, llevaba un puño de cadenas que arrastraban una enorme carreta, que estaba llena de utensilios de campo, hebillas y pacas de heno. El lugar era extremadamente limpio, y las casas parecían estar bañadas de una laca que las hacía brillantes, los jardines eran preciosos e impecables, las flores estaban ordenadas por color y tamaño, las frutas colocadas en cestos alrededor de las aceras para ser tomadas sin costo alguno.

Los faros de bombillas redondas y grandes estaban ya encendidos, el cielo se había tornado rojizo. No tardaron en llegar hasta el centro de la ciudad, abierta por una inmensa redoma de adoquines con una gran fuente en medio, que daba paso a un palacio enorme, que sobresalía entre todo el pueblo.

—Pues aquí estamos ya —anunció Hathor.

—Vamos a tocarles la puerta.

Caminaron por la larga alfombra roja hasta estar frente a la inmensa plancha de madera dividida en dos. El hermano mayor tocó la puerta tres veces. De haberlo hecho un poco más, la madera seguramente se habría astillado bajo sus nudillos.

Se escucharon unos pasos lentos, seguido por la seca rosca de un alargado resquicio que se abrió de golpe en la madera, dejando ver un par de ojos amarillos.

—¿Sí?

—¡Venimos a ver a los bichos! —exclamó Hathor.

—Venimos a visitar a los leones —lo interrumpió Knaach—. Como puede usted apreciar, tengo interés en hablar con ellos.

Aquella mirada penetrante se posó en el felino, revisándolo desde las patas hasta el hocico.

El resquicio se cerró de golpe y la puerta se abrió. Un elfo anciano pero con el porte de un rey, delgado, vestido con prendas negras y plateadas, de frente amplia y arrugada, patillas largas y cabello igualmente largo y atado en trenzas, los recibió.

—Puede pasar usted, pero los chicos se tienen que quedar afuera.

—¡Awww! ¿Por qué no podemos? —chilló Pisis, molesta.

—Porque no tienen invitación, a menos que hayan traído regalos y agasajos.

—¿Regalos y agasajos? —preguntó el león, incrédulo.

—Sí. Es la única forma en que los leones conceden una breve audiencia. Lo siento, pequeños, pero las reglas son las reglas.

—Disculpe, pero ¿no podrían acompañarme aun si yo lo quisiera?

—Llevo cuarenta años tratando y atendiendo a los leones, y sé bien que no les agradará. A usted, sin embargo, le permito el paso sin problemas al palacio, pues aun cuando ha llegado de forma inadvertida, sé que a ellos les interesará conocerlo. ¿Puedo saber su nombre, si es tan amable?

—Knaach de Ravencourt III —gruñó Knaach, de mala gana, y desanimado por aquella diplomacia tan fría y arrogante.

—Bien, pase usted, por favor.

El león le dio la espalda al mayordomo y encaró a los tres pequeños elfos.

—Espérenme en la fuente, algo me dice que no estaré mucho tiempo en este lugar.

—¡Upa upa! —contestó Hathor en confirmación.

—Nosotros iremos a zampar un helado *por' ay'*. Te veremos cuando salgas, Krang.

—Knaach, bestia atolondrada —corrigió el león—. Me llamo Knaach.

Los niños rieron y se marcharon.

El mayordomo (que aún inspeccionaba a Knaach con ojo crítico y talante curioso) acabó de abrir las puertas haciendo un gesto educado con la cabeza.

El lugar era enorme, las paredes de piedra lijada, y el gran pasillo que se abría al frente estaba rodeado por armaduras de hierro, con los brazos extendidos arriba y al frente, sosteniendo una espada cuya punta tocaba la de la armadura de adelante, haciendo un largo camino reverencial propio de un monarca. Más allá, las anchas escaleras se dividían en dos, y se entrelazaban hasta llegar al piso de arriba, que estaba coronado por una pared con un gigantesco retrato de una corona dorada, perlada en sus puntas por diamantes ovalados.

Al pasar por el camino de las armaduras, subir las escaleras y caminar por el largo pasillo lleno de ventanales, llegaron, por fin, a las puertas de la Sala Real.

—¿Por qué hay que caminar tanto? —interrogó Knaach, de mal humor— Siento que he caminado más desde que entré a este castillo que el recorrido que hice para llegar a él.

—Interesante observación —contestó el elfo, extrañado, y fascinado por su personalidad—. Tenga usted un poco de paciencia, por favor, pues es la hora de la siesta de los leones, y es posible que estén durmiendo todavía.

Knaach giró los ojos.

El hombre abrió las puertas y caminó dentro del salón, lleno de sofás enormes y rosados, y colchas infladas y redondas, con esponjosos cobertores rosa, repleto de almohadones.

—El espectacularmente bello, imponente, formidable, excelentísimo y majestuoso Knaach de Ravencourt III viene a ver a los hermosos, inmejorables, geniales, poderosos, fantásticos y magnánimos leones.

La cabeza de un león visiblemente más grande que Knaach, y con un pelaje menos pardo, se asomó entre las almohadas de la colcha más cercana. Otro, de melena negra, bajó un gigantesco muslo de avestruz horneado a la bandeja, dejándolo junto con un montón de huesos que estaban apilados en orden. Al lado, había un plato lleno de vino rosado.

—Ha venido hasta el castillo para visitarlos —repuso el mayordomo, sonriendo.

Los felinos se acercaron ronroneando.

—¿Y de cuál palacio viene él, mayordomo? —preguntó el león grande, sorprendido.

—De ninguno. Se presentó con tres niños elfos.

Los dos leones se horrorizaron.

—¡Aaah! —exclamó, afectado, el de melena oscura—. ¿Y no tienen microbios?

—Se veían sanos —repuso el anciano.

—Ok —retomó el de la melena más clara, intentando ponerse en el papel de anfitrión—. Nosotros nos llamamos Hermoso y Precioso. ¿Y tú, cómo te llamas?

Knaach se quedó cinco segundos en silencio, incrédulo.

—Me llamo Knaach.

—Hola, Knaach —contestó Precioso, haciendo ímpetu en la «ach», como si le costara pronunciar un nombre tan áspero—. ¿De qué parte de Titán vienes?

—De ninguna —contestó Panék, saliendo de detrás de una columna, con un traje largo y blanco, y un cinturón plateado—. Vino del cielo, en una cápsula.

Hermoso y Precioso hicieron un largo y suave «oooh» de impresión.

—¿Pero de dónde viniste? ¿De qué parte eres, exactamente? —preguntó Hermoso, haciendo que el mayordomo, a quien parecía interesarle más la pregunta, se sobresaltara.

—Vengo de Plutón —respondió, reticente a dar detalles importantes.

—¿Plutón? Ooh, ¿y hay muchos de nosotros por allá?

—No, solo yo, que yo sepa.

—Oh, vaya —suspiró, desanimado.

—¿Y qué hacías en Plutón? —interrogó el anciano.

—Trabajaba por mi cuenta.

Knaach se sentía herido en su propia moral, porque le parecía patético el modo de vida de aquellos que eran como él, pero a la vez no era capaz de confesar que trabajaba en un circo.

Aquel encuentro, que estuvo soñando buena parte de su vida y que resultó no ser ni la mitad de emocionante de lo que él esperaba, se estaba tornando cada vez más desagradable y frío.

—Debes comprender la desilusión de Hermoso y Precioso —dijo el mayordomo, interviniendo luego de un silencio desagradable—, tenían la esperanza de que hubiese algún ejemplar femenino entre ustedes, para continuar con la especie.

A Knaach le provocó reír, pero la prudencia le indicó que lo mejor era no empezar con la pata izquierda su relación con Hermoso y Precioso. Precioso se le acercó más, aclarándose la garganta.

—*Entend, Knaach, ¿toi donne bien le français? Peut-être tu aimerais jouer quelque chose de cricket de demain matin...*

—No hablo ese idioma —interrumpió secamente.

—Ainsss...

El mayordomo parecía tener otra pregunta más incisiva en la boca, cuando Panék interrumpió secamente la conversación.

—Esperen un momento —dijo, en tono imperativo, observando un gran monitor holográfico que estaba adherido a una pared.

—¿Qué sucede? —preguntó Precioso, acercándose a él.

—El juicio contra Iapetus está empezando.

Knaach abrió los ojos, sintiéndose oscuramente enardecido. «Iapetus, Iapetus... ¡Es la luna de Claudia!», pensó, sintiendo un creciente y desagradable vacío en el estómago. Trotó hasta estar frente a la imagen. El lugar que estaba enfocado en ella, que parecía construido de marfil blanco, daba la impresión de ser aún más inmenso

que la nave Herschel Magnatino.

—Es una bendición, ¿no es así, Panék? —inquirió el anciano, acercándose y entrecerrando los ojos, fijándose en la pantalla—. ¿No es esa la Hermandad Federal de Planetas Unidos?

—Así es. Ahora ese asqueroso bastardo va a tener todo lo que en verdad se merece.

—Disculpe pero ¿cuál bastardo? —preguntó Knaach, abriendo mucho los ojos.

—Metallus del Titanium —contestó Panék—, el rey de los ogros.

«¿El... padre de Claudia?», pensó Knaach, con un nudo en la garganta.

El silencio, si era posible, se hizo más rotundo, a medida que todos los presentes se acercaban. Veían el pórtico de los jueces de la Hermandad Federal. Todos vestían túnicas largas y negras, en un sepulcral silencio, sosteniendo carpetas que contenían evidencias.

—Pero espere, ¿se está refiriendo al presidente de Ogroroland? —preguntó Knaach, con un hilo de voz.

—¿Presidente? —se mofó Hermoso—. Querrás decir dictadorzuelo, porque eso es lo que él es.

—Antes de que ocurriera el desastre de la nube tóxica, Iapetus oprimía a Titán. De eso hace muchos años ya, pero será muy difícil olvidarlo, pues fueron tiempos terribles —reflexionó el mayordomo, suspirando—. La ocupación de Metallus Titanium se llevó la vida de muchos elfos. Entre ellos, la esposa de Panék, y la madre de los niños.

13

LA GUERRA DE METALLUS

Knaach todavía no podía salir de su consternación inicial. Por ello, una y otra vez, se vio a sí mismo en el tren aéreo de Plutón, recordando frase por frase cada conversación con su amiga, y las palabras exactas de ella: sí, su nombre era Claudia del Titanium, y sí, Panék claramente se estaba refiriendo a su padre. Ella era la hija de él, el rey de Ogroroland y literalmente de toda Iapetus.

El hombre que ahora resultó haber sido el responsable directo de que Hathor, Tepemkau y Pisis fueran huérfanos.



No lo podía creer, por lo que no juzgó la prudencia de la siguiente pregunta.

—¿Qué sucedió con él?

Hermoso y Precioso le dirigieron una mirada instantánea de reproche, sin embargo, a Panék no pareció importarle. Sucedió hace ocho años, cuando Iapetus era una super-potencia en el Sistema Solar.

La gigantesca nave espacial aterrizaba en las afueras de Hamíl, y aun cuando el poblado de los elfos no estaba tan desarrollado como en la actualidad, lo cierto era que aquella fortaleza del espacio era por lo menos dos veces más grande; nada menos que un descomunal armatoste circular y aplanado por ambos lados.

Otro centenar de naves de la misma forma, pero más pequeñas, inundaban el cielo, moviéndose de aquí y allá, expulsando rayos holográficos que analizaban el suelo de Titán. Los pobladores salían de sus hogares para ver, impresionados, aquel espectáculo inesperado. Llevaban horas intentando comunicarse con ellos, pero era fácil ver que el sistema de comunicaciones de los visitantes era tan distinto que no había ni por dónde empezar a establecer una conexión. Hicieron señales de luces, pero tampoco funcionó. O bien la tripulación de las naves no los veía, o bien no tenían intención alguna de comunicarse. Pronto, elfos aficionados a la lectura y a la mecánica espacial revelaron que aquel diseño de nave estelar pertenecía a los ogros. Y que el plato grande que había aterrizado en las afueras era nada menos que una nave imperial. El líder estaba ahí dentro.

Para la noche, ya se habían bajado pequeñas tropas de la inmensa fortaleza. Los ogros eran personas enormes, de contextura gruesa, algunos llevaban barbas, y tenían ojos pequeños. Estaban vestidos con armaduras complicadas y pesadas. Conducían inmensas máquinas taladoras que despedazaban los árboles que rodeaban los pequeños lagos. Alrededor de estos, había científicos apostados en cuclillas, tomando muestras del agua.

Para el amanecer, los elfos habían visto, atónitos, cómo una maraña de intestinos negros emergía de la panza de la nave principal, y los ogros se conglomeraban para amarrarlas a sus enormes camiones, estirándolas y llevándolas hasta donde había agua. Aquellos eran tubos, y no se tomaban más de veinte minutos en aspirar lagos enteros.

Mientras tanto, en el poblado, decidieron organizar una comisión para hablar con los visitantes.

—Incluso hasta ese punto —reflexionó Panék, haciendo un alto a su historia—, queríamos establecer un vínculo diplomático con ellos. Hablar un poco, darles una bienvenida apropiada, y negociar nuestro agua. Iapetus era poderosa gracias a su tierra tan magníficamente fértil, sin embargo, esta apenas valía la mitad de su valor si no era fertilizada con el agua de Titán, que tiene minerales únicos en el universo, y posee propiedades curativas.

Una comisión de elfos (entre ellos Panék) fue elegida rápidamente para ir a hablar con los extraños visitantes. Uno de los elfos más jóvenes llevaba también un saco con esferas de platino.

—¿Para qué llevas eso contigo? —preguntó uno de los ancianos.

—Puede ser que les interesen también nuestros metales, Titán tiene más cosas que explotar de lo que crees —contestó.

Y caminaron a través del campo, hasta llegar a los dominios del enorme disco espacial, que abarcaba todo el panorama, y era mucho más alto que el Palacio Central de Hamíl, lugar donde vivían los leones Hermoso y Precioso. Fueron alumbrados por un gran círculo de luz, como si fuesen prisioneros que están intentando escaparse de una cárcel. Marion, una elfa de cabellos larguísimos y dorados, como hebras de oro, decidió que lo mejor era quedarse de pie y no avanzar un paso más.

Las pupilas de sus hermosos ojos violeta se contrajeron hasta ser pequeños puntos negros, levantó un brazo para colocarlo en su frente, a fin de que la luz no la encegueciera. No tardaron en llegar unos sujetos enormes, parecían tanques de guerra vivientes, con enormes armaduras de combate que llevaban hombreras triples, ornamentas alrededor del cuerpo, bisagras de oro en los puños, y nudillos compuestos con esferas de titanio y pinchos.

Visto a los ojos de los ogros, Marion parecía un simple hada, pero más grande.

Cuando el enorme cuerpo de ambos guardas se interpuso al foco de luz que encandilaba a los elfos, estos sintieron inmediato alivio, como si hubiesen sido sacados de la sartén.

—¿Quiénes son ustedes, qué quieren aquí?

—Mi nombre es Marion —contestó con seguridad y firmeza, dando un paso adelante—. Lo que ven es una comisión élfica que ha venido a hablar con ustedes. ¿Puedo devolver la pregunta?

Los ogros se vieron entre sí.

—Esa es información confidencial, y no estoy autorizado para...

—Dárnosla, sí —lo atajó—. Entonces quiero hacer una petición formal para hablar ante su líder.

Esta vez, ambos gendarmes guardaron un silencio sepulcral.

—Entiendan que esta es nuestra luna, nuestra casa, y ustedes han aterrizado inadvertidamente. El que Titán no tenga un gobierno central no quiere decir que esta es tierra de nadie, ni que reina un estado de anarquía. Está la filosofía de los elfos. Hasta hace poco no hubiésemos esperado menos de la diplomacia de Ogoroland y, francamente, ahora está dejando mucho que desear.

La elfa guardó silencio, y penetró con su profunda mirada primero a un guardia, y luego al otro. Ambos, que tenían que ver hacia abajo para ver a una persona que «apenas» medía un metro ochenta y cinco de estatura, habían quedado absolutamente desarmados frente a sus palabras.

Una voz electrónica emergió detrás de los ogros, y se escuchó con toda claridad:

—Infórmenles que esperen.

Marion se fijó en el aparatoso pecho metálico del ogro, que llevaba una pequeña hendidura.

—Les agradeceríamos, además, que apaguen esa luz que han dirigido sobre nosotros, por favor, pues nos resulta desagradable —dijo en voz alta, dirigiéndose específicamente a la hendidura, que era de donde había salido aquella voz.

Casi al instante, el proyector de luz se apagó, dejándolo sumido todo, otra vez, en una titilante claridad amarillenta. Los dos ogros permanecieron de pie en el lugar, sin decir nada. Los oscuros ojos que los veían a través de los cascos cerrados de las armaduras eran tan secos que ninguno de los elfos se tomó la molestia de sostenerles la mirada.



—Las palabras de Marion habían dado más resultado del esperado —reflexionó Panék, viendo hacia la ventana—, pues quien se bajó a recibirnos fue el mismo líder de los ogros, Metallus del Titanium.

Los elfos no se habían separado, permanecían juntos, inalterables, y así esperaron treinta minutos. Una plataforma se abrió desde el centro de la nave nodriza, y de ahí empezó a descender, como si fuese un ascensor mágico, una plataforma circular, bañada por un tubo de luz que venía de arriba.

Escoltado por dos ogros, que vestían armaduras doradas y eran todavía más grandes y complejas que la de los soldados que tenían enfrente, un tipo enorme, de por lo menos siete metros, con una armadura azul y blanca, se aproximaba.

Tropas con cientos de ogros veían desde lo lejos a Metallus, inquietos y murmurantes, pues este parecía estar muy confiado de sí mismo como para recibir personalmente a los elfos. Y si el rey había decidido acercarse a ellos llevando escolta, era solo por puro protocolo y elegancia.

Uno de sus generales, un ogro de barba larga y blanca, llamado Rockengard, veía la situación desde lo lejos, con los brazos cruzados.

—¡Retírense! —ordenó Metallus a los guardias, quienes obedecieron de inmediato, reemplazados por los de armadura dorada.

Aun recubiertos por tela, podía entreverse que los brazos del temible rey Metallus eran enormes y musculosos. Las rodillas de su armadura parecían escudos brillantes, el torso de la armadura tenía la forma de la cabeza de un dragón y las hombreras estaban llenas de espinas largas y gruesas. Había otro detalle más: uno de los guardaespaldas de armadura dorada llevaba a un bebé en brazos, una niña que estaba tapada por mantas de cuadros.

Metallus se quitó el casco para hablar con Marion.

—¡Buenas! ¡¿Quién es usted?!

—Marion, y vengo en representación de Hamíl, el pueblo élfico.

—¿¡Ah, sí!? ¿¡Y qué desea!?

—Negociar el agua que están sustrayendo de nuestros lagos, y también regular las cantidades en que se las llevan, pues a este paso, no dispondremos de ella nosotros mismos.

Metallus hizo silencio por un momento y giró la cabeza para ver al guardia.

—¡Devuélveme a mi hija! —pidió.

Mientras le extendía cuidadosamente a la niña, y este la recibía entre sus brazos, Marion se había dado cuenta de que aquel hombre no le estaba gritando expresamente a ella o a los otros guardias que se habían retirado, sino que hablaba así.

Panék oteaba cautelosamente el horizonte, lleno de figuras de ogros, como un ejército medieval llenando la cima de una colina, apostados para ver la escena.

—¿Es su hija? —preguntó Marion sutilmente, bajando la vista y tocando su abultado vientre de madre en espera.

—¡Sí! ¡¡Nunca me separo de ella!!

La elfa veía con gran candidez a la niña en los brazos de su padre, sus ojos violeta se hicieron aún más dulces.

—Aquí en Titán tenemos la costumbre de que todos los recién nacidos, sean de la raza que sean, si están en tierra élfica, deben ser bautizados con una oración. Permite a las almas jóvenes ocupar el mismo espacio sobre la tierra que dejaron los espíritus del pasado.

—¡Qué interesante! ¡Pero mejor consideremos que ahora estamos en una especie de Embajada!

El elfo que llevaba el saco con esferas de platino se hallaba atemorizado por Metallus y, a la vez, cabizbajo. Los elfos son seres de aguda inteligencia, y realmente no se necesitaba ser muy listo para deducir que una raza que podía darse el lujo de confeccionar armaduras tan impresionantes con titanio y metales preciosos no necesitaba en lo más mínimo de la mercancía con la que tenía la esperanza de hacer algún negocio extra.

Metallus movía su barba negra de un lado y otro, signo de que estaba pensando.

—¿Así que quiere negociar, verdad?! ¡¿Qué le parece si acordamos una cantidad en Ias?!
—Disculpe, pero no sé a qué se refiere.

—¿¡No sabe lo que son los Ias!? ¡Es la moneda de Iapetus, y por mucho, la de mayor valor en el Sistema Solar!

—A nosotros no nos interesan los Ias, tampoco nos interesa ningún otro tipo de dinero.

Los enormes guardaespaldas se vieron entre sí.

—La sociedad élfica no está regida por el intercambio de dinero para obtener los bienes que nos sustentan, o por ningún símbolo económico.

—¡Ay qué asco, son comunistas! —exclamó uno de los guardias, horrorizado.

—¡¡Cierra la boca, marmota!! —le ordenó Metallus.

El líder de los ogros observó fijamente a Marion.

—¡En ese caso podemos hacer un intercambio de bienes! ¡¿Qué les parece si les damos tierra a cambio?! ¿¡Conocen las propiedades que tiene la tierra de Iapetus!?

Fue entonces cuando el más anciano de los elfos habló.

—Pero el 75% de los frutos y vegetales de Titán vienen expresamente del mar. Son regalos que la naturaleza nos da cada año. ¿Cómo vamos a sembrar su tierra en el mar? No vale la pena...

—¿¡Y qué tal si los proveemos de metales!? ¡Tenemos muchas variedades! ¡Oro, platino! ¿Qué tal diamantes? ¿Les gustan los diamantes? ¡Negro, blanco, rojo, azul!

Esta vez fue el joven elfo del modesto saco de esferas de platino el que se encargó de negar lentamente con la cabeza.

—¡Se ve que ustedes necesitan tecnología para sus gentes! —dijo entonces Metallus—. ¡Podemos hacerles la vida más fácil! ¿¡Quieren intercambiar tecnología por el agua!?

—Tenemos la que necesitamos —aseguró otro—. En el exterior parecemos un pueblo rural, pero le puedo asegurar, su excelencia, que vivimos como usted nos ve porque así es como nos gusta.

El líder de Ogroroland se estaba quedando sin opciones.

—¡Muy bien! —dijo, después de una larga pausa—. ¡¿Qué tal si ustedes colocan el precio, sea lo que sea que ustedes quieran?!

Marion dio un paso al frente.

—Le prometo que lo pensaremos, Metallus. Mientras tanto, sé con certeza que hablo por todos los elfos de Titán al pedirle que, por favor, ordene retirar sus naves de la luna hasta nuevo aviso.

—¡¡Eso no podrá ser!!

El fulminante silencio que se hizo a continuación fue atemorizante, pero la elfa no se inmutó.

—¿Por qué?

—¡Mi señora! ¡Debemos tomar ese agua al costo que sea!

—Espero que se esté dando cuenta de que es usted entonces un ladrón, Metallus.

—¡Hohoho! ¡Prefiero ser un ladrón en esta tierra que un mal líder en mi luna!

—Si es cierto lo que usted dice, entonces me apena decir que en Iapetus impera una cultura de criminales.

—¡Todo es política, mi querida dama, todo es política! ¡Puedo impulsar todavía más la economía si poseo ese agua! ¡Primero pienso en mi luna! Panék hizo un mohín de asco, mientras que los otros elfos murmuraron entre sí, enojados.

—Así que piensa usted robarnos todo por el bienestar de su luna —repuso Marion, lentamente—, entonces tendremos que defendernos.

—¿¡Me está diciendo que piensan defenderse!? ¡¡Ridículo!! ¡Si va a pensar en el bienestar de todos, elfa, entonces hágalo cobrando un precio! ¡Porque le aseguro que puedo hacer que las cosas se pongan muy mal!

Panék se adelantó impetuosamente, pero Marion le puso rápidamente una mano en el hombro.

—Iapetus tiene un líder ignorante. Ha venido ignorando la idiosincrasia élfica, e igualmente ignora nuestra capacidad defensiva. Veamos si usted ignorará también lo que la Hermandad Federal de Planetas Unidos tenga que decir al respecto —lo retó ella, con sagacidad afilada en la voz.

—¡Pues hágalo, llámelos y veremos si la palabra de los elfos puede más en la balanza de intereses política del Sistema Solar que Ogroroland!

—Dos pueden jugar el juego de la política, Metallus. Esta misma noche comunicaremos a todos los pueblos del Sistema Solar que Titán empieza a comercializar su agua. A todos se la venderemos a la mitad del precio que desde ya pensamos vendérsela a usted. Cuando mañana mismo aterricen las naves sobre los campos de Hamíl y vean lo que usted hace, le garantizo que tendrá una unión de planetas y lunas declarándole la guerra. Supongo que después de todo, más de un

gobierno o reino, sabiendo que Iapetus tiene a alguien como usted de líder, querrá evitar que su luna se haga una potencia más grande de lo que ya es. ¿No le parece?

El enorme ogro se quedó pasmado.

—¿No es irónico, Metallus? —exclamó Marion, con potente voz—. Ha sido usted mismo quien me ha hablado de este juego de la política, ¡y siento que ya somos capaces de jugar a ella mejor que usted!

La barba de Metallus comenzó a moverse más deprisa que nunca.

—¡Espere un momento! ¡Todavía podemos llegar a un trato!

—¡Los tratos se han acabado por hoy, señor! Mañana tomará usted su lugar en la venta del agua junto con los otros gobiernos e imperios y esperará su turno según lo juzgue convenientemente un Ministerio de Economía Élfica muy eficiente que le aseguro estará conformado antes del amanecer.

Los elfos se dispusieron a retirarse del lugar, pero antes, Marion se dio la vuelta y encaró al líder de Iapetus otra vez.

—Por último, mi estimado Metallus, si piensa seguir un minuto más en Titán, tendrá que respetar las tradiciones de nuestra luna. Voy a bautizar a su hija con una oración.

—¿Qué dice?!

Marion se abalanzó hacia el ogro, levantando los brazos. Panék gritó algo que en el momento nunca fue escuchado, e intentó, demasiado tarde, de tomarla por el hombro. Las túnicas de la hermosa elfa bailaban con majestuosidad por el viento. Trató de extender una mano hacia la niña y, lo próximo que vieron sus compañeros elfos desde atrás, es que uno de los guardaespaldas enterraba uno de los afilados nudillos de oro bajo el seno izquierdo de ella, justo en el corazón. Los elfos gritaron, el grupo se revolvió, Metallus cubrió a su hija con los brazos e, inmediatamente, se dio la vuelta, resguardándola, mientras que su escolta se arrojaba rápidamente delante de su rey, para protegerlo. La gigantesca armada que hasta entonces estaba reunida a lo lejos se hizo en pocos segundos una hirviente marea que se acercaba a gran rapidez.

Panék gritó enardecido, saltó como una fiera sobre los hombros del ogro que había dado muerte a su esposa, y le enterró sus garras en los ojos, dejándolo ciego al instante. Regresó de un salto al suelo, cayendo como un gato, dispuesto a atacar otra vez. El otro guardia trató de embestirlo de un manotazo, pero el enfurecido elfo se barrió en el suelo, saltó sobre su regazo, se colgó de su cuello, y empezó a clavar sus afiladas garras en la apertura entre el casco y el cuello. Era tan rápido que apenas podía vérselo. Aun cuando logró sacarle sangre rosada que se escurrió por la hombrera, sus uñas se partían al intentar calar más profundo en la dura piel del ogro. Sintió una ardiente llamarada en la cara: apenas logró esquivar el veloz golpe de Metallus quien, con unos nudillos espinados, le hizo una herida larga en la mejilla, protegiendo a su propia escolta. Panék cayó bruscamente al suelo, mareado, con la cara cubierta de sangre. Los otros elfos habían recogido a Marion, y empezaron a

emprender la retirada.



—¡¡Fue estúpida, muy estúpida!! —rugió Metallus.

—¡Panék, por amor a tus hijos, ven! —le gritó el anciano.

—Marion todavía vive... —musitó Panék, acariciando la cicatriz en su mejilla—.

Eso fue lo que me dijo.

Se hizo un profundo silencio, y Knaach volvió a la realidad, y lo sintió como si hubiese despertado de una agria pesadilla. Aquella niña, aquella infante que sostenía Metallus entre brazos, era Claudia, tenía que ser ella.



El león temblaba. Ella era la hija de un verdadero tirano.

—Fue entonces que Marion dio a luz a Pisis esa noche, justo antes de morir —repuso el mayordomo, en voz baja—. Extrajeron a la niña de su vientre, y murió con su hija en brazos. Pero eso no fue todo...

Temiendo que los elfos dieran inicio al plan de Marion, o tal vez a algo peor, los ogros destruyeron todos los sistemas de comunicaciones posibles que existían en Titán.

La nave nodriza abandonó la luna, no sin antes llevarse toda el agua que pudieron, hasta secar los lagos. Bombardearon su único sistema tecnológico con el más terrible arma que tenían los ogros; «el Dedo del Diablo», que era disparado desde la estratosfera, y arrasaba todo lo que conseguía a su paso, en una línea recta conformada de energía pura. Las aldeas, templos, bosques, valles y colinas se desintegraban. El Dedo del Diablo arrancaba las cosas de la tierra, y las hacía pedazos en el aire, hasta que dejaban de existir. Los elfos quedaron literalmente aislados.

«Decidieron no arriesgarse más en combates terrestres, porque a pesar de que los atacábamos con armas rudimentarias, los ogros perdían pequeñas tropas. Ellos son conocidos por ser de cerca una de las razas guerreras más poderosas del Sistema, pero los elfos también lo somos».

«Después de hacer una larga demostración de poder, se retiraron, pensando que con ello quedaríamos amilanados, pero se equivocaron». «Afortunadamente, a diferencia de la tierra de Iapetus, el agua, aquí, es un bien que la misma naturaleza renueva: al año, los lagos volvían a estar llenos. Y cuando eso ocurrió, los elfos empezamos a integrar una economía, y a comercializar el agua».

«Al poco tiempo, comprendimos que el único error que habíamos cometido en

esa campaña era no predecir qué tanto crecerían nuestras arcas de dinero. Por ello, resolvimos darles un excelente uso, en pos de que nunca más volviera a suceder lo que nos sucedió».

«En Titán empezaron a nacer las ciudades, que se convirtieron en metrópolis y, más tarde, en grandes capitales incluso dentro del Sistema Solar».

«Los ogros no se atrevieron a acercarse los primeros años, pero eventualmente tuvieron que hacerlo, por medio de un representante que abanderaba una diplomacia que nada tenía que ver con la brutalidad con la cual se acercaron la primera vez. Fueron muy tontos al creer que podrían engatusarnos. Tal como resolvió Marion, el agua se le vendía a Iapetus no al doble o al triple, sino al cuádruple del precio. Y no les quedó más remedio que pagarlo. Cuando nos enteramos de que podía haber compradores de otros mundos que revendieran el agua a Ogoroland por un precio más asequible, por ejemplo, al triple del precio, entonces subimos el costo para los ogros a ocho veces el precio del agua, para que así los revendedores hicieran su gran negocio vendiéndoselos a cinco o como mucho seis veces el precio».



«Aunque no lo parezca, Titán está muy bien defendida, y cómo no, muchos otros líderes del mismo corte de Metallus del Titanium se nos acercaron para compra agua... Pero como te he dicho ya, esta vez estábamos preparados, y fue por ello que el Triunvirato de Porcia, o un gran aliado de nuestra luna Titán, el emperador Gargajo y su esposa Flema, hicieron todo lo posible para estar en buenos términos con nosotros, incluso hasta llegar a otros tratos y trueques que no tenían que ver con el agua».

—Luego vimos lo que le sucedió a Iapetus, la luna de los ogros; ellos tuvieron una desgracia peor que la que nos ocasionaron a nosotros. Mil veces. Y sí; ese incidente que sufrió su atmósfera con una nave de silos químicos lo ocasionamos nosotros.

—Lo ocasioné yo —siseó Panék—. Nadie más. Y no me arrepiento de ello. Me enorgullezco.

El anciano apoyó su huesuda mano sobre el hombro de Panék, con pena. Hermoso y Precioso habían estado escuchando en profundo silencio. Knaach quería estar solo lo antes posible. Estaba aterrorizado. ¿Qué harían si supieran que él estuvo acompañando a la hija, a aquella niña que Panék había visto hacía ocho años en los brazos de Metallus? Porque sí, era muy fácil deducirlo. Demasiado, de hecho.

¿Qué sucedería ahora con la demacrada Iapetus, si de pronto los elfos se enterasen de que acompañó a la susodicha niña en el plan que tenía Metallus para dejar tuerto a Gargajo?

¡Era una acción mala, sí, pero también parecía lo correcto! Y Kannongorff, el

agente especial Kannongorff, en el tren aéreo, cuando él y Claudia vieron su cadáver... Tuvo que haber sido asesinado por un elfo. Todo encajaba; se había preguntado una vez qué o quién sería capaz de asesinar a un ogro y el único que tendría capacidad de hacerlo es un elfo. Sí, ellos sabían, tenían que saberlo todo. Posiblemente, incluso lo hubiesen visto en el tren acompañándola...

El león sabía que estaba siendo objeto de observación. Precioso lo veía fijamente.

—Lamento mucho que sus tres hijos hayan crecido sin madre por culpa de un tirano —dijo Knaach, intentando no temblar.

—Dos —corrigió Panék—. Pisis y Tepemkau fueron hijos nuestros, a Hathor lo adoptamos. Pero esa es otra historia.

El mayordomo subió el volumen del monitor holográfico con su simple pensamiento.

—Ahora sí —dijo por fin—. Va a empezar el juicio contra Metallus.

METALLUS ES CONDENADO

A pesar de que Claudia se había despertado hacía unos cinco minutos, no podía abrir los ojos, y ello se debía a que no se acostumbraba a la luz. Su cerebro adormecido apenas había cobrado la suficiente lucidez para darse cuenta de que no estaba muerta, y que tampoco se hallaba en su cama, en Iapetus.

Escuchaba unos pasos familiares que iban de aquí para allá, muy cerca de ella.

—¡Vamos, levántate, niña atolondrada, que ya sé que estás despierta! ¡No tienes idea del lío en que estamos!

La voz también era familiar, pero no conseguía recordar nada. Se hallaba demasiado atontada. Lentamente se sentó sobre la colcha, poco a poco, como un cadáver inmenso que regresa a la vida. Inmediatamente sintió un paño húmedo, muy caliente, restregándole los ojos.

—A ver si quitándote las lagañas de piedra que tienes abres los ojos. Allá afuera hay por lo menos treinta jueces que quieren hacer trizas a tu padre, y puedes estar segura de que a ti también te llamarán al estrado para compadecer.

—¿D... D... Dónde estoy?

—En la luna Elara, tonta, te encuentras en la Hermandad Federal de Planetas Unidos. Me extraña que después de este escándalo todavía se dignen a reservarnos un ala especial con dormitorio.

La niña abrió los ojos de golpe. Su visión confirmó en segundos lo que sus oídos no pudieron en minutos: frente a ella estaba un ogro joven, fuerte, con la cara muy limpia, afeitada, de barbilla redonda y mejillas blanquecinas, cabellos negros peinados hacia un lado y unos anteojos.

—¡Calizo!

—Sí, yo mismo.

Claudia se lanzó a abrazarlo.

—¡No tienes idea de todo lo que ha pasado, Calizo!

—No, tú eres la que no tienes idea de todo lo que está pasando, niña.

El ogro la tomó de la cintura y la sentó nuevamente en la cama, con facilidad.

—El plan para dejar tuerto a Gargajo no solo salió horriblemente mal, no solo es de conocimiento público que los ogros planeamos todo, sino que además, ahora nos acusan de haberlo matado. ¿Me puedes decir qué diablos sucedió allá arriba, Claudia?

A la niña le entró un frío mortal que le congeló el alma.

—Oh, ay, ay, dios...

—No has causado solo un lío, sino un desastre, un desastre descomunal. Dime qué pasó arriba.

—Quería... Quería cumplir la misión de Kannongorff, quería ir y dejar tuerto a Gargajo en su lugar.

—¡Qué idiotez más grande!

—Pero no lo maté yo, Calizo, tienes que creerlo. No he sido yo, no he sido yo. ¡No he sido yo!

—Por supuesto que no, fue el agente especial Kannongorff quien lo mató.

—¡NO!

El ogro se echó para atrás involuntariamente, abriendo bien los ojos y observando a la chica fijamente.

—¡No fue Kannongorff! ¡Él... Él...! ¡A Gargajo no lo mató ningún ogro! ¡Fue alguien que abrió un boquete en la nave y emergió del espacio! Ay, Calizo... Ay...

—Claudia, siempre te he querido mucho, lo he hecho desde que eras un pequeño pedrusco en los brazos de tu padre, pero te advierto que nuestra amistad se va a hacer polvo si me mientes, más si me estás viendo cara de tonto.

—¡Yo lo vi! —exclamó alterada, a punto de llorar—. Yo vi cómo lo hizo. Kannongorff estaba muerto, y eso también lo vi, él murió en el tren aéreo. Calizo se colocó en cuclillas, frente a ella.

—Primero, deja de llorar, no es así como debe lucir la hija del rey, ni siquiera frente a un montón de burócratas de otras lunas.

Claudia se secaba los ojos con el reverso de las manos, sintiendo un terrible dolor de cabeza. Una lágrima le había bajado hasta el mentón.

—Segundo, lo mismo que te he preguntado yo, te lo preguntarán allá afuera. ¿Es eso lo que les vas a decir?

La niña hizo un pequeño puchero, y se quedó varios segundos en silencio.

—No me importa lo que digan ellos, me importa que me creas tú.

—Y te creo, Claudia. Perdona si luzco sorprendido, porque es una historia ridícula. Pero te creo, por más horrible que todo parezca. Te creo porque te conozco, y te creo porque te quiero creer. También pienso que puedes haber sufrido muchas alucinaciones, que muchas cosas pudieron haber pasado, cosas que no captaste como lo haría el resto de nosotros, por dios sabe qué manipulación.

—Pero es fácil probar que Kannongorff está muerto.

—Claro que es fácil probarlo; hallaron su cadáver en la Herschel Magnatino.

Apenas Calizo terminó de pronunciar esas últimas palabras, Claudia sintió, por segunda vez en su vida, ganas de morir. Sintió terror.

—Yo vi el cuerpo de Kannongorff en el tren aéreo, en Plutón —musitó, con voz fría—, no en la Herschel Magnatino.

—Los muertos no pueden infiltrarse dentro de una nave espacial, Claudia.

El silencio que siguió a continuación estuvo cargado de pesadillas invisibles.

Esta vez fue el ogro quien abrazó a la niña, con fuerza.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, mientras la sujetaba en sus brazos—. Sea cual sea la verdad, los jueces van a sacar una determinación por sí mismos, la más lógica. Y la más lógica es condenar a tu padre y disolver por siempre el reino de Ogroroland. Yo también tengo miedo, si quieres saber la verdad, estoy aterrado, y

todo lo que nos queda es reconocer lo que ellos, los jueces, quieren que reconozcamos, a fin de que la condena sea un poco más leve. Nos acusan de magnicidio y terrorismo.

—Solo he logrado causar más problemas, cuando todo lo que quise fue ayudar a resolverlos —gimió, llorando y pegando su cara al hombro de Calizo—. Pues sí. Pero nunca es tarde para ayudar, y si insistes en que el cretino inútil de Kannongorff murió en el tren aéreo pues bien, que así sea, pero si sabes algo más, Claudia, por favor, dímelo.

La niña se quedó tiesa, impávida.

—¿Dónde está Knaach?

—¿Knaach? ¿Quién es él?

—Es un león, me acompañó durante todo el camino.

Calizo dejó entrever, con el gesto en su cara, que sintió más desilusión e intranquilidad que la que ya tenía.

—No, Claudia...

—¿Cómo llegué hasta acá? ¿Cuándo me encontraron?

—Los mismos soldados de la nave, ellos te salvaron a último minuto.

—¿Y no analizaron el cuerpo de Gargajo? Si le realizan una autopsia puede ser que determinen la verdad, que murió cuando el hombre que se metió dentro de la nave lo mató.

—Imposible, mi niña... El cuerpo de Gargajo se perdió.

—¿Se perdió? —gritó, poniéndose de pie—. ¡Medía como sesenta metros, Calizo!

—Sí, eso escuché, créeme que todos nos quedamos de piedra cuando supimos cómo era en verdad. Pero a lo que me refiero es que no pudieron sacar el cadáver del lugar, el cual explotó poco después de que te sacaron a ti. El emperador Gargajo, o lo que queda de él, está flotando sin rumbo, perdido en el espacio.

La niña se llevó la mano a la barbilla, meditando, con el corazón latiéndole todavía de prisa.

—¿Debo decir la verdad, Calizo?

—¿A qué te refieres?

—¿Debo decirles la verdad allá afuera? Todo lo que hice fue quitarle un ojo a Gargajo, porque le arrojé una espada. Tenía muchos ojos, así que era imposible dejarlo tuerto, no sin que él alcanzara a aplastarte primero.

—¡Aún dentro de esa descabellada teoría cometiste un error letal! ¡Dejaste que él te viera!

—¡Lo sé! ¡Pero en el momento no me importó, porque apareció el tipo del que te estoy hablando! ¡El que salió del espacio! ¡Todo pasó demasiado rápido! El ogro se llevó una mano en la frente y se sentó en la cama.

—Ahora soy yo el que quisiera dormir.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón, se quitó los anteojos y empezó a

limpiarlos, con metódica lentitud, mientras continuó hablando.

—Para empeorar todavía más las cosas, quien funge como jefe de los jueces es un elfo.

—¿Eso que tiene que ver?

—Nada, no estás en edad para entenderlo —dijo, suspirando—. Metallus ha convertido a mi padre en hombre de confianza para que te dé las riquezas que necesitas para vivir bien, pequeña.

Claudia se quedó de pie, sin moverse.

—Está haciendo todo lo posible para que sus ministros no sean condenados también. Pero todos vamos a ser desterrados de Iapetus, nos hemos quedado sin hogar.

—¿Cómo que desterrados? —exclamó, con ganas de llorar otra vez—. ¿Quién nos destierra?

—Los jueces, es una de las cosas que sabemos harán.

—¡No pueden hacerlo!

—Sí, si nos encuentran culpables. Le van a quitar todo el poder a Metallus y al reino, y vendrá un gobierno de la Hermandad Federal de Planetas a tomar el mando de Iapetus.

Claudia apoyó su brazo de la puerta y se enjugó los ojos otra vez.

—Nos van a quitar nuestro hogar.

Calizo Popstone decidió bajar la mirada y seguir limpiando sus anteojos.

—¿Dónde está mi padre?

—Lo están interrogando en este momento.

La niña tenía miedo de ir a verlo, de hablar con él. Se sentía miserable. Los ogros creían que por su culpa todo había sucedido.

La niña pensaba ofrecer su vida, si con eso pudiera regresar al tiempo. «Si pudiera regresar solo una semana. Prometo que acabaría con mi vida, me mataría yo misma, y así no sucederá nada, así las cosas estarán mejor».

«Quiero morir».

—Quiero estar con mi padre.

—Lo están interrogando, no querrías estar en ese lugar ahora, Claudia.

La cara de la ogro se arrugó, sintiéndose miserable.

—No, quiero estar con él.

—Igual, no te dejarían pasar a la sala. Ya te llamarán.

Calizo comprobó lo limpio que habían quedado sus anteojos fijando la figura de Claudia en ellos, colocando los espejuelos cerca de su cara. La niña lucía cabizbaja, de espaldas.



—Igual, Metallus no se irá sin darle su merecido a todos los jueces; han cometido el error de ponerlo a declarar frente a un micrófono, los debe estar dejando sordos ahora.

La niña no pudo evitar sonreír. La puerta se abrió hasta la mitad y, entre la apertura, se asomó el medio cuerpo de un ogro.

—Ya la están llamando.

Calizo se puso de pie y colocó una mano en el hombro de Claudia.

—Vamos.

Entrar a la sala principal de la Hermandad era como andar por la antesala de paredes pedregosas que tienen que seguir los gladiadores, para salir a la arena donde los espera una muerte casi segura, pero con diferencias notables: los arcos eran tan altos como rascacielos y hechos de marfil. El suelo era del mismo material, pero completamente blanco, tanto que incluso parecía relucir, iluminado por una luz que se fusionaba con todo el lugar. Era tan espacioso que Claudia se sentía como una hormiga caminando en el medio de la calle y, en efecto, en escala, el lugar era así de grande. En cada columna que se encontraba a cada lado había un guardia sosteniendo una lanza. Parecía una dinastía del cielo que intimidaba y maravillaba a la vez. En el techo, que se encontraba a cientos de metros de altura, se hallaban en fila inmensas esferas blancas, y lechosas, que servían como focos de luz.

Después de caminar por un largo rato, cruzaron una puerta altísima y delgada, y pasaron al Tribunal Supremo del Sistema Solar. Los jueces se hallaban en estrados enormes, había que observar hacia arriba para alcanzar a verlos. Colocados en fila, parecían los tubos que se levantan para dejar escapar el fúnebre sonido cuando se tocan las teclas de un órgano, y estaban organizados en igual orden de tamaño. Tras los estrados se ubicaba un ventanal gigantesco, donde se veía al colosal planeta Júpiter. Los jueces, con túnicas blancas, eran todos ancianos, menos el que estaba en el centro, el elfo, quien se veía fugazmente joven, con ojos grandes y amarillos, y mirada de felino. Claudia caminó fijándose en los estrados, pero por un impulso, un impulso agudo, giró la cabeza a la derecha, y vio algo que la hizo llorar enseguida.

Metallus estaba a poco metros, parado frente a un púlpito, con las manos esposadas tras la espalda. Su piel era más blanca, casi lechosa, enfermiza, y su barba estaba raída y seca. Sus ojos pequeños estaban brillantes, perdidos en la nada. Parecía, de pronto, más anciano, cansado, de hombros caídos. Levantó la cara para ver a su hija, y la bajó otra vez al segundo. Un hálito de vida le entró al saber que ella estaba bien. Eso revelaba que no le habían dejado ver a Claudia en todo ese tiempo.

Hicieron pasar a la niña a un panel de igual tamaño, un poco más al frente. Más adelante, en otro estrado, se hallaba un hombre muy delgado y alto. Una figura que ella reconocía: Osmehel Cadamaren, el dueño de la Herschel Magnatino, quien se encontraba declarando ante los jueces. Con sus bigotes negros y brillantes, que parecían hechos de plástico, sus terribles ojos completamente negros con pupilas blancas, y su cara dura como una piedra, sus horribles ojeras ennegrecidas y su

extravagante vestido a rayas (esta vez amarillas y negras) el magnate parecía un muñeco viviente, que movía los brazos de forma lenta.

—Todas sus preguntas me parecen justas y necesarias, sí, pero por desgracia, no puedo ofrecerles más detalles que los que yo mismo pude constatar desde el casino, que era el lugar de la nave donde yo estaba cuando escuché el primer impacto. Ordené que se cancelaran los juegos y que todas las personas se pusieran a resguardo de inmediato. Es lo mejor que pude hacer al momento. La información que se originó a partir de ese punto me llegó gracias al jefe de guardias de mi personal, que, desde luego, estaba en contacto con el cuerpo de seguridad. Todo lo que sé lo he entregado a ustedes tal como llegó a mis oídos esa noche antes de evacuar la Herschel Magnatino y, ahora lo pongo a manos de ustedes, así como cualquier información que posiblemente puedan necesitar.

El juez elfo, que escuchaba las palabras con talante serio, y aquellos ojos helados que parecían cortar el aire, juntó las manos y meditó las palabras que acababa de oír.

—¿Va a levantar cargos individuales contra Metallus del Titanium?

Osmehel Cadamaren giró la cabeza a la derecha para observar al rey sobre su hombro, y luego a la izquierda, para ver a Claudia.

—No —contestó al fin—, su Señoría, he perdido mi nave más preciada, la Herschel Magnatino, debido a una abominable acción terrorista. Pero lo más valioso, y lo que el señor Titanium no podrá devolverme, es la gente a bordo que perdió la vida, aun cuando es eso todo lo que yo quisiera, y no remuneración económica de su parte. Por ello, lo único que hago es dejarlo en manos de la Hermandad Federal, que es la que se encarga de juzgarlo por aquello que en verdad considero importante.

Luego de un respetuoso silencio que duró pocos segundos, el juez elfo habló.

—Puede retirarse entonces, señor Cadamaren.

El hombre se dio media vuelta y caminó lentamente. Sus ojos, que parecían estar encapsulados en un líquen claro que los hacía ver secos, se cruzaron con los de Claudia por unos segundos.

El juez que estaba sentado a la derecha del elfo, un vampiro de rasgos delicados y rectos, también joven, se puso de pie, y anunció en voz alta:

—El máximo juez Raah procederá ahora a interrogar a una nueva testigo involucrada en los hechos acaecidos en la madrugada del día 43 del mes 8 (fecha de Plutón). Presunta sospechosa de asesinato y cómplice de terrorismo.

El juez se sentó, revolvió algunas cosas en su escritorio que no se alcanzaban a ver, al igual que el resto de los jueces; menos Raah, el elfo, quien veía a Claudia con desprecio. Pasados varios segundos, cuando hubo un completo silencio, el juez habló, su voz se dejaba escuchar por todo el coliseo, con cierto efecto de eco.

—Diga su nombre completo.

A pesar de ser la hija del máximo regente de una nación que gobernaba sin peros a una luna completa, Claudia siempre había sido una niña sencilla, fue por ello que le costó concebir que aquel hombre, desde aquel lugar tan importante y alto, le estaba

hablando a ella.

—Claudia Nefertitis Vön Sugus del Titanium.

Los jueces volvieron a revolver el papeleo de sus escritorios, como si estuviesen confirmando que se trataba, en efecto, de la hija de Metallus.

—¿Estuvo usted en la nave Herschel Magnatino hace seis días?

—Sí.

Nuevamente, los jueces revolvían sus cosas. Claudia sentía que por medio de preguntas muy cerradas la estaban condenando poco a poco, sin oportunidad de decir nada más.

—¿Asesinó usted al emperador Gargajo?

—No.

Raah se frotó las manos, y apoyó su mentón en ellas, sin quitar su mirada de la niña. El silencio era pavoroso.

—¿Vio quién lo asesinó?

—Sí.

—Dígalos...

—Un hombre misterioso, que emergió del espacio, abriendo un hueco en la nave espacial.

Casi de inmediato los jueces empezaron a reír, algunos recostándose del respaldo de sus sillas y otros viéndose entre sí, menos el elfo, quien se mantenía con el mismo talante serio. Osmehel Cadamaren le dirigió una mirada divertida a Claudia, mientras torcía la boca.

—No pude verlo bien, porque estaba muy arriba —siguió Claudia, haciendo caso omiso— y venía con una enorme esfera negra, que lo seguía a todas partes.

—Pensábamos que una... «Niña» digna, como se supone que deberías ser usted, no mentiría —dijo el juez vampiro, con los brazos cruzados.

—Yo no miento, les estoy diciendo lo que vi.

—Y entonces, ¿por qué estaba en la nave espacial? —preguntó Raah—. ¿Acaso tenía invitación?

Claudia se quedó congelada en el acto, mientras que poco a poco, el silencio regresaba a la sala.

—Estaba en una misión por mi propia cuenta —dijo por fin.

—¿Por su propia cuenta?

—Sí, por mi propia cuenta.

—Escuche, señorita Titanium —intervino un juez anciano, de barba espesa, blanca y larga, del lado derecho de los estrados—, personalmente me parece encomiable que trate de restar responsabilidad a su padre intentando llevarse toda la culpa usted misma, pero si consiguió subirse a esa nave espacial por su propia cuenta, entonces lógicamente debe usted poseer raciocinio suficiente para comprender que está haciendo el ridículo con estas declaraciones.

—Su padre nos ha contado lo de la supuesta misión para dejar tuerto al

emperador Gargajo, así que no hace falta que mienta más —espetó otro, con voz seca.

—Y no he mentado —contestó la niña, levantando los puños—. Yo quise asumir por mi propia cuenta la responsabilidad de dejar tuerto a Gargajo porque no había nadie más que lo hiciera, yo sí subí a esa nave espacial, pero no maté a Gargajo. ¡Supongo que ustedes también, como jueces, deben tener mucha capacidad de raciocinio! ¿Acaso les parece que soy capaz de matar a alguien que los habría podido ver a ustedes cara a cara allá arriba, desde donde están? ¿Acaso saben cómo era él, en primer lugar?

—No se necesita ser muy fuerte para instalar una bomba, pequeña arpía —siseó el vampiro, entrecerrando los ojos—. Una bomba que abrió un boquete en el espacio y ocasionó que un área entera de la Herschel Magnatino colapsara. Suena como algo que una niña también podría hacer, mientras el espía se encargaba de distraer a Gargajo.

—¿Espía?

—Kannongorff —le recordó Raah—. Tu padre también nos ha hablado de él.

—Mi padre no sabe que el agente especial Kannongorff murió en el tren aéreo de Plutón. ¡Las autoridades lo encontraron muerto y mucha gente debió haberlo visto! ¡ES ALGO QUE PUEDE PROBARSE!

La sala entera quedó sumida en un silencio espectral.

Calizo Popsttone, quien estaba de pie pocos metros detrás de su rey, miraba con interés a Claudia. Metallus también observó a su hija, con la boca semiabierta, impresionado. Sus ojos parecían los de un animal que había estado enjaulado por demasiado tiempo. Raah, sin embargo, no se había inmutado, el elfo seguía observando a la niña con la misma parsimonia. Giró la cabeza para ver al juez oriundo de Plutón. Apoyó su mano al borde del panel para inclinarse y hablar con él, que estaba sentado pocos metros más abajo. Cambiaron palabras por un rato y, poco después, el juez plutoniano se puso de pie y se retiró por un puente tras su estrado.

Los demás jueces, desde luego, dictaban cosas en ordenadores holográficos.



—Acabamos de iniciar una investigación —concedió el elfo—. Mientras tanto, y como puede suscitarse información estrictamente confidencial durante el juicio, todas las personas, a excepción de Metallus Titanium y Claudia Nefertitis Vön Sugus del Titanium, deberán esperar en la antesala.

Osmehel Cadamaren caminaba con la frente en alto, arreglándose delicadamente las solapas de su traje, acercándose a una de las enormes columnas de la antesala al Tribunal. Mojo Bond estaba de pie detrás de una de ellas, apoyando la espalda en el marfil, fumándose un cigarro, y aprovechando la imagen desfigurada que su cara que

reflejaba del suelo para arreglarse el copete.

—Apaga eso de inmediato, cara de escroto de mula, que te puede ver uno de los guardias y llamarte la atención. Mojo apagó el cigarro entre las hendiduras de la columna, dejando un manchón gris en la pulcrísima, casi celestial blancura, y arrojó la colilla al suelo.

—¿Lo interrogaron allá adentro?

—Sí, y todo ha salido bien, es la niña, ese enorme saco de papas, lo que me tiene preocupado.

—¿Qué dijo?

—Que el hueco lo ocasionó un dios-sabe-qué que vino del espacio, y que a la vez, mató a la torre de estiércol de Gargajo.

—Y yo se lo dije antes, pero usted me ridiculizó...

Cadamaren se alisaba los bigotes obsesivamente, con la mirada perdida.

—Sea quien sea se nos adelantó...

—Sí, es una suerte que la enorme bomba que puse corriendo aquella noche antes de la fiesta no estallase cuando los controles empezaron a fallar. El plan era matar a Gargajo, no volar la nave, por dios.

Se quedó un rato meditabundo y meneó la cabeza.

—Qué desperdicio de buena nave...

—Claro, porque nunca tuviste que activarla. Igualmente, todo ha salido de perlas, tanto, que ni yo mismo lo puedo creer... Los ogros se vieron inculpados igualmente. Así que las cosas salieron como debían y el cuerpo de Gargajo se perdió en el espacio cuando los cimientos colapsaron, tal como debía pasar, y el de ese ogro estúpido también.

—¿Se refiere al que me tomó casi cinco horas arrastrar a la Gran Sala en la nave? Ahora que lo menciona es impresionante. Creo que todo salió incluso mejor que el plan en sí.

—Así es.

—¿Y Metallus?

—¿Qué hay con él?

—¿Lo condenaron ya?

—Oh, es solo cuestión de tiempo para que lo hagan, mi queridísimo Mojo, él se va a pudrir por el resto de su vida en un oscuro calabozo en Marte, que no te quepan dudas de ello.

—Señor Cadamaren, ¿me va a dejar ser presidente de Iapetus cuando la compre?

—Preferiría verte morir lentamente... De hecho, preferiría incluso perder dinero antes que darte ese tipo de responsabilidades a ti.

—¿Y de Io?

—Posiblemente te regale un volcán caliente en Io, para que le coloques tu nombre —dijo sonriendo, mientras tomó con una de sus huesudas manos el copete de Mojo, tirándoselo bruscamente.



El hombrecito vestido de Elvis profirió un alarido.

El juez vampiresco regresó a su puesto, no sin antes alargar la mano para pasarle a Raah un documento. El elfo lo empezó a leer en silencio, mientras todo el resto de la sala, incluidos los otros jueces, estaban a la expectativa. Finalmente puso el documento sobre el escritorio y observó a Claudia, con un rostro todavía más severo que antes.

—Aquí dice que, en efecto, hallaron a un ogro muerto en el tren aéreo, hace ya siete días. Pero no era Kannongorff...

—Su Señoría —lo interrumpió Claudia, cuidadosamente—, yo conozco al agente especial Kannongorff desde hace años, yo sé a quién vi en aquella camilla cuando me bajé del tren.

—Posiblemente haya confundido el cadáver, pues todos los ogros se parecen —intervino el juez vampiresco—: son grandes y con barba.

—Eso es igual a decir que usted confundiría a todos los plutonianos que conoce de su hogar, porque son blancos, tienen ojeras y parecen muertos andantes —contestó la chica, casi de inmediato— o que todos los elfos son idénticos porque tienen el pelo claro y las orejas puntiagudas.

Aquellas palabras tan verdaderas dejaron tan callado al juez, y precedieron a un silencio tan rotundo, que este se sintió humillado. Cerró la boca y vio a la ogro con creciente ira.

—Entonces no queda otra opción más que dirimir que está mintiendo —concluyó Raah—. El cadáver de Kannongorff fue hallado dentro de la Herschel Magnatino.

—¡Pues exijo que se haga una investigación forense! —exclamó Claudia, levantando los brazos—. ¡No pudo haber sido él!

—Es obvio que la niña no tiene vergüenza alguna en hacernos perder tiempo solo para jugar con nosotros, señores, voto porque resolvamos este asunto de una buena vez —exclamó una voz desde los púlpitos más lejanos.

—De igual forma, Metallus tiene los pies tan hundidos en el fango, que la investigación que sugiere su hija, en el supuesto caso que arroje un resultado que favorezca la versión de ella, no cambiará en absoluto el hecho de que será encarcelado por el resto de su vida. De paso, ya era hora de hacerlo, pues sin duda será un alivio que desaparezca de la vida política del Sistema Solar.

Claudia experimentó tal rabia al escuchar esas últimas palabras que sintió que sus ojos se humedecían nuevamente. Se dio media vuelta para observar a su papá.

Metallus estaba ahí, con la mirada vacía, frotando sus manos suavemente, sujetas fuertemente por unas esposas. Su nariz ancha y redonda estaba roja. Los zapatos que llevaban parecían rotos por los costados, y sus pantalones se veían sucios y polvorientos. No le habían dejado cambiar de ropa tampoco.

—Entonces ya es hora de terminar este asunto —dijo Raah lentamente, poniéndose de pie, como un felino a punto de dar cuenta de una presa.

Todos los jueces guardaron un sumiso silencio, viendo al elfo.

—Metallus del Titanium, por el poder supremo que me confiere la Hermandad Federal de Planetas Unidos, he decidido cuál es su destino: pasará usted el resto de su vida en la prisión Langrenos, en un cráter del planeta Marte. No volverá a ver un amanecer ni un anochecer en los años que le queden —sentenció, con la mirada más brillante y afilada—. También pierde usted el derecho de que su cuerpo sea llevado y enterrado en su luna al morir, el día que eso suceda. En cuanto a su hija, por su corta edad, será librada de todos los cargos, más que el de vivir sabiendo que es hija de usted. Este juicio ha terminado.

Los demás jueces se pusieron de pie, lentamente, recogiendo las plumas y los libros de sus escritorios.

—Espere un momento, por favor —musitó Metallus mansamente, en una voz que no parecía la suya.

Claudia se estaba secando las lágrimas, mientras que los jueces le dirigían miradas penetrantes.

—¿Qué sucede? —preguntó Raah, con expresión imperiosa.

—Quisiera decir algo...

El elfo se quedó en silencio, concediéndole el derecho a palabra.

—Yo... Yo... Yo pienso que usted se equivoca. No voy a ir preso...

Justo en ese momento, una siniestra y gigantesca sombra fría se cernió sobre la sala, como si un gran manto hubiese caído sobre el ventanal que los jueces tenían detrás, como si algo hubiese tapado por completo el panorama de Júpiter.

—¿Que usted no va a ir preso? —repitió Raah, frunciendo el ceño.

—¡NOOOO, ELFO HIJO DE PUTA!

El ventanal explotó en pedazos y las paredes a los lados de la Corte se derrumbaron como si fuesen de cartón, desmenuzándose. El palacio entero empezó a temblar, el techo se agrietó, las columnas de la antesala quedaron derribadas y escombros empezaron a llover del cielo. Los guardias se tiraron al suelo, indefensos, y los jueces, por su parte, cayeron todos sobre sus escritorios, cubriendo sus oídos con sus brazos.



Entre la humareda disipándose, pudo entreverse parte de una nave espacial que había embestido el tribunal. Del frente del disco espacial se abrió una abertura y, de ella, emergió a toda velocidad un tubo de metal muy brillante que tocó el suelo y que empezó a moldearse con la forma de una escalera, como si fuese hecha de mercurio. Los faros de luz de la nave espacial encegüecían por completo a los jueces, quienes se protegían los ojos como si fuesen animales nocturnos que han sido emboscados.

Claudia, que había caído al suelo boca-abajo con los brazos extendidos y el cabello lleno de arcilla, sintió que un poderoso brazo rodeó su cintura y la levantó como si fuese un barril. Era su padre, que la rescataba como a una princesa raptada, y acto seguido corría escaleras arriba. La niña pudo ver cómo detrás venía Calizo corriendo. Cuando Metallus llevaba ya recorrida la mitad de la escalera, y estaba más o menos a suficiente altura como para observar a la cara al juez Raah, quien estaba despeinado como un león recién despierto, y con sus ojos amarillos desorbitados, se detuvo y lo encaró...

El rey levantó el dedo medio, mientras que dejaba a su hija en un escalón para apoyar la otra mano en el antebrazo y zarandearlo obscenamente, mostrándole también los dientes. Hecho esto, recogió a la niña, retomó su paso, y entró por la apertura a la nave, y tras él, Calizo. La escalera volvió a hacerse más delgada, hasta formar nuevamente un tubo, que se hizo más pequeño, recogándose sobre sí mismo, y desapareció.

La nave reemprendió su estrepitoso vuelo hacia delante, llevándose por en medio todo el techo y todos los arcos de la Hermandad Federal como si estuviesen hechos

de papel, y, con un rugido de turbinas cósmico que estaban adheridas a lo largo de toda la circunferencia circular de la nave, se desmaterializó convirtiéndose en un pequeño puntito brillante en el cielo, que desapareció.



Cuando Metallus entró a la Sala de la Cabina, un lugar enorme, lleno de máquinas, pantallas, y un monitor enorme y principal al frente, los soldados, técnicos, ingenieros y pilotos lo aplaudieron y vitorearon. El ogro se sentó en la silla del jefe, claramente indicada por su gran respaldo y tamaño.

—¡Ha sido todo un éxito, Metallus! —gritó el ministro Furrufunovich, emocionado—. ¡Entramos a Elara sin que ningún radar nos detectara!

Claudia estaba en el suelo, mareada y confundida.

—Invertir en secreto para la tecnología y construcción de esta maravilla ha sido todo un acierto, Metallus, ¡es el vestigio de que los ogros, por encima de todas las desgracias, seguimos siendo una potencia!

—¡La Tungstenio, la nave más poderosa del Sistema Solar, es invencible! —vitoreó otro.

—¡Un momento! —gritó uno de los ingenieros, sentado frente a un panel inmenso de monitores, luces y teclas táctiles holográficos—. ¡Nos siguen tres cruceros de guerra de la Hermandad Federal! ¡ALERTA ROJA!

—¡Todos a sus puestos de batalla! —ordenó Metallus—. ¿A qué velocidad nos siguen?

—No la suficiente para alcanzarnos, señor. La Tungstenio es mucho más veloz, pero pueden dispararnos.

—¡Levanten campos de fuerza, preparen el Dedo del Diablo!

—¡PREPARANDO EL DEDO DEL DIABLO! —gritó un ogro vestido con una armadura plateada.

Desde el cuerpo de ingeniería de la nave espacial, ogros vestidos con batas de laboratorio levantaban inmensas palancas.

—¡Energía al máximo!

—¡Energía al máximo!

—¡Energía al máximo! ¡Los tres reactores están en línea!

Otro soldado revisaba una enorme máquina que profería un tenebroso ruido huracanado y que estaba aislado por un panel de cristal.

—Energía al 40... 60... 80... 95... ¡¡100%!!

Al recibir la orden, el Jefe de Ingeniería, en el otro extremo de la nave, dio la orden:

—¡Energía al 100% y sobrecargando!

Otro tripulante, que vestía una armadura dorada, y estaba sentado en un inmenso

escritorio que se ubicaba un nivel más arriba detrás de la silla de Metallus, dirigía, por medio de una palanca, la mirilla que se movía en su radar, donde se reflejaban mapas holográficos de los cruceros de guerra de la Hermandad Federal.

—¡La mira está lista!

Metallus se puso de pie.

—¡FUEGO!

Los bordes del enorme disco espacial brillaron, como si fuese una especie de plato rodeado de magma, y concentraron energía en un solo punto, desde donde se formaba una bola infernal, similar a un viejo sol a punto de colapsar. Desde ahí, una refulgente bisectriz de energía salió despedida, alargándose por millas enteras, hasta alcanzar a la desafortunada nave (que parecía un buque espacial). El crucero de guerra fue penetrado en seco. Los dos lados de la fortaleza se separaron limpiamente; podían verse los diferentes niveles y secciones que tenía la nave, como si hubiese sido un cerebro diseccionado, antes de explotar. El otro crucero, millas más atrás, a la derecha, fue ensartado también; el rayo lo perforó limpiamente, como un disparo, ocasionando un hueco certero por donde entró y salió. Poco a poco, la nave perdió velocidad, se estancó en el espacio, y colapsó en una nube de humo negro. El rayo siguió de largo, hasta perderse de vista.

—¡La otra nave está desacelerando, su majestad! —gritó el ogro que fungía de piloto principal—. ¡No se atreve a perseguirnos!

—Entonces ya es hora de escapar —intervino el anciano ministro Rockengard—. Esto estará lleno de naves federales en pocos minutos.

—¡Cierto! —combino el rey—. ¡Sáquennos de los radares! ¡Esfumémonos!

—Quedaremos tan invisibles como cuando lo estábamos al entrar a rescatarlo.

Los ingenieros se pusieron manos a la obra: computarizaron los datos en sus teclados, levantaron una serie de palanquitas en línea y, entre dos, movieron un largo manubrio. Los bordes de la nave espacial volvieron a brillar, esta vez con un resplandor azulado que se volvía poco a poco blanco. En segundos, la nave fue envuelta en flujo hasta convertirse en una bola de luz, y dejando un espejismo atrás, desapareció del espacio en un suspiro.

—¡Velocidad de la luz activada! Los hemos dejado comiendo polvo. Desactiven la alerta roja, estamos fuera de peligro.

Toda la tripulación de la cabina se puso de pie y empezó a aplaudir. Claudia se puso de pie y corrió a abrazar a su padre.

KNAACH SE RESIGNA

Diez minutos después, parado delante de un cerro de escombros, vigas y una fila de columnas derruidas, que antes habían sostenido a la más imperiosa corte del Sistema Solar, el reportero, a través de la imagen, explicó el impresionante escape que había dado lugar en nada menos que el palacio de la Hermandad Federal de Planetas Unidos. El anciano mayordomo no lo podía creer, o por lo menos eso es lo que expresaba su rostro, mientras que Hermoso y Precioso estaban pasando por el paroxismo de la consternación. Panék solo miraba a través de la ventana, sin decir nada ni mostrar la cara, con las manos entrelazadas tras la espalda.

Knaach, por otro lado, apenas podía contener su galopante alegría. Si había escuchado bien las palabras de aquel reportero europeo (de la luna jupiteriana Europa) entonces dijo exactamente: «Metallus del Titanium y su hija». Sí, tenía que ser Claudia, ¡era ella!

—Son unos pillos —gimió Precioso—. Unos pillos y unos cobardes.

—Tranquilízate, Precioso, cálmate por favor que te va a dar algo —suplicó Hermoso tras él, alarmado.

La imagen en la pantalla enfocaba a Raah, el juez elfo, con el rostro bañado en cal blanco, y el pelo sucio y desordenado. Tenía una mirada tan terrible y agria, que el reportero prefirió no entrevistarlo. Detrás estaban los otros jueces, profiriendo obscenidades y blasfemias.

El anciano elfo se resignó, suspirando.

—¿Tú qué opinas, Knaach? —preguntó Hermoso con voz afectada, acercándosele.

Con el deseo de expresar sus verdaderas emociones, a Knaach le costó mucho decir algo acorde a la ocasión (aparte de aguantar las ganas de reírse).

—Mira —respondió entonces, señalando con el hocico a la imagen—. ¿Qué es eso? Es un punto blanco en el cielo...

—Así es, la única foto que consiguieron tomar de la nave espacial en la que se escapó Metallus.

Todos giraron sus cabezas para observar a Panék.

—¿Todavía te parece que fue un error crear La Anubis, Kann?

El mayordomo reaccionó de inmediato, observando a Panék con una expresión de dolor marcada en su rostro.

—En estos momentos, Metallus puede estar en cualquier lugar del Sistema Solar, y las autoridades competentes no lo van a atrapar nunca. Esa nave no era en lo absoluto ordinaria, no es como aquella en la que una vez vino hasta Titán... —repuso el anciano, encogiéndose de hombros.

—¿Entonces debo interpretar eso como un no?

—¿De qué hablan? —preguntó Hermoso, acercándose a ellos.

—Nada, mi excelentísima eminencia felina... Por cierto, ya que acaban de almorzar, creo que es hora de tomar la siesta...

—Ay, pero no hemos comido postre.

—Cierto, cierto, ¿qué desearían?

—Yo un banana split con crema, helado de vainilla, bañado en chocolate de leche con nueces.

—Y yo un *hotcake* con jarabe caliente y *donuts* de chocolate.

—¿Y usted, sir bellísimo Knaach?



Knaach se quedó pasmado, con los bellos temblando en una suerte de tic. Tragando saliva y conteniendo deseos casi irrefrenables de golpear a los dos leones en la cara, decidió negar lentamente con la cabeza.

—Voy a bajar a ver a los chicos. Adiós.

Aquel encuentro con los que eran como él le había dejado un sabor tan amargo en la boca, que Knaach había decidido optar por una incredulidad auto-impuesta para sopesar el resto del día. Meditaría sobre Precioso y Hermoso más tarde, y buscaría respuestas luego, seguramente por la noche. Ahora solo quería despejar su mente y pensar en que Claudia estaba viva, fugitiva, pero viva. Apenas salió del palacio encontró a los tres hermanos jugando a tirarse peñascos, mientras corrían alrededor de la fuente. Hathor, desde luego, fue el primero que lo vio.

—¿Cómo te fue? —preguntó después de correr con todas sus fuerzas y pararse en seco a un milímetro de él.

—Regular —sentenció Knaach—. ¿Hay algún lugar interesante que ver por aquí?

—¡Ufa! ¡Sí que los hay! Hamíl es un pueblo de mucha vida nocturna, así que podrás estar paseando todo lo que quieras.

El cielo estaba poniéndose cada vez más oscuro y los faros alrededor de las calles estaban encendidos. La gente salía afuera luciendo trajes distintos a los que llevaban puestos por la tarde. Los elfos adultos eran personas muy tranquilas, con un misticismo puro y casi visible que los rodeaba. Sin embargo, eran también seres extremadamente pasionales, por lo que, cuando experimentaban un cambio en su estado anímico, se dejaba notar con una fuerza increíble. Tal era el caso ahora mismo, en la atmósfera general de Hamíl: muchos hablaban entre sí, otros, por el ceño sobre sus ojos, estaban visiblemente enojados. Pasaron frente a un local colonial con vista a los valles, donde un grupo estaba reunido viendo la televisión. Knaach supo que era por el escape de Metallus; los elfos estaban inquietos por ello.

«¡Ahora mismo pueden estar dando vueltas cerca de Titán!» oyó decir a un mercader, que estaba alterado. Hathor, Pisis y Tepemkau parecían, sin embargo,

completamente ajenos a este problema.

—Tepemkau se pregunta si Krang quiere ir a la playa...

—Knaach, me llamo Knaach, y no estoy de ánimo para ver la playa. ¿Qué hay de interesante ahí?

—¡Pues que te puedes bañar en agua fresca y retozar en la arena!

—Lo que sí *escái'* que tener cuidado con unas jaibas bien grandes y gordas — advirtió Hathor—. Les gusta picarte las nalgas cada vez que te les acercas mucho.

—¡Sipi! Y no te sueltan más hasta que se mueren...

—¿Jaibas? ¿No son de casualidad cangrejos grises y enormes? Suficiente razón para no ir.

—Aww, ¿por qué no?

—¡Porque no quiero que me pique una! A ver, ¿a alguno de ustedes no les han picado nunca?

—A mí —dijo Pisis, señalándose al pecho con el dedo pulgar.

—¡Ajá! ¿Y no te dolió?

—No mucho porque Hathor me la sacó de encima dándole un mordisco.

El león se detuvo.

—¿Mordiste a una jaiba?

—¡Sipi! —se ufanó el chico, colocándose las manos a la cintura—. Y luego me la comí como un sándwich.



—Tepemkau también ha visto a Hathor matar aguas vivas, se les sienta encima y las aplasta.

Knaach observó minuciosamente al chico y recordó claramente las palabras de Panék: «Pisis y Tepemkau fueron hijos nuestros, a Hathor lo adoptamos. Pero esa es otra historia». A simple vista, él podría pasar como hermano de los otros dos sin ningún inconveniente, sin embargo, solo hacía falta fijarse en los detalles para empezar a notar las diferencias; si bien el color de cabello y piel eran iguales, lo cierto es que Hathor, a diferencia de los dos chicos y su padre, no tenía los ojos amarillos, sino de un color azul muy claro y frío. Se preguntó si él sabría que Panék no era su padre biológico, se preguntó cuál sería esa otra historia que el elfo omitió en el palacio y que envolvía la adopción de Hathor, y de pronto su propia mente parecía demasiado pequeña para ocuparse de todo lo que tenía que reflexionar sobre Claudia, el futuro de la niña ogro de ahora en adelante, y también del suyo propio, ahí en Titán. Por otro lado, aquello le hizo sentir una oleada de súbito cariño por el niño.

—Tepemkau ha pensado que Karmack puede tener hambre...

—Knaach. Y dime, ¿qué pueden ofrecerme para comer?

—Pues invitarte a cenar a la casa esta noche. ¡Papá Panék prepara unas carnes deliciosas!

El león tuvo una agria visión de los cuatro elfos sentados alrededor de una mesa devorándose a un alce vivo.

—¿Por qué no mejor seguimos caminando? —sugirió, con la esperanza de encontrar alguna fuente de alimento en el camino, y así no verse en la necesidad de aceptar la invitación.

Mientras estaban andando, era claro que Hamíl era un pueblo más grande de lo que a simple vista parecía: mientras más se internaban, más vericuetos y calles entrelazadas aparecían, todo ello sin perder aquella sencillez que caracterizaba al lugar. Llegando a una redoma en medio del poblado que desembocaba en varios caminos, Knaach encontró, al pie de una estatua, algo que jamás pensó volver a ver.

Un zellas.

La criatura era exactamente como la que había visto en el tren de Plutón, pero más alta, corpulenta, de hombros más anchos y de sexo masculino. Vestía un chaleco marrón hecho de cuero, como el de los tres hermanos, y llevaba unos pantalones blancos y abombados, calzaba unas zapatillas.

—Un... Zellas.

—Tepemkau no te escucha.

—¡Un zellas! ¡Tienen zellas aquí!

—¿Te refieres a ese gato de ahí? —preguntó Pisis, señalándolo con el dedo—. ¡Jaja! Parece que el peludo no sabe que los zellas SON de Titán.

El pequeño gato humanizado veía al grupito, consciente de que estaban hablando de él.

—¿Así que ellos son oriundos de Titán? Vaya, no lo sabía.

—¿Y cómo los conociste, peludito?

—¿Eh?

—¿Cómo conociste a los zellas? ¿Alguna vez has utilizado alguno para comunicarte con alguien?

Knaach se sintió incómodo.

—N... No, nunca los he usado ¡pero sé bien cómo hacerlo, porque me han hablado de ellos!

El trío de elfos veía a Knaach con rostros graves y serios.

—¿Podrían esperarme aquí, niños? Quisiera usar el zellas...

—¿Te quieres comunicar con alguien?

—Con un amigo especial de Plutón.

—¿Y no preferirías que te ayudara yo? Puedo ayudarte a mediar con el zellas — se ofreció Hathor, adelantándose un paso.

—¡Mejor no! —lo contuvo Knaach—. Es una conversación privada, muy privada, y no es bueno que la escuches, porque... Te enterarías de cosas que luego yo te contaré, pero que todavía no puedo relatar. Son secretos personales de este amigo que les he dicho, secretos que comparte solo conmigo y... Bueno, si dejara que otro escuchase, ¡traicionaría su confianza!

Hathor asintió lentamente.

—Así que ya saben, ¿eh? Espérenme aquí, que yo ya vuelvo.

El león caminó con patas ligeras hasta el pie de la estatua, donde había una larga y fría sombra, justo frente al zellas, quien lo veía con los ojos bien abiertos, mientras masticaba una ramita verde.

—¡Hola! ¿Puedo pedirte un favor?

La criatura lo observaba, pero no contestaba.

—Es un favorcito, solo quiero intentar comunicarme con alguien, alguien que viene de... Oye, espera un momento, las comunicaciones telepáticas que tú estableces son secretas, ¿verdad? ¿No le dirás a nadie más al respecto, no?

—Depende...

Knaach se apretaba el labio inferior, nervioso.

—¿Depende de qué?

—Depende de qué y cuánto me des a cambio...

Ahora entendía por qué Hathor se había ofrecido a mediar con el zellas; esta criatura tenía un carácter bastante distinto al que había hallado con su amiga en el tren aéreo de Plutón. Por otro lado, si bien ellos no podían escuchar la conversación en sí, lo cierto era que había que revelarles, por lo menos, a dónde quería comunicarse, y solo eso era, de por sí, demasiado revelador.

—¿Qué es lo que deseas?

—Eres un león —repuso la criatura—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en el palacio de Hamíl.

—Digamos que soy nuevo en el pueblo.

—Hmmm —gruñó, para luego seguir masticando.

Y así se quedó en silencio, meditabundo, sin quitarle los ojos de encima.

—¿Crees que puedas ayudarme? —insistió el león, suplicante.

—No sé, no veo que traigas nada contigo.

Knaach, perdiendo rápidamente la paciencia, se mordía ampliamente el labio inferior, a la vez que entrecerraba sus grandes ojos y bajaba sus orejas. El zellas lo veía impasible, masticando.

—Así que no me vas a ayudar con mi problema...

—No.

—Y supongo que tengo que pagarte algo extra para establecer la comunicación, ¿verdad? No es solamente recompensarte por guardar un secreto...

—Claro —contestó, como si fuese algo obvio.

Deseó que Hathor estuviera ahí; él era el indicado para darle su merecido a este pequeño engreído —pensó—. Claro, como ellos deben servir para comunicar a los elfos de este pueblo, obedecen sumisos. Pero de mí quiere aprovecharse, de mí quiere abusar porque sabe que soy nuevo. ¡Porque no me conoce! Je, no necesito la ayuda de Hathor para hacerme respetar, ¡ya verán los chicos que yo también puedo ser bastante salvaje cuando quiero!

El bofetón que Knaach arrojó contra la cara del zellas hizo que este estuviera a punto de perder el equilibrio.

—¡DETENTE, DETENTE! —aulló Pisis, llorando.

Hathor se metió en medio de la pelea, dándole un fuerte empujón que hizo retroceder bruscamente a Knaach.

—¡¡Pero qué haces!! —le gritó el niño.

Tepemkau estaba de cuclillas, cubriéndose la cara con ambos brazos. Knaach los vio, con los ojos abiertos como platos.

—Yo, yo... Yo solo estaba haciendo que obedeciera...

—¿Qué obedeciera? ¡Los zellas son criaturas sagradas aquí!

Faltó poco para que la quijada de Knaach cayera al suelo, como una pala mecánica. Giró la cabeza para ver a una presencia que se había puesto de pie cerca de ellos, y no pudo contener un grito casi amenerado al ver a Panék, de pie ahí, aplastándolo con una mirada afilada y despedazadora. Hermoso y Precioso (uno luciendo un fino sombrero de casanova morado, con una larga pluma de cisne a un costado, y el otro con un alto sombrero de copa) lo veían al borde del horror. Raah, el mayordomo, tenía una mirada casi tan terrible como la de Panék. El zellas, llorando, se puso a correr, gritando un montón de cosas en un idioma diferente.

Todos los elfos que estaban en la calle, alertados por esto, clavaron sus miradas en el león, que estaba encogido sobre sí mismo en la esquina más oscura, a los pies de la estatua.

EL PLAN DE CADAMAREN

Tras el planetario de Jumbo Jumbo, cuyo gran telescopio dorado brillaba en millares de destellos, gracias a la luz parpadeante que emitían las altas y cónicas torres de fantasía donde el sol, que era apenas una azuleja estrella fugaz, se asomaba, la oficina de Cadamaren se hallaba suspendida entre cuatro torres. Ahí tenía una visión panorámica de todo su parque, que se extendía en cuadros de luces por todo el horizonte, como si fuese una metrópolis. La comitiva de filántropos, que eran los segundos en controlar el parque, y estaban a sus órdenes, se habían retirado. Todos le tenían un especial temor al magnate; la riqueza de cada uno de ellos era literalmente platónica, pues a decir verdad, se trataba, ni más ni menos, de pequeñas partes de la fortuna misma de Cadamaren, distribuida en diferentes cuentas. Si a él le daba la gana, podía retirar todos los ahorros de estos seres y criaturas y dejarlas en la calle, por lo que era acertado decir que, los ejecutivos, no eran más que esclavos que hacían lo que él mandaba. Abogados, gerentes, e incluso legisladores que eran capaces de colocarlo todo a los pies del terrible plutarca.

Mojo Bond estaba sentado en una extraña silla mecedora, con sus redondeados zapatos negros colgando al ras del suelo, mientras que Cadamaren, desde su enorme asiento con respaldo alto y ancho, revolvía varios documentos holográficos sólidos, entre los que se encontraban fotos de Iapetus e Io.

Estaban todos los preparativos ya listos para emprender un viaje a Neptuno, el próximo destino del ricachón.

—¿Está preocupado, jefe?

—¿Preocupado de qué?



—Preocupado de la nave esa, en que Metallus Titanium se escapó.

Cadamaren se alisó un bigote, a medida que las ojeras de sus mórbidos ojos parecían hacerse más oscuras.

—¿Te parece que un hombre tan brillante como yo se preocupa? ¿Que no he tomado ya las previsiones necesarias, y que no sabía de esa nave?

—¿Lo sabía? ¿Entonces por qué dijo allá, en la Hermandad Federal, que estaba seguro que a Metallus lo condenarían por el resto de su vida en un cráter de...?

—Ya cállate, pequeño y asqueroso grano de pus y un copete. Cállate ya. El hecho es que yo ya sabía a la perfección que una escalada de tecnología bélica está empezando a gestarse en el Sistema Solar y los ogros han sido los primeros en mostrar su carta secreta.

Cadamaren se levantó de cara al enorme vitral colocado tras su silla.

—Las comunidades de todas las lunas están preocupadas, ¡pero yo estoy feliz! —exclamó, levantando los brazos, con sus labios estirándose de oreja a oreja, formando una gigantesca sonrisa—. Feliz porque la historia ha demostrado que, en distintos pueblos de distintas razas, a través de diversas generaciones, las guerras hacen que cada patria dé lo mejor de sí, ¡que avancen en cuestión de meses lo que no avanzaron incluso en siglos!

Mojo estaba viendo a su amo con una cara arrugada que cada vez denotaba mayor preocupación, a la vez que se aplastaba más y más en la silla mecedora.

—Es por ello —puntualizó, bajando los brazos y tomándose las manos tras la espalda— que estoy feliz. Porque mientras todos estuvieron con la guardia baja por un gran tiempo, yo estuve financiándole a Gargajo sus armas de última generación y su ejército a través de una empresa privada que está instalada en su luna y que es mía.

¡Todos van a comprarme a mí ahora! ¡Todos! ¡Y con eso cambiaré la historia! Pues ¿qué necesidad tienen de avanzar por sí mismos, cuando pueden obtener la tecnología de mí? ¿Para qué empeñar tiempo y esfuerzo, cuando pueden aplastar al contrario segundos después de solo firmarme un cheque? Creo que voy a duplicar en un año el dinero que he logrado en toda una vida y, con un poco más de tiempo, a triplicar...

—Me alegra mucho, señor, ¿cree que yo...?

—...pero a la vez, me reservo los mejores frutos de todas esas incursiones tecnológicas para mí... Que los demás se queden con las baratijas de segunda mano, sí.

—Pero ¿cree que pueda darme un aumento entonces?

—Es así como yo voy cumplir mi sueño —siguió Cadamaren, ignorándolo, sentándose sobre su escritorio, y acariciando un pesado pisapapeles—. De hecho, lo cumplo por partida doble: porque yo mismo voy a ser como una nación, la nación del futuro, la más poderosa del Sistema Solar, y a la vez, mi fortuna solo crecerá y crecerá...

—Pero señor Cadamaren, ¿y yo? He trabajado para usted muchos años, y...

—... y crecerá y crecerá, y seguiré creciendo. Io subsistía por sus grandes empresas y, como ves, querido Mojo, ya las he comprado todas. Ahora que Gargajo ha muerto y la emperatriz Flema ha sido decapitada, como es tradición en esa horrible luna, el regente que venga ya sabe que debe obedecerme, si no quiere que Io regrese a la era cavernaria.

—Señor, escúcheme...

Osmehel Cadamaren, con arrebató, levantó el pisapapeles y lo arrojó directamente a Mojo Bond. El hombrecito se fue directamente al suelo con todo y silla, las chapas de su chaleco tintinaron y sus pies quedaron parados hacia arriba.

—¡Señor Cadamaren! —lloró, cubriéndose la boca, por la cual se escurría un charco de sangre.

—Con respecto a Iapetus, no me caben dudas de que esas asquerosas cucarachas estiradas, los jueces de la Hermandad Federal, no tendrán problema en permitirme apoderarme de todas las grandes empresas, corporaciones, incluso negocios que queden por allá, ahora que básicamente ellos tienen control político de la luna. De hecho, hice la solicitud formal, y aun en un Sistema Solar en donde todos buscan la trampa dentro de la trampa y nadie confía ni en su sombra, estoy seguro de que puedo hacerles creer a los ogros que invierto en sus tierras con la única intención de darles una mano. No es por nada, pero mi vena política siempre ha sido brillante, ¿no te parece?

Osmehel giró la cabeza y observó a Mojo, quien estaba de rodillas, con la frente pegada al suelo, los anteojos rotos y las manos sobre sus labios, gimiendo de dolor.

—¿Sabes, Mojo? En este momento me mearía sobre ti, si no fuera porque la alfombra es nueva...

17

OTRO DÍA EN TITÁN

Después de la cena (que resultó terriblemente penosa para Knaach, que se había ido a comer en una esquina, solo, con cabeza baja), le prepararon una cama justo al lado de la de Hathor, en el cuarto donde dormían los tres niños.

Cada vez que intentaba cerrar los ojos, el león se veía a sí mismo pasando otra vez por el pueblo, siendo escrutado silenciosamente por los elfos, quienes habían salido a las puertas de sus casas para observarlo severamente...

Hermoso, Precioso y el mayordomo incluidos, que habían caminado tras él para acompañar a Panék y los tres niños hasta la salida del pueblo.

Durante la cena, la familia reunida habló poco, pero Knaach no quería ni saber qué decían. Ahora se hallaba ahí, en la semioscuridad. La noche era el único momento en que el inmenso espectro de Saturno (fuente de luz de la luna) desaparecía del cielo titaniano para darle la cara al sol, el cual se veía, desde ahí, como una bella estrella fugaz que prestaba una intermitente luz plateada. El león, con la cabeza apoyada a una almohada, se sentía melancólico. Se giró, como si con ello pudiese dejar de ver las imágenes proyectadas por su propia conciencia, y su campo de visión fue a parar en un primer plano completo del rostro de Hathor, quien estaba despierto, acostado en la cama vecina, arropado hasta el cuello, viéndolo con los ojos bien abiertos.

Knaach no pudo evitar poner una mirada melodramática.

—Oye, Knaach...

—¿Sí?

—¿Con quién querías comunicarte esta tarde? ¿Por qué era tan secreto?

—¿Acaso se notó mucho que quería que fuese secreto?

—No, es porque lo oí cuando hablabas con el zellas —susurró.

Knaach apretó la boca, moviendo los bigotes.

—No sabía que los elfos también poseyeran un superoído.

—Solo yo...

—¿Qué?

—Que solo yo pude oírte, los demás no.

—¿Solo tú posees esa capacidad de audición? —preguntó, sorprendido—. A ver, ¿cuánto de la conversación pudiste oír?

—Todo —contestó el chico, con serenidad. Luego hizo una pausa breve y, viendo al león fijamente, continuó—. A veces puedo escuchar a la gente desde aquí.

—¿A qué te refieres?

—La gente del pueblo, si alzan la voz, o hablan en grupos grandes, los puedo escuchar desde mi cama.

El león abrió el hocico, abismado.

—¿Tus hermanos lo saben?

—Solo mi padre.

Knaach se sentía agradecido con Hathor por confiarle un secreto, y ese era el sentimiento cálido más poderoso que lo embargaba, más aún que estar sorprendido por la naturaleza increíble de lo que le contaba. Por otro lado, no quiso pensar en el hecho de que Panék no era su padre real, que Hathor era un chico huérfano, porque le parecía algo que podía arruinar el único momento feliz de un día fatal.

—Me parece increíble, eso te da una ventaja magnífica.

—No sé —contestó el niño, después de girar los ojos y apretar los labios, pareciendo, por segundos, mucho mayor, más sabio e inteligente de lo que su edad lo hacía ver—, porque a veces deseo estar solo, y así nunca puedo estarlo, ni siquiera aguantando la respiración debajo del agua... No puedo estar solo nunca.

Knaach lo miraba sin parpadear.

—Papá Panék me ha enseñado técnicas de meditación para aislar mi cabeza, me han servido mucho, y con eso duermo bien.

—Supongo que puedes escuchar hasta los latidos de mi corazón.

El niño asintió.

Hubo un minuto de silencio en donde los dos se quedaron pensativos.

—Oye, Hathor...

El chico levantó la mirada.

—¿Tu papá está enojado conmigo?

—Algo... Pero no te preocupes, no te odia.

El rostro de Knaach mostró un gesto de alivio. Después sobrevino otro minuto de silencio.

—¿Sabes? Él no es mi padre, aunque lo quiero como a uno.

—¿Qué? —preguntó el león de una forma mecánica, mientras sentía una puntada en el corazón—. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Lo siento...

—¿Por qué lo sientes?

—Bueno, es algo que a muchas personas de distintas razas o especies no les gustaría saber, supongo que a ustedes los elfos no les afectan tanto esos temas, es decir, bueno —balbuceó, tratando de no cometer el error de llegar a decir algo inapropiado—... lo toman todo con mucha mística...

—... y meditación.

—Sí, meditación, eso también.

Hathor sonrió con los labios, y esto produjo que Knaach también lo hiciera, y sintiera, inclusive, ganas de reírse. Sobre el ala de la casa donde dormían los chicos, podía verse el extenso panorama de hermosas colinas, y el mar bañado en una tenue luz de plata.



Panék despertó a los niños más temprano de lo habitual usando el método con el que siempre solía hacerlo: echándoles agua fría. Los niños se sentaban sobre sus camas de golpe, despabilados, con sus largas y rubias melenas húmedas, excepto Knaach, quien se cayó de la cama enredado en sus propias sábanas.

—Hermoso y Precioso los han invitado a pasear en carreta, prepárense ya.

—¡Ufa! —gritó Pisis, emocionada y tan lúcida que pareció no haber sido despertada de un sueño de horas.

—Tepemkau se pregunta qué tan lejos nos van a llevar. ¿Papá Panék, de casualidad sabes?

—No, no lo sé —respondió este, levantando a Hathor y colocándoselo a los hombros—. Ya se lo podrás preguntar tú mismo cuando nos vengán a buscar, pero ahora debemos ir a desayunar.

Knaach estaba recogido sobre sí mismo, como un perro regañado, a un lado de la cama.

—Por cierto, peludo —dijo, dándose media vuelta antes de cruzar la puerta—, a ti también te han invitado, así que ve a comer.

Luego de tomar un buen desayuno (conformado por huevos, tocineta, jamón, buñuelos, avena, tostadas, waffles, chocolate y bizcochos), los niños se fueron a vestir a su cuarto, colocándose unos atuendos limpios, mientras que al león le costaba deglutir la impactante visión de ver a los chicos tragando. Estaba seguro de que ni Claudia comía así. Sintiéndose con la panza más inflada que nunca, se bajó de la silla, y caminó lentamente hasta la puerta de la casa, para que le pegara la brisa matutina. Si bien el agua era la bendición más grande que la naturaleza le había obsequiado a Titán, el aire fresco, el ambiente diáfano y el oxígeno puro debían estar de segundos, puesto que era realmente revitalizador y sano. Era como poder respirar el aroma verde de las plantas. Se echó a un costado de las escaleras para admirar los valles verdes, cuando, de súbito, vio aparecer por la colina un punto negro, que pronto, al acercarse a gran velocidad, tomó la forma de una carreta negra, lujosa, redondeada, tirada por unos enormes caballos negros con imponentes cuernos que parecían cornucopias, y largas colas de diablo, que zarandeaban latigueando el aire. El mayordomo, Kann, era el que azuzaba a los caballos con un látigo.

Quedó tan absorto por la visión que no le quitó la vista de encima al coche hasta que se detuvo frente a la casa. Las bestias tenían ojos rojos y pupilas negras y chiquitas.

—Buenos días, sir preciosísimo Knaach de Ravencourt III —dijo el anciano, con su voz profunda y melodiosa.

—B... Buenos días.

—¿Ya están listos? Hemos decidido venir un poco más temprano porque

estábamos aburriéndonos en el palacio, pero no quiero apurar a los niños, así que pueden tomarse el tiempo que necesiten.

La puerta trasera de la carroza se abrió, dejando ver a Hermoso, quien tenía delgadas líneas de protector solar colocadas en la mejilla y la nariz, para resguardarse del sol. Al ver a Knaach, apenas pudo reprimir una sensación de nerviosismo mezclado con ases de reproche.

—Buenos días.

—Buenos días —gruñó Knaach.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió.

—Buenos días, señor Panék.

—Buenos días, Hermoso.

—No hay rastros de la nave espacial donde escapó Metallus, lo he escuchado esta mañana en el noticiero de las cinco.

—Lo sé, muchas gracias.

—Como Hermoso ha estado muy afectado por los lamentables sucesos de ayer, se ha levantado esta mañana muy temprano para ver el noticiero —explicó Kann.

Tras la cabeza del enorme león se asomó el rostro oscuro de Precioso. Este tenía puestos unos lentes de sol y en su cuello podían verse rastros de talco.

Knaach pensó en las penurias que tenía que pasar el pobre mayordomo para arreglarlos y lidiar con sus caprichos todas las mañanas. Sintió pena por el viejo elfo.

Justo en ese momento, la puerta de la casa se abrió, y los tres niños salieron formando una fila india. Todos vestían atuendos para salir, parecidos a los del día anterior: un chaleco de cuero fino (pero esta vez negro y no marrón) con unos pantalones de seda suave, blancos, abombados. En ese mismo orden se subieron a la carroza, uno por uno. Cuando Knaach puso sus dos patas delanteras sobre el pedestal, para subirse, Hermoso y Precioso arrugaron un poco la cara, dejando entrever que tenían esperanzas de que el otrora león hubiese decidido no acompañarlos en el viaje. Asimismo, él procuró abrirse un espacio (aunque muy apretado) entre los tres chicos para no tener que sentarse junto con ellos. Panék iba acompañando a Kann adelante.

El tirón que hubo a continuación, y que puso a la carroza en marcha, le hizo recordar al tren aéreo. Como si los chicos supiesen del roce de Knaach hacia Hermoso y Precioso y a su vez la aversión de estos hacia él, guardaron silencio los primeros minutos del viaje, los cuales se hicieron infinitamente largos. Sin embargo, cuando Pisis habló, quedó en evidencia que el silencio no se debía a que ellos hubiesen advertido ningún inconveniente entre los felinos, sino a otra cosa, al parecer mucho más importante.

—¿Creen que los adultos estén hablando de «eso»?

—Tepemkau sabe que sí.

Knaach giró la cabeza para ver a los dos chicos, y luego hacia Hathor, que estaba a su izquierda.

—Cada vez que están solos hablan de «eso», ha sido así desde hace un año —

dijo, como si estuviese quejándose.

—Pero cada vez que Tepemkau le pregunta a papá Panék sobre «eso», él se enoja y hace como si le fuera a dar una tunda.

—Claro, porque es secreto —explicó Pisis— y uno muy grande, no veas.

—Yo oigo a papá Panék salir casi todas las madrugadas de la semana y volver temprano en la mañana —informó Hathor.

Knaach recordó la potente y extraña habilidad auditiva del chico. No lo había hecho desde que despertó, por poco pensó que su conversación con él había sido un sueño. También le pareció admirable que no revelara a sus hermanos las cosas privadas que debía escuchar decir a los mayores.

—¿A qué se refieren? —preguntó Knaach—. ¿Qué es «eso»?

—Tal vez son cosas de las que no deban hablar ustedes —atajó Hermoso, viéndolo severamente— y menos a extraños que no deben enterarse sobre el devenir privado de la alta alcurnia de los elfos.

—Muy cierto —retachó Precioso.

Knaach quiso decir algo, quiso responder, pero no le salieron palabras de la boca, no se le ocurrió al momento nada lo suficientemente irrefutable para mandarlos a callar, por lo que muy a su pesar, guardó silencio. Siguió otro largo momento en el que nadie dijo nada, y, nuevamente, fue Pisis la que rompió con la monotonía colocándose de rodillas sobre su asiento, dándose la vuelta y apartando la cortina que revelaba el vidrio con vista al exterior; las espaldas del anciano mayordomo y su padre, y la larga fila de caballos corriendo más adelante.

—Y dale que te dale con hablar.

Hathor hizo lo mismo que su hermana y vio a través de la ventanilla.

—Sip, y además, ya salimos de Hamíl hace rato, ¿a dónde nos llevan?

—A un lugar adecuado para hacer un hermoso picnic —respondió Hermoso.

—¡Ufa! Pero es demasiado lejos.

—Tepemkau piensa que debes correr la tela otra vez, no vaya a ser que papá Panék vea que estamos humeando.

—Husmeando —lo corrigió Knaach.

—Realmente no me parece que debas hacer eso con el chico...

El león vio a Precioso con destemplada impetuosidad.

—¿A qué te refieres?

—A tomarte la libertad de corregir al pequeño, creo que eso debería hacerlo el padre, que es la persona más adecuada para velar por la prosa verbal del nene.

—Así es —remató Hermoso.

Knaach giró los ojos, manifestando abiertamente su antipatía por ambos.

—Imbéciles —musitó.

—¿Q... Qué? ¿Qué has dicho? —gimió Hermoso, abriendo los ojos como platos—. ¡Repítelo! ¡Repite lo que acabas de decir!

Precioso se sacudió los lentes de sol involuntariamente y colocó ambas patas

sobre su amigo.

—¡Calma, Hermoso, calma! ¡Déjalo!

—¡¡Repítele eso que acabas de decir!! —chilló otra vez, con la melena erizada—. ¡Repítele si te atreves!!

—¡No lo mates, Hermoso, no lo mates! ¡Perdónalo, que es solo un rufián!

Knaach lo veía fijamente con los ojos entrecerrados y una sonrisa en el hocico, mientras sacudía su melena, altanero. Los niños veían la escena intentando no reírse.

—¡Retira lo que has dicho! —le gritó Precioso, mientras sujetaba vanamente a Hermoso, quien siquiera había intentado moverse—. ¡Retira lo que has dicho y discúlpate YA mismo!

—¿Por qué? Si es solo el principio de la verdad, ya debería haberles dicho lo que realmente son, pero mejor me contengo porque hay niños aquí.

—¡Eres un patán! ¡Un patán y un vagabundo! —contestó entonces—. Y no queremos que vuelvas al palacio nunca más, porque de ahora en adelante te lo prohibimos.

—¿Ah, sí?

Knaach levantó una pata y les mostró el dedo medio.

Hermoso gritó de forma estruendosa, Precioso se llevó las patas a los ojos. Acto seguido ambos leones arrastraron a los tres elfos hacia ellos, aplastándolos contra sus regazos, como intentando protegerlos, tapándoles los ojos.

—¡Eres un grosero, un bruto y un salvaje! —le recriminó Hermoso—. No deberías ser un león, sino un buitre.

—Si todos los leones son como ustedes entonces ¡no debo ni quiero ser un león!

—No tienes clase, no tienes modales, no tienes decencia ni buenas costumbres, tampoco eres cortés: eres un monstruo despreciable con modales de ogro.

Los chicos parecían bastante sofocados por el abrazo de los felinos.

—Oh, pues por mí, pueden irse al diablo.

—¡No nos vuelvas a dirigir la palabra nunca más en tu vida! —exigió Hermoso.

—¡NUNCA MÁS! —repitió Precioso.

Los tres leones giraron sus cabezas en diferentes direcciones, estableciendo, desde ese mismo instante, una dura ley de hielo. Hathor volvió lentamente al lado de Knaach, mientras que los otros dos chicos se quedaron justo donde estaban. No volvió a pronunciarse una sola palabra durante el resto del viaje, que, para fortuna de todos, duró apenas treinta segundos. El lío no había hecho advertir a nadie que la carroza se había detenido. El mayordomo abrió la puerta, y lo que vieron tras los delgados y anchos hombros del elfo, fue una hermosa pradera verde.

—Ya pueden descender los excelentísimos leones y sus invitados, los tres niños y su noble acompañante Knaach.

Knaach y los chicos fueron los primeros en bajarse, mientras que Hermoso y Precioso no ocultaron su disgusto ante el mayordomo, quien se subió para colocarles unos delicados guantes de seda en las patas para que pisaran el pasto.

Panék ya había colocado un mantel de cuadros bajo un árbol, y de su brazo colgaba una gigantesca canasta.

—Como todos acabamos de desayunar, esperaremos un par de horas antes de almorzar. Pueden ir a jugar por ahí...

—¡Ufa! —exclamó Pisis, corriendo tras sus dos hermanos.

Y, tras ella, iba Knaach, quien quería estar en cualquier lugar menos donde estuviesen Hermoso y Precioso que, tal como lo imaginaba, se habían quedado con los dos adultos. El león sabía que aquella discusión en la carroza (si es que decidían acusarlo con el mayordomo y Panék, cosa que por supuesto harían) empeoraría su ya maltrecha situación a los ojos de ellos. Sin embargo, aun así le había producido una súbita satisfacción personal. No tardaron en dar alcance a Hathor y Tepemkau, quienes estaban en cuclillas, uno frente al otro, viendo hacia el pasto.

—Tepemkau encontró un gusano ácido, Hathor por poco lo pisa. Tengan cuidado ustedes.

Hathor azuzaba al largo, grueso y espantoso animal con una ramita. El gusano tenía luces incandescentes, como la de las luciérnagas, pero de color rojo, que pasaban a los lados de su cuerpo, como si fuese una especie de avión.

—¿Por qué lo llaman gusano ácido? —preguntó Knaach, acercando el hocico al animal.

—Porque lo sudan a cada rato, y más en los días calurosos.

—Oh...

Los ojos amarillos del animal estaban clavados en los del león.

—Es raro verlos en esta época del año, es en invierno cuando eructan sus huevos y se meten al subsuelo hasta una nueva temporada.

—¿Quiere decir que es posible que encontremos más de estos... gusanos ácidos?

—No, al contrario, es improbable. Pero a veces pasa —explicó Hathor—. Cuando es temporada de gusanos ácidos ni locos vendríamos a hacer picnic por aquí. ¡Jaja! No has visto uno grande.

—¿Qué tanto pueden crecer?

—Pues más o menos como de tu tamaño.

Knaach sintió que el piso le empezaba a dar vueltas, tuvo que reprimir un súbito acceso de náuseas.

—Sin embargo, esos ya pierden la capacidad de producir ácido...

—Uf, gracias a dios.

—... más bien lo que hacen es escupir electricidad.

—¿Que escupen qué? ¡Eso es imposible!

—Es muy, muy posible —lo corrigió Pisis—, son capaces de arrojar un vaho eléctrico, y si de casualidad te cae en el cabello o en la melena, te quedarías calvo para siempre.



—Vaya, me gustaría que uno de esos alcanzara a Hermoso y Precioso.
Los tres niños rieron.

—Aquí en Titán verás cosas impresionantes —comentó Tepemkau—, hay animales que te dejarían boquiabierto.

—Pues sí, pero más se sorprenderían ustedes con lo que he visto yo —puntualizó Knaach—. ¿Sabían que yo trabajé en el circo más grande del Sistema Solar?

Con ello consiguió atraer la absoluta atención de los niños.

—¡Ufa! ¿Ese no será de casualidad el circo Jumbo Jumbo?

—El mismo —aprobó, asintiendo con la cabeza y sonriendo.

—Tepemkau no lo puede creer. ¿En verdad vienes de ahí?

—No de ahí exactamente, pero sí pasé buena parte de mi vida con ellos. Me encantaba el espectáculo de la mujer albóndiga, de quien soy gran amigo. Las hermanas con pezones en la lengua eran, sin embargo, unas pesadas. El señor con cara de culo no hablaba nunca, por lo que los demás lo tachaban de arrogante.

—¡Increíble! —gritó Hathor, con una emoción que apenas podía contener—. ¡Yo los he visto en revistas!

—Y fueron buenos amigos y amigas. También recuerdo al hombre más fuerte de Plutón, quien tenía una fuerza extraordinaria, aunque no era nada comparado con Claudia...

—¿Con quién?

Knaach se puso frío y nervioso al mismo tiempo.

—No, no es nadie.

—Es el nombre que repetía mientras estaba durmiendo, después que lo sacamos de la cápsula —observó Tepemkau.

—Pero no es nadie, de veras.

—¿Es con ella con quien querías hablar ayer por medio del zellas, verdad, peludito? —le preguntó Pisis, poniéndole una mano en la cabeza.

—No... No.

—¿Es tu novia?

—¡Oh, por dios, no!

—¿Tu mamá?

—¡Tampoco!

—¿Una mascota?

—¡Nooo!

—¿Un espectro maligno que invocaste jugando a la ouija y que ahora te perseguirá por siempre? Claaaudia... Claaaudiaa...

—¡Que no! ¡¡Basta ya!! ¡Les prohíbo hablar más!

Los tres chicos se quedaron estupefactos. Aunque solo por pocos segundos.

—Tepemkau piensa que a veces Krang se parece más a Hermoso y Precioso de lo que quisiera reconocer...



—¡Niños, peludo, hemos servido algunos aperitivos, vengan! —escucharon gritar de pronto a Panék, cuya figura se divisaba a lo lejos, sobre una colina.

—¡Ufa! ¡Vamos a comer unas galletas!

—Me parece un buen tentempié para el almuerzo.

Pisis y Tepemkau empezaron a correr hacia su padre tan rápido que parecían un par de tornados, mientras que Hathor optó por saltar encima de Knaach y cabalgarlo.

—¡Wopa! ¡Vamos a comer, a comer!

—¡Y entonces nos mostró el dedo medio! —gimió Hermoso—. ¡De forma impúdica, violenta, salvaje, bochornosa y depravada!

Kann elaboraba unas anotaciones sobre una libreta negra.

—Interesante —murmuró—, muy interesante...

—¿Pero qué ES interesante? —le reprochó Precioso—. ¡Nos ha insultado y humillado!

—Oh, perdonen —se excusó, guardando la libreta en uno de los bolsillos de su largo abrigo—. Deben comprender, excelentísimos y fabulosos lords, que nuestro amigo Knaach está bajo una intensa presión por haber perdido su rumbo al caer aquí.

—¡No es nuestro amigo! —gritaron los dos al mismo tiempo.

—Oh, vamos, no sean así con él. ¿Acaso no saben que en el perdón y la magnanimidad está la gloria de los grandes reyes como ustedes?

Hermoso y Precioso se vieron las patas (aún enguantadas por seda) y sacudieron sus melenas con expresiones sobradas.

—Solo denle un poco de tiempo, y posiblemente se disculpe con ustedes. Mientras tanto, no lo hagamos sentir más miserable de lo que ya es.

—Los brutos como él no poseen la cualidad de arrepentirse.

—Debe estar celoso de nosotros...

—Ya, ya —los tranquilizó—. Ahí llegan.

—¡No quiero que se sienta junto a nosotros!

—Sí, dile que se sienta del otro lado de la manta.

Tras Panék, aparecían Pisis y Tepemkau, quienes, recordando cada palabra que les había inculcado su padre sobre los buenos modales y la educación que debe tenerse especialmente en la mesa ajena, se sentaron, en armonía, a los lados de la manta de cuadros, con las piernas cruzadas. Knaach y Hathor, quien todavía estaba montado sobre el león, llegaron un poco después, y, tal como se lo habían pedido Hermoso y Precioso, Kann lo ubicó a él y al niño del lado opuesto de la manta donde estaban ellos. Todo estaba servido sobre unos sendos platos aplanados. Las galletas, de diferentes colores y variadas formas, tenían un aspecto delicioso.

—Bueno, ya podemos empezar a comer.

Tepemkau y Hathor fueron los primeros en echar mano y llevarse unas galletas a la boca, los sonidos guturales de los dos niños, indicando que los bocados estaban sabrosos, no se hicieron esperar.

—Veo que les agradan las galletas —observó Kann—. Me alegra mucho, porque las horneó Hermoso. Aquella última palabra había hecho que Knaach, quien estaba a punto de tomar una, se detuviera, quitara su pata, y, de forma tozuda y con el ceño fruncido, girara la cabeza hacia la derecha.

El gesto pareció ofender todavía más a Hermoso, quien no ocultó su disgusto con una mirada de superioridad.

—¿No vas a comer galletas, peludo? —preguntó Panék, viendo gravemente a Knaach.

—No, el hambre se me ha ido por completo.

—Pues te estás perdiendo de algo muy bueno —insistió Hathor.

—No importa. No me gustan las galletas —aseveró, con dignidad.

—Pues mejor así —atajó Precioso—. Las comerán quienes en verdad las aprecien.

—Yo, yo las aprecio mucho —intervino Pisis.

—Pisis, no comas con la boca abierta y mastica antes de tragar.

Nadie parecía haberse dado cuenta de que una enorme nube negra se aproximaba en el horizonte. De súbito, un gigantesco relámpago restalló y luego hizo temblar la

tierra. Una galleta resbaló de la mano de Tepemkau, los platos vibraron.

—Me temo que el picnic se ha acabado, niños. Recojamos y regresemos a casa.

—¡Oh, es una desgracia! —se quejó Hermoso, quién había estado viendo orgulloso cómo se comían sus galletas—. Nos ha arruinado el día.

—¡Genial! —exclamó inmediatamente Knaach, corriendo hacia la carroza.

Los imponentes caballos, quienes zarandeaban sus cuernos al aire y agitaban sus colas nerviosamente, estaban empezando a encabritarse.

—Lamento mucho verlo triste, señor Hermoso. Sus galletas son fabulosas, como siempre.

—Sí, Tepemkau piensa lo mismo. Superfabulosas.

—Gracias, niños.

Entre Panék y el mayordomo no tardaron un solo minuto en recoger la manta y las canastas. Para cuando la furiosa lluvia empezó a azotar las colinas, la carreta ya se había puesto en marcha.

Knaach, viendo por una ventana, pensó que los climas tormentosos cambiaban drásticamente la cara de Titán, pues de ser una tierra de suaves tonos verdes y paradisíacos, pasaba a ser un blanco innatural que lo tragaba todo, una neblina espesa que no dejaba ver nada más allá de la nariz. Supuso que los elfos debían orientarse por una especie de desarrollado sexto sentido para guiar la carroza a través de esa gran nada, teniendo, a la vez, la suficiente fuerza para controlar a las enormes bestias, a quienes les aterraba no poder ver el suelo que estaban pisando, como si sintieran que el próximo paso los llevaría a caer por un abismo. De igual forma sucedía con Hamíl; de ser un acogedor pueblo rural, con casas y edificios levantados en madera, y que parecían grandes obras artesanales, se transformaba, de pronto, en un lugar frío, oscuro y fantasmal, envuelto en sábanas espectrales. Knaach observó que, desde que la lluvia había alcanzado la carreta, y las gotas golpeaban el vidrio, los niños no habían dicho ni una sola palabra. El león, a la vez, se sintió preocupado por el mayordomo y por Panék, pues estos se hallaban a la intemperie.

—¿Dices que les va a dar gripe por estar allá afuera, en la lluvia? —preguntó Hathor, viendo al león con extrañeza—. ¿Qué es gripe? ¿Con qué se come eso?

Supo entonces que tal vez, aun cuando su vida fuera extraordinariamente larga, no dejaría de aprender, cada día, algo fascinante sobre la casi inquebrantable salud de los elfos. Aquello, que le dio que pensar, hizo que su viaje de regreso se hiciera más corto.

—Hemos escogido un lamentable momento para hacer un picnic, lo sentimos mucho, chicos. Les prometemos que lo resarciremos en otra oportunidad —les gritó el mayordomo desde la carroza, habiéndolos dejado en la puerta de la casa.



El chaparrón había dejado completamente húmedas las largas trenzas de los cabellos del anciano, así como también a su elegante traje negro de alas largas. Los niños lo saludaron e, inmediatamente, escoltados por el padre, entraron a la casa. Panék preparó unas mantas y unos suéteres especiales a los chicos, especialmente guardados para los días fríos. Mientras que en la cama de Knaach colocó esponjosos cobertores extra. Gracias a que tenía leña cortada dentro de la casa, la colocó en la chimenea y prendió fuego. Fue así como la familia pasó el resto de la mañana, en la que no dejó de llover. El día había sido tan melancólico y tan gris, que los niños habían permanecido por horas en silencio. Panék estaba sentado en una cómoda frente a la chimenea, con unos anteojos puestos, leyendo un grueso libro. Knaach vio por la ventana y había sido la primera vez, desde su llegada a Titán, que escudriñó el cielo y no encontró la silueta de Saturno en el cielo durante el horario del día. Se preguntó también si aquello significaría alguna especie de signo de mal agüero para los elfos, pues desde que la tormenta comenzó, sintió que el ambiente se había vuelto decididamente silencioso.

De cena, el padre sirvió una sopa caliente acompañada con té, y rato después, le ordenó a los niños que se acostaran a dormir. Cuando el león entró a la habitación, después de estar acostado un rato cerca de la chimenea, le produjo gracia ver a Hathor colocarse un pantalón pijama bastante más largo que sus piernas. Se acostó en su cama, y lo consoló bastante la idea de saber que el sonido de la lluvia lo ayudaría a conciliar el sueño bastante rápido. Tepemkau colocó la boca de una tacita sobre la vela de la mesa de luz que había al lado de su cama, y el cuarto quedó a oscuras.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestaron Hathor y Knaach al mismo tiempo.

Un resonante trueno estalló afuera, transformando la penumbra en una enceguedora luz blanca. Pero aun pesar de ello, todos se quedaron dormidos en pocos minutos.



—¡DESPIERTEN! —bramó Panék—. ¡DESPIERTEN YA!

La lluvia había cesado, a través de la ventana empañada solo se veía una profunda y densa niebla. Knaach tenía un fuerte dolor de cabeza, sentía que el cráneo podría estallarle en cualquier momento, y todo se debía a aquel horrible, ensordecedor ruido: una alarma, una alarma que había empezado a sonar en intervalos repetitivos, y que por alguna razón, le infundía un temor cada vez más grande. Hathor se despertó sin esfuerzo, asustado, Tepemkau y Pisis lo estaban aún más.

—¿Qué pasa, papá?

—¡Cállate y vístanse, no pierdan el tiempo!

El león saltó de la cama, consternado, tardó pocos segundos en caer en cuenta que él no tenía que hacer algo como vestirse. Una vez que los chicos estuvieron listos, los siguió a la sala de la casa. Desde ahí, la ensordecedora alarma se escuchaba todavía con mayor potencia. Panék ya había abierto la puerta de la casa, afuera, el tractor estaba encendido, se sentía el desagradable olor a gasolina, el motor de la máquina se escuchaba como un tosido leve, muy al fondo. Hathor puso sus manos en los hombros de Pisis, quien, con el pelo despeinado y vestida con el primer trapo que pudo encontrar, estaba empezando a llorar. El padre estaba ya al volante, y les hacía señas con las manos, ordenándoles subir cuanto antes, sin importar que la puerta de la casa quedase abierta. Una vez subidos todos, se pusieron en marcha, alejándose de la histriónica alarma de cisterna del hogar, para acercarse a otra todavía más estruendosa, que venía del pueblo.

Knaach pensó que aquello debía significar una verdadera tortura para Hathor, pues su sentido de la audición, si bien era el más poderoso, debía ser también el más sensible. Aun cuando el chico tenía una expresión estoica, el león no pudo dejar de sentirse preocupado especialmente por él. El pequeño elfo, sintiéndose observado, giró la cabeza para verlo. La expresión ceñuda de su rostro cambió a una sonrisa flexible y colocó una mano sobre la cabeza del león.

—No te asustes —le susurró.

Acercó su hocico al oído puntiagudo del elfo.

—¿Sabes qué es lo que está pasando?

—Sí —le contestó al oído—. ¿Recuerdas la nave espacial en la que escapó Metallus Titanium? De la que hablaron tanto en el noticiero... Parece que los radares la han detectado en la órbita de Titán, están aquí...

Todos los elfos estaban en la calle, corriendo a uno y otro lado, intentando salvar las pertenencias de sus negocios, llevándose a la calle maletas y bolsos con ropa, llenando barriles con agua. Panék derribó un cerco, entró con su tractor por el jardín de una casa, y con ello se metió en Hamíl, salvando así por lo menos cinco minutos de camino.

—Papá, papá, ¿qué pasa?

No contestaba.

Llegaron al centro del pueblo, la fuente que precedía al palacio donde vivían Hermoso y Precioso estaba vacía, y dentro del estanque, había una enorme compuerta abierta, por donde los elfos descendían ordenadamente con sus niños en una larguísima fila que terminaba al otro extremo de Hamíl. Las puertas del palacio estaban abiertas, sin embargo, no había una fila para entrar ahí, aun cuando ocasionalmente corrían adentro elfos vestidos con imponentes uniformes militares. Panék detuvo el tractor a media marcha y saltó al suelo. Una vez ahí, ayudó a sus hijos a bajarse.

—Quiero que se unan a algún adulto en la fila para entrar al refugio.

—Pero papá, ¿qué pasa?

—¡No me hagan preguntas!

Kann, el mayordomo, se asomó a la entrada del palacio, y escudriñó con su mirada el panorama.

—¡Panék!

—¡Ya voy! —gritó este, levantando un brazo.

Se puso en cuclillas para estar a la altura de la cara de sus hijos, su mirada era más brillante, más salvaje que nunca.

—Nos veremos pronto.

Esas palabras alteraron mucho a los niños, de cuyos ojos amarillos empezaron a correr lágrimas. Pisis rodeó el cuello de Panék con sus brazos, Tepemkau se llevó el antebrazo a los ojos, girando la cabeza. Hathor estaba ceñudo, como resistiéndose.

—¿A dónde vas, papá?

Panék abrió los brazos, y rodeó con ellos a los tres niños, juntando su frente con la de ellos.

—Voy a estar bien, vayan todos a la fila. No pierdan el tiempo.

Se puso de pie, y observó a Knaach severamente, como siempre lo hacía.

—Tú, peludo, ve con ellos, y cuídalos.

Se dio media vuelta, y corrió velozmente hasta desaparecer en las puertas abiertas del palacio, seguido por Kann. Parecía que todos habían olvidado, por momentos, que la horrible alarma seguía sonando, todos los elfos, en la fila, veían al cielo, asustados. Esperando que lo más terrible sucediera.

Knaach entonces comprendió algo que le había estado dando vueltas en la cabeza desde que Panék les ordenó entrar al refugio del pueblo. La razón por la que él no se había dedicado a construir una guarida en su hogar durante todo ese tiempo, era nada menos que el Dedo del Diablo, el arma más terrible de los ogros. A eso le temían. Un solo elfo no podría tener un sótano lo suficientemente profundo en su casa para protegerse del paso de un rayo tan horrible. El león se juró a sí mismo que si los ogros eran capaces de cometer semejante abominación contra el pueblo, él mismo los odiaría para siempre, con o sin Claudia.

—Bueno, vamos a unirnos a algún adulto —dijo entonces—. Preferiblemente que ya esté cerca de la entrada al refugio, claro. Así que andando.

Se sintió acompañado por Tepemkau y Pisis, quien seguía enjugando sus lágrimas, pero algo, tal vez su sexto sentido felino, le hizo girar la cabeza para ver detrás de él. Hathor no se había movido un solo centímetro. Seguía clavado ahí, serio, con ojos peligrosos, y los puños bien cerrados.

—Hathor, ¿qué pasa?

—¡No! —gritó el niño—. ¡No voy a huir! ¡Nunca!

Justo en ese momento, corrió, como expulsado por una gran energía, al palacio.

—¡HATHOR! ¡HATHOR! ¿Cómo que huir? ¡Ay, demonios!

Knaach empezó a trotar tras él, sintiendo que era seguido por Pisis y Tepemkau.

—¡Eh, ustedes dos! —gritó, volteando la cabeza—. ¡Vayan a la fila!

Pero, como no podía detenerse para confrontar a los dos hermanos porque no quería perder de vista a Hathor, supo que no lo obedecerían. Llegó a la entrada, observó que algunas de las armaduras puestas en fila, que había visto la primera vez que entró al palacio, se habían caído al suelo, desarmadas. El lugar estaba oscuro y deshabitado. Corrió con todas sus fuerzas gritando el nombre del chico, puso sus patas delanteras en el primer peldaño de la gran escalera que conducía al piso de arriba, pero no sentía la presencia de Hathor allá arriba, no sentía su aroma. Escuchó unos pasos a lo lejos, entre las columnas de la sala principal. Volvió a gritar. Los hermanos lo seguían como si fueran polluelos.

—¡Hathor! ¡HATHOR!

Giraba la cabeza aquí y allá, intentando percibir un sonido. Volvió a correr, se dejó llevar por sus propios instintos; no había buscado detrás de la escalera, donde había un espacio muy amplio. Pasó de largo por ahí, pero no había más que telarañas. Vio hacia las paredes, intentando encontrar alguna salida extra, nada, era como si el pequeño elfo hubiese desaparecido.

Knaach intentaba ganarle la carrera a un chico que se estaba aprovechando de sus habilidades para seguir a su padre. Y él también tenía que usar las suyas para encontrar al pequeño. Decidió darle otra oportunidad a los instintos: volvió a correr debajo de las escaleras, se detuvo, tanteando con sus patas en busca de alguna entrada en el suelo, pero tampoco. Gruñó una maldición, y justo cuando se disponía a correr otra vez, escuchó los pasos de alguien que se alejaba, corriendo. Levantó las patas, palpando la pared, y encontró que la fachada frente a él temblaba con un ligero rechinar de bisagras. La empujó bruscamente, y corrió escaleras abajo, directo al sótano del castillo. Pisis y Tepemkau pasaron también, justo cuando la puerta empezaba a cerrarse automáticamente. Frente a ellos, se abría un larguísimo y angosto pasillo, con paredes de piedra y carabinas a los lados, sosteniendo velones. No parecía tener un final, pero justo allá, donde la mirada empezaba a perderse, Knaach descubrió una sombra alejándose.

—¡Hathor, ven acá!

Se desplazaron por el pasillo, corrieron por largo rato, y pronto, el león descubrió algo que empezó a aparecer a los lados del túnel, lo último que hubiese querido ver: puertas, decenas de ellas, todas abiertas.

—¡Oh, mierda, mierda, MIERDA!

Se detuvo en seco, vio a los niños, quienes a su vez lo observaban con miedo. Estuvo a punto de regañarlos cuando Tepemkau levantó un brazo y señaló hacia delante.

—Tepemkau ve algo ahí.

Knaach se dio media vuelta, y, efectivamente, varias puertas más allá, había dos sombras reflejadas en el suelo, bailoteando al crepitar de la llama de la vela.

Reinició la carrera dispuesto a no volver a perder al niño, corrió con tantas fuerzas que, al llegar a la puerta, le costó frenarse a sí mismo. Al encarar las sombras,

se llevó una sorpresa. Eran Hermoso y Precioso. Uno al lado del otro, con miradas asustadas. Ambos temblaban.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —los interrogó secamente.

—Se... Se... Se... Se...

—Se... Seguíamos a Kann —lo atajó Precioso, con voz trémula— que... Queríamos saber qué... Qué pasaba.

—¿No les dijo que fueran al refugio?

—S... Sí, pe, pero no fuimos. Solo que... Queríamos saber por... Por qué tanto al... alboroto.

—¿Han visto a Hathor?

—S... Sí, sí —contestó Hermoso— pasó por... Por este mismo po... pórtico.

—Hemos... Hemos hecho un descubrimiento per... perturbador —prosiguió Precioso—. Realmente perturbador.

—¡Pues hablen ya! ¿Tiene que ver con Hathor?

—M... Más... Más o menos, ven.

Todos cruzaron la puerta, que llevaba a un pasillo muy corto, que terminaba en una pared de ladrillos. Pisis y Tepemkau veían de arriba abajo, extrañados.

—Aquí no hay nada.

—Es... Esperen y ve... verán.

Precioso tomó la manilla de una compuerta casi invisible y polvorienta que estaba en el suelo, y la levantó. Inmediatamente, la oscuridad que había en el lugar quedó reemplazada por una efervescente, clarísima luz blanca que emergía de abajo. Knaach abrió los ojos poco a poco, pues su cara estaba bañada por un potente resplandor. Consiguió ver que aquella entrada en el suelo conducía a una especie de pasillo subterráneo construido de un metal muy brillante, de color plateado. Las paredes estaban hechas del mismo material, con luces celestes a través de ellas en forma de líneas, brillando en intervalos sincronizados. Una brisa fría acarició su melena.

—El... El chico entró por aquí —afirmó Hermoso.

—¡Ufa! ¡Esto es impresionante! Knaach colocó sus patas en los bordes de la puerta, dispuesto a saltar adentro.

—Ustedes dos regresen afuera, y vayan al refugio.

—Pero... Pero... ¡No sabemos el camino de vuelta! —gimió uno.

—¡Ustedes han vivido aquí durante años, par de ineptos! Además, solo tienen que correr todo recto hasta el final.

—No... No conocíamos todo esto, y nos da mi... miedo —gimió el otro.

Knaach apretó los dientes, y levantó la mirada para ver a Pisis y Tepemkau, quienes, por la expresión en sus rostros, tampoco parecían muy dispuestos a regresar de vuelta al refugio.

—Entonces entren todos conmigo, no quiero que se queden aquí.

Dicho esto, el león saltó adentro. Casi al segundo, descendieron tras él los hermanos, y, rato después, entró Precioso, metiendo primero una pata, luego la otra,

después medio cuerpo, y luego la otra mitad. Quedó guindando con sus garras hasta resbalar y caer pesadamente de medio lado. Hermoso entró de una forma bastante parecida. Una vez que estuvieron todos adentro, una compuerta metálica, haciendo un sonido electrónico, selló la entrada.

—¡HATHOR! —rugió Knaach.

Sin embargo, tanto adelante como detrás, los pasillos, que se perdían de la vista describiendo una lejana curva, parecían incluso más largos que los de arriba. En el techo, había paneles de luz y monitores que mostraban un mapa electrónico del lugar, representado por millares de datos y un entrelazado fosforescente de líneas azules, verdes y rojas. Entre las paredes se hallaban compuertas de ventilación, que dejaban escapar una fría neblina blanca.

—Por el amor de dios, ¿dónde estamos? ¿Qué es este lugar? —articuló a duras penas Hermoso, viendo hacia los lados.

—¿Ustedes no sabían de este lugar? ¿Nunca se dieron cuenta? —les preguntó Pisis, mientras tocaba las láminas de platino de las que estaban hechas las paredes.

—¡N-no! He... Hemos visto a mucha gente entrar y, y, sa... salir del sótano del pa... palacio, incluso Kann, pero él, él nunca nos informó sobre es... esto.



Del techo, emergió una fría voz femenina.

Tripulación, por favor, ocupar sus puestos, repito: tripulación, por favor, ocupar sus puestos. La Anubis se prepara a despegar en 10, 9, 8...

Justo cuando el último elfo de la fila, un policía, quien tenía una túnica negra y un sombrero señorial alto y largo, se disponía a descender a la entrada del refugio a través de la fuente de la ciudad, después de escudriñar aquí y allá para cerciorarse de que nadie se hubiese quedado afuera, sintió un brusco temblor. El temblor se convirtió rápidamente en un violento terremoto que sacudió y partió buena parte del asfalto de las calles, hizo temblar las casas, y empezó a derribar las columnas del palacio de Hamíl, donde parecía encontrarse el epicentro del fallo. El gran castillo comenzó a desplomarse: las torres se vinieron abajo en una humeante tormenta de piedras y ladrillos, los ventanales explotaron, el techo se derrumbó poco a poco, como si fuera de arena, las paredes colapsaron, los cimientos fueron demolidos por una fuerza invisible.

El elfo abrió los ojos y la boca, paralizado por una indescriptible sensación de sorpresa, al ver decenas de pilares de luces que aparecían entre los escombros y que se levantaban hasta el cielo. Los ladrillos, el granito y el concreto se apartaron, el polvo empezó a caer como una cascada a los lados de una enorme entidad que levitaba. Una vez hubieran caído todos los restos de lo que una vez fue el palacio de Hamíl, quedó descubierta una inmensa nave espacial con forma de águila, las alas

eran aerodinámicas y plateadas, como el resto de la fortaleza. La cabeza tenía forma de cabeza de lobo, con orejas puntiagudas, como la de los elfos, las turbinas, redondas y gigantescas, estaban apostadas debajo, parecían hornos amarillos, refulgentes. La nave espacial describió un ángulo oblicuo con una formidable velocidad, se levantó más y, envuelta por un rápido resplandor, desapareció, dejando tras de sí el sonido propio de un trueno. Lo último que el policía vio, fue una estrella fugaz diminuta y brillante, desapareciendo en el cielo.

EL PRIMER VUELO DE LA ANUBIS

Del largo horizonte de Titán emergía un pequeño punto brillante. La Anubis había salido con agilidad de la atmósfera, y los alerones a sus costados se levantaban lenta y mecánicamente, dividiéndose en dos. Parecía un lobo preparándose para atacar. La cabina era grande, tenía forma triangular, el frente y techo estaban conformado por ventanas, construidas de un material mucho más resistente que el acero, y que permitían ver sin problemas al exterior. En el medio de la sala se hallaba la silla principal, donde se sentaba Panék, con una túnica blanca y señorial, capitaneando la nave, con Kann al lado, como consejero. A ambos lados de la sala, se distribuían filas con cuatro asientos de cada lado, donde elfos y elfas operaban complejos computadores holográficos.

—No se encuentra la Tungstenio, Shah. Ha desaparecido.

—Vuelve a buscarla —contestó Panék.

—No pueden haber ido muy lejos —intervino una elfa, revisando sus datos en un tablero—. No detecto restos en el subespacio, por lo que nadie ha entrado a la velocidad de la luz cerca de Titán en las últimas horas.

Desde lo lejos, se divisaba a las otras lunas de Saturno, como pequeños esféricos rocosos. La Anubis parecía estar completamente sola, orbitando Titán.

—Shah, hay seis intrusos en la nave. Entraron en la bahía de abordaje antes del despegue. La computadora no los identifica como tripulantes. ¿Mando al cuerpo de seguridad?

—Espera, Panék —atajó Kann, antes de que este diera una orden—. ¿Puedes enfocar alguna cámara sobre estos intrusos?

—Sí...

Panék, de talante serio y mirada afilada, no quitaba la vista de enfrente, como si estar al acecho fuese lo único que le interesara.



—¡Cielos! ¡Shah!

—Son tus hijos y los leones, Panék...

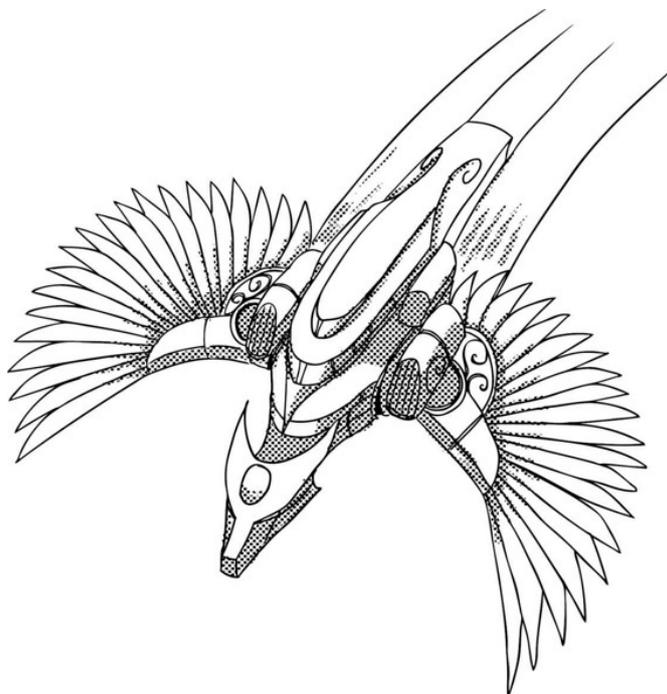
—Tráiganlos acá —ordenó, sin inmutarse.

Para cuando llegaron seis guardias de seguridad de cada extremo del pasillo, rodeándolos, Knaach y compañía estaban desde hacía rato sentados, esperándolos, pues el felino había tenido el presentimiento de que no tardarían en llegar. Y así fueron escoltados hasta la subcabina, casi quince pies más abajo, a la pata del ascensor turbo eléctrico que llevaba hasta la sala principal de mando.

Hathor sabía que estaba metido en grandes problemas, sin embargo, eso no le impedía sentirse impresionado por La Anubis. Las radiantes luces blancas, los relieves plateados en las paredes, la simbología élfica en el techo, aquello parecía un derroche tecnológico plasmado en la forma de una obra de arte. Pisis y Tepemkau veían, por su lado, a un enorme mapa holográfico, que mostraba la espina dorsal de la nave e indicaba, por medio de líneas brillantes, los niveles de esta, con sus respectivas secciones.

Hermoso y Precioso no se habían despegado el uno del otro, ahí estaban, hombro a hombro, mostrando una tensa desconfianza hacia todo lo que los rodeaba. Ambos se vieron forzados a reprimir un grito nervioso cuando sintieron que, como una nave en el océano, La Anubis describía una suave curva en el espacio.

—Es primera vez que estoy tan lejos de casa, es la primera vez que estoy tan lejos de todo... —reflexionó la niña.



Se escuchó un esponjoso ruido de descompresión, todos subieron sus cabezas para ver que, desde el borde del piso de arriba, salía expulsada una fría nube de vapor y, al poco tiempo, el padre de los chicos, viéndolos con el ceño fruncido, la boca describiendo una raya recta y cruel y una mirada terrible. Como si lo intuyera, lo sintiera y de previo aviso lo supiera, observó primero a Hathor como el principal responsable de la desobediencia. Panék pasó de largo entre los niños, caminó hasta un pasillo, apretó un botón en la pared, y una plancha metálica de forma óvala se levantó.

—Sígueme —ordenó.

Dentro del cuarto, que más bien parecía una celda, que solo tenía cuatro paredes y una silla en el medio, el elfo los esperaba, sentado en ella, firme. Su cabello dorado caía entre sus largas orejas puntiagudas. Al ver aquello, los niños se pusieron

inmediatamente nerviosos.

—Peludo —llamó, con voz severa. Knaach caminó y se sentó a unos pasos delante de él.

—Dime cómo fue todo.

El león le contó paso a paso todas las cosas que habían pasado desde que él se fue hasta que abordaron La Anubis. Hermoso y Precioso estaban a un lado, escuchando, con rostros lastimeros. Cada vez que Panék giraba la cabeza para observarlos, los leones bajaban la cabeza.

—Vengan acá los tres —dijo finalmente a los niños, cuando Knaach hubo terminado su historia.

Pisis fue la primera de la fila en acercarse a su padre, haciendo pucheros y soltando la trenza que anudaba sus pantalones. Se acostó boca abajo sobre las piernas de su padre.

—Diez por desobediencia —dijo este, justo antes de empezar a darle sendas nalgadas que sonaban como estrepitosas cachetadas.

Knaach se dio cuenta de que Panék tenía la mano extremadamente dura, pues Pisis comenzó a llorar a la segunda nalgada. Una vez hubo terminado con ella, y esta se bajó con dificultad, llorando, y sobándose el trasero, seguía Tepemkau, quien con una valentía que dejaba mucho que desear, ya había empezado a hacer pucheros, sollozando.

—Diez por desobediencia —repitió Panék, reiniciando la tunda.

Knaach bajó la cabeza apenado, pues la desobediencia por la que los estaba castigando era por no haberle hecho caso a él, cuando les ordenó que regresaran a la fila para entrar al refugio de Hamíl. Pero eso no fue nada con el dolor interno que sintió cuando llegó el turno del último chico, el que él más apreciaba.

—Cuarenta por rebeldía y desobediencia.

Estuvo a punto de protestar, de pedirle a Panék que no lo hiciera, pero algo en el interior le aconsejó que lo mejor era guardar silencio. Todo lo que hizo fue ponerse al lado de Hathor una vez hubo terminado su castigo. Se impresionó y conmovió al ver que el chico no sollozaba, a pesar de que bajaban lágrimas de sus mejillas.

El padre se levantó de la silla y encaró a Knaach.

—Peludo, te agradezco mucho lo que hiciste y me considero en deuda contigo.

Hermoso y Precioso levantaron sus miradas para ver a Panék.

—De no ser por ti, mis hijos y estos dos hubiesen muerto aplastados por los escombros del palacio. Te deben la vida. Gracias.

La puerta óvala se abrió nuevamente, dejando pasar a Kann. Apenas lo vieron, Hermoso y Precioso se apresuraron a hacerse los ofendidos. Ambos felinos, al unísono, vieron hacia el lado diametralmente opuesto de la habitación a donde estaba el anciano elfo. Panék se dio media vuelta y se detuvo a un lado de él.

—No han encontrado todavía la nave de los ogros —dijo este.

—¿Te refieres a la Tungstenio?

—Sí.

—Volveré a la cabina.

Cuando se hubo ido, y quedaron solos con el mayordomo, este vio con profunda compasión a los niños.

—Ahora me encargaré de acomodarles una habitación. Menudo disgusto han dado a su padre. ¿Es que acaso no saben que aquí están arriesgando la vida y que eso es lo último que él querría? Hathor mostraba un rostro duro, de expresión testaruda.

—Y no esperaba ver a los magníficos *lords* aquí —repuso luego, gravemente.

—Estamos sumamente ofendidos —declaró Hermoso.

—Ofendidos y dolidos —recalcó el otro.

Knaach se encogió de hombros.

—Les pediría una y otra vez perdón durante todos los días hasta el momento de mi muerte, pero...

—Pero nada —lo interrumpió Precioso—. No nos dijiste nada sobre esta nave, todo este tiempo nos has estado engañando.

—Engañando con alevosía, has traicionado nuestra confianza.

—Nos has traicionado, así es. Y además, nuestro palacio quedó destruido...

—Tengan en cuenta, sus excelencias, que a nuestra llegada a Titán lo reconstruiremos de inme...

—¡Nada! —gritó Hermoso—. ¿Y dónde dormiremos mientras tanto, eh? ¿Y la angustia psicológica que nos has causado? ¿Qué hay con todo eso?

—¡Ya no queremos que nos atiendas más!

—Sí, no queremos volver a verte... —Pero mis señores, yo...

Ambos leones le dieron la espalda antes de que el anciano terminase de hablar.

—Espero que en otra ocasión más afortunada que esta, sepan perdonar a este viejo hombre que solo quiere y ha querido lo mejor para ustedes —repuso tristemente.

Hermoso y Precioso siquiera se dignaron a verlo cuando se retiró. Knaach supo de inmediato que Hermoso y Precioso nunca le caerían bien ni aun cuando de ahora en adelante enfocasen su arrogancia en otro que no fuera él.



—Me voy a dar un paseo por la nave —dijo a los niños—. ¿Alguno quiere venir?

Pisis y Tepemkau parecían muy ocupados enjugándose los rostros con las manos para siquiera responder, sin embargo, Hathor asintió con la cabeza, aunque sin sonreír. Caminó hasta la entrada, se levantó y aplastó con su enorme pata el botón que abría la puerta, y salió al exterior, con el niño tras él. A Knaach no se le escapaban detalles de la forma de ser de los elfos mientras interactuaba cerca de ellos en la nave. Todos parecían perfectamente entrenados, todos (aunque esto también lo había

notado en Hamíl) tenían una excelente condición física, eran muy reservados, veían fijamente a los ojos, y siempre tenían una expresión seria en el rostro. El león se hacía preguntas, pues no se explicaba cómo Pisis, Hathor y Tepemkau crecerían para tener un carácter así.

Cruzó junto a Hathor uno de esos largos pasillos de platino, donde podía ver su rostro reflejado en todas partes, el chico lo seguía, callado. Cada elfo que pasaba a los lados parecía estar haciendo algo importante; algunos cargaban complicados cálculos de órbitas satelitales en computadoras portátiles; otros, con uniformes rojos (del área de Defensa de la nave) parecían más apesurados. Era obvio que Panék todavía no había bajado el status de ALERTA ROJA, en el cual la tripulación debía estar preparado en todo momento, en especial los integrantes de la Bahía de Defensa y la Sala de Máquinas de La Anubis. Los elfos se le presentaban a Knaach como seres de gran imponentia física, fríos, metódicos, muy trabajadores, pero con una enorme intensidad pasional que puede reflejarse no solo en sus miradas, sino también en el aura que los rodea, como una marea latente, aprisionada dentro de una disciplinada conducta. Al final del pasillo, entraron a un cuarto que a Knaach le hizo recordar muchísimo el tren aéreo de Plutón: estaba hecho de un vidrio compacto, grueso, pero muy claro, que permitía ver las estrellas del exterior. Por un momento pensó que la quietud dentro de la nave se debía a dichas paredes, que los protegían del endemoniado vendaval vacío del universo. El león se sentó, y observó reflexivamente a las estrellas. Desde ahí podía verse uno de los alerones de la nave espacial, sobresaliendo como las extremidades de un ave de presa.

Hathor estaba en profundo silencio, cerca del vidrio.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó el chico en voz baja, sin inmutarse.

Knaach se acercó, y rozó con su cabeza el codo del niño.

—Apuesto a que puedes oír muchas cosas desde aquí, ¿verdad?

—En los otros pasillos escuchaba muchas máquinas, muchas voces, pero aquí es más tranquilo. Me gusta este lugar.

—A mí también.

Los dos se quedaron viendo el exterior por un largo rato.

—Oye, Hathor, ¿y desde aquí no escuchas más allá?

—Aún puedo escuchar una sala con motores...

—No me refiero a la nave, me refiero afuera, al exterior. ¿Puedes escuchar algo que venga de ahí? ¿De las estrellas?

El chico guardó silencio, como concentrándose por percibir algo.

—No —dijo por fin.

—Ya veo, supongo que todo está demasiado lejos para poder oír nada. Y tampoco creo que te encuentres con una paloma poniendo huevos en el ala de la nave.

El chico sonrió, sonrojándose.

—Knaach, me da miedo —confesó de pronto, en voz baja.

—¿Qué te da miedo?

—El silencio absoluto de este lugar. El silencio absoluto de afuera. Está tan solo, está tan vacío, no hay nadie, todo parece desconocido.

—Pensé que anhelas encontrar un sitio donde te sintieras a solas, por primera vez —dijo el león, observando las estrellas.

—Y me gusta, me gusta por eso. Pero pienso que tengo miedo de estar lejos de casa.

—O tal vez estés más cerca de ella. ¿Nunca te has preguntado de dónde vienes? ¿Cuál es tu origen?

—Nunca le pregunté a papá Panék.

Y... No fue por miedo, solo no sentí la necesidad de hacerlo. Pero supongo que nací en Titán, pues me parezco a ellos. ¿Tú sabes dónde naciste?

—No —contestó el león, suspirando—. Siempre ha sido un misterio para mí, más bien para nosotros, los leones, no sabemos de dónde venimos realmente.

—Entonces tú y yo estamos en iguales condiciones, ¿verdad?

—Sí —asintió Knaach, sonriendo, y observándolo—. Me parece que sí, Hathor.

En ese momento, la puerta automática se abrió, y adelante pasaron Hermoso y Precioso, quienes estaban enfrascados en un acalorado debate.

—Me parece que la de las trencitas en el pelo es perfecta para nosotros.

—Pues yo creo que el que nos condujo hasta nuestras literas es más competente, educado y formal. Pero el copiloto se ve como buen cocinero... Oh, hola...

—¿Qué hacen?

—Estamos escogiendo a un nuevo mayordomo.

—O mayordoma...

—Sí, estamos llevando a cabo una misión para determinar quién es lo suficientemente eficaz, pulcro, delicado y atento para atender nuestras necesidades diarias.

—Sí, y hacer todo esto me ha dado mucho hambre. ¿Ustedes saben dónde queda la cocina en esta nave? Me gustaría un *pie* de chocolate.

—No —contestó Knaach, con aspereza.

—Oh, bueno, entonces seguiremos buscando.

La pareja pasó de largo, llevándose su discusión con ellos.

—Es una lástima que, de un modo u otro, no puedas dejar de escuchar a esos dos —se lamentó el león, a lo que Hathor correspondió con una pequeña risa.

—¿Qué te parece si seguimos recorriendo la nave por nuestra cuenta?

—Vamos.

El león y el niño no tardaron mucho en ser vistos dentro de la Sala de Máquinas, un lugar irradiado por luz naranja, alargado como un silo, con extraños, sendos tubos transparentes a cada lado, cada uno con una especie de líquido energético que, de algún modo, daba energía a la nave. Había cámaras selladas, donde oficiales ingenieros, vistiendo gruesos trajes que los aislaban por completo del exterior,

manipulaban raras gemas incandescentes y las colocaban dentro de bocas redondeadas a los lados de complejas computadoras que, con barras porcentuales, mostraban la capacidad energética que tenían los cañones de La Anubis.

Al pasar por un largo pasillo negro cruzaron una puerta, que los llevó al lobby de descanso de la tripulación; un lugar espacioso con muchos sitios para sentarse dentro de un área con forma de disco que estaba rodeada de ventanales y una elegante fuente en medio, donde estaba la estatua de una elfa en piedra blanca y limpia.

Ahí, sentado en una de las mesas, se encontraron con el anciano Kann, conversando con Tepemkau.

—Parece que el excelentísimo *lord* felino y Hathor estuvieron recorriendo la nave...

—Tepemkau se animará a hacerlo más tarde, primero quiere sentarse y beber algo —dijo el chico.

—La Anubis es sin duda impresionante —repuso Knaach—. He estado en varias naves, pero esta sin dudas es la más moderna.

—Me siento agradecido por el comentarios —le contestó el anciano—. Yo mismo ayudé a diseñarla.

—¿Es verdad que los ogros fueron vistos cerca de Titán?

—Sí. A bordo de una cosa horrible que, según sabemos, llaman Tungstenio.

—A Tepemkau no le gusta nada ese nombre, suena a patada en el abdomen.

—A mí tampoco, pequeño, pero por una razón distinta que la tuya; el tungstenio es en realidad el nombre del metal más duro y resistente conocido en el Sistema Solar. Por supuesto, no nos tranquiliza que la nave de los ogros tenga ese nombre.

—¿La Anubis puede vencer a la Tungstenio?

—Esperamos que sí, Hathor.

Para Knaach, la conversación tomó un matiz incómodo, áspero. El tema de los ogros siempre le revolvía la cabeza al león: antes de una forma nostálgica, ahora de una forma más oscura y fría. Plantándose frente a ellos con dura firmeza militar, un joven elfo se reportó ante Kann.

—No han habido novedades, señor.

—Gracias, alférez. Es la segunda vez que ha venido usted aquí, a reportarme el estatus general, y no dudo en que si no le digo nada, vendrá una y otra vez, así no suceda nada en semanas. ¿No le gustaría sentarse y charlar con nosotros?

—Lo siento, señor. No puedo —contestó, como un autómatas—. Debo cumplir con mi deber, señor.

—Y sin embargo, no tienes más deber que hacer una ronda y volver aquí, para decirme lo mismo.

—Preferiría hacerlo así, señor. Pues nunca se sabe, señor.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

En ese momento, se abrió la puerta automática del bar y entraron Hermoso y

Precioso.

—¡Por fin hemos llegado! ¿Creen que aquí me sirvan mi *pie* de chocolate?

—Seguramente... Oh, mira quién está ahí.

Los dos leones se detuvieron a ver a Kann con desagrado.

—¿No te parece que si tuviera un mínimo de decencia saldría de aquí ahora mismo? —comentó Hermoso, en voz alta.

—No le hagas caso, sencillamente ignorémoslo y démosle la espalda —contestó el otro, en igual tono.

—Tepemkau piensa que los leones son muy injustos con Kann.

—Ya, muchacho, no digas nada, no te preocupes —dijo el anciano, poniéndole una mano al hombro.

—¡YA BASTA!

Todos en el lugar se quedaron viendo a Knaach, impresionados.

—¡Todos a su modo son unos ñoños insoportables! ¡INSOPORTABLES! —bramó, furioso.

Acto seguido, el enorme gato puso ambas manos sobre la mesa, volcando una bebida y encarando a Hermoso y Precioso.

—¡Ustedes dos! ¡SON LOS PEORES! ¡Los más insoportables! ¡Siempre comportándose con aires de ridícula superioridad! ¡Siempre con esa jactanciosa, arrogante, insufrible, delicada forma de ser! ¡¡Parecen un par de fresitas!!

—¿Estás diciendo que parecemos frutas? —preguntó Precioso, extrañado.

—¡Arrrrgh! ¡Siempre estuve preguntándome por qué los leones estábamos al borde de la extinción, pero al conocerlos a ustedes supe por qué! ¡Son patéticos! ¡Se creen unos reyes, pero en realidad no lo son, nunca fueron más que un par de inútiles presumidos! ¡No pueden culpar a Kann de lo que le pasó al palacio porque este NUNCA fue propiedad de ustedes SINO DE ÉL MISMO! ¡Él era el dueño, no ustedes, par de zoquetes! ¡Nadie los ha querido nunca y nadie los quiere! ¿¡Qué acaso no ven que no son en verdad los reyes de ningún sitio!? Ustedes están ahí siendo mantenidos con lujos por... por... ¡DIOS SABRÁ POR QUÉ!

—Porque son los últimos en su especie, o por lo menos, eso creía hasta que llegó Knaach —finalizó Kann.

Todos se quedaron callados, boquiabiertos, viendo al anciano elfo.

—¡Un momento! —gimió Hermoso—. ¡Demando saber qué sucede aquí!

—Me temo, mis queridos señores, que eso es parcialmente cierto.

—¡¿Parcialmente cierto?!

—Yo no soy un mayordomo, sino un veterinario.

Hermoso y Precioso contuvieron un grito histérico, a medida que sus ojos se ensancharon y sus frentes se arrugaban.

—Ustedes fueron vendidos por un circo plutoniano hace muchos, muchos años. Deben recordar que la capacidad de vida de los leones es aún más extraordinaria que la élfica —explicó, con aflicción—. En aquel entonces yo era un viajero adulto, en

búsqueda de conocer nuevas especies. Un mercader de muy pocos escrúpulos me puso a la venta a tres cachorros de león, sin embargo, yo, en aquel entonces, solo tenía dinero para comprar dos (todo el dinero que me restaba, de hecho). Por más que le supliqué, por más que le rogué, por más que intenté engatusarlo, no me dejó llevarme el tercero... La euforia de Knaach se fue apagando poco a poco, como un fósforo.

—Desde que lo vi por primera vez en la puerta del palacio, supe que ese cachorro era Knaach, y aun yo, que pensé haberlo visto todo en casi mil años de vida, no dejé de sorprenderme de verlo en Titán, ya convertido en... Casi un adulto.

Precioso gimió, llevándose una pata al hocico.

—Mientras más fui estudiándolos con el transcurso de los años, más fui aprendiendo de su conducta, su forma de ser imperiosa y envanecida. Es por ello que supe que la atmósfera ideal para criarlos era hacerlos sentir como reyes, y la sociedad élfica me cedió el palacio de Hamíl, que siempre fue un museo, como hogar para ustedes, y así mantenerlos en su hábitat ideal. Huelga decir que el pueblo siempre contribuyó a seguirles la corriente desde la primera vez que los llevé a dar un paseo.

—Eso quiere decir que... ¿No somos de la Familia Real? —preguntó Hermoso, con un hilo de voz.

Kann sacudió la cabeza, lentamente.

—Pero, pero... ¿Y las pepitas de esmeralda negra que me sacabas todas las noches?

—Garrapatas.

Hermoso puso los ojos en blanco, y se desmayó.

El otro león trastabilló y también cayó al suelo en estado de shock. El tenue zumbido monótono que producía la nave fue lo único que se escuchó durante el siguiente minuto de silencio.

—¿Y entonces, de qué lugar venimos nosotros? —interrogó Knaach, viéndolo a los ojos.

—Créeme, Knaach, que en mi condición de veterinario, y sobre todo de científico, el encontrar respuestas a las cosas, desde aun antes que tú nacieras, ha sido el norte de mi vida: por más que lo interrogué y pedí respuestas, el hombre era solo un trabajador del circo, un pobre, patán plutoniano que solo quería lucrar con ustedes. Él no sabía nada, él solo los sacó una noche con una manta que cubría su pequeña jaula, con el fin de mostrármelos. Sé que es demasiado tarde, Knaach, pero te pido, te suplico, que me perdones.

19

LUCES EN LA ÓRBITA DE TITÁN

La alarma general cundió al Anubis como una marea, y los elfos, rápidamente, ocuparon sus puestos de combate.

—Estuvieron todo este tiempo del otro lado de Titán, volando al ras de la atmósfera —explicó uno de los copilotos a Panék, apenas este cruzó la puerta—. Por eso nuestro radar no pudo dar con la Tungstenio en todo este tiempo, porque proyectábamos el láser de búsqueda hacia el lado contrario de la luna, hacia el vacío del universo, con la esperanza de hallarlos.

—¿Y por qué los radares circulares no pudieron captar su presencia, entonces?

—Deduje que los motores de la Tungstenio estuvieron apagados, Shah —intervino el estratega, un elfo moreno de cabellos muy largos y negros—. Colocaron la nave en alto total para que ningún radar consiguiera leer señal alguna de actividad magnética o calorífica.

—¿La Tungstenio sabe nuestra ubicación?

—No hay forma de saberlo, pero si tuviera que apostar mis caballos, yo diría que sí, que nos han detectado desde hace tiempo, por eso han permanecido en alto absoluto de ese lado de la luna.

—¿Saben que ahora sabemos que están ahí?

—No, La Anubis no se ha movido, no ha maniobrado, ni hemos dado la orden de adoptar ninguna postura que pueda parecerle sospechosa a los ogros, yo diría que ellos siguen pensando que no los hemos visto.

—Perfecto, lo felicito, Degauss. Eres un buen estratega.

—Felicite al estratega de los ogros, Shah —contestó el imponente elfo—. Es él quien nos ha tomado todo este tiempo.

Panék se sentó en la silla de comando y vio al frente, como un gran felino a punto de dar caza a una presa.

—Abran pantalla.

Inmediatamente, el monitor principal reflejó una panorámica que mostraba todo el horizonte naranja de Titán.

—Copiloto, atienda.

—Ordene usted, Shah.

—¿La Tungstenio está exactamente en el lado opuesto de la luna en que estamos nosotros, verdad? Desplacémonos cuidadosamente, no queremos despertar su sospecha. Preparen las turbinas de la nave, vamos a ponernos en su misma posición.

—Sí, señor.



Las compuertas del turbo-ascensor se abrieron en par, y de ella emergió Kann, que caminó con paso apresurado, atento a la pantalla principal.

—Llega tarde, segundo oficial.

—Perdona, Panék. ¿Avistaron la nave de Metallus?

Hubo un silencio general en la cabina, los otros elfos temían decir ese nombre frente a Panék.

—Sí —contestó este, con seriedad.

—Shah, las turbinas de la nave se están preparando, mientras tanto, empezamos a desplazarnos...

A Knaach lo sobrecogió un vértigo que le vació el alma, mezclado con su estado anímico, lo hacía sentirse verdaderamente enfermo, por un momento creyó que todo alrededor del bar se iba a caer, la nave estaba empezando a desplazarse. Hathor, quien puso sus brazos sobre los hombros del león, veía hacia los enormes ventanales; la mirada del chico era tan estoica como seria, no parecía tener miedo en lo más mínimo.

—¿Qué pasa?

—Avistaron la nave de los ogros —contestó el chico, como si estuviera hipnotizado—. Vamos a entrar en combate en cualquier momento.

El león sintió un enardeciente ardor alrededor de su cabeza. En ese momento, una joven elfa apareció por la compuerta.



—¡Vengan aquí ahora! —les ordenó, nerviosa—. ¡No pueden estar aquí! Oh, santo dios, ¡y llamen a alguien para que recoja a esos dos leones del suelo!

—¡Orden cumplida, Shah! La Anubis se ha desplazado de lado hacia el este, estamos exactamente en el mismo punto que se halla la Tungstenio a 5150 kilómetros del otro lado de la luna.

Kann observaba fijamente a través del océano de nubes que se abría frente a La Anubis, rodeado por la capa naranja de la estratosfera de Titán. Allá, a una distancia en que nadie podía distinguirla, se hallaba la nave de los ogros.



—¿Estás preparado, anciano?

—Si tú lo estás, yo lo estoy, Panék.

El Shah estiró el brazo al frente, con el puño apretado.

—¡A toda máquina, hacia el frente!

La Anubis se bañó de una luz dorada, como un aura. Sus turbinas centellearon como soles fugaces que abrasan al universo y, trazaron una larga línea de lava en el cielo de Titán, partiendo en dos todas las nubes en una delgada raya y cambiando el curso de los nimbos y cúmulos con su solo poder, surcando el hemisferio de la luna en un pestañeo. El enorme plato que era la Tungstenio, moderadamente más grande que la nave élfica, estaba flotando al ras de la atmósfera. Parecía una entidad fantasmal, lúgubre, recubierta por tentáculos neblinosos.

La Anubis se detuvo a poco menos de un kilómetro, recubierta de fuego y lava, como un fénix.



Un gigantesco puño golpeó el panel donde se hallaba un botón rojo. Un coro ruidoso de alarmas se disparó.

—¡Los elfos ya están aquí!

—¡Mierda!

La multitud de ogros vestidos con armaduras empezaron a descender abrazados de un tubo; las compuertas se abrían por doquier y de ellas salían soldados a todas prisas, en dirección a los silos.

Metallus del Titanium, con su imponente armadura azul y blanca, la cual llevaba tallada la cabeza de un dragón en el pecho, entró a través de la compuerta. La vista panorámica de la pantalla principal de la cabina mostraba cómo el ave de presa de los

elfos se acercaba ahora lentamente, como una llama voraz.

—Su excelencia, los elfos, ya...

—¡¡Lo sé, lo sé!! ¡¡Levanten los escudos de inmediato, ordénele al personal que se prepare para el combate!! ¡¡Prepárense ya!!

El anciano Rockengard, con una barba larga, espesa y blanca, como la de Merlín, y quien estaba parado en la parte oscura de la cabina, con las manos sujetas tras la espalda, observaba a La Anubis con toda atención.

—¿Me puedes decir por qué nos han visto?! —preguntó su rey, abrochándose un cinturón.

—Era una cuestión de tiempo, y lo sabes, viejo porfiado —le contestó—. Te he dicho que lo mejor era ocultarnos cerca de la superficie de Saturno, pero tú siempre tienes que hacer las cosas a tu manera. Suficiente hice yo con mantenernos invisibles todo este tiempo.

—¡La confianza sí que da asco, Rockengard, mira la forma en que me hablas! ¡Yo pensé que en el último lugar que nos buscaría la Hermandad Federal de Planetas Unidos sería en Titán y...!

—Yo pensé, yo pensé... —lo remedó el anciano—. ¡Lo que usted tenía que pensar era que los elfos también se iban a construir su nave guerrera de primera clase! Ahora mira el lío en que estamos metidos.

La Anubis parecía un monstruo salido de un volcán, acercándoseles por el monitor principal.

—¡¡Suficiente democracia por hoy!! —gritó el rey—. Ahora lo que necesitare es toda tu experiencia como estratega. Confío en ti. ¡Vamos a volar esa boñiga de nave en pedazos, y usaremos sus partes como retretes! Los ogros que operaban las máquinas y controles de la cabina gritaron en aceptación.

—¡Su excelencia, la nave de los elfos quiere entablar una comunicación directa! Su «Shah» quiere hablar con usted.

—¡Hohoho! Me tienta dejarlos esperando veinte minutos en línea, pero está bien, comunícalos.

La pantalla que mostraba a la monstruosa y sublime Anubis fue reemplazada por una nube de interferencia grisácea y, segundos después, por el rostro felino de Panék. Metallus lo vio directamente a los ojos por varios segundos, en silencio. Por un súbito instante, el rey de los ogros se vio a sí mismo de vuelta en Titán, aquella noche. Volvía a sentir el peso de su hija entre brazos, volvía a sentir la presencia de aquella elfa, Marion, quien lo había retado. La pesadumbre le subió al pecho.



—¡Tanto tiempo! —exclamó—. ¡Me acuerdo de tu rostro, pero no de tu nombre! Calizo Popstone entró apresuradamente al aposento de Claudia y empezó a

empujar la cama sobre la que ella dormía.

La niña tenía una inmensa dormilona colocada, y sus cabellos estaban anudados en una infinidad de rollos verdes, rosados y rojos, anudados con pequeñas calaveritas de pájaros.

—¡Segunda vez que te levanto en situación comprometida, niña necia! ¡De pie!

Lo primero que vio Claudia al abrir los ojos fue el rostro pálido, afeitado de Calizo. Y sus ojos grandes mirándola a través de los anteojos.

—Calizo... —lo llamó, estando más dormida que despierta—. ¿Qué pasa?

—¡La nave está a punto de entrar en combate!

La niña se desperezó casi al instante, apretando los puños y dando un pequeño salto.

—¿Combate? ¿Contra quién?

—Los elfos.

—¿Los elfos? —dijo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué pasa con los elfos?

—¡Ay, por dios! ¡Solo levántate de esa cama, muchacha! ¡Levántate y vístete, que debemos entrar a las celdas de seguridad! ¡Vamos, vamos!

El inmenso ogro empezó a darle golpes en la espalda a Claudia, como si estuviera tocando un tambor con los puños cerrados. Sonaban como peñascos cayendo desde montañas.

—Ya voy, ya voy...



Panék frunció el ceño y entrecerró los ojos, haciendo un mohín de asco al ver a Metallus.

—Mi nombre es Panék, y a partir de este día no lo olvidarás jamás.

A través de la pantalla La Anubis, podía verse no solo a Metallus, sino también a Rockengard, que estaba parado a un lado de la silla de su rey, firme como una vara atizadora.

—¡Hohoho! ¡Si te crees que con esa entrada triunfal me asustaste estás equivocado, elfo!

Rockengard puso una mano sobre la complicada hombrera del rey.

—No lo provoques, Metallus —susurró.

—Solo una nave va a quedar en un pedazo hoy —dijo Panék, lentamente—. Uno de los dos va a morir esta misma noche.

—Escuche, Panék, no hay necesidad de llevar las cosas tan lejos. Decidimos esconder la Tungstenio en este lugar porque a su excelencia le pareció el mejor sitio para escapar de la Hermandad Federal —intervino Rockengard, levantando la palma de su mano—. Y en cierto punto, tenía razón; nadie nos ha buscado. Estamos conscientes de que no coinciden con nosotros en que la sentencia del tribunal de la

Hermandad Federal fue injusta, y respetamos su punto de vista, así que sin mayores complicaciones podríamos retirarnos a cualquier otro lugar.

Panék observó a Rockengard como un gato enfurecido a una rata.

—No —contestó—. Ustedes han invadido el espacio aéreo de Titán y van a ser destruidos.

Kann observó con pesadez a Panék.

—¿No deja entonces otra opción que no sea el combate, señor? Ustedes los elfos son, entre otras muchas cosas, brillantes estrategas, y por eso sé bien que debe usted saber que nuestra nave supera ligeramente a la suya en tamaño, y también en el número de salidas de torpedos, lo que es sin dudas una dura desventaja para ustedes. Le ruego que lo reconsidere, Shah. El combate puede traer un desenlace fatal para ambos. Los ogros no queremos pelear.

Panék ignoraba por completo a Rockengard, sus pupilas pequeñas y negras, que en la pantalla se veían enormes y demenciales, como piscinas de ácido entre el iris amarillo, se centraban en Metallus.

Este, a su vez, lo veía de vuelta, con la comisura de los labios hacia abajo, y mirada inescrutable. Kann se acercó a la silla.

—Panék, escucha a los ogros, te están pidiendo una salida, no...

—¡CÁLLATE! —vociferó Panék, al mismo tiempo que los otros elfos bajaban la cabeza, como gatos—. ¡Estás relevado, Kann! ¡Largo de aquí!

Los ogros veían todo a través de la pantalla, en silencio.

El anciano elfo miró por segundos a Panék, primero con enojo, y luego con tristeza. Se encogió de hombros, se dio media vuelta y, firmemente, caminó hasta la puerta del ascensor.

—¡Escúchame, Panék! —exclamó Metallus, quien se ponía de pie y se acercaba a la pantalla.

Kann se detuvo en seco, antes de subirse al elevador, posando su mano sobre el panel de vidrio que tenía en frente.

—¡La diplomacia nunca ha sido mi fuerte y hoy tampoco es la excepción! ¡Pero te diré algo de hombre a hombre! Si vas a llevar a tus soldados y a tu nave a un combate solo por lo que sucedió aquella vez con tu esposa, con Marion... (Al oír aquel nombre de la voz de Metallus, todos los elfos en la cabina de La Anubis quedaron congelados) ... deberías tener en cuenta todo lo que pasó en Iapetus, nuestro hogar, después de esa tragedia. ¡La influencia de ustedes, los elfos, destrozó nuestra luna, mató de hambre a casi más de la mitad de mi población y nos trajo miseria! ¡Sufrimos una invasión infinitamente más larga y dolorosa que la que nosotros le hicimos sufrir a ustedes! ¡Si eso no te parece suficiente venganza, si tanta sangre y tanta miseria no te alivia, no te hace perdonar, entonces eso significa que estoy por enfrentarme a un enfermo! ¡Y por ello, buena parte de mi confianza se asienta en que a diferencia de aquella oportunidad en la que nos vimos enfrentados hace tantos años, yo soy el que está en la posición de la justicia en que estuvo tu

esposa ante mí, y tú en cambio te hallas en la que yo estuve! ¡¡Y ese, aquí frente a tu hogar, es el augurio para mi victoria!!

La comunicación se cortó justo en aquel instante.

—¡Preparen las máquinas! ¡Entramos en combate!

Los ogros profirieron gritos de aprobación, al unísono, todos abrocharon sus cinturones, levantaron palanquitas en zigzag en grandes paneles electrónicos con magistral sincronía, y se prepararon para la batalla.

La Tungstenio se cubrió, lentamente, de un haz de luz azul, un campo de energía brillante, y empezó a moverse con opulencia hacia el frente, de modo que por un momento, ambas naves estuvieron a punto de colisionar. El gigantesco plato se levantó de medio lado, como si de pronto se convirtiera en una rueda en una autopista imaginaria en el espacio, y pasó a un lado de La Anubis.

—¡Shah, la Tungstenio está detrás de nosotros!

—Su forma circular le da cierta ventaja táctica —acuñó Degauss—. Aunque podemos atacarlos aun estando de espaldas a ellos, no podemos permitir que lo hagan todo el tiempo, Shah.

—Bien, entonces no volverá a suceder —contestó Panék—. ¡Disparen los proyectiles láser!

El rugido magnético, la resonancia infernal de ambas naves parecía, por momentos, demasiado alta para que el universo no se quebrase como un espejo.

La Anubis empezó a girarse. Su morro, coronada por una cabeza parecida a la de un lobo, se veía recubierta de fuego. Del lomo de la enorme bestia se disparó una multitud de líneas doradas, como rayas puestas una al lado de otra. Eran por lo menos veinte. Todas fueron contenidas por el campo de fuerza de la Tungstenio, que por momentos refulgió en un halo verde, alterándola y produciendo varios destellos, como poner una mano sobre una esfera eléctrica. La respuesta fue inmediata: de la Tungstenio salió un proyectil ovalado, como un cometa, que se estrelló directamente contra el mentón de la nave élfica.

Panék dio un respingo, que lo obligó a sujetarse con todas sus fuerzas. Un elfo cayó de su silla, la pantalla frente al estratega Degauss vomitó chispas, y por momentos los cimientos de la nave temblaron.

—¿Qué diablos fue eso?

—Un torpedo, Shah. Los ogros nos dispararon un torpedo.

—¿Cuál es el estatus de daños?

—Nos enfrentamos con cantidad de cortocircuitos —gritó una elfa que atendía la Fuente de Poder— pero los escudos lo han resistido bien, los daños en el casco son mínimos.

Degauss se levantó de su silla, una pluma que tenía anudada del brazo se agitó suavemente. Se inclinó sobre un radar que mostraba la posición de la Tungstenio, sus dedos largos y delgados tecleaban con rapidez sobre la computadora holográfica, sus ojos verdes se movían de un lado a otro.

—¡Shah, la Tungstenio disparó otro torpedo! ¡Sujétense!

—¡Por un demonio! ¡SUJÉTENSE!

Los cristales que recubrían al turbo ascensor estallaron, las bases que sujetaban al aparato fallaron y este se desplomó contra el piso inferior. Un elfo chilló de dolor.

En la Sala de Máquinas, ante la imposibilidad de sujetarse a ningún lugar, tuvieron que echarse todos al piso; en el bar toda la cristalería se hizo añicos, un guardia de seguridad cayó gritando cuando el suelo debajo de él, que era una plancha de hierro, se desprendió. Todos los pasillos de platino quedaron a oscuras. Hathor abrazó a Knaach, quien veía de un lado a otro, sin comprender qué pasaba. Un incisivo pitido aulló en la cabina, Panék caminó hasta una artesa que mostraba un mapa holográfico de la nave y presionó un botón.

—¡Sala de Máquinas llamando al Shah! ¡Sala de Máquinas llamando al Shah!

—Habla el Shah, ¿qué pasa?

—¡La turbina B ha fallado, Shah, contamos apenas con la mitad de la velocidad que teníamos antes; el impacto ha tirado los sistemas!

—Arréglole cuanto antes, oficial. Corto —presionó el mismo botón y luego hundió su dedo en otro—. Panék llamando a la Estación de Defensa.

—Adelante Defensa, Shah —le contestó una voz grave, con una nube de interferencia.

—Necesito que pasen el sistema de láseres a modo manual.

—Está bien.

Degauss se sentó en la silla, observando el radar.

—¿Tengo que hacer lo que pienso que tengo que hacer, Shah? —preguntó este, sin levantar la mirada de la pantalla.

—Así es. No falles.

Degauss extendió su brazo hacia el frente y tiró hacia sí un alargado casco virtual con un centenar de cables conectados, que tenía incorporadas dos manoplas, donde metió las manos.

—¡Shah! —llamó con una voz temblorosa el elfo lastimado—. ¡Los ogros van a lanzar otro torpedo! ¡Alerta!

La Anubis ya había terminado de darse la vuelta, desde la nariz de la nave se divisaba al plato ogro pasar al frente, rodeándolo en círculos, en posición ladeada. El terrible torpedo óvalo salió eyectado de la Tungstenio, directo hacia la cabeza de la nave rival.

—¡Ahora!

Degauss se concentró y presionó ambos gatillos.

El concierto de láseres salió disparado, todos se perdieron, pasando de largo a través del horizonte negro, pero uno logró impactar contra el torpedo, que explotó a mitad de camino.

—Proyectil interceptado —confirmó Degauss.

Panék mostró sus dientes, y por momentos su mirada se hizo más aguda y salvaje

que nunca.

—Fuego.

Del alerón izquierdo salió proyectado un cohete que dejaba una estela blanca en su camino y que, describiendo un ángulo arqueado, impactó contra la Tungstenio.



Calizo se había echado sobre Claudia, para proteger a la niña de un inmenso armario que había acabado desplomándose sobre la espalda del ogro.

El impacto había tirado las sillas y al escritorio de golpe.

De fondo, se escuchaba una alarma general que sonaba consecutivamente.

—¡Papá! ¡Papá!

—Tu padre está en la cabina, Claudia. Y no hay que interrumpirlo ahora. Vámonos, tenemos que resguardarnos, y pronto.

Salir del cuarto, caminar por el pasillo, y ver las luces parpadeando irregularmente, algunas fachadas de las paredes derrumbadas, y ogros corriendo de aquí y allá, pusieron más nerviosa a la niña, que sabía lo que pasaba, pero no entendía el porqué. Calizo Popstone, que a diferencia del resto de los ogros mostraba un rostro pulcramente afeitado, tenía sus manos puestas sobre los hombros de la niña, conduciéndola a resguardo.



—El impacto ha sido directo —confirmó Rockengard—. Ha tirado un 20% de los escudos.

—¿Y los elfos?! ¿Qué hay con ellos!?

—Puede usted estar seguro de que han recibido daño, su campo de energía se ha visto afectado, aunque no sabemos con determinación cuánto.

—¡Comunícate con la Sala de Máquinas, diles que corten la energía del 50% de los láser y la inviertan en el campo de fuerza!

—Sí, señor.

Rockengard leía con atención una serie de estatutos marcados en letras verdes a través de una pantalla holográfica.

—Tenemos más bahías de torpedo que los elfos, sin embargo, ellos superan nuestra cantidad en cuanto a proyectiles láser se refiere.

—¡Los láseres no me preocupan, apenas los sentimos cuando nos dispararon con ellos! ¿Qué pasó con el tercer torpedo que les mandamos?!

—Lo interceptaron a medio camino, su Majestad —explicó un ogro de armadura dorada.

—Sí, y con láseres —atajó Rockengard—. He ahí por lo que no debes subestimar esa ventaja que tienen sobre nosotros, Metallus.

—¡¿Ah, sí?! ¡Entonces probemos qué tan buena es la puntería de los elfos!



—Tengo un mal presentimiento, Panék.

—Y yo también.

El elfo volvió a su silla.

—Quiero alejarme de la Tungstenio lo más posible, para ganar cualquier cantidad de tiempo desde el momento en que hagan algo.

—A su orden, Shah —respondió el copiloto, cuadrando el rumbo desde su puesto.

La cabina quedó sumida en un súbito silencio, se escuchaba solo el tecleo de la tripulación y el personal médico ayudando a los lastimados. Al momento que retiraban a uno en una camilla, alargó su mano y tomó el brazo de Panék.

—Lamento no ser de más utilidad, Shah.

—Fuiste de gran utilidad y solo lo volverás a ser en el momento que te mejores. Descansa y concéntrate en ti mismo.

Se había colocado un sencillo elevador mecánico de emergencia para reemplazar al turbo-ascensor que yacía hecho añicos, repartido por todo el suelo de la Sala Baja.

Degauss veía fijamente a la Tungstenio a través de la pantalla principal, analizándola como un predador que estudia los movimientos de una presa.

—¿Ves algo, Degauss?

—Hemos herido a la Tungstenio, pero la Tungstenio ha herido más al Anubis.

Están como nosotros; pensando en qué hacer, buscando errores.

—¿Y de qué errores nuestros crees que puedan sacarnos ventaja?

—De dos.

—Adelante.

—El primero es volver a dejar que se coloquen detrás de nosotros, para que nuestros cohetes no los puedan alcanzar.

—¿Y el segundo? —El segundo error es que usted se haya deshecho de Kann.



Panék, frunciendo el ceño, observó largamente a Degauss, quien siquiera había girado la cabeza para verlo. Presionó un botón en el apoyabrazos de su asiento, tras un largo pitido y una nube de interferencia, habló.

—Encuentren a Kann. Díganle que el Shah ordena que vuelva a la cabina.

Hermoso y Precioso se habían despertado de un desmayo solo para vérselas de

manera imprevista con otro.

—¿Combate? ¡¿Qué la nave ha entrado en combate?! —gimió Precioso, llevándose ambas patas al hocico.

Hermoso gritó histérico, pataleando.

—Deben venir conmigo y cuidar de los niños —les explicó el guardia, con muy poca convicción en sus propias palabras—. No hay tiempo que perder.

Ambos leones se pusieron en marcha, temblando.

Pisis estaba abrazada a un oso de peluche, mientras que su hermano, Tepemkau, se hallaba en cuclillas al lado de ella, abrazando sus rodillas, con los ojos bien abiertos. Ambos niños, haciendo uso de su formidable fuerza y su agudo intelecto élfico, decidieron tirar la litera de medio lado, para evitar que otra sacudida ocasionara que esta cayera sobre ellos, o les lastimara una pierna.

Knaach y Hathor se hallaban corriendo por un pasillo, su única iluminación eran las luces cisterna que parpadeaban en un rojo-amarillo. Una de las escotillas se abrió, dejando escapar un nubarrón de vapor caliente, y de él, emergiendo como si el humo lo abrazase alrededor del cuerpo, un elfo vestido con un uniforme rojo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —los reprendió, jadeando—. ¡Pónganse a resguardo de inmediato!

—Eso tratamos, pero hemos estado perdidos entre pasillos por más de diez minutos, ¡esto es un laberinto!

—Sigán derecho y giren a mano izquierda a la primera salida. Al fondo encontrarán los armarios de contención, pueden esconderse ahí, y por dios, ¡apresúrense!

20

KANN

Calizo Popstone no descansó hasta ver que Claudia estaba, por fin, bajo resguardo. La colocó en un receptáculo circular, donde había una gran silla en el medio, con tres cinturones de seguridad y un arnés.

—Quédate aquí hasta que todo haya terminado —le dijo, dándole un beso en la frente—. Yo voy a la cabina por si ese par de viejos me necesitan.

—Regresa por mí —le dijo la niña, haciendo pucheros.

En la cabina, Metallus y el viejo Rockengard analizaban a La Anubis. La Tungstenio daba vueltas en un radio amplio alrededor de la nave élfica, pero esta rotaba sobre sí como un planeta, colocando su nariz siempre en dirección a la nave rival.

—Han aprendido la lección —observó Rockengard—. Están cuidando de no darnos la espalda.

—¡Pero desde este punto es más fácil para nosotros asestar otro torpedo sobre ellos, que ellos de arrojar uno con éxito sobre nosotros!

—Te doy la razón.

—¿¡Vale la pena volver a probar!?

—Yo digo que sí.

—¡MOTORES, QUIERO TODA LA ENERGÍA POSIBLE, MÁS VELOCIDAD!

—¡Más velocidad! —gritó un ogro a través de las rendijas de un aparato que se comunicaba directamente con la Sala de Máquinas.



Las luces azules que cubrían a la Tungstenio se crisparon, haciéndola parecer una corona de espinas.

—¡Shah! ¡La Tungstenio! ¡Está cobrando velocidad!

—Es increíble —repuso Degauss, sorprendido, acercándose a la pantalla principal, viendo desaparecer al disco del lado izquierdo de La Anubis, y verlo aparecer otra vez del lado derecho, en un segundo.

—¡Está causando radiación en nuestros motores, señor! —gritó la elfa, temblando, mientras analizaba un chorro de datos y píxeles que caían por el monitor—. ¡La radiación de la nave de los ogros está interfiriendo con nuestros sistemas!

—Malditos puercos —gruñó el copiloto, apretando los puños.

—No. No es eso lo que quieren hacer. Todos observaron al elfo de piel oscura. Degauss analizaba la situación, con los brazos cruzados.

—Pienso que no saben que nos están causando ese daño, y ustedes, por hacer una

mala deducción, se están quedando sin hacer nada, sin ver el verdadero peligro. Creo que nos van a atacar otra vez con torpedos.

—Y esta vez se están asegurando de aumentar las probabilidades de que falles el tiro para interceptarlo —observó Panék.

—Shah, si volvemos a recibir otro impacto, los escudos no solo caerán por completo, sino que el impacto afectará el fuselaje de la nave, y después de ese punto...

—¿Alguna solución, Degauss?

La Tungstenio giraba a razón de tres veces por segundo alrededor de La Anubis, formando un anillo azul alrededor de él. La nave élfica ya no podía seguirle el ritmo.

—Tenemos que salir de aquí, y tenemos que hacerlo ahora —repuso el estratega, cada vez más serio.

—Comunícame con la Sala de Ingeniería, ¡rápido!

—Sí, Shah.

Panék extendió el micrófono. La nube de interferencia, y la voz de un joven elfo a través de esta no se hizo esperar.

—Ingeniería.

—Le habla el Shah. Quiero que quite toda la energía de los escudos...

—¿Cómo?

—¡Que quite toda la energía de los escudos!

Todos los elfos en la cabina miraron a Panék con horror.

—Quítela y colóquela en los motores, quiero dar un salto, y ponerme por encima de la Tungstenio.

—El segundo impacto tiró la energía de la turbina B, Shah, no podemos repararla sino hasta dentro de veinte minutos.

—¡Maldición!

—Lo... Lo siento, señor.

Panék se puso de pie, viendo el aro azul que dividía a la pantalla en dos, y el ocasional destello de la Tungstenio.

—¿Están funcionando los campos anti-gravedad?

—Sí, señor.

—¡Conéctelo a los escudos! ¡Quiero que conviertan al escudo en un campo de anti-gravedad!

—¿Campo de anti-gravedad? —musitó el copiloto, dejándose caer sobre el respaldo de su asiento y ajustándose la gorra.

—El campo anti-gravedad es lo que permite que pueda haber vida en una nave espacial —respondió la elfa, observando a Panék con atención.

—Maldita sea, no entiendo nada, ¡no soy un ingeniero espacial!

—Míralo como una burbuja. Nuestra nave está recubierta por una burbuja: dentro de esa burbuja existe oxígeno y todos los componentes químicos para sustentar la vida. Dicha burbuja es la anti-gravedad. Es básicamente el líquen que crea un espacio

cerrado con componentes distintos a los del universo, el cual es una gran nada.

—¿Como la atmósfera?

—Sí, exacto.

Degauss colocó una mano sobre el brazo de Panék.

—¿Qué quieres hacer?

—¡Apresúrese! —gritó el Shah a través del micrófono—. ¡No queda tiempo!

—Señor, eso puede causar daños dentro de la nave, la tripulación no está prevenida de lo que piensa hacer, si es lo que creo que piensa —respondió la voz a través de un ventarrón eléctrico.

—¡EL DAÑO QUE CAUSARÍA OTRO TORPEDO SERÍA DEFINITIVO!

En la Sala de Ingeniería, un oficial de bata blanca, ayudado por otros dos elfos, bajaron una enorme palanca, cancelando así el escudo que protegía a La Anubis. Un elfo mezclaba los componentes del escudo de la nave con el del campo de fuerza. Lo hacía con las manos temblorosas.

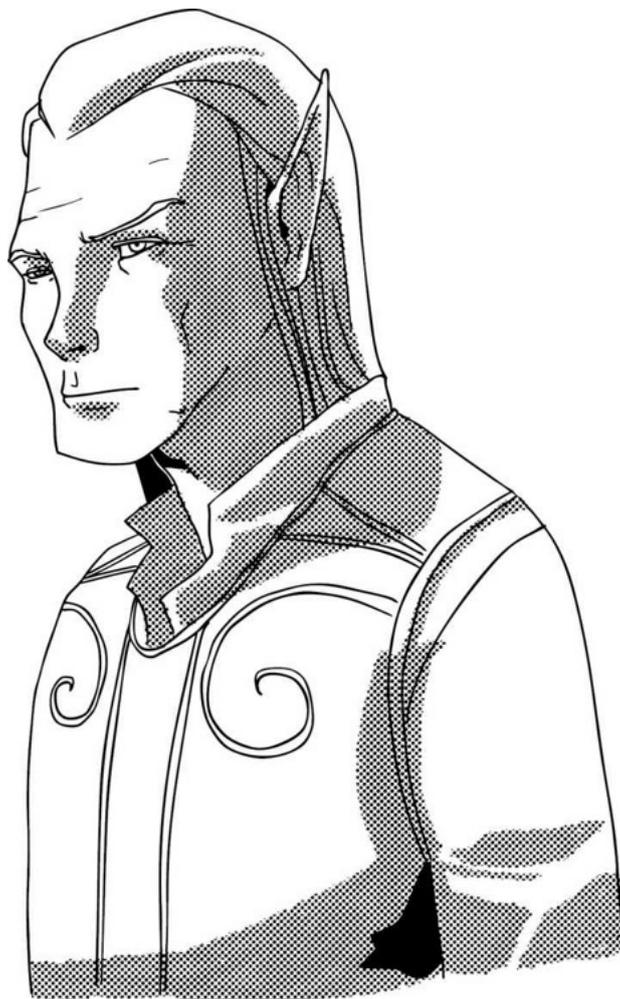
—¡Listo, señor! —gritó, al Jefe de Ingenieros, poniendo su mano sobre una palanca más pequeña.

—¡Que Los Antiguos nos protejan! ¡Adelante!

El escudo de energía volvió a unificarse alrededor de La Anubis. Sin embargo, en vez de ser sólido y azul, parecía recubierto de un vaho verde, como si la nave tuviera una atmósfera: tal cual un planeta. Al recibir oxígeno, el magnetismo de las turbinas se alteró y recubrió toda la nave en llamas, y como donde hay fuego hay oxígeno, y donde hay oxígeno hay gravedad, La Anubis se fue en picada dentro del mismísimo espacio.

La Tungstenio disparó los tres misiles al mismo tiempo, uno rozó contra su presa, creando una columna de fuego, los otros dos pasaron de largo. La Tungstenio, que seguía describiendo su ciclo circular, consiguió, por un tramo, librarse de darse a sí misma con su propio torpedo, ladeándose apenas un tramo.

—¡Por una mierda! —exclamó Metallus, abriendo los ojos como platos.



—¡PASEN AL CONTROL MANUAL! ¡AHORA! —gritó Rockengard.

Sin embargo, el proyectil rozó y estalló cerca de la panza de la nave. Movido por la velocidad a la que iba el plato, la columna de fuego quedó como un destello.

La Tungstenio quedó al rojo, como un carbón encendido. Metallus todavía tenía la mano puesta sobre la palanca apostada en su apoyabrazos, con la que había conseguido ladear la Tungstenio justo a tiempo. La nave, progresivamente, se detuvo en medio del espacio.

—¡Señor, la Sala de Máquinas está recalentada! ¡Es un infierno allá abajo! —gritó una voz de la cabina.

—¿¡Cómo lo sabe!?

—¡Porque lo estamos viendo, santo dios! —exclamó otro, viendo la imagen filtrada por una cámara que reflejaba a la Sala de Máquinas, donde ogros, vestidos con batas, estaban moviéndose aquí y allá, apagando el fuego con sus extintores.

—¿¡Por qué ha sucedido esto, Rockengard!?! Mis controles fallan también, el chisme electrónico dice que hay recalentamiento!

—En el espacio, no hay viento en contra-picada que luche contra nuestra nave si vamos a una velocidad excepcionalmente rápida. Sin embargo, eso no quiere decir que, haciéndolo, no nos puede pasar algo similar a lo que les pasa a los pájaros luchando contra la brisa del mar. Es fascinante...

—¿¡Qué quieres decir, vejete!?

—Quiero decir que hay algo llamado «hiperespacio», es una línea paralela de tiempo y solo se alcanza viajando a la velocidad de la luz —explicó con paciencia—. No estábamos girando alrededor de La Anubis a la velocidad de la luz, pero sí a una parecida, y cuando cambiaste la posición de la nave durante ese trance, la Tungstenio sintió una suerte de fricción espacial, algo como darse de cabeza contra una puerta semiabierta.



—¡Hohoho! ¡Ya puedes hacerme reverencia por esquivar un torpedo a semejante velocidad!

—Es obvio que la ley de las probabilidades, tomada de la mano con una suerte inaudita, jugó a tu favor, viejo creído.

Pisis y Tepemkau estaban abrazados, flotando en medio del cuarto, sus gritos apenas se escuchaban, todo, alrededor de ellos, sonaba como un horrible ventarrón huracanado, como estar en el centro de un tornado. Ambos niños estaban envueltos entre sábanas y plumas de almohada que se desplazaban por el aire. Hathor permanecía abrazado a Knaach, una lágrima aplastada y temblorosa bañaba su mentón, tenía los ojos cerrados y los dientes apretados, el león también mantenía sus ojos cerrados, mostraba sus enormes colmillos, y rugía de dolor, aferrándose con sus garras a la madera de un clóset, gritándole al niño que no se soltara de él. Los elfos que estaban en la Sala de Máquinas volaban por el aire, con las piernas y los brazos extendidos, con sus ropas ondulando salvajemente, como si bajo ellos estuviese soplando un gigantesco ventilador. Varias láminas de platino de las paredes se desprendieron y se pegaron al techo, rompiendo el cristal de los monitores, que se escurrían hacia todas partes. Los pasillos dejaban de ser largos y angostos para convertirse en plazas amplias, pues cada vez había menos paredes que los separasen. Las entrañas del Área de Motores, un amasijo de tubos y cables, se rompieron como si fuesen ligamentos de piel, y empezaron a ondular por el aire como tentáculos vivos, algunos chorreando ácido, otros vapor. Un elfo murió a causa de un fluido venenoso que le cubrió la cabeza, y otro, que no pudo escapar a tiempo por la compuerta, falleció aplastado.

La Bahía de Torpedos había quedado sellada, los soldados no podían escapar. Los elfos permanecían apilados alrededor de la puerta flotando en el aire, desesperados, con sus largos cabellos dorados agitándose como fuego. El horror quedó reflejado en la cara del Artillero Jefe cuando los proyectiles comenzaron a descolocarse de sus barreras para rodar por el suelo. Degauss estaba aferrado al suelo, sus piernas flotaban. Panék estaba pegado a su asiento, veía hacia el techo, de su cuello brotaban venas palpitantes, sus colmillos parecían los de un predador. Estiró una mano

temblorosa y nervuda hacia el frente y oprimió el botón de emergencia: Alto Total.

Al hacerlo, el sonido que se produjo en su cuello fue como el de un escarabajo al ser aplastado. La elfa cayó sobre un panel de computadoras como un costal, de estas salieron despedidas chispas. Del techo se dispararon varios escapes de gas. Todo quedó en silencio por más de un minuto.

El Shah trató de arrodillarse en el piso. Poco a poco, como el despertar de los actores en una obra, los cuerpos empezaron a moverse.

—Quiero saber... Cuántos murieron.

El copiloto se arrastró a duras penas por el suelo y se ayudó de una silla para ponerse de rodillas y hablar por el comunicador que estaba conectado directamente a la Computadora Neural de La Anubis.

—Queremos un reporte de pérdidas —gimió—. Cuanto antes.

El monitor se quedó en negro, con una larga, delgada línea surcando la pantalla. Degauss se llevó la mano a la cara y se extrajo un cristal hundido en la carne. La sangre corrió hasta lamer su cuello.

—Treinta y dos muertos —contestó la fría mecánica electrónica.

La nave de los elfos parecía un fantasma flotando en el vacío de la nada, a oscuras.

Panék estaba de rodillas con la frente pegada al suelo, temblando.



—Levántate, Shah —ordenó Degauss, poniéndose de pie—. Levántate porque eres el líder de esta nave, y esta es la batalla que has elegido pelear con Metallus. El elfo no se inmutó, siguió ahí, de rodillas, apretando esta vez los puños con tal intensidad, que sus brazos empezaron a temblar.

—¡Levántate o juro que traigo a tus hijos aquí para que vean cuán cobarde es su padre!

—Yo no sé si mis hijos están vivos —musitó con firmeza.

Rockengard observaba con atención a La Anubis, que estaba ladeada, sin mostrar signo de vida alguno.



—Parece un barco fantasma.

—¡Aun así el remedio no fue tan malo como hubiese sido la enfermedad! ¡De haberlos alcanzado el torpedo estarían mucho peor!

—En eso estoy de acuerdo contigo, Metallus.

El rey de los ogros se levantó de su silla, su imponente armadura lo hacía ver

como el regente de todo el Sistema Solar. Toda la tripulación lo siguió con la mirada hasta que se detuvo frente a la pantalla principal.

—¡Es hora de darles el golpe de gracia!

Panék rengueó hasta el elevador de repuesto que reemplazaba al turbo-ascensor, los elfos con uniforme amarillo y negro que entraban dentro de la cabina se hacían cargo de los heridos.

—¡Shah, venimos a ayudar o a reemplazar, si es necesario, ordene usted!

—¿Cómo está todo allá abajo?

—No puedo decirle que muy bien, señor, hay mucha conmoción. Nosotros, por suerte, estábamos en una sala cerrada cuando ocurrió todo, estamos haciendo reparaciones de última hora, también...

—¿Cómo están mis hijos? —lo interrumpió—. ¿Cómo están Hathor, Pisis y Tepemkau?

El oficial se dio media vuelta, y asomó medio cuerpo por el resquicio del ascensor.

—¡El Shah quiere saber cómo están sus hijos! —gritó a una pequeña tropa que estaba apostada abajo, todos viendo al unísono hacia arriba.

Panék se dio media vuelta para inspeccionar cómo había quedado toda la cabina después del descenso en pleno espacio, a la vez que escuchaba los pasos de sus hombres abajo, prestos a cumplir la orden. Del techo todavía persistía un soplido de vapor y de vez en cuando caía una ducha de chispas sobre su silla y la de Degauss. Panék se cubrió los ojos con una mano, respirando profundo.

—Hizo lo correcto, Shah —afirmó el copiloto, sentado desde su silla.

Hubo un silencio general, Panék lo observó con profunda desdicha.

—Usted tomó una acción que mató al 15% de la tripulación, para así salvar al otro 85%. Que no le quepan dudas de que ahora seríamos polvo estelar si otro torpedo nos hubiera alcanzado.

—¡Señor, ya he regresado! —gritó un soldado, desde abajo—. ¡Los tres hijos del Shah están bien! ¡Los tren están a salvo!

Panék se dejó caer de espaldas sobre una pared.

—Traemos malas noticias, sin embargo —prosiguió el elfo—. Se trata de Kann, está muriéndose...

Los soldados habían decidido dejar que Knaach estuviera recostado al lado de Hathor, quien dormía profundamente. Al ver la cara del león, su temple salvaje, su mirada que parecía más brillante que nunca antes, y la forma como miraba al chico, supieron que nadie en el universo lo podría cuidar mejor y con tanto celo. Del otro lado del cuarto, se hallaba otro elfo: un ingeniero con uniforme gris. Miraba a Hathor con un indescriptible terror en los ojos, su labio inferior temblaba, y sus pupilas se habían dilatado hasta ser dos puntos. Su expresión de caos, de miedo, estaría cincelada sobre su cara por horas, tal vez por días. Sus manos temblorosas se aferraban al suelo, y aún negaba con la cabeza.



—Es imposible, es imposible, es imposible, es imposible... —gemía, en voz baja.

—Todavía está en estado de shock por la caída —sentenció el Capitán—. Déjenlo estar un momento...

Había visto cómo el ancho, largo muro de acero, de más de veinte toneladas que aislaba a la Sala de Ingeniería del resto de la nave, se había precipitado sobre ellos. Estaba calmado cuando ya se había dado por muerto, calmado aun sabiéndose triturado, hasta que los cabellos de Hathor se erizaron en el aire, levantando las dos manos. Para cuando sus ojos se volvieron brillantes, la plancha se había quedado suspendida en el aire, y luego roto en dos, como un papel, y luego desintegrado.

—Como si fuesen cenizas... —musitó.



Claudia escuchó cómo los motores de la Tungstenio iniciaban la fisión cósmica, acumulando una abominable cantidad de energía en sus tanques. Las máquinas empezaron a regurgitar como dragones con asma, que llenan sus pulmones de aire. Su trasero ya estaba entumecido desde hacía rato, estar sentada tanto tiempo siempre le había producido calambres y, con aquel pesado, ajustado arnés cubriéndola casi por completo, era imposible adoptar una posición nueva. Por un momento, Knaach volvió a la mente de la niña, con tal fuerza, que lo creyó ahí, con ella, en algún lado donde no lo podía ver. Se sintió tentada a llamarlo, solo para probar suerte.



La enfermería de La Anubis estaba copada, el resto de los heridos eran atendidos en los angostos pasillos, la gente estaba tendida en el suelo, siendo auxiliada por otros elfos. Panék corrió hasta entrar por la puerta, llevaba largo rato buscando a Kann entre los heridos del pasillo, lo desesperaba pasar al lado de todos ellos sin más que una mirada fría, pero muy a pesar de su propia conciencia, el anciano era más importante para él que ellos. Ahí estaba el mayordomo, en una camilla, al fondo de la sala, cubierto hasta el cuello, con los ojos cerrados. Sus pestañas largas estaban húmedas y sus labios, rosados y delgados, sellados con suavidad. Una de sus orejas puntiagudas sangraba, y a pesar de ello, su cabello, limpio y blanco, caía a los lados de su cabeza.

Panék se puso de pie al lado de la cama, y puso una mano sobre su hombro,

reclinándose. Por primera vez, los ojos del Shah tenían un aspecto distinto, algo había cambiado en aquel rictus afilado y predador: ahora expresaban emoción, y esa emoción era dolor. Sintió a Kann temblar apenas posó sus dedos sobre él, el elfo abrió los ojos, y le costó reconocer a Panék, su mirada estaba nublada. Uno de sus ojos había quedado ciego.

Por fin sonrió, sus pupilas se movían hacia los lados, observándolo, y con ello decía mucho más que todas las palabras juntas. Kann no podía hablar, pero tampoco lo necesitaba.

—Hola, viejo... Lo siento tanto, créeme que lo siento. Tú me dijiste que no entrara en este combate y tenías razón. Oh, por dios —musitó, mientras sus ojos amarillos se hacían más húmedos, y temblaba.

Los doctores se movían por todos lados intentando salvar a los heridos más críticos, pero extrañamente, todo estaba silencioso.

—Pero yo estoy tan enojado... Contigo muerto, me queda todavía menos por lo que vivir, y si te vas a morir, vete sabiendo que lo has hecho muy bien, Kann, lo has hecho todo muy, muy bien. Gracias, y perdóname.

Kann sonrió una vez más, y sus ojos se dejaron de mover, para centrar su mirada en la de Panék. Sus cejas blancas se relajaron lentamente. Sus ojos se cerraron, y dejó de vivir. Panék recostó la cabeza al borde de la camilla, apretando los dientes. Desde atrás, podía verse cómo su espalda temblaba, sumergido en un llanto silencioso.

—¡SHAH! ¡SHAH! —gritó con desespero la voz de un soldado, que corría, tropezando con el marco de la puerta—. ¡LOS OGROS! ¡SE PREPARAN PARA DISPARAR OTRA VEZ!

EL DEDO DEL DIABLO

—Todos los sensores de energía se han roto. Esto es grave, muy grave —anunció Degauss.

Panék saltó sobre su silla, abrochándose el cinturón de seguridad.

—¿Se dañaron por la caída?

—No —contestó este, viendo cómo todas las agujas tras los cristales se habían partido por la presión contra la perilla del lado opuesto—, se dañaron porque han percibido una descomunal cantidad de energía acumulándose en la Tungstenio.

—Dios. ¡Alerta roja!

Las bombonas con luces rojas apostadas en diferentes esquinas de la nave volvieron a parpadear, el sonido timbrador, terrible, de la alarma cundió de vuelta en los oídos de los elfos, quienes, viendo al techo, asustados, corrieron de vuelta a sus puestos de combate. Un hermano abrazó a otro que estaba echado en el suelo, frente a la enfermería, con la cara vendada; otro se encomendó a sus dioses; y los demás, sin pensarlo, volvieron a sus máquinas, a sus puestos, operando con máscaras y paños apretados contra la nariz y la boca, pues el aire tóxico que despedían los tubos dañados era equivalente a respirar una bomba lacrimógena.

En la cabina, el elfo que llevaba su ojo vendado, y que operaba con la cabeza semicaída sobre su tablero, se detuvo, como si se hubiese quedado congelado, sus orejas empezaron a moverse.

—¿Qué es eso?

El copiloto se desplazó hasta el centro de la sala, viendo al techo, y así lo hizo también Degauss y otros dos pilotos. Panék estaba inmóvil, con los dedos apoyados en cada apoya-brazos.

—¿Lo estás escuchando?

—Sí, lo escucho.

—Silencio todos.

La cabina volvió a asemejarse, mórbidamente, a un cementerio, el silencio general que sobrevino fue devastador para la moral de los pilotos.

—Por dios, ¿¡qué es eso!?! ¿De dónde viene?!

Las manos de Panék empezaron a temblar, la punta de sus dedos iban de arriba hacia abajo como el aleteo de un pájaro, las despegó de la silla, y vio cómo los apoyabrazos vibraban hasta emitir un extraño, desagradable sonido. Lo mismo sucedía con las sillas de la tripulación. Los elfos se aferraban a donde podían, pues el suelo también vibraba, hasta el punto que sentían los pies como si estos estuvieran dormidos.

—Viene de afuera de la nave; es de la Tungstenio.

—Nos van a volver a disparar, pero me temo que esta vez no va a ser un simple

torpedo.

—Enfóquenla en pantalla.

La pantalla mostró al inmenso disco espacial, que empezaba a brillar por sus bordes, como si estuviese convirtiéndose poco a poco en una esfera de energía.

—Van a usar un arma especial.

—Me temo que ahora vamos a conocer cómo hizo para deshacerse de tres Buques Imperiales a la vez —musitó el copiloto, como presa hipnótica de una pesadilla.

—Pero tenemos tiempo, así que vamos a trabajar. Para disparar semejante energía, la Tungstenio tiene que ponerse frente a nosotros. Esta es nuestra última oportunidad.

Todos asintieron a la orden del Shah.

—¿No tenemos un arma especial también, señor?

—La tenemos —atajó Degauss—. Se trata solo de proyectar todos nuestros láseres juntos, y crear un cordón de energía, pero no puede compararse a esto, tenemos que pensar en otra cosa.

—Panék llamando a Ingeniería. Panék llamando a Ingeniería. Contesten.

—In... genierí... Sh... —se oyó decir entrecortadamente, entre una nube de interferencia.

—¿El motor B está reparado?

—Sí...

—Bien, necesito que lo tengan preparado, quiero más del 70% de energía de la nave en los motores, debemos movernos y aprovechar toda la maniobrabilidad posible.

—Hay... un... oblema, ... S... ah... Panék se llevó las manos a la cabeza, apretando los dientes.

—¿Cuál problema?

—...f ... alta más de... 70% de... ingeni... a... el Je... e... está mue... to.

—Falta más del 70% del personal —dedujo Degauss— y el Jefe está muerto.

—¡Pues entonces pida ayuda a los soldados de tropa, es usted el nuevo Jefe de Ingeniería, señor! ¡Díctele lo que deben hacer a los que quedan con vida! ¡Necesito todo el apoyo posible!

—Sí... Shah.

—Cambio y fuera.

—¿Qué piensas hacer, Panék?



—Me las voy a jugar todas...

—¡40% de la energía preparada, su Majestad!

—¡Bien, bien! Comuníqueme a Ingeniería que se tome su tiempo, Capitán, cuando

estemos en línea con ese saco de porquería, pus, pedos y vómito que los elfos llaman nave, coloque toda la energía disponible al máximo.

—Aconsejo que tengamos el Dedo del Diablo preparado después de que nos pongamos a la misma altura que La Anubis, Metallus —dijo Rockengard—. Recuerda que no podemos retener el Dedo del Diablo por mucho tiempo en las máquinas o nos vamos a consumir como una lupa gigante.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Pero no sabes qué pueden estar pensando los elfos!

—Cierto, pero el Dedo del Diablo es algo a lo que le tienes que temer tanto como a los elfos, es un arma de doble filo.

El anciano de barba larga caminó lentamente, viendo a La Anubis a través de la pantalla. Se acarició los bigotes y suspiró profundamente. Metallus se rascaba la barba con ganas, mientras que tenía un ojo entrecerrado y el otro bien abierto, mirando con atención a la nave enemiga.

—¿En qué piensas, vejestorio?!

—En que es una lástima que todo esto haya sucedido. Las guerras siempre son tristes y todo esto no hace sino sumar cargos a tu ya pesada condena.

—¡Aparte de echarme de cabeza contra el sol, no sé qué otra cosa peor puedan hacerme en el tribunal! ¡Eso no tiene caso, yo ahora quiero saber qué va a ser de mi hija!

—¿Por qué lo dices? Ella está a salvo, aquí contigo...

—¡Porque no quiero que pase el resto de su vida fugitiva, con su padre! ¡Ella no es una criminal!

—Y tú tampoco lo eres, ¿no?

—¡Eso yo no lo sé! ¡Ahora considero que no soy un criminal, pero antes sí lo he sido, y esas cosas no se quitan con jabón! ¡Claudia nunca lo ha sido, y ella merece vivir su vida...!

—Tu hija se parece a ti en demasiadas cosas y, por desgracia, una de ellas es ser una gran paquidermo tozuda, necia, porfiada, testaruda y obcecada: ella no se va a ir así como así. Va a querer quedarse contigo a pelear todas las peleas.

—¡Hohoho! ¡Pudo haber sido la reina de los ogros!

—No la dejes ir, Metallus...

—¿¡Qué te pasa, Rockengard!? ¿¡Me vas a discutir que una vida entera, corriendo de la Hermandad Federal conmigo, en este ambiente, es mejor que vivir bien en una luna!?

—¿Te has sentado a hablar con ella desde que llegaron del tribunal?

—¿¡Sentarme a hablar?!

—Sí, y después de esta batalla, deberás hacerlo. ¿O acaso no quieres saber si todas esas cosas que me contaron que dijo ella en el tribunal son ciertas? Porque si la mitad de la mitad de lo que ella atestiguó es real, Metallus, si en verdad pasó por todas esas cosas, y vio todo lo que vio, tu hija corre mucho más peligro en cualquier lado que dentro de esta nave.



—¡Su Majestad, el 70% de la energía del rayo está preparada!

Un nuevo estallido de chispas cayó sobre Panék, quien veía con atención la pantalla.

—Coloquen los controles de la nave en modo manual.

—A la orden, Shah.

Levantó la palanca derecha de su apoyabrazos y la apretó con la mano.

—Degauss, dispara a la Tungstenio.

—A la orden.

Una nueva filarmónica de rayos láser salió disparada, el resplandor amarillo surcó el horizonte oscuro de Titán (pues estaban del lado en que era de noche) y alumbró por momentos su manto de nubes.

El escudo verdoso de la Tungstenio soportó los disparos, la superficie energética del campo de fuerza era similar al de una burbuja de jabón.

—¡Dispara otra vez!

—Señor, usted ha dividido en dos la energía de la nave, casi toda está apostada a los motores. Si abre fuego dos veces más, habremos perdido la capacidad de disparar láseres.

—Sé lo que hago, copiloto. ¡Abran fuego!

Degauss presionó nuevamente el gatillo.

Las líneas fraternales volvieron a dispararse hacia arriba, describir un arco en el cielo, y caer sobre la Tungstenio.



—¿Pero qué pretenden esos cabezas huecas?!

—Deben estar desesperados, su Majestad. Esos ataques son insignificantes para el escudo de la nave.

—No, no lo creo —repuso Rockengard, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos—. Algo van a hacer. Se escuchó una detonación en el exterior de la nave, seguida por un pequeño temblor.

—En lo que a mí respecta, solo están acabando su energía rápidamente.

—Nos incitan a atacar más rápido. No quieren que los ataquemos con el 100% de la energía del Dedo del Diablo.

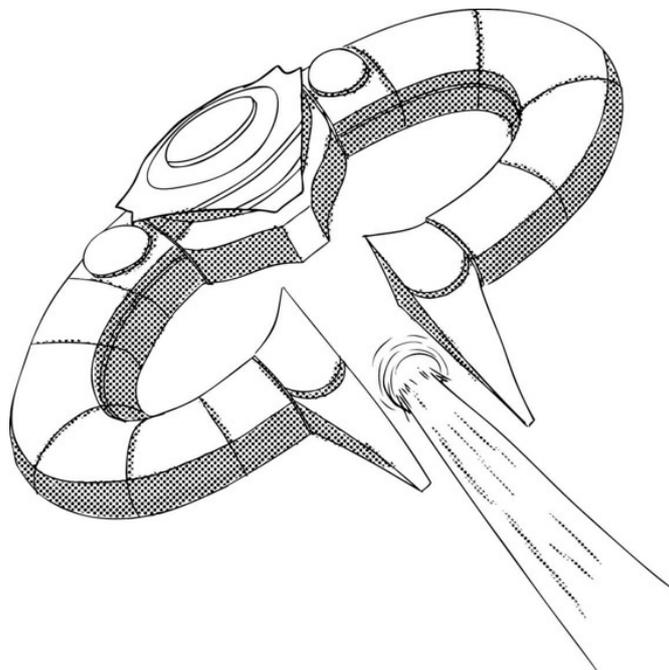
—¡Piensen con la cabeza, señores! —reclamó Rockengard, levantando los brazos—. ¡Los elfos ni siquiera tienen idea de qué les vamos a disparar! ¿Cómo van a deducir lo que estamos haciendo? Sí, claro que saben que estamos usando algo muy especial, pero ignoran el resto de la parafernalia técnica. Ten cuidado, Metallus.

—¡Estamos en sintonía con la nave élfica, su Majestad! ¡95% de energía acumulada!

—¡¿Tienes pensado algo, Rockengard?! ¡Porque si es así, dilo! ¡Tú sabes que no podemos retener el Dedo del Diablo una vez que está completo!

—¡Atención, controles! —gritó el anciano, levantando un brazo—. ¡No se pongan frente a frente con La Anubis! ¡Les dispararemos de medio lado!

—Sí, señor.



—La Tungstenio está girando de medio lado, Shah.

—Ese estrategia de los ogros ya me tiene cansado —gruñó Degauss.

—¿Entonces ya sabes lo que tengo pensado hacer, verdad? —dijo Panék, sin perder de vista a la Tungstenio.

—Me lo imagino.

—¡Quiero que la nariz de la nave esté siempre en dirección a la Tungstenio! ¡Usen los dos motores!

—Sí, Shah. Con los dos motores funcionando ahora, no podrán tomar ventaja.



Los motores circulares apostados en la panza de la nave volvieron a refulgir magma a chorros y a convertirse en los soles resplandecientes, como un fénix. Se desplazó con gran velocidad y, en cuestión de segundos, su nariz estaba en dirección a la Tungstenio, que se movía de medio lado.

Panék, Degauss y el resto de la tripulación de la cabina se cubrieron los ojos con los antebrazos. La nave de los ogros brillaba como una estrella pequeña.

—Están a punto de disparar...

—Pase lo que pase, Degauss, ha sido mi honor tenerte como estratega. Gracias por aceptar.

—¡DEDO DEL DIABLO AL 100% Y SOBRECARGANDO MOTORES!

—¡¡Fuego!!

Por un momento, el esmalte brillante de la Tungstenio se hizo tan potente, que la nave actuaba como un sol para Titán, uno que alumbraba su lado oscuro. El grueso tubo de energía cósmica salió disparada como un chorro, un cilindro burbujeante de fulgor. Las alas de La Anubis cobraron vida, se llenaron de fuego, la cabeza de lobo se convirtió en la de un águila ardiente y las turbinas circulares de la nave encandilaron el horizonte de Titán: la nave de los elfos salió disparada hacia delante.

Panék manejaba el movimiento de la nave con la palanca que llevaba apretada en la mano, presionándola hacia delante.

La Anubis fue rascada por el Dedo del Diablo, llevándose no solo lo que quedaba del escudo, sino además un largo tajo en su morro. Se coló por debajo de la Tungstenio, como un guepardo pasando por las piernas de un ogro, y, habiéndola traspasado, remontó vuelo hacia arriba.

Pisis y Tepemkau empezaron a flotar en el aire, perplejos. Las astillas de la litera, las sábanas, se levantaron junto con ellos. La cristalería del bar, copas y vasos, desfilaron por el aire, así como también las sillas y las mesas. Soldados recorrían los pasillos nadando en el aire. Los cabellos amarillos de Hathor, quien seguía plácido, con los ojos cerrados, empezaron a levantarse suavemente.

Degauss parecía sentado en la nada; el resto de la tripulación luchaba por mantenerse en sus asientos.

—El rayo nos ha rozado, Shah. Hemos perdido el sistema de gravedad.

—Ha ocasionado una grave interferencia en casi todas las computadoras — corroboró la elfa, quien flotaba piernas arriba, y se aferraba al teclado.

Panék seguía apretando la palanca, viendo, a través de la pantalla, un mosaico de estrellas.

—Sujétense —ordenó, tirando el manubrio hacia sí.

La Anubis, quien seguía elevándose en pleno espacio, y que todavía parecía un ave dejando atrás una larga estela de fuego, describió un arco hasta voltearse y, de nariz, se vio boca-abajo, encima de la Tungstenio. El plato espacial quedó al descubierto frente a la pantalla.

—¡Fuego!

Torpedos de ambas alas de la nave élfica fueron disparados.

El primer impacto ocasionó que Metallus saliera eyectado de su silla. La computadora del piloto explotó y este, vociferando, cayó contra la pared contigua. Las planchas metálicas que hacían de puerta de la cabina se cayeron envueltas en humo, mientras que los bordes de la puerta empezaron a despedir electricidad y vapor. El cinturón de seguridad de uno de los ogros no consiguió contener el inmenso

cuerpo del soldado por más tiempo y se rompió, dejando salir su cuerpo, que rodó por el suelo, sin control, y arrolló a Rockengard.

El otro torpedo cayó cerca del primero y el campo de energía de la Tungstenio colapsó. Un soldado, que estaba subiendo a través de un elevador al cuarto de máquinas, vio cómo el aparato primero tembló y luego perdió los soportes, precipitándose al vacío, junto con él. En la Sala de Ingeniería una ogro llevaba su bata de laboratorio en la mano y le daba golpes con ella a otro, que tenía la espalda prendida fuego, mientras que todos los monitores, al unísono, estallaban. Otro, gritando, presencié cómo el techo se agrietaba primero y luego se abría, dejando caer todas las columnas, paredes, computadoras, máquinas, motores y tripulantes de la Sala de Máquinas, que era el piso de arriba. La alarma general de la nave se disparó, siendo acallada únicamente por el rugido de fuego que envolvía a los pasillos, y arrollaba, en un tornado de puertas, escombros y todo cuanto hallaba en su paso.

—Fuego otra vez —ordenó Panék.

El torpedo entró directamente al casco de la Tungstenio, e hizo explotar parte de la armadura de la nave como un géiser; el borde derecho del disco empezó a transpirar fuego, a medida que un millar de vigas entrelazadas quedaba al descubierto.

Claudia se aferraba con todas sus fuerzas al arnés, el cual se aflojaba poco a poco; los gruesos tornillos empezaban a salirse de sus agujeros, y la silla sobre la que la niña estaba sentada se partió en dos, dejándola en una posición muy incómoda.

Aquello fue suficiente: Claudia presionó el botón verde y ella misma tuvo que zafarse.

—¡Papá, allá voy!



La algarabía en la nave de los elfos era maravillosa, todos gritaban, se abrazaban entre sí, como peces flotando. Los soldados corrían anunciando la victoria en todas las secciones de la nave, mientras que los elfos, contrario a su forma de ser, vivían un momento de euforia.

Hathor había abierto los ojos lentamente, despertado por los tripulantes que entraron a través de la puerta. Lo primero que vio, y que quería ver, era a Knaach, quien seguía a su lado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a un soldado.

—¡La batalla ha acabado, pequeño!

¡Tu padre derrotó a la Tungstenio!



De la nariz y la frente de Metallus corría sangre. El lugar estaba a oscuras, frío, en el techo solo quedaba una tenue luz azulada. El lugar parecía en ruinas, nada estaba en su lugar. Levantó el brazo para apartar el cadáver del piloto, que estaba encima suyo, y se puso de pie, poco a poco. Tuvo que colocar un brazo sobre sus ojos para ver a través del boquete en la pared que antes tenía una puerta, y desde donde entraba luz brillante, que provenía del pasillo.

Todas las computadoras estaban quemadas, el rey de los Ogros no podía escuchar más que los latidos de su propio corazón, pensó, con tranquilidad, que se había quedado sordo, pero un crujido que vino del frente le confirmó que no era así, que solo había un silencio de muerte en su nave. Rockengard tenía las piernas aplastadas entre un amasijo de vigas y computadoras, y tosía; la expresión de su rostro denotaba mucho dolor. Metallus se acercó y empezó a levantar las gigantescas vigas de tungsteno que aprisionaban a su amigo, echándolas a un lado.

—¿Puedes caminar? —resolló, sofocado.

—Pienso que sí, pero me he roto unos huesos —musitó el anciano, abriendo apenas los labios, moviendo los bigotes y la barba.

Rockengard se puso, con ayuda, de pie. Una de las hombreras de su armadura estaba rota. Metallus lo condujo y lo sentó en la silla principal.

—Descansa aquí.

El rey de los ogros se asomó por la puerta, por un momento, parecía que cruzaría el umbral al mundo de la muerte. Intentó reconocer algún sonido a lo lejos, algún indicio de que alguien seguía con vida.

—Sala de Comando a la cabina. Sala de Comando a la cabina. ¡Que alguien me responda!

—Aquí, Metallus —contestó el ogro, precipitándose hacia el tablero de donde salía la voz, y apartando trozos de metal de en medio del receptor.

—Su Majestad, es un gran placer saber que... Usted está bien.

—Mayor el mío, señor, por saber que hay alguien con vida allá abajo. ¿Mi hija, dónde está? ¿Fue llevada al cuarto de seguridad, como pedí?

—Sí, su Majestad.

—¿Cómo se llama usted?

—Teniente Steelstone.

—Teniente, ¿hay gente viva allá abajo?

Tras un largo silencio, la voz a través del receptor contestó.

—Sí, pero no contamos con estadísticas, hay muchos heridos.

—Cuídenlos bien. Quiero que todo el personal de la nave se dedique a buscar heridos. Cambio y fuera.

Otro de los ogros de la cabina se levantó entre una superficie de polvo,

lentamente, tosiendo, su barba estaba completamente erizada, y de sus sienas corría sangre. Metallus lo ayudó a ponerse de pie también.

—Su Majestad, gracias.

—No hables si te cuesta.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, esos malditos elfos no pueden hacernos esto, tal vez pueda establecer una comunicación con Iapetus, para que manden naves auxiliares... Tal vez nuestro ejército sigue en control de la luna. Tardarían poco en llegar.

—No —sentenció el rey—. Ya me han ganado esta pelea. Y eso es todo. ¿Qué va a decir mi hija si hago tal cosa? Tampoco voy a pedir auxilio para convertir a mi armada en rebeldes frente a los ojos de la Hermandad Federal.

Rockengard apenas podía abrir los ojos.

—La Anubis nos disparará otra vez en cualquier momento, Metallus. No quería que terminara todo así. No quería que esto pasara.

—Yo no quise que muchas cosas pasaran, viejo, son momentos como estos en los que uno extraña los viejos tiempos, ¿verdad? Pero voy a hacer hasta lo último para que mi hija, tú y los demás los vuelvan a tener, porque es lo menos que merecen de mí. Te quiero mucho, viejo ogro.

Metallus, con dignidad, se puso en frente de la pantalla.

—Comunícame con La Anubis.



—¡Papá Panék!

Pisis se lanzó en el aire, flotando, y abrazó a su padre, quien la recibió y la sentó en sus hombros. Tepemkau saltó también sobre él, llorando. El júbilo inundaba la cabina, mientras que la pantalla dejaba ver a una Tungstenio casi destruida, sin capacidad de moverse, con un entrelazado de vigas al descubierto y la superficie ennegrecida.

Degauss tenía el brazo sobre el hombro de un joven elfo que se había quedado sin un ojo y que sonreía, orgulloso de sí mismo.

—¡Shah, llaman de la Bahía de Torpedos! ¡Dicen que están preparados para dar el tiro de gracia!

Panék se dio media vuelta para ver por última vez a la Tungstenio, inmóvil en el espacio. Tras él, se reunieron Degauss, y el resto de la tripulación, un centenar de ojos amarillos se fijaba en el disco espacial, que aún giraba muy lentamente. Sonó una serie repetida de pitidos, la elfa flotó hasta el panel, y leyó el monitor.

—Shah... Es la Tungstenio, están llamando.

El silencio se hizo profundo otra vez, sin que quedase un ápice de algarabía en el lugar.

—¿Va a atender, Shah?

Degauss observó atentamente a Panék, que veía la nave enemiga en silencio. Giró su cabeza lentamente, al sentirse observado por su estratega, y le sostuvo la mirada por varios segundos.

—Abre la comunicación.

La pantalla sufrió una interferencia y, en segundos, reflejó el interior decrepito, oscuro y pulverizado de la cabina de la Tungstenio. Metallus, con una intensa luz tras él, que venía de la puerta, y que dejaba su cuerpo a oscuras, y solo permitía ver parte de sus ojos y cara, estaba de pie, ahí. Panék bajó a Pisis de sus hombros y se puso firme, en silencio.

El rey de los ogros observó lentamente, uno por uno, a los elfos de la tripulación, quienes lo veían con seriedad a su vez, heridos. Se encogió de hombros y emitió un suspiro de resignación.

—¡Felicidades a todos! —exclamó.

Pisis y Tepemkau veían a Metallus en silencio, con el rostro serio, la frente gacha y los labios inamovibles. La tripulación élfica solo se limitaba a observarlo también, sin responder nada, sin emitir sonido alguno.

—¡Soy el rey de los ogros, Panék! ¡Repetiría exactamente esa misma frase a todos los que me están viendo, si supiera sus nombres! ¡Soy el rey de los ogros y como tal, tomo todas las decisiones, y tengo la esperanza de que sepas que eso solo quiere decir una cosa: no todos son yo, no todos los ogros son Metallus! ¡Metallus es uno, y ese es el que está de pie aquí, hablando! Por ello, y ahora que tienes a esta nave en tus manos, no mates a toda la tripulación que queda en ella... Eso es lo único que deseo. Yo me entregaré, y conmigo puedes hacer lo que quieras, todo lo que quieras, mi vida está en tus manos, pero no los mates a ellos, no vuelas en pedazos esta nave. Mátame mejor a mí.

Las palabras de Metallus causaron una muda colisión en los elfos, quienes, aún en silencio, y sin dejar de ver impetuosamente al ogro, centraron toda su atención en su Shah. Este no podía quitar su ardiente mirada de su fatal enemigo, su mente permanecía aún más sellada, a pesar de que sus profundas emociones fluctuaban como un mar tormentoso.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Qué pasa aquí?

Claudia apareció en el marco de la puerta, la característica falda verde de la niña, sus pulcros zapatos de charol, y su cara limpia parecían completamente anacrónicas con la destrucción que había sufrido la nave.

La niña corrió y se precipitó a abrazarlo. Al lado de Metallus, Claudia en verdad parecía solo una pequeña, que apenas podía apoyar su frente a la cintura de su padre, quien pasó un brazo alrededor de su espalda.

Panék la observaba con atención, miraba a Claudia fijamente, sintiendo frío en la piel.

Claudia giró la cabeza para observar la pantalla, perpleja: era la primera vez en su

vida que veía a los elfos, quienes a su vez, la miraban a ella con atención. Sentía un profundo desconcierto por la forma en que Panék la observaba.

—Sígannos —dijo este, por fin—. Aterrizaremos en Hamíl.

Panék presionó un botón, cortando así la comunicación. Justo en ese momento, sintió la mano de Degauss sobre su hombro. «Kann estaría feliz».

LA PARCA IMPERIAL

La luna Galatea, una de las más cercanas a la atmósfera del planeta Neptuno, era tan extraña como fascinante: para empezar, no tenía forma esférica, sino cónica y ligeramente alargada (el satélite no mide más de 180 kilómetros). No tiene atmósfera, o por lo menos no propia, sino un campo de fuerza que ejerce las mismas funciones que una original, generada artificialmente con tecnología de científicos de Nereida, otrora luna del gigante planeta cuyo principal (y único) campo de trabajo y fuente de vida era la ciencia.

Los nereidanos son una raza de números muy escasos y casi nunca se los ve fuera de su luna. De hecho, muy pocos saben cómo luce un nereidano realmente. El problema principal, según dicen los entendidos del tema, es que ellos no pueden respirar en ninguna atmósfera, ni siquiera en la de su propia luna, que es apenas una delgada y sensible burbuja helada, sino por aparatos y tubos que rodean su cuerpo y terminan en una esfera de cristal que recubre la cabeza. ¿Cómo llegaron a evolucionar en tecnología hasta ese punto si ni siquiera en sus principios hubo atmósfera original que sustente aquella forma de vida? Es una pregunta desconocida que, aún hoy, no tiene respuesta.

El hecho es que el dueño de la luna Nereida es Osmehel Cadamaren y que así mismo toda la tecnología, materiales, instrumentos y gigantescos laboratorios de los nereidanos (que parecen horribles metrópolis enrarecidas, hechas de cristal, bajo una noche permanente) se los dio él. Por otro lado, aun cuando los nereidanos no sabían mucho de relaciones interpersonales, protocolos, idilios, familiaridad, amor, nexos o incluso amistad tal como la conocemos, eso no significaba, bajo ningún motivo, que no fueran extraordinariamente brillantes en el área intelectual. De hecho, si bien no se desvivieron en preparar el puerto principal de Galatea para recibir a Osmehel, que iba de acá para allá con ínfulas de ser el rey de la especie, sí hicieron los arreglos necesarios para mostrarle exactamente lo que él venía a ver: el fruto de varios años de investigación, cuyo resultado final se hallaba dentro de las frías cavernas de la luna. Nadie lo puede negar, esta, sin dudas, era la diplomacia más adecuada para un hombre como Cadamaren, que siempre rapta en pos a lo suyo. La lujosísima nave en forma de tren, que parecía una limosina espacial con turbinas adheridas a los costados, atravesó el espectral campo de fuerza que generaban los dedales robóticos colocados en forma de anillos alrededor de Galatea y se detuvo con extrema precisión frente al largo y ancho puerto. Tres nereidanos, quienes se cubrían con numerosos harapos largos y oscuros, incluso deshilachados, estaban esperando. Eran bajitos, sus brazos regordetes y cortos parecían las patas de una oruga, y sus cascos con forma de burbuja mostraban únicamente una arremolinada tormenta de vapor que no permitía dejar ver sus rostros, salvo en ocasiones los ojos, que eran completamente grises,

fuera de la órbita de los cuencos oculares.

Osmehel Cadamaren, vistiendo su característico traje blanco, con el símbolo de un enorme diamante de cartas dibujado en la espalda, parecía un gigante al lado de ellos. En su cara se dibujaba una larga sonrisa hipócrita. Tras él venía Mojo Bond, con una venda tapando su nariz, desempolvándose los hombros, y mostrando cierta reticencia a acercarse mucho a esas criaturas de aspecto enfermo. Desde arriba, Cadamaren pudo observar uno de aquellos acuosos ojos asomarse entre la neblina de la escafandra de un nereidano, sostenido por unas delgadísimas y palpitantes terminaciones nerviosas.

—Lo esperábamos, Cadamaren —le habló una voz oscura y jadeante, directo a su mente.

—Como siempre, muy atento y cortés, *monsieur* Chakross. ¿Me permite tomarme el atrevimiento de abreviar su nombre y dejarlo solo en Chakross, verdad? Si intentara pronunciarlo completo, y eso contando que sea capaz de hacer tal cosa, me tomaría un minuto entero.

—Como usted quiera —contestó el jadeo palpitante, acuoso dentro de su mente.

El científico y Cadamaren caminaron uno al lado del otro a través del puente, con la bóveda estrellada del universo rodeándolos. Mojo veía con bastante asco a los nereidanos que caminaban tras él, a medida que todavía intentaba explicarse por qué su jefe se había mandado aquel discurso sin que nadie le dijera una sola palabra, pues no estaba al tanto de que tenían habilidad telequinética y, por lo tanto, no había escuchado nada. Cuando llegaron finalmente al otro extremo, las planchas metálicas de una gigantesca puerta celestial empezaron a abrirse, las hondas de aire generadas artificialmente por los anillos que rodeaban a Galatea hacían que cada sonido, incluso las pisadas, generase un alargado eco. El gemido oxidado de la puerta pareció, por momentos, el de una criatura gigante muriéndose. Osmehel pasó adelante y sus ojos negros de pupilas blancas tuvieron que mirar a la oscuridad fijamente para poder adaptarse. Cuando por fin pudo ver lo que había allá, y más allá, y más allá, hasta terminar del otro extremo de Galatea, él y sobre todo Mojo Bond, se sintieron profundamente sobrecogidos. Probetas, tubos y bombonas de cristal gigantes llenaban el interior de la luna, entrelazadas interminablemente entre sí, formando laberintos. Torres, recovecos, paredes, caminos, aspas, filamentos transparentes: un laboratorio gigante que brillaba en la oscuridad. Conductos cristalinos que venían desde alturas abismales bajando en espirales, bombonas con líquidos burbujeantes de aspecto grotesco, titánicos corazones negros, torres de Babel echas de vidrio que subían y bajaban. Una visión vomitiva, enferma, gris, casi infinita.

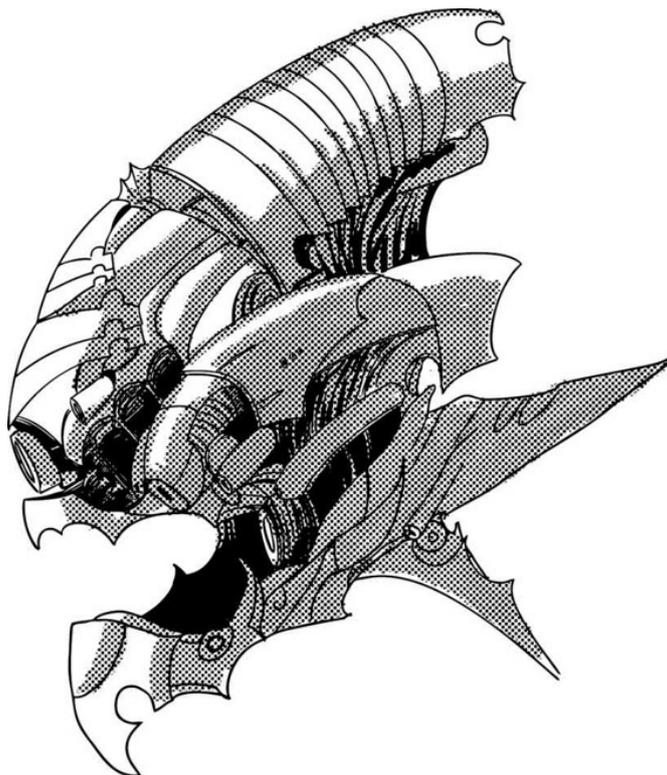
Los nereidanos se movían por todos lados, como hormigas muy lentas, sin distraerse, trabajando y operando. Lo más tétrico, sin embargo, estaba flotando ahí delante de ellos, amarrado con miles de cadenas que salían de todas las paredes rocosas de arriba y de a los lados: parecía la punta de un gigantesco triángulo negro, que terminaba en una afilada nariz, capaz de apuñalar el corazón de una luna.

De la parte inferior de aquel enorme objeto, había cientos de miles, tal vez millares de ventanillas amarillas (vista desde donde Cadamaren estaba de pie, parecía como si a toda una ciudad la hubiesen fusionado en un solo edificio, el efecto real de enormidad era apabullante).

Desde el morro de la nave, extendiéndose hacia atrás, burbujeando dentro del fuselaje, se hallaba una tremenda cantidad de grandes faros blancos, como si fueran los ojos palpitantes de una araña cósmica.

—Aquí está, Cadamaren.

El magnate dio dos pasos al frente y levantó los brazos, abriendo bien los ojos.



—Es impresionante, ¡es monstruosa! Mojo Bond tenía la boca abierta en una gran O.

—Es lo mejor que hemos hecho —repuso el científico, apoyándose a un corto bastón que sostenía con ambas manos.

—¡Quiero saber todo sobre ella! ¡¡Todo!! —exclamó Cadamaren, excitado—. Quiero deleitarme escuchando qué tan perfecta es, qué tan invencible soy ahora.

—Me parece que ser invencible no es una cuestión de niveles, uno es invencible y ya, Cadamaren, pero si le causa placer saberlo, sí, es usted virtualmente invencible. La tripulación está a bordo, el capitán ha estado aquí desde hace días, no hay nadie mejor que él para responder sus preguntas. Para hacer el recorrido hasta la cabina de la Parca Imperial, Osmehel y compañía tuvieron que abordar una cápsula que no solo los transportase dentro de la nave, sino que, además, volase por la espina dorsal de la misma, hasta llegar a la bahía número 344, donde había una larga serie de elevadores que llevaban directo hasta la plaza 565: el Centro Neural de Comando.

Durante el trayecto, Bond apoyaba las manos sobre las ventanillas, viendo cómo otras cápsulas, transitando la nave, iban de aquí a allá como luces pequeñas, a alturas bastante inferiores, aterrizando en puertos de luces, que eran pequeñas ciudadelas. Le costaba aceptar que se hallaba dentro de una nave espacial. La cabina no era menos impresionante: aquello parecía un gigantesco silo oscuro de dos niveles. En la planta baja había nereidanos operando complicadas computadoras en idiomas que solo ellos podían comprender. Arriba se hallaban más científicos observando a través de telescopios, revisando radares, trazando órbitas del Sistema Solar, enviando mensajes. En el centro había varios sujetos altos, blancos, plutonianos y seres vampíricos, vestidos con uniformes militares, comandantes de la nave. Y en el medio, un sillón de respaldo negro y gótico, como confeccionado dentro de la pesadilla de una criatura maligna.

La silla se giró rápidamente, una bota negra se frenó en seco, y de ella se levantó un hombre alto, casi tanto como Cadamaren, delgado, absolutamente calvo. Tenía quijada puntiaguda, nariz aguileña, sienes pronunciadas y venosas, labios muy delgados y largos, y unos pequeños, brillantes, espejuelos redondos y negros colocados sobre cada ojo.

—General Meinhardt Hallyfax —exclamó Cadamaren, extendiendo su mano.

—¡Presente! —contestó este, dándole un fuerte apretón.

—Lo mejor del Sistema Solar.

—Me hace sonrojar usted. Es casi un hecho que exageran.

—¡Inútil modestia! ¡¡Quinientos combates capitaneando naves, y jamás ha perdido usted una sola batalla espacial!! Sé personalmente que el emperador Gargajo se sentía invencible con usted como comandante en Jefe. Yo mismo, y cualquier entendido del tema, ha escuchado de Meinhardt Hallyfax, aquel por el que nunca se atrevieron a declararle la guerra a ese asqueroso, gigantesco saco de pus desde hace tiempo.

—¡Jajaajajajajaja!

Hallyfax tenía una forma grotesca, mórbida y casi asquerosa de reírse.

—Con una nave tan competente como esta tal vez ni yo mismo haga falta, Cadamaren. Estoy francamente impresionado y sé que será una delicia capitanearla. ¡Qué buen trabajo han hecho estos bichos!

Chakross se mantenía en silencio, apoyándose de su bastón.

—Quería saber —empezó a decir Cadamaren, alisándose el traje—, qué tan eficaz es la Parca Imperial en combate.

—Tal vez la mejor forma de saberlo es comparándola con las naves de las otras potencias del Sistema Solar.

—Lee usted mi mente y, por ello, desde ya le aviso que me siento muy a gusto. A ver, ¿qué tiene que decirme?

Hallyfax, quien llevaba un uniforme negro y una larga capa del mismo color, se dio media vuelta, viendo el enorme cuarto oscuro, lleno de pequeñas luces brillantes,

como luciérnagas, que tragaban a su cabina, a medida que se colocaba los puños cerrados en su cintura.

—Como usted sabrá, la nave de los ogros, la fabulosa Tungstenio, la más grande que ellos han hecho jamás, tiene un tamaño de 962 metros, según una estimación aproximada, un cálculo de los nereidianos en el que confío mucho. La nave de los elfos, que han estado desarrollando secretamente, según informes de inteligencia (y conociendo a los elfos muy seguramente de formidable velocidad y astuta maniobra), mide, de punta a punta, 850. Ambas son grandes, ambas naves de primera clase, sin embargo, la Parca Imperial está a otro nivel, pues mide 7920 metros.

—7.9 kilómetros —susurró Mojo, contemplando, abismado, el piso superior de la cabina.

—¡Pero eso no quiere decir que no podemos maniobrar con magnífica, incluso extraordinaria, velocidad! La Parca Imperial puede viajar, tal como las otras, más rápido que la velocidad de la luz. En combate nos desempeñamos con la misma rapidez que la Tungstenio. Podemos rotar sobre nuestro propio eje en seis segundos.

Cadamaren escuchaba, atento, mientras el capitán Hallyfax se volvía a dar media vuelta, levantando los brazos, y dibujando una gigantesca, jocosa sonrisa en su boca, rebosante de diminutos dientes.

—La Anubis tiene 40 bahías de torpedos y 64 proyectiles láser. La Tungstenio cuenta con 55 bahías de torpedos y 25 tubos con proyectiles láser. ¡La Parca Imperial posee 300 bahías de torpedo, y 500 proyectiles láser! Y un cañón especial que es virtualmente del tamaño de La Anubis, capaz de arrojar una bola conocida como Vigor Cósmico, con el que los desintegraríamos al instante.

—En pocas palabras, nadie tendría esperanzas de enfrentarse a nosotros.

—Oh, esa sería la forma no-técnica de decirlo, pero así es —dijo, arrugando la frente—. La Parca Imperial tiene un escudo más eficaz, más moderno que el que utiliza La Anubis, e inclusive, el poder de fracturar un planeta sólido.

Mojo Bond se quedó viendo a Hallyfax con sorna, como si aquellas palabras le hubieran dado una bofetada a su credibilidad.

—Asumo que no lo saben —repuso, sonriendo lentamente— pero La Parca Imperial alberga en su interior 91 bombas nova.

—¡Mientras más me explica usted, más encantado me siento!

—¿Y qué haremos ahora? —interrumpió Mojo, con las manos tomadas tras la espalda.

—Ahora probémosla —murmuró Cadamaren, pensativo—. ¿Qué tal si la primera misión de la Parca Imperial es salir, encontrar a la Tungstenio y hacerla polvo? ¡Tengo tantos deseos de ver de qué es capaz este armagedón espacial como de presenciar sus habilidades y destrezas al mando de ella, Capitán!

Meinhardt Hallyfax se sentó en su gran silla, y, levantando un puño, gritó la orden de zarpar.

Las compuertas que cerraban la entrada sur de la cónica Galatea se abrieron

lentamente, en completo silencio. Y de ella, empezó a emerger, como un monstruoso leviatán asomándose por su cueva, la Parca Imperial, rompiendo, con su solo impulso, todas las cadenas que la sujetaban al puerto.



Desde dentro de la sala de control, el universo se veía como la infinita superficie negra y fría que era, plagada de diminutos puntos brillantes, a través de la enorme pantalla principal, parecida a una sala de cine.

—¿Es una ventana de verdad? —preguntó Mojo, acercándose al cristal y tocándolo con la punta del dedo.

—No —apuntó Chakross—. La salida al universo se encuentra a casi cien metros de esta cabina. Eso no es una ventana, es una pantalla que refleja el exterior del frente de la nave.

Mojo Bond torció los labios, a medida que se dio media vuelta, pegó la espalda a la pared, y se quedó viendo al nereidano con disgusto, mientras se rascaba la cabeza. La voz reflejada directamente a su mente le produjo asco, como si Chakross hubiera dejado residuos sucios dentro de ella.

Cadamaren se sentía como si estuviese dentro de un barco, sentía el movimiento de la nave: lento, gigantesco. Desde el exterior, la gigantesca cabeza puntiaguda de la Parca Imperial, como un grandioso buitre avernal, se asomaba por el cono sur de Galatea, y se desprendía de ella, como si el raro satélite perdiese un órgano importante. La infinidad de ventanillas que se extendían por todo el casco de la nave, que le confería aquella apariencia de madre de todos los insectos, parecía, por momentos, iluminar en varios conos al universo. Alumbró el lado oscuro de Galatea, y siguió de largo, dejando atrás el abominable laboratorio donde fue concebida. Los nereidanos se apostaban en filas alrededor de los largos puentes, para verla partir, con las cadenas de sus amarras aún flotando libremente a los lados de la nave, como una cabeza de Medusa que sale de un huevo. Meinhardt Hallyfax tenía los dedos entrelazados, con la espalda apoyada a la silla.

—Señor Chakross, no dudo que su gente haya hecho un espléndido trabajo, así que me considero en confianza al decir que después de este exitoso lanzamiento, ya no necesitamos más el laboratorio...

El pequeño hombrecito se dio media vuelta. A través de aquella ingente nube de gases, unos ojos inmensos veían al magnate, con una expresión reservada.

—Así que ha llegado la hora de cumplir con mi parte del trato, ¿le parece?

Un jadeo bilioso fue todo lo que recibió por respuesta.

—Muy bien... Capitán Meinhardt, libere a los nereidanos.

—¡Atención motores, detengan ascenso; alto total! ¡Atención máquinas, media vuelta! ¡Atención Bahía de Torpedos, montar misil clase A en el lanzador!

—Motores listos, Capitán.

—Máquinas listas, Capitán.

—Bahía de Torpedos comunica que el misil está preparado, Capitán.

La nave se detuvo bruscamente en medio de la nada, los cimientos metálicos de la Parca Imperial crujieron sensiblemente en un eco abismal, y pronto, las estrellas que reflejaba la pantalla empezaron a pasar de medio lado como una película rápida. Mojo Bond sintió la necesidad de aferrarse a la silla de un plutoniano, aun sin sentir vértigo real. En poco tiempo, apareció, poco a poco, la figura cónica, alargada de Galatea, con la compuerta principal abierta, reflejando el espectro del laboratorio por destellos violeta.

—¿Está seguro de que conocen el camino a casa, Chakross?

—Seguro, Cadamaren...

—¡Fuego! —ordenó Hallyfax, levantando un brazo.

Un misil, rodeado de un espeso fuego blanco que lo hacía parecer una medusa, salió disparado de algún lugar en el estómago de la nave, y, describiendo un arco directo, se metió impecablemente dentro de la entrada sur de la luna.

Los nereidanos, reunidos y apretujados entre sí, veían llegar el inmenso proyectil, sin hacer nada. El pavoroso estruendo se escuchó incluso desde afuera, la nada vacía del universo cobró vida ante el reclamo de las cavernas de la luna que, por momentos, se convirtió en una linterna espacial. Por su orificio vomitó luz, fuego y por último vapor, que poco a poco se fue degradando hasta un millar de dedos de polvo, que se perdían en el universo.

—*Quid pro quo*, Chakross, me alegra que usted y algunos de sus hombres se queden con nosotros para tan excitante aventura. Estoy seguro de que posiblemente despierte en su naturaleza gélida ciertas emociones que sin duda le parecerán tan interesantes como la ciencia.

Cadamaren sonrió acomodándose las solapas, mientras que los tripulantes nereidanos de la cabina, cabizbajos, operaban los sistemas, en silencio.

—Ahora, si me disculpan —continuó—, iré a descansar a mi pieza. Ha sido un viaje largo y quisiera renovar mis energías. Lo dejo, Capitán.

Cadamaren pasó a través de la puerta automática que lo llevaba de vuelta a la plaza, el Centro Neural de Comando, siendo seguido servilmente por Mojo Bond, como un enano renco. Una vez bajaron por el turbo-ascensor, una cápsula espacial los condujo a través de la Espina Dorsal hasta la Bahía Superior de Dormitorios, donde se hallaba el despacho y aposento de los tripulantes de más alto rango de la Parca Imperial.

—¿Todo fue como usted lo planeó, señor? —se escuchó decir a la voz difuminada, tenue, de Mojo.

—Mejor. Tanto así que estoy dispuesto a quedarme a bordo para cuando batallen con la Tungstenio. De hecho, esta nave será mi nueva residencia.

REENCUENTRO EN HAMÍL

La Tungstenio consiguió aterrizar a duras penas en las afueras de Hamíl, el destino decidió que fuera la misma zona donde años atrás, la Nave Imperial de Metallus descendiera durante la invasión a Titán. La Anubis se posó pocos kilómetros más cerca del pueblo, encarando a la nave enemiga. Ambas distaban, por mucho, de ser aquellas brillantes obras maestras de ambas razas, con las cuales se disputaban la superioridad logística en el espacio; a La Anubis le faltaban pedazos de sus alas, gran parte del fuselaje estaba fundido por una mancha que parecía una enorme criatura negra chupándole sangre y las turbinas se hallaban tan severamente deterioradas que parecían basura; mientras que la Tungstenio tenía parte de su circunferencia desollada, y convertida en un enmarañado metálico de vigas. Los elfos, sorprendidos, salían de sus casas en el pueblo, y se agolpaban en las afueras; mujeres, niños, jóvenes y adultos viendo boquiabiertos ambas naves, intentando imaginarse por qué la Tungstenio había aterrizado ahí. Muchos otros, en cambio, pensaban más en sus familiares: hijos, hermanos o padres, que eran tripulantes de la nave élfica. Estos últimos fueron quienes se atrevieron a acercarse, hasta quedar arropados por la sombra de la cabeza de lobo de La Anubis.

Los ogros se asomaban por la portezuela principal de su nave, esperando a que los elfos fueran los primeros en bajarse de la suya, para así tener algún permiso moral de descender. Metallus ya había hecho correr el pacto de su convenio con Panék, y le estaba prohibido a todos desobedecerlo: ellos debían esperar sumisamente las instrucciones del Shah durante su estadía en Titán, mientras que el rey se entregaría a la justicia élfica, sea lo que sea que le deparase. Aun con la orden vigente, hubo protestas e intentos de revuelta por parte de soldados que no estaban dispuestos ver morir a su rey, sin embargo, este dispuso al líder de cada pelotón a que controlara cualquier foco de este tipo, instándoles inmediatamente a abandonar esa actitud, pues en caso contrario no solo estarían diezmado la promesa y la buena palabra del rey, sino que conseguirían cargos más graves por parte de la Hermandad Federal de Planetas Unidos. De La Anubis echaron una plataforma que sirvió como puente de descenso para que la tripulación empezara a bajar.

Muchos elfos corrieron para recibir a los suyos, mientras que otros, en cambio, esperaron en vano. Panék bajó tomado de la mano con Pisis y rodeando con el otro brazo la espalda de Tepemkau, quienes recibían la brisa, la luz del día, y a su propio pueblo natal como niños que por primera vez, después de un largo tiempo, vuelven a casa.

El padre de los chicos se detuvo en medio camino, se dio media vuelta, y esperó por espacio de varios segundos a que Hathor se apareciera por la enorme boca de la compuerta, acompañado de Knaach.

Metallus, con una mano apoyada al borde de la portezuela principal de la nave, y con un montón de cabezas de ogros tras él, veía la escena, sumido dentro del mar de su propia conciencia, mientras una brisa fresca acariciaba su barba sucia de polvo. El delgado, largo, tubo plateado que tocaba al suelo para posteriormente fundirse en una escalera ya había sido echado. El rey de los ogros sintió el brazo de su hija abrazarlo por la cintura.

—Papá...

Metallus le puso una mano en la cabeza y sonrió con levedad. Claudia giró la cabeza para ver al exterior, para explorar una tierra tan rara, pero a la vez tan hermosa. Al ver la nave élfica, vio descender a una figura en cuatro patas por la rampa: la chica abrió los ojos a su máxima capacidad.

—¡Knaach!

Bajó las escaleras corriendo, sorda a un coro de gritos tras ella que le pedían que volviera.

—¡KNAACH!

Hathor fue el primero en girar la cabeza, serio, viendo hacia la Tungstenio, sin embargo, el felino, quien también pudo oír su nombre, se giró completamente. La figura regordeta y enorme estaba allá, a lo lejos, viéndolo.

—¡CLAUDIA!

Ambos se quedaron pocos segundos tiesos y, acto seguido, empezaron a correr hacia sí.

—¡Claudia, Claudia!

—¡Knaach, Knaach!

—¡Ooh, Claudia...!

—¡Knaaaach, Knaaaach!

—¡Claaaaudiaaaa!

—¡Knaach! —gritó la niña, con la falda volando por el aire, y ambos brazos abiertos.

—¡Claudia, Claudia!

—¡Ay, Knaach!

—Claudia, Claudia...

—¡¡Knaach, Knaach!!

—¡Cl... Claudia!

—¡Knaach, Knaach, Knaach!



—Clau... dia...

—¡Knaach, Knaach!

—...

—¡Knaach, Knaach!

—Cla —cof, cof, cof.

La chica tomó al león por las patitas delanteras, y lo elevó al aire, dando vueltas, y vueltas, y vueltas con él, mientras su falda verde giraba como una margarita y las trenzas de su cabello se zarandeaban por el aire como cometas. Knaach tenía el cuerpo extendido, las patas traseras estiradas hacia atrás, rotaba junto con la niña en una infinidad de vueltas que parecían dadas a cámara lenta.

—¡¡Un momento, Claudia!! —gritó Metallus, a lo lejos.

La niña se dio media vuelta, soltando a Knaach quien, girando como las asas de una licuadora, salió disparado por el aire, dándose un cabezazo contra el puente de La Anubis.

—¡¡Vuelve aquí, Claudia!!

—¡Papá, él es con quien estuve! ¡Él es con quien me comuniqué desde el tren aéreo de Plutón por medio del zellas! Él era quien me acompañaba, ¡díselo, Knaach! ¿Knaach?

Hathor sujetaba a Knaach por los costados, ayudándolo a ponerse de cuatro patas, nuevamente. Panék se adelantó unos pasos, viendo con severidad al león, mientras que el chico, a su vez, veía a su padre, con miedo.

—Hazle caso a la niña, peludo, que a mí también me interesa escuchar eso. ¿Dónde habías estado antes de aterrizar en Titán?



La Posada de Tefnut era el sitio de reunión más importante para los elfos después del desaparecido Palacio de Hamíl. Fue el primer lugar construido que existió en el pueblo, hace 1400 años y, actualmente, estaba a cargo del hijo del fundador: el

anciano Tefnut Netikerty, quien lleva las riendas del negocio desde hacía 600 años. Era un lugar de aspecto medieval y amplio, como el resto del pueblo, muy acogedor, cálido y de paz generosa. Incluso los ogros, cuando entraron, pudieron sentirlo, vieron de arriba hacia abajo, contemplando el alto techo, las armaduras y las espadas en las paredes, la historia viva que representaba aquel lugar, donde inclusive las llamas alargadas que salían de los candelabros exhalaban complicidad con la majestuosidad del sitio.

Tefnut reservó una gran mesa redonda para la reunión, y, con mucha seriedad, recibió a los ogros, incluso a Metallus, dándole una hospitalaria bienvenida, aunque sin regalarles su sonrisa afable y carismática, que siempre era dada con facilidad. Abrazó a Panék y sentó y trató a los leones tan bien como el fallecido Kann lo hubiese hecho. El anciano no se interesó en quedarse para la reunión aun cuando recibió la aprobación de Degauss, prefería ir a dar un último adiós personal a su amigo más antiguo. La velada fue muy larga, y las horas pasaron una tras otra, sin que nadie, por mucho, reparara en ello. Knaach contó su historia, y Claudia, después, contó exactamente la misma, y su experiencia después de haberse separado del león.

—Lo que dice Claudia es verdad —dijo, después de un largo silencio—. Ella no mintió, todo pasó en verdad. Panék, te pido perdón por no haberles dicho la verdad, lo oculté, y me asusté cuando...

Knaach observó a Hathor, quien lo veía con un rostro inescrutable.

— ...cuando oí lo que sucedió, el problema entre ustedes, entre los ogros y los elfos, pensé que podían hacer algo contra mí, y lo siento mucho.

Metallus bajó la cabeza, rascándose la barba.

—Pero insisto, debo hacerlo, ¡yo vi el cadáver del ogro fuera del tren aéreo de Plutón! ¡Yo acompañé a Claudia hasta la Estación Espacial y subí con ella hasta la nave Herschel Magnatino!

—Entonces Claudia no deliró —meditó Rockengard en voz alta, con una voz que expresaba dolor.

—¡Claro que no he delirado! ¡Eso es lo que pensó Calizo! ¡Yo dije la verdad en el tribunal! ¡Yo tampoco maté al emperador Gargajo! —dijo, encarando a los elfos, excitada, temblando, intentando ganar la aprobación de sus rostros serios—. ¿Cómo pueden permitirse creer algo así, si el soberano de Io era una bestia colosal?

—Fue entonces la bomba que pusieron lo que lo mató... ¿No es así?

—¡No! —intervino Metallus, bruscamente—. ¡Les he dicho que yo mandé a mi mejor soldado, Kannongorff, a hacer ese trabajo, desconociendo también qué clase de monstruo era Gargajo! ¡Yo no mandé ninguna bomba, elfo, porque no soy un terrorista!

—Sí lo eres —siseó Panék.

El silencio que sobrevino fue absoluto y ambos líderes se vieron a los ojos por largo rato. Claudia frunció el ceño primero, y luego subió la mirada para ver a su padre, confundida, aterrada ante tal idea. La niña podía percibir odio en la mirada de

los elfos.

—¡Lo fui! —concedió el regente—. ¡Pero no ahora! ¡No mandé ninguna bomba y tienes que creerme!

—Papá, ¿por qué reconociste eso? ¿Qué pasa aquí?

—¡Silencio, Claudia!

La chica giró la cabeza para ver el rostro de Knaach, para buscar alguna respuesta en él. Todo lo que consiguió fue ver al felino sentado del lado de los elfos, junto a Hathor, quien veía a la niña con aquel mismo rostro insondable.

De pronto, aun al estar del lado de su padre, se sintió sola, y su estado moral se hacía pedazos a cada minuto, sin que pudiera entender por qué. Sus pequeños ojos negros se humedecieron.

—¡Y de haber mandado una bomba, la hubiera cancelado si tan solo hubiese sabido que Claudia estaba allá arriba!

—Pero nunca supiste que estuvo allá, en la Herschel Magnatino —intervino Degauss.

—Metallus nunca autorizó a su hija para que hiciera tal tontería —atajó Rockengard—. La capacidad de la niña estaba siendo puesta a prueba, porque es la hija del rey de los ogros, y ya debe decidir cómo probarse en la vida, antes de tomar el lugar de su padre en el trono. Seguía a un tal Mojo Bond.

—A quien encontramos en la Herschel Magnatino —repuso Knaach—. Un verdadero idiota, que trabaja para Osmehel Cadamaren. Gracias a él, nos apresaron. Pero de nada valió, porque nos hicimos cargo de los guardias en el pasillo...

Claudia se secaba una lágrima con el antebrazo; por primera vez en su vida, escuchar de otro una hazaña que hiciera enorgullecer a su padre delante de ella no parecía importante.

— ...dejé a Claudia en el museo de antesala al Gran Aula Magna de Reuniones de la nave, lo recuerdo perfectamente, porque ahí estaba la estatua de nuestros antepasados.

Hermoso y Precioso, que hasta ese momento habían estado distantes, vieron con atención a Knaach.

—¿Y qué pasó después, peludo?

—Claudia entró a confrontar a Gargajo, llevándose una espada en la mano.

Todos quedaron en silencio, como un homenaje pequeño al valor de Claudia, en el que incluso los elfos se sintieron impresionados.

—Espada que le clavé en un ojo, Knaach —musitó la niña—. Se la arrojé, pero eso no lo mató.

—¿Qué pasó entonces?

—Gargajo confrontó a una entidad poderosísima que vino del espacio —dijo la chica, sintiéndose extraña cuando Degauss le pidió que continuara—. Ese ser fue quien aniquiló a Gargajo, con solo mover un dedo. Oigan, señores elfos, yo sé que por alguna razón, ustedes están enojados con nosotros, y no pueden imaginarse

cuánto lo siento yo, aunque no sé de qué se trata, no sé nada. Les voy a decir la verdad, aun cuando eso los pueda hacer enojar aún más: yo pude verle la cara a esa entidad que vino del universo, y me recuerda mucho a ustedes... Quien asesinó al emperador Gargajo era un elfo.

Semejante declaración puso punto final a la reunión. No de manera violenta, pero sí con visible espasmo.



Ya era el ocaso del día, y el cielo de Titán tenía un intenso color naranja brillante, con un Saturno alfombrado por nubes doradas que reflejaban la luz como un inmenso vórtice celestial. La brisa acariciaba el tejado de paja de todas las casas y hacía mover todas las cosechas de medio lado, a la vez que los elfos caminaban alrededor de las calles, en un ambiente mucho más tranquilo, acogedor, calmo que el del día anterior, cosa admirable, teniendo en cuenta que por aquí y por allá, de vez en cuando, se veía a algún ogro, comprando dentro de algún local, comiendo en parejas dentro de restaurantes, o sencillamente paseando y admirando Hamíl. Huelga decir que el dueño de la única pastelería del pueblo nunca, en sus largos años de repostero, había recibido tantos halagos juntos por parte de alguien... Un teniente de armadura dorada, que ya había dejado una pequeña fortuna en pasteles, los cuales consumía en una mesa y cinco bancos puestos juntos para albergar el enorme trasero del ogro.

Hathor y Knaach habían salido de la posada de Tefnut, los chicos quisieron ir a descansar a casa, su estadía en La Anubis había sido demasiado para ellos. Knaach también se sentía cansado, sin embargo, podía quedarse despierto; extrañamente, no tenía sueño, ahora, la única sensación que imperaba dentro del león era la de la paz.

Panék, Degauss, Metallus y su ministro y estratega, el general Rockengard, se quedaron un rato más dentro de la posada. Sin embargo, al cabo de solo un minuto, los cuatro personajes salieron por la puerta. Todos dedujeron la naturaleza de esa pequeña reunión adicional cuando el rey se acercó a su tripulación para decirles que Panék les había dado libertad de irse a todos, menos a él, y que daba un voto de confianza permitiéndoles quedarse en Hamíl hasta reparar la Tungstenio, cosa que empezaron a hacer desde esa misma noche. Debido a lo extraño de las circunstancias, no los delatarían con la Hermandad de Planetas.

Metallus nombró a Rockengard el nuevo capitán de la nave, y en cuanto a él, no permanecería encerrado en ninguna celda, pero hasta que el Shah no decidiera su destino, no debía salir de Hamíl.

Claudia tenía en mente exigirle a su padre que le contara todo lo que había pasado entre los ogros y los elfos, e inclusive, había ya advertido a Rockengard que tarde o temprano demandaría una entrevista con él también para que le diera su versión de los hechos, en caso de que sospechara que su padre no le fuese del todo sincero.

Quería presentarse ante Hathor, conocer a los nuevos amigos de Knaach, y llevarse bien con ellos, pero un hallazgo amargo diezmó esa posibilidad, por lo menos de momento: la muerte de Calizo Popsttone. Claudia tendría que pasar un tiempo a solas, la niña estaba en la diatriba de querer conocer la verdad, y no odiar a los elfos, sentimiento latente que la invadió de pronto. El reporte del coronel de la nave indicó que su cuerpo no fue hallado dentro de la Tungstenio, engrosando así la lista de muertos que fueron tragados por el vacío del espacio al desintegrarse el fuselaje del Sector D (camino a la cabina) gracias al último impacto que recibió la nave. La niña se retiró a llorar cerca de las afueras del pueblo, debajo del pie de la fuente.

A los leones Hermoso y Precioso no se los halló al pie de las ruinas del palacio de Hamíl, donde se pensó que estarían, sino en el lugar donde enterraron a Kann, en el campo libre, a la sombra del gran árbol antiguo donde el anciano, de joven, solía pasar la mayor parte de sus días estudiando. Hubo una gran reunión de elfos en la mañana, cuando se hizo la ceremonia y el entierro, sin embargo, Hermoso y Precioso se quedaron ahí el resto del día, en silencio, uno al lado del otro, al pie de la tumba.

La noche fue plácida y silenciosa, mucho más de lo que usualmente solía ser en Hamíl, nadie salió a la calle, la atmósfera era calma y profundamente reflexiva. Los ingenieros, obreros, científicos de la Tungstenio y los de La Anubis eran una historia diferente: todos estaban conglomerados en una inmensa carpa montada entre ambas naves y ya se había dado lugar a acalorados debates entre cuál nave era la mejor: como ambas tenían sus fortalezas y sus desventajas, los bandos aprendieron mucho, sin embargo, la discusión se profundizó en que todo dependía de qué tan buenos eran los tripulantes, cosa que también los ayudó a descubrir muchos defectos y desventajas en la forma y método de operar de ellos mismos que, aun cuando no estaban mal, podía haberse hecho mejor, abriendo de par en par las puertas de la experiencia. Como el anterior había sido un día bastante especial, los niños habían hecho todo lo que querían, y por ello Hathor y Knaach se quedaron a dormir en el pueblo, dentro de los dormitorios del refugio, donde pudieron estar a sus anchas. Al salir y disponerse a dar un paseo por ahí, encontraron que todos estaban enfrascados de vuelta en sus actividades normales, aun cuando la atmósfera era más agitada de lo normal debido a la presencia de los ogros, quienes compraban toda clase de souvenirs y llenaban los restaurantes.

Al salir de Hamíl, siguiendo el largo camino entre los vastos, interminables, campos de las cosechas, encontraron a Degauss, el único elfo de piel oscura, el único no nativo de Hamíl, de espaldas anchas y brazos fuertes, con una cinta que sujetaba una pluma anudada en el brazo, viendo atentamente a dos figuras a lo lejos: Metallus y Panék, uno aproximado al otro pero sin verse las caras.

—Es imposible para Panék sanar todas las heridas que quedaron de aquel día. Sin embargo, es un comienzo... —dijo, cuando Hathor y Knaach estuvieron ahí.

Sin mediar palabra, decidieron atravesar los tantos caminos entrelazados que había entre los campos de sembradíos y las cosechas, donde no se podía ver un final

claro. Hathor le explicó al león que uno de los principales negocios de Titán era la agricultura, que gracias a la calidad del agua de la luna, y a sus formidables propiedades curativas, los frutos y productos élficos eran considerados los más finos del Sistema Solar, y por lo tanto, muy demandados entre los comercios más ricos del mismo. Luego de que la guerra secreta contra los ogros hubo terminada y la junta decidió que Iapetus había sufrido lo suficiente, por lo menos a manos de ellos, Titán ya se había visto convertida en una potencia económica y, por lo tanto, aun cuando su cultura no contemplaba la riqueza o la remuneración monetaria como un requisito de subsistencia, sí se vieron con la paradoja de que habían tenido tanto éxito en su carrera por convertirse en una luna poderosa, que desaparecer del panorama y dejar las cosas tal como estaban antes de la invasión de los ogros, iba a ser mucho más difícil que haber empezado de cero.

Más tarde, decidieron ayudar a los ogros con la reparación de su nave, proveyéndolos de los materiales necesarios. A cambio, los misterios de la Tungstenio ya no serían ningún secreto para los elfos. Seguía siendo una nave formidable, pero nada más.

Más allá de los campos, el chico y el león se recostaron sobre el pasto, para ver un panorama dominado por la inmensa nave de los ogros. «Ver eso, tan parecido a las que aterrizaron aquella vez cerca de Hamíl, me trae malas memorias, tristes recuerdos», le oyeron decir a una elfa, dueña de aquel campo, cuando cosechaba la miel de un panal.

Tocó el mediodía y decidieron volver al pueblo, pues era hora de comer, y Hathor estaba seguro de que Tefnut Netikerty les convidaría buena comida. Knaach se sentía ansioso por probar el famoso bife que el anciano preparaba, con una chuleta blanda y de un sabor magnífico, sacada de un animal que también se había beneficiado del agua de la luna y que influía, desde luego, en el sabor de su carne. Cruzaron nuevamente la cosecha hasta enrumbarse por el largo camino y llegar al pueblo, a la redoma de la estatua y la fuente. Fue de casualidad que Hathor tocó el hombro del felino para avisarle que una figura regordeta y como hecha de piedra estaba de cuclillas al pie de la figura: Claudia. Knaach le hizo una seña con la cabeza a Hathor para que lo siguiera, mientras caminaba hasta Claudia.

—Hola —la saludó, sentándose.

La ogro se enjugó los ojos con sus puños y apenas abrió una abertura entre los dedos para dejar ver uno de sus pequeños ojillos negros.

—Hola —le contestó.

—Te presento a un buen amigo, un elfo. Su nombre es Hathor.

El brillante ojo se dirigió hacia el niño, que sonrió al verla.

—Es muy fuerte, igual que tú...

—¿Sí? No lo parece...

—Claro, es que sus verdaderos poderes están ocultos y los usa cuando son necesarios... Cuando estábamos en la nave espacial, él me salvó la vida, ¡mientras

que tú casi me mataste cuando llegamos, gorda!

Claudia descubrió su cara, frunciendo el ceño.

—¿Así es como me recibes después de todo el tiempo que ha pasado, miserable ser? ¿Maltratándome emocionalmente?

—Oh, por dios —criticó, girando los ojos—. Mides dos metros y eres más dura que un ladrillo, eres «inmaltratable», además, no tienes idea de todas las cosas por las que he pasado yo.

Hathor no pudo evitar sonreír, nervioso. Lo inquietaba ver a alguien tan grande como Claudia. A su lado, Knaach parecía un perro grande, y ante los ogros adultos, se veía como un simple gato.

—Pues no la has debido pasar muy mal después de todo. Te ves más gordo que la última vez que te vi.

—Mira quién habla de gordura —le contestó el felino, sacudiendo su melena, ofendido—. Con tu trasero podrías convertir un yunque en un panqueque.

—¡Pero eso es por mi contextura! ¡Yo soy rellenita! En cambio tú estás más gordo porque estás embarazado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dime, ¿quién es el padre? ¿Hermoso o Precioso?

Los ojos del león se abrieron a su mayor capacidad, y sus pupilas resplandecieron en fuego, mientras que dentro de su mente un referí de lucha vociferaba: «¡AL COMBATE!». Se arrojó encima de Claudia rugiendo, esta pudo sujetarlo a tiempo tomándolo de la melena con ambas manos, sin embargo, consiguió asestar dos, tres, zarpazos a la quijada de la chica, quien levantó la pierna y le encajó un rodillazo en el pecho, haciéndolo caer para atrás, quedándose con mechones de melena arrancadas entre sus manos.

Knaach rodó por el piso, pero pronto se puso de pie, al igual que la niña, que se levantaba del suelo. Audazmente se escabulló debajo de las piernas de ella y se le trepó por la espalda, tomándolo de las trenzas del cabello y tirándoselas hacia atrás. Anudó una alrededor del cuello de Claudia, estrangulándola.

—¡Retira lo que has dicho y pídemme perdón! ¡Pídemme perdón!

—¡Jamás! —gritó la ogro, bajando la cabeza y haciendo que el león describiera un arco sobre ella y cayera de espaldas al suelo.

Hathor se moría de la risa sentado sobre un costado de la fuente.

—¿Qué pasa aquí?

Claudia se puso de pie, asustada, al ver llegar al anciano Rockengard, sosteniéndose de un largo tubo de hierro que alguna vez perteneció a su nave, y con un brazo enyesado.

—Una princesa no debería estar haciendo esas cosas, y menos en público.

—¡Él empezó!

—No importa quién empezó —sentenció el anciano, acercándose lentamente.

Hathor cerró la boca, impresionado por la estatura de aquel ogro de barba blanca

y larga, y brazos tan poderosos y musculosos, que parecía sacado de una épica fantástica.

—Además —prosiguió—, esa no es forma de tratar a un amigo que se esmeró en cuidarte...

Claudia cruzó los brazos, enojada, viendo a otro lado, seria, y con el labio inferior cubriendo al superior, cosa que le confería la apariencia de un cachalote. Knaach se incorporaba lentamente, tosiendo.

—Es un gusto haberte conocido en la junta, Knaach. Me preguntaba qué forma tendrías cuando hablaste aquel día, desde aquel tren, por medio de un zellas. Debo reconocer que nos preocupó bastante tu presencia en la misión de Claudia.

—Ha sido todo un placer velar por ella —refunfuñó.

—Sí, aprecio que la hayas sabido cuidar bien.

—¡Yo sé cuidarme sola! —protestó la niña, colocando ambos puños a la cintura.

—Oh, permíteme que difiera en eso —repuso el anciano, con calma.

El anciano tomó aire, viendo a las nubes.

— ...recuerdo cuando era una beba; la comisión imperial de los ogros fue para la luna Elara, donde se halla la Hermandad Federal de Planetas Unidos. En la ciudad, cuando tu padre se descuidó apenas un minuto, trataron de secuestrarte.

—¿Trataron de secuestrar a Claudia?

—Así es. Dejaron un largo rastro de hamburguesas que conducía hasta un callejón oscuro y la niña las fue siguiendo mientras se las comía de un bocado. Una vez que llegó, trataron de subirla a un camión, pero no conseguían cómo empujarla adentro, era muy pesada para ellos, ¡incluso era más grande! Así que fueron capturados por tu padre y sus guardaespaldas en el acto.

Knaach no disimulaba que la anécdota le producía risa; se reía por lo bajito de manera chocante, viendo a Claudia, que tenía una enorme vena latente surcándole la frente, la piel de su cara, de ser rosada, se habría puesto roja oscura de cómo apretaba los puños.

—¡¡Silencio!! ¡Se acabaron las anécdotas!

—Sí, tal vez sea mejor que regrese a la Tungstenio, para ver cómo están marchando las reparaciones. Ha sido un placer conocerte, Knaach, y a tu amigo Hathor también.

El niño elfo veía a Rockengard impresionado. Seguía sentado al borde de la fuente, viendo hacia arriba, hacia la cara del viejo gigante.

—Es un chico muy valiente —puntualizó el león—. Me salvó la vida en la nave.

El chico se encogió de hombros, sonriendo.

—Los dejo a los tres solos. Pásenla bien y no anden peleando.

Los tres permanecieron en silencio hasta que Rockengard se alejó lo suficiente...

—Gorda.

—Engendro.

24

VIGOR CÓSMICO

Nave de la HFPU (Hermandad Federal de Planetas Unidos), Crucero de Batalla Nautilus. Misión de búsqueda y rastreo de la nave espacial Tungstenio.

El Nautilus era una nave alargada, con forma de tornillo, de largas aletas puntiagudas por arriba y por abajo. Maniobraba con gran eficacia entre los anillos de Neptuno, que estaban compuestos por gases y rocas de hielo e hidrógeno solidificado. Desde lejos, podía identificársela como algo parecido a un cometa, que dejaba una estela blanca tras de sí, producto de la efervescencia pálida de sus motores. Un comandante de la Hermandad Federal estaba sentado en la silla del capitán, era un licántropo alto, con gorro negro y traje militar, de posición estoica y hombros anchos, viendo al frente. A su lado, se hallaba una silla donde estaba sentado Raah, el juez elfo, quien vestía una larga, elegante, túnica negra bordada a los lados con líneas doradas. Veía también hacia la pantalla del frente, que reflejaba el larguísimo anillo del titán gaseoso, que se perdía de vista y curveaba en el horizonte.

—Señor, los radares detectaron residuos recalcitrantes en la luna Galatea. Todo indica que hubo una explosión hace poco.

—Ha debido ser un meteoro —sentenció el Capitán—. Abundan en esta zona.

Los motores de la nave refulgieron y describió su rumbo alrededor de las rocas, maniobrando con agilidad, hasta salir del anillo y quedar sobre el polo norte de Neptuno.

—¡Capitán! ¡Los radares han detectado una presencia!

—¿De qué se trata, alférez?

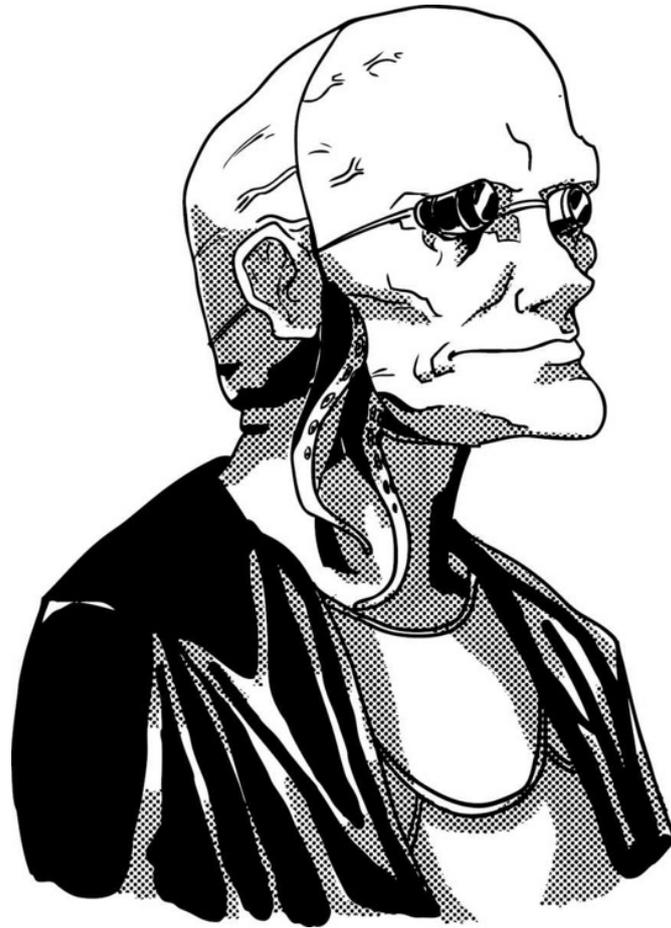
—No lo sé, señor, pero... Mide aproximadamente siete kilómetros, es... ¡Inmenso!

—Tal vez sea un asteroide —menospreció Raah, acariciando su barbilla—. Lo importante es que los ogros no se hallan en este sector del Sistema Solar.

—No es un asteroide, su excelencia —lo corrigió el alférez—. El radar indica que la presencia emite sonidos... De motores.

—Y esta tampoco es una zona de asteroides. Navegante, llévenos al sitio.

—Sí, Capitán.



Mojo Bond había caminado por casi media hora sin detenerse y, sin embargo, todavía se hallaba en el área de camarotes. El paseo, lejos de ser divertido, atractivo, o incluso enriquecedor para su cultura general sobre naves, era aburridísimo. Todo lo que veía era un gigantesco silo que se extendía y se extendía hacia el frente, con gigantescas vigas negras que surcaban el techo como costillas alrededor de una larga espina dorsal.

Por dentro, la Parca Imperial era un sitio lúgubre y oscuro. Sin embargo, halló el final de la sala: terminaba en una delgada escalera en medio del camino, que se extendía muchos metros hasta arriba, casi la altura de un edificio pequeño, hasta una entrada negra en forma de arco, en la pared. Como las escaleras no tenían pasamanos, subirlas no era algo muy tentador, sin embargo, para Mojo Bond, eso era mejor que andar cerca de Cadamaren cuando este no estaba de buen humor, que en su presencia, era casi siempre. Acarició su brillante copete negro, se alisó las solapas de su chaleco blanco, las chapas tintinearón melodiosamente y, paso a paso, sus pulcros zapatos blancos fueron subiendo las escaleras. Cuando por fin llegó al último peldaño, Bond respiraba con esfuerzo. Tras sus espaldas, el panorama de la inmensidad del silo de dormitorios de la tripulación de la nave era una visión igual a asomarse a la ventana de un alto edificio y ver a una ciudad vacía y negra, rodeada de torres alargadas.

Al final de un larguísimo túnel negro, se divisaba una tenue luz rosada, parpadeante, muy diáfana, tras una puerta.

Mojo sentía el corazón palpar. En un reflejo, se palpó el pecho, sintiendo la

yema de sus dedos siendo masajeadas agresivamente por su órgano bombeador, su cerebro no emitía energía intelectual alguna, solo estaba dominado por una curiosidad latente que satisfacía su cobardía natural a medida que avanzaba lentamente, con pasos cortos, como si con ello pudiese disminuir la posible peligrosidad de lo que estaba haciendo. Se dio media vuelta, como para asegurarse de que la salida hacia los escalones todavía estaba ahí. Lo que antes parecía solo una luz rosada, cobró una forma más concisa; se trataba de una salida arqueada idéntica a la del principio, que conducía a un camarote. Mojo Bond se sintió tranquilizado por segundos, sin embargo, el miedo volvió a agolparse violentamente en su pecho cuando divisó unas sombras largas y lánguidas moviéndose alrededor de un cuarto. Le tomó varios minutos de observación quedándose ahí parado, sin embargo, cuando se convenció a sí mismo que por los momentos ninguna de aquellas sombras entraría al pasillo y lo perseguiría, se permitió avanzar más, cuidando de no hacer ruido. Por dentro, Mojo Bond trataba de darse ánimos e infundirse ínfulas de valor con excusas y, la mejor que se le ocurría, es que él era el secretario general de Osmehel Cadamaren, el dueño de la nave, por lo que era razonable que él podría ir de aquí y allá con todo el permiso y la autorización del mundo. Sin embargo, a medida que las sombras se convertían en espectros más largos y siniestros, se preguntaba a sí mismo si primero se molestarían en exigirle que se identificara antes de hacerle algo horrendo y morboso.

Mojo Bond llegó por fin hasta el marco de la entrada y no tardó en darse cuenta de que aquel misterioso camarote era de nadie menos que del capitán de la nave: Meinhardt Hallyfax. El hombrecito se arrepintió profundamente de haber ido hasta ese lugar y ver lo que vio por el resquicio de la puerta... Las sombras eran criaturas horribas, más de lo que su imaginación pudo haber concebido: piel malva, gran estatura y cabezas inmensas y redondeadas, como de algún asqueroso animal marino. No tenían boca o nariz, en su lugar, había cuatro tentáculos largos que siseaban y que se movían con pavorosa ligereza por el aire. Sus ojos eran pequeños, redondos y negros, idénticos a los de un tiburón, pero se movían describiendo miradas que denotaban profunda inteligencia. Sus dedos eran como las ramas de un árbol que se ha quemado, y sus trajes, que parecían de hechicero, eran negros y sólidos.

Las rodillas de Mojo Bond perdieron su solidez y empezó a temblar de arriba abajo, abriendo la boca con asco y terror, a medida que las chapas de su chaleco tintineaban, delatándolo. La luz tenue, rosada, tan suave y delicada, no provenía de focos de energía, sino de minerales que estaban incrustados alrededor del camarote, el cual estaba hecho enteramente de rocas subterráneas.

Mojo Bond se puso ambas manos en la cabeza, intentando tranquilizarse; aquel pánico contenido que se agolpaba dentro de su corazón era anormal, incluso en él. Los tobillos no le respondían. En el centro del cuarto, vio una silla alta y negra, y en ella, estaba sentado Meinhardt Hallyfax, de espaldas, en una quietud tal que por momentos, parecía el muñeco de su cuerpo, y no él. Sus hombros tan anchos, su espalda arqueada y su cráneo y nuca blancuzcos, como hechos de cera, estaban

inmóviles. Tenía los brazos apoyados a los lados de la silla, sus dedos estaban apoyados sobre soportes, como si fueran arañas durmiendo.

Al frente, en lo que parecía un delicado tocador de quirófano, reposaban instrumentos afilados, y luego, sujeta en un delgado apoyo, estaba la cara del capitán en cuestión, mirándolo fijamente. Las otras dos criaturas, que caminaban alrededor del cuerpo sentado, se inclinaban, mojando algodones sobre frascos brillantes, con líquidos transparentes, y aplicándolos delicadamente sobre su rostro real, mientras la máscara humanoide colgaba del soporte. Atendiéndolo con parsimoniosa lentitud, e ignorando al insignificante visitante que estaba parado ahí, haciendo ruido. Mojo Bond escuchó unos pasos apresurados acercarse detrás de él, resonando en un coro de ecos, alguien venía corriendo por el pasillo. Un oficial plutoniano se detuvo justo antes del marco de la puerta, sin atreverse a pasar, colocándose en posición firme antes de hablar.

—Capitán, los radares detectaron una nave espacial. La hemos identificado como de la Hermandad Federal de Planetas Unidos.

Finalmente, la quietud sobrenatural se rompió, el brazo de Meinhardt Hallyfax se levantó bruscamente, para darle un golpe a una claraboya y hacer que el pequeño espejo redondo que estaba sostenido del borde se moviera perpendicularmente y reflejara uno de sus ojos.

Mojo Bond apretó los dientes y los puños, con pánico contenido, al ver una maldad abismal reflejada sobre el cristal. Era un ojo completamente negro, con una pupila estrellada y púrpura, viva, latente, en el centro.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó, con una voz regurgitante, para nada parecida a la que le habían diseñado electrónicamente junto con la máscara.

—Se hallarán en frente nuestro dentro de cinco minutos, señor.

Hallyfax levantó el brazo, haciendo una seña apresurada, que bastó para que sus dos ayudantes se pusieran manos a la obra. Bond escuchó cómo los tentáculos que descansaban sobre el regazo del capitán se hundían lentamente dentro de su cabeza, mientras le colocaban la máscara, y ponían sobre sus ojos los espejuelos negros y redondos, que protegían a sus ojos de la luz. Hallyfax se puso de pie y se dio la vuelta como el que siempre era. Se puso de cuclillas frente a Bond, mientras este temblaba incontrolablemente, empañando sus anteojos de cristal oscuro. Con uno de sus dedos hizo tintinear una de las chapas de su chaleco.

—Uno tiene que preocuparse por su apariencia de vez en cuando, ¿no te parece? —dijo sonriendo con obscenidad.

Se puso de pie y se marchó por el pasillo.

Bond, con la cara bañada en sudor y aún temblando, decidió que era mejor regresar con su jefe...



La semejanza de Raah con la de un gato era impresionante: sus ojos, sus facciones felinas y la forma con la que observaba a la pantalla principal del Nautilus (que reflejaba a un enorme mancha negra que, rápidamente, se transformaba en la Parca Imperial) parecía la de un gran felino acechando. Estaba de pie, quieto, con su túnica larga, observando con cautela. La tripulación estaba demasiado anonadada para hablar, aquella descomunal nave espacial, que desde hacía rato había cautivado por completo su atención, era demasiado espectacular como para que nunca hubieran sabido de ella, y menos la tripulación de una flota de la Hermandad Federal, que a su vez poseía la asociación militar (conocida) más poderosa del Sistema Solar.

—Estamos a cinco kilómetros, comandante.

—Salúdela, teniente.

—No contestan, señor.

Frente a la Parca Imperial, el Nautilus era insignificante.

—Salúdelos otra vez.

El teniente operó sobre su consola, haciendo una misma labor repetida.

—No contestan, señor... Es como si no hubiera nadie adentro.

—Pero lo hay, evidentemente. Hay motores en funcionamiento y luces. Abra un canal, teniente.

—Listo, comandante.

El licántropo se levantó de su silla, caminó hasta el centro de la cabina, y empezó a hablar en voz alta, sin dejar de ver, a través de la pantalla principal la cabeza de la Parca Imperial, que abarcaba todo el campo de visión del monitor.

—Habla el comandante de la HFPU Nautilus. Esta es una nave federal, así que tiene la obligación de identificarse.

El silencio que sobrevino a sus palabras fue absoluto, la rendija en el centro de la computadora que controlaba el puerto de comunicaciones no emitió respuesta alguna.

—Les agradeceríamos que cooperaran —prosiguió, en voz más alta—. Sabemos que su nave tiene tripulantes y que me están escuchando. Por favor, identifí...

—¡Comandante!

El hombre giró la cabeza para ver al ingeniero, que estaba alterado, el juez Raah sintió tal espanto viniendo de aquel hombre que decidió ponerse de pie y acercarse.

—¿Qué pasa?

—¡Nuestra computadora neural! ¡Está completamente fuera de línea!

—¡Pues póngala a funcionar otra vez, hombre!

—No —atajó otro ingeniero, sentado al lado, tecleando bruscamente sobre la máquina—. Las... ¡Las han apagado!

—¿Cómo hicieron eso? —interrogó Raah.

—Es radiación, esa monstruosa nave está emitiendo un flujo enorme de radiación en toda su circunferencia... No podemos comunicarnos a ningún lado, excepto con ellos.

—¿Lo están haciendo adrede?

—¡COMANDANTE! La nave desconocida está aplicando un flujo remolcador sobre el Nautilus, nos quieren retener.

—Creo que ahí tiene su respuesta.

—¡Alerta roja! Motores a máxima potencia, eleven escudos, preparen torpedos, ¡quiero el 85% de la energía a los reactores de la nave!

Las bombonas que contenían las luces rojas, apostadas en el techo de la cabina, se dispararon los tripulantes empezaron a trabajar más a prisa, mientras que en el interior de la nave los soldados se preparaban dentro de la Bahía de Torpedos, algunos sin dejar de sentir un pavoroso desasosiego al ver, en sus monitores holográficos, a la enorme mancha que representaba a la Parca Imperial.

—Comandante, informan que no hay respuesta de los reactores. El flujo remolcador es demasiado potente... ¡No podemos escapar de ella!

El licántropo tuvo que sujetarse del respaldo de su propia silla cuando un crujido gigantesco envolvió a la nave e hizo temblar todo. Los tripulantes se abrocharon los cinturones de seguridad, murmurando en voz alta.

—Apaguen los reactores. Abra otro puerto de comunicación.

—Enseguida, comandante...

El capitán, enojado, volvió a hablar.

—Esta es la nave federal Nautilus, de la Hermandad Federal de Planetas Unidos, lo que están haciendo es una afrenta directa, un delito registrado en la Constitución General del Sistema Solar, consagrada por los Planetas Unidos y los mundos que la conforman, cese su agresión o me veré obligado a abrir fuego contra su nave, repito, cese su agresión y...



—Hola, Comandante... ¿algún problema allá abajo?

La tripulación se quedó viendo la rendija de donde salió aquella oscura, rasposa voz.

—¿Quién es usted?

—¿Está seguro de que quiere saberlo, oficial? —contestó Hallyfax, pausadamente, con voz divertida.

—¡No tengo tiempo para payasadas! ¡Identifíquese o...!

—Capitán Hallyfax, la nave enemiga se alista para disparar torpedos.

Un vampiro giró su silla, alarmado.

—¿Quiere que suba los escudos, señor?

—No, no nos van a disparar.

El joven asintió y volvió a su panel de controles, con confianza, que no se vio mellada ni aun cuando la pantalla de su monitor parpadeaba en luces rojas, y mostraba una imagen holográfica del Nautilus, con píxeles señalando las aletas de la

nave, desde donde se encontraban las salidas de sus torpedos.

—Señores, tendrán la suerte de ser testigos del verdadero poderío de la Parca Imperial —exclamó Hallyfax arrogantemente, poniéndose de pie, sonriendo—. ¡Me confieso incapaz de resistir la tentación de probar un arma tan poderosa ahora, que he encontrado el momento perfecto de hacerlo!

—¿No cree que es una movida muy arriesgada meterse con una nave de la Hermandad Federal? —susurró tímidamente Mojo Bond, escudándose detrás del respaldo de una silla.

Hallyfax bajó la cabeza lentamente, y se quedó varios segundos en silencio, observando al hombrecito, quien ocultó su cabeza. Los labios delgados y largos empezaron a describir una siniestra sonrisa en su dentadura anormal y falsa.

—No te preocupes por tu jefe, pequeño hombre, no lo meteremos en problemas. Por ello he ordenado cortar el flujo de comunicación de la nave, que obviamente también busca a la Tungstenio. ¡Todo lo que haremos, señores —exclamó histriónicamente, dándose media vuelta y señalando al Nautilus, reflejado en la pantalla principal—, es sencilla, llana, claramente colocar más cargos a las espaldas de Metallus del Titanium, adjudicándole a su nave la destrucción de esta! ¡Apaguen las luces de la cabina ahora!

Mojo Bond arrugó la cara con perplejidad.

—¿Quién sabe? —susurró Meinhardt, suavemente, mientras se hacía la oscuridad—. Tal vez, como no les dio tiempo de mandar un mensaje de alerta, a la flota le dé por pensar que la Tungstenio los atacó por la espalda...

Justo en ese momento, como si fuese una tropa de autómatas, los oficiales plutonianos de la cabina, en su mayoría chicos y jóvenes de rostro demacrado y manos huesudas, recostaron la cabeza sobre los tableros, y pusieron sus brazos encima de ellas, como niños tratando de acostarse a dormir en un salón de clases, guardando total silencio, en una quietud tétrica, tragados en una oscuridad casi absoluta, apenas rota por los puntos blancos del universo y el Nautilus, reflejado en la pantalla principal.

Hallyfax se llevó las manos a la cara, y con un movimiento brusco, y su cuello agitándose destempladamente, como si fuera de goma, se desenroscó los espejuelos que llevaba sobre los ojos.

Mojo Bond tenía la boca entreabierta, se ajustó sus lentes, podía ver la silueta del cuerpo de Hallyfax tras la pantalla. Raah estaba en su silla, los codos apoyados en los apoyabrazos y los dedos de las manos sostenidos entre sí, viendo, meditativo, a la Parca Imperial.



El comandante de la nave estaba sentado sobre su puesto, la gorra apenas dejaba

ver sus ojos y le formaba una sombra sobre su puntiaguda nariz.

—Preparen cuatro torpedos, vamos a impactar el casco de la nave no identificada.

—Sí, señor.

—Estaciones de combate, ¿listas?

—Listas.

—Ingeniería, ¿lista?

—Lista, comandante.

—¡Fuego!

La pantalla, que era dominada completamente por un pedazo de la Parca Imperial, no reflejó alteraciones; ningún proyectil salió disparado hacia delante. En otra situación, la escena hubiese sido divertida.

—¡Fuego!

El elfo y el licántropo giraron sus cabezas.

—¡He dicho fuego, copiloto! ¡Obedezca!

Pero el copiloto, quien estaba de espaldas, frente a su tablero, de hombros caídos, no hacía nada. De hecho, ni siquiera podía escucharlos. Solo veía a la Parca Imperial, con los ojos en blanco y la boca abierta, igual a un cadáver que lleva días pudriéndose. Su rostro reflejaba la angustia personificada y sus ojos se hicieron secos y temblorosos. Se levantó de su silla lentamente, caminando hasta la pantalla principal, colocando con suavidad la yema de sus dedos sobre el cristal.

—¡Regrese de inmediato a su puesto o enfrentará un juicio marcial! ¡Regre...!

—¡Está poseído, comandante!

—¿Poseído?

—¡Mi hijo! ¡MI HIJO! ¡¡MI HIJO, MI HIJO, MI HIJO!! —chilló el hombre, aterrorizado.

—¿Qué le pasa, por dios?

—¡Oh, mi hijo! —gimió, golpeando la pantalla, temblando—. ¡Está allá afuera, flotando en el espacio! Se asfixia, ¡mi hijo!

Las exclamaciones del hombre fueron ahogadas cuando una piloto que estaba sentada del otro lado de la cabina empezó a gritar sin control, una y otra vez aullando con dolor, intentando sacarse bichos de encima, con los ojos perdidos en la nada.

Otro tripulante se hallaba en posición fetal, vomitando.

La cara de Raah estaba dividida entre la sorpresa y el asco; por primera vez, las líneas de su rostro reflejaron una emoción distinta a la determinación: tenía miedo, y se quedó atónito ante un tercer tripulante que saltó de espaldas sobre su panel de control, profiriendo un alarido en el paroxismo de la histeria, como si hubiese algo en la sala de controles que le produjese un terror total.

El primer afectado tenía los puños llenos de sangre, los nudillos despellejados. La cabina se había convertido en un pandemonio de gritos y tripulantes que abandonaban sus puestos, corriendo de aquí para allá, presas de pánico. La voz del

comandante se perdía como otro ruido más. Raah, quien no estaba afectado por ninguna alucinación, se puso de pie lentamente, viendo, con las pupilas encogidas, cómo la pantalla transmitía que de debajo de la cabeza de la Parca Imperial se abría una plataforma, y de ella emergía un cañón inmenso, tubular, oscuro, que apuntaba directamente al Nautilus. La piloto, hecha un ovillo en el suelo, sumida en convulsiones y en estado de shock, con la cara arrugada, las encías rojas, y los labios y la barbilla manchadas de espuma naranja, musitó una última cosa, un ruego:

—Sal de mi mente...

El agujero del gigantesco cañón de la Parca Imperial reflejó una luz eléctrica que venía deslizándose desde el fondo; pronto, millones de largos, delgados, tentáculos de medusa se asomaron por la punta. Eran rayos, relámpagos incandescentes de energía, como una araña eléctrica rodeada de patas, un monstruo latente que salió disparado hacia afuera. Al alcanzar al Nautilus, la bola de Vigor Cósmico no la hizo estallar: simplemente la deshizo. Anillo por anillo, viga por viga, la nave se despedazó. Las piezas se separaron una de otra y, entre ellas, se escaparon todos los órganos de hierro, convertidos en fideos, puntos, polvo o simplemente partículas sólidas, primero como una nube y después como un largo vapor que se separa de sí cada vez más, formando una estela de objetos. Entre ellas, el juez Raah flotaba sin vida, con una expresión dantesca en su desfigurada cara, producto de la implosión de su cuerpo, por estar expuesto al vacío del universo. Meinhardt Hallyfax se enroscó de vuelta los espejuelos negros a sus ojos.

—Ya pueden encender las luces.

Los tripulantes volvieron a incorporarse, obedeciendo la orden, y operando de vuelta los controles de la nave. Todo lo que había presenciado Mojo Bond era que el Nautilus fue despedazado como un insecto, sin que este hiciera nada para defenderse. Se había dado cuenta de que todo aquello que los tripulantes habían hecho, meter la cabeza entre sus brazos y descansar sobre el respaldo del panel frente a sus asientos, era una suerte de medida de seguridad para evitar cualquier envite producido por la mente del capitán. Mojo, quien no había hecho lo mismo, estaba experimentando no solo una jaqueca terrible, sino que además sentía al cerebro dormido, como suele suceder a veces con las piernas cuando se entumecen...

CÁPSULA DE ESCAPE

Osmehel Cadamaren se hallaba en una sala privada de descanso, sobre una silla acolchada, sosteniendo frente a sí un fajo holográfico de papeles. La puerta automática se abrió tras un sonido de aire comprimido, la figura apocada de Mojo Bond, con los brazos tomados tras la espalda y la cabeza gacha se hizo presente.

—¿Puedo pasar?

—Sí, ven acá... —dijo Cadamaren, sin dejar de ver el fajo de hojas.

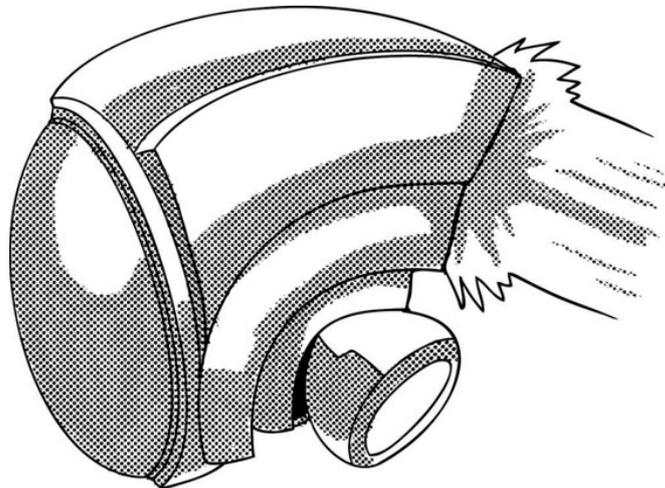
Bond se acercó arrastrando los zapatos, hasta estar a una distancia prudencial del escritorio.

—Dime, ¿cómo fue la destrucción de la nave? ¿El Nautilus, creo que se llamaba? Sí, el Nautilus...

—¡Oh, eso es lo que precisamente quería conversar! ¡Que destruyeron una nave de la Hermandad Federal de...!

—Sí, sí, sí... Ya me sé todos los detalles, me he enterado hace rato ya. ¿Cómo fue?

—Impresionante, es... Difícil de explicar pero, no atacaron una sola vez a la Parca Imperial... La batalla fue aún más fácil de lo que sería si el capitán no tuviera poderes men... Bueno, insisto que es muy difícil de explicar pero... Nada pudieron hacer, ni siquiera se defendieron.



Cadamaren bajó los papeles, y los colocó sobre su regazo.

—Hallyfax ha sido otra inversión correcta.

—¿No fue acaso precipitado y malo que destruyeran una nave de la Hermandad?

—Como siempre, hombrecito, ves las cosas desde tu plano, y no desde arriba, como la deberías ver —aseguró Cadamaren gustoso, alisándose un bigote, descansando su espalda—. Nadie sabe que la Parca Imperial existe y todo ha sido arreglado para que la destrucción del Nautilus le sea achacada a Metallus del

26

AMÉN

Panék se hallaba sentado en una silla de respaldo altísimo, frente a él, estaba un elegante y enorme escritorio casi vacío. El Shah se encontraba solo y lo único que lo acompañaba eran una pluma y una hoja de papel frente a sí, donde sellaría el destino de Metallus del Titanium, el rey de los ogros. Había estado despierto toda la noche, sorprendiéndose a sí mismo de la velocidad del tiempo, y de lo mucho que había pensado al respecto, pensamientos que ahora habían quedado perdidos en el espacio reciclándose.

Metallus había dado la orden clara de que los soldados debían aceptar la decisión de Panék, sea cual fuere. Esto, sin embargo, no le preocupaba al Shah, quien se había pasado más tiempo pensando en Claudia, el león y también en Hathor que en la armada de los ogros. Panék se inclinaba a castigar a Metallus, a castigarlo él mismo, quitándole la vida. Pero esa decisión cambiaría radicalmente la forma en que muchos lo verían, al principio, no le preocupó este detalle, pero ahora, siete días después de que los ogros hubieran aterrizado en Hamíl, y que estos, contra todo pronóstico, se ganasen la simpatía de los pobladores, había hecho que aquello se convirtiese en un problema grave. No habría motines, no habría peros, pero sí quedarían recuerdos, sí quedarían cicatrices. Panék vivía con demonios muy poderosos, pero el resto de los elfos no, el resto de los elfos seguían pensando como elfos, y seguían razonando con la misma mística de los elfos.

Y esto lo hacía sentirse sucio. Se hallaba a sí mismo dándose cuenta de que estaba por deliberar sobre un castigo impuesto por su yo activo y no por su yo como representante de la Justicia. Se hallaba a sí mismo dándose cuenta de que estaba siendo un verdugo político. Titán tenía ciudades inmensas, verdaderas metrópolis maravillosas, algunas consideradas las mejores y más grandes de todo el Sistema Solar, pero el centro de poder, por más extraordinario y extraño que fuese, confluía en Hamíl. Él era el Shah de los elfos, el comandante en jefe, y su poder sobresalía incluso por encima del de los políticos, a quienes había ordenado no presentarse en el pueblo.

El progreso hacía que cada vez fuera más difícil mantenerlos a raya. Ellos eran pacifistas, eran elfos. Pero esto no le importaba en el fondo. Era demasiado tarde para que pudieran detenerlo de su decisión.

Tomó la pluma, la mojó en tinta y, justo cuando iba a escribir su sentencia, abrieron la puerta del despacho.

—¿Acaso ya no existe respeto por el Shah?

—Entre nosotros, los elfos, no hay ninguna regla de cortesía que implique golpear la puerta antes de pasar adelante —repuso Degauss.

—Tienes razón, no la hay. Aunque es una norma de educación.

—¿Una norma de educación? ¿Dónde?

—En el libro no escrito sobre normas de educación de cualquier cultura en el Sistema Solar. Tal vez los ogros han estado enseñándote un par de mañas.

—Oh, no tienes idea, pero creo que sabes bien a qué vengo.

—Lo sé, es increíble que también sepas con exactitud el momento en que iba a hacerlo. Hay cosas sobre nosotros, los Elfos Silvestres, que incluso ustedes, los elfos a secas, desconocen, pero ese es otro tema. ¿Qué vas a hacer al respecto, Panék?

El Shah bajó la mirada para ver la hoja de papel vacía.

—Haré lo que tengo que hacer.

—Entonces te refieres a hacer lo correcto.

Panék guardó silencio, viendo fijamente a Degauss.

—¿Vas a hacer lo correcto? —insistió el elfo oscuro.

—¿Cómo sabes tú qué es lo correcto?

—Sé qué es lo correcto porque es lo mismo que Kann te hubiese dicho que hicieras.

—Esto ya no se trata de Kann —dijo con vehemencia, apoyando las manos sobre la mesa—. Ya no sé qué tanto se parezcan tus ideales a los míos, Degauss, por eso te pido que me digas, según tu opinión, qué es lo correcto.

—Lo que tú tanto temes por no completar tu venganza, Panék: dejar libre a Metallus del Titanium. Panék golpeó la mesa con su puño izquierdo. La impresionante fuerza del elfo no solo astilló la madera debajo de su puño, sino que además, dejó una profunda marca sobre ella.

Degauss no se inmutó; seguía de pie tras el escritorio, viendo fijamente al Shah.

—¿Cómo te atreves a pedirme semejante cosa?

—¿Con quién hablo? —preguntó, lentamente—. ¿Con Panék, quien desea vengarse, o con el Shah, que escuchó la historia de la hija de Metallus y el león Knaach y que sabe en el fondo que esta fue verdad?

Panék guardó silencio automáticamente, conteniendo esa ira que lo asemejaba cada vez más a un tigre salvaje.

—Hay algo más importante que Metallus del Titanium obrando en el fondo, Panék. Lo escuchaste y lo sabes. Trataron de incriminarlo en la corte de la Hermandad Federal.

—Ese no es nuestro problema. No nos concierne a nosotros, los elfos.

—¿Aun cuando mañana puedas causarle un daño irreparable a los ogros, de quienes ya nos hemos vengado?

—Los ogros tampoco son nuestro problema.

—Ya veo, entonces no esperes que te siga acompañando.

Ambos elfos quedaron sumergidos en un profundo silencio. Panék concedió la dimisión de Degauss con su silencio, limitándose a observarlo mientras este se daba media vuelta y salía del despacho. Pero Degauss apenas logró hacerse a un lado, para evitar ser embestido por otro elfo:



—¡Shah! ¡Alerta roja! Panék, como por inercia, se levantó de su silla.

—¿Qué pasa?

—Los radares, ¡han detectado una nave espacial gigantesca acercándose a Titán a gran velocidad!

El subterráneo del palacio de Hamíl seguía intacto, a pesar que sobre él yacían aún algunas ruinas. Los pisos inferiores, bajo la plaza donde se construyó La Anubis, seguían operando con una infinidad de máquinas y pantallas de impresionante tecnología, que diferían por completo de la apariencia medieval del pueblo. Un puente de acero que cruzaba un precipicio bajo tierra llevaba a una sala circular con un monitor gigantesco en el centro. El lugar estaba a oscuras, irradiado por luces fosforescentes y amarillas, con planos del Sistema Solar. Panék estaba frente a la silla principal, un elfo de pelos desordenados tecleaba rápidamente sobre una computadora táctil holográfica.

—¿Se han tratado de comunicar con nosotros?

—Sí, Shah, los hemos dejado en espera, y lo han aceptado. Sin embargo, es su último mensaje lo que me preocupa.

—¿Qué dice?

—Léalo usted mismo.

El elfo apretó una tecla, y en la pantalla frente a él, que iluminaba su cara y le confería una blancura espectral, apareció el mensaje:

ENTRÉGUENNOS LA TUNGSTENIO

—Saben que están aquí.

Panék frunció el ceño y apoyó la mano en el respaldo de la silla.

—Muéstreme la imagen.

—Esto es lo que las cámaras han captado, Shah...

El elfo apretó una tecla y, en la pantalla gigante, apareció un bulto enorme y de poca nitidez, de un color tan negro que se separaba a sí mismo de la oscuridad del universo.

—Es enorme.

—¿Cómo supieron que la Tungstenio está en Hamíl? ¿Acaso no ordené que sellaran todas las señales de Titán?

—¡Y lo hicimos, Shah! Pero ellos de algún modo lo supieron...

—Y lo extraño, señor —agregó un soldado, vestido de uniforme—, es que no penetraron en nuestros escudos, no usaron ninguna tecnología para leer señales de la Tungstenio. Panék cruzó los brazos, viendo a la imagen en la pantalla principal.

—Eso solo quiere decir una cosa, Shah: alguien les dijo que la nave de los ogros está aquí.

—Esto se pone cada vez peor. Teniente, enliste a los soldados inmediatamente, toque la alerta roja en Hamíl, abra el refugio, dispensen las provisiones, custodien a Metallus del Titanium a una celda y ordenen al resto de los ogros que regresen a su nave. Pongan en marcha La Anubis, despegaremos en diez minutos. ¿A cuánto tiempo está esta nave de Titán?

—Van a llegar a la órbita en quince minutos, señor.



En menos de cinco minutos Hamíl quedó desierta. Los elfos, colaborando entre sí y trabajando en equipo, como siempre solían hacerlo, sumaron sus esfuerzos a la experiencia que ya tenían para los casos de emergencia, por lo que prepararon las provisiones, tomaron las precauciones necesarias y metieron a toda la población en el subterráneo en corto tiempo.

Afuera, los viejos y nuevos tripulantes de La Anubis apenas tuvieron tiempo de despedirse de sus seres queridos, todos corrieron a través del campo para abordar la nave espacial desde diferentes puntos. Cuando Panék llegó a la cabina, sintió una sensación de vacío en el estómago. Ya la había sentido minutos antes, cuando se colocó el uniforme de Shah, pero volver a entrar en aquel lugar, que le había producido sensaciones tan fuertes, que llegaron a descalabrar inclusive su estoicismo férreo de elfo, le produjo malos sentimientos. Los tripulantes apretaban botones con celeridad sobre sus tableros, las paredes y el techo. Ponían los monitores, los sistemas y las máquinas a trabajar. Los aullidos de fusión de energía, que provenían de las turbinas cundían todas las salas y pasillos, que parecían hechos de plata.

El Shah estuvo a punto de sentarse en su puesto de mando, cuando, al girar la cabeza, observó que Degauss estaba sentado en su silla, viendo a través de una mirilla colocada en el casco de hologramas que le permitía fijar sus objetivos.

—Tenía entendido que habías renunciado a tu puesto.

Degauss no se inmutó, y, por momentos, pareció siquiera prestar atención a las palabras de Panék. Giró su silla y, poniendo en línea su monitor, dijo:

—Tengo un mal presentimiento sobre esto, así que me necesitas.

El Shah rio con cierto sarcasmo y apoyó la espalda sobre la silla.

—¿Motores listos, Ingeniero?

—Motores listos y en marcha, Shah.

—¿Máquinas listas, Teniente?

—Listas y en orden.

—Preparen ignición. Despeguemos ya.

Las turbinas de la nave con forma de halcón y cabeza de lobo se encendieron de

tal manera que parecieron soles estallando, el pasto de los campos se dobló hasta acariciar la tierra, los árboles se encorvaron, La Anubis brilló tanto que segó todo en una refulgente luz blanca y, elevándose y describiendo un ángulo rápido y brusco, dejó todo atrás con un relámpago, convirtiéndose en un punto blanco en el cielo.

—Acabamos de salir de Titán, preparando sistema de gravedad espacial.

—Deteniendo turbinas progresivamente, calculando ruta de órbita. Esperamos sus órdenes, Shah.

—Calcule la ruta y haga alto total, quiero hacer contacto visual directo con la nave espacial desconocida... Informe sobre ella, por favor.

—La nave espacial desconocida ha desacelerado, hará contacto visual con ella en sesenta segundos —dijo el alférez, quien controlaba el sistema de radares—. Debo agregar, Shah, que es un cuerpo realmente inmenso.

—Ya lo veremos. Habiliten la pantalla principal.

Dos brillantes líneas plateadas surcaron el monitor y, al levantarse una en dirección contraria a la otra, abrieron la ventana que permitía ver hacia el cosmos.

Panék tomó ambas manos entre sí, apoyándose sobre la silla, toda la tripulación operaba sus controles. Lo único que se escuchaba eran dedos y manos operando en un espeso silencio. Degauss se levantó de su silla, se colocó al lado del Shah y, cruzando los brazos, se puso a ver la pantalla, serio. Era como una tribu de cazadores, en silencio. La pantalla, sin embargo, solo reflejaba la misma negrura de siempre, con el destello de las constelaciones lejanas palpitando. Poco a poco, incluso el sonido del tecleo fue desapareciendo, y la quietud se hizo absoluta.

—Ahí está.

—¿Dónde?

Degauss hizo una seña con la cara.

—Ahí... Míralo.

Panék giró la cabeza para ver de vuelta a la pantalla y, en efecto, tal como su estrategia se lo había indicado, un punto titilante, aún más negro que la misma negrura del universo, se movía en la pantalla.

—A esa distancia, ni siquiera La Anubis y la Tungstenio puestas juntas tres veces serían visibles —comentó en voz baja el Ingeniero, con miedo.

—Shah, ya nos han visto.

—¿Cómo lo sabe, Ingeniero?

—Porque están tratando de comunicarse nuevamente... Y esta vez no por el Centro de Comunicaciones en Hamíl, sino directamente a nuestra nave, señor.

Panék y Degauss intercambiaron miradas brevemente.

—Comuníqueme.

—Canal de comunicación abierto.

Panék se puso de pie y habló en voz alta.

—Les habla el Shah Panék, de la nave espacial élfica Anubis, de Titán. Hemos recibido sus mensajes. Por favor, identifíquense.

El espeso, tétrico, silencio que sobrevino hizo, por un momento, pensar a todos que el mensaje del Shah no había sido siquiera transmitido y que las líneas estaban muertas.

—Aquí la Flota Federal de la Hermandad de Planetas Unidos. Sabemos que la nave espacial Tungstenio, comandada por Metallus del Titanium, está en la luna Titán. Por favor, entréguennosla.

—Entiendo su preocupación pero su identificación no es suficiente. ¿Quién comanda la nave?

Un breve período de silencio sobrevino, hasta que la voz mecánica emitió respuesta.

—La información es confidencial.

—Nunca había visto una nave así en la flota de la Hermandad Federal de Planetas Unidos.

—Esta es una embarcación secreta, en una misión secreta. Por lo mismo, no podemos revelar la información requerida por ustedes. La situación de la nave espacial Tungstenio ha impulsado que la Hermandad considerara conveniente el lanzamiento de esta unidad de combate. Por favor, entréguennos a Metallus del Titanium. No entregarlo recaería en una grave violación al Tratado de Planetas Unidos.

Panék se adelantó unos pasos. Mientras más se revelaba el inmenso monstruo negro, que se acercaba rápidamente a La Anubis, más profundo era el desagrado y la desconfianza marcada en su rostro.

—Una nave espacial de esa envergadura debe traer a bordo a un Comodoro, o por lo menos un Delegado Juez de la Hermandad Federal, quisiera saber quién.

Esta vez, el silencio fue más largo. Finalmente, la voz mecánica, lentamente, emitió una respuesta:

—El Juez Raah.

—Quisiera comunicarme con él, por favor.

—Shah de la nave espacial Anubis de la luna Titán entregue inmediatamente la nave espacial Tungstenio o incurrirá en una falta grave al Tratado de Planetas Unidos, que puede acarrear severas consecuencias, por favor...

—Insisto —atajó Panék, levantando más la voz—. Requiero hablar con alguien de mayor rango que usted. Por favor, comuníqueme con el Juez Raah.

—El Juez Raah no puede ser molestado ahora.

—Conozco personalmente al juez Raah, pues creció en Titán. Cuando usted le comunique que es Panék quien desea hablar con él, le garantizo, sin ningún resquemor a dudas, que él acudirá a hablar conmigo.

El Ingeniero de Comunicaciones giró la silla.

—Shah, la nave ha cortado la comunicación.

—¡Alerta roja, señor! ¡La nave ha acelerado su velocidad, se embalan hacia nosotros!

—Alerta roja, ¡preparen puestos de combate!

La alarma general cundió los pasillos. Los soldados empezaron a correr con el fin de ocupar sus puestos de combate, besando los símbolos que llevaban anudados a collares. Degauss se acercó lentamente hasta estar al pie de la pantalla, observando la gigantesca nave espacial en todo su esplendor, acercándose como una enorme, monstruosa, grotesca criatura marina, con la intención de hacer pedazos a su presa.

—Se tratan de comunicar nuevamente con nosotros, Shah.

—Comuníquelos.

—Habla el Capitán Meinhardt Hallyfax, de la Parca Imperial —dijo una voz rasposa, altísima y desagradable, que resultaba agonizante para el tímpano de los elfos—. Esta es la última oportunidad que tienen de rendirse. Su nave será abordada. Es la única alternativa que tienen, de lo contrario, afrontarán aniquilamiento inmediato.

Panék frunció el ceño y abrió la boca, sorprendido, observó a Degauss, y articuló con sus labios el nombre «Meinhardt Hallyfax», como si no hubiese dado crédito a lo que acababa de escuchar.

—Esto es malo, Panék. Esto es muy, muy, malo —gruñó, sentándose en su puesto, y bajando el inmenso arnés cableado que tenía el casco virtual desde donde podía ver al exterior de la nave.

Tanto los copilotos de la cabina como los ingenieros y el subcapitán, reflejaban en sus rostros no solo la sorpresa, sino también la incredulidad. El rostro estoico de los elfos se derretía lentamente para adoptar una expresión de miedo y desconcierto palpitantes aún más grandes que los que producía el inmenso tamaño de la Parca Imperial.

—¿Por qué la luna Io quiere declarar una guerra a Titán? ¿Han enloquecido? —preguntó el subcapitán, con altiva vehemencia—. No entiendo, son uno de nuestros mayores aliados comerciales. ¿Quién es el nuevo emperador? ¿Quién ha reemplazado a Gargajo y por qué hace esto?

—No —atajó Degauss, sin dejar de ver por la mirilla—. No es Io, ni tampoco es un nuevo emperador. Esa nave monstruosa no pertenece a la armada de esa luna, yo las conozco bien.

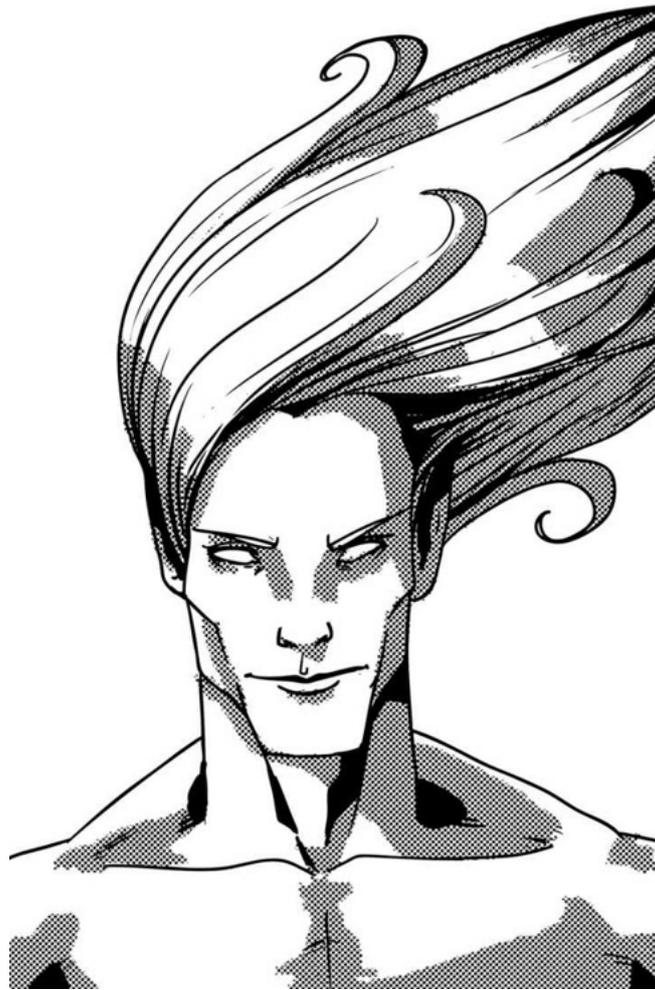
—¿Entonces no era Meinhardt Hallyfax?

—Sí era —dijo Panék, con voz sombría.

Se sentó en su silla, a la vez que los elfos lo observaban con caras desahuciadas, como gatos con expresiones humanas.

—Pero algo me dice que ya no es comandante de la Armada Imperial de Io, ahora está por su cuenta...

La cabina quedó sumida en un silencio profundo, que se sostuvo por largo rato, a medida que la tripulación calibraba cada movimiento de la nave enemiga y esperaba alguna orden de Panék. De pronto, uno de los elfos, un teniente, apretó los puños...



—¡Maldita mierda! —gruñó, dando un fuerte puñetazo a su tablero.

La abstracción que ejercía la Parca Imperial sobre los elfos se rompió, todos observaron fijamente al teniente. Panék y Degauss, que sacaba su cabeza de la mirilla.

—Lo siento, señor... Es que me he pasado los últimos días trabajando cerca de los ogros...

El ingeniero se levantó de su silla con un largo papel en la mano y se lo entregó a Panék, el malestar en su rostro era solo comparable con el desasosiego que expresaban sus ojos. Se acomodó los delgados anteojos redondos, y, frunciendo el ceño, esperó la respuesta de su Shah.

—¿Son las especificaciones y detalles de la nave?

—Los que pude averiguar desde la distancia a la que se encuentra de nosotros, Shah.

—¿En qué nos aventaja la Parca Imperial, además del tamaño?

—Básicamente en todo...

Degauss se acercó al respaldo de la silla de Panék, leyendo los datos del espectral papel holográfico que este sostenía en sus manos, hasta que Panék lo deshizo con sus manos, y este desapareció en una nube de píxeles brillantes.

—...Básicamente en todo lo que se refiere a combate —repuso el ingeniero—.

Sin embargo, tenemos la carta de la velocidad, somos mucho más rápidos.

—Lo que no quiere decir que ella tampoco tenga una maniobrabilidad formidable para su tamaño —intervino Degauss, levantando la cabeza hacia la pantalla principal, donde el monstruo había cobrado una nueva dimensión.

—¿Cómo lo sabe, estratega? Ese dato no aparece en mi reporte.

—Por la forma de la nave. Su diseño es francamente impresionante, quienes la construyeron no se basaron en los esquemas establecidos, sino que reinventaron por completo la ingeniería, el arte del diseño, todo. Ellos empezaron desde cero.

El elfo oscuro alargó un brazo hasta el papel que sostenía Panék, señalando en círculos el holograma de la Parca Imperial con su larga y afilada uña.

—La nave parece un búho gigante. Imagínense a un búho volando con las alas extendidas de lado y lado pero, en este caso, los pliegues de las alas van desde la cabeza hasta las patas. Toda su circunferencia, desde el morro a la cola, pasando por las alas, por todas y cada una de las curvas de la Parca Imperial, son una misma pieza. Como si hubiesen moldeado una montaña de metal en la forma de la nave, y no ensamblada pedazo a pedazo, como todos los navíos cósmicos.

—Pero ¿cómo diablos pudieron hacer algo así?

—Eso no lo sé, pero lo cierto es que ahí está, mírenlo ustedes mismos. Siendo así una nave de semejante tamaño puede girar y maniobrar con gran velocidad sin partirse.

Panék se llevó una mano a la boca, cerró los ojos y siseó una maldición.

—Y se pone peor —continuó Degauss—. Si lo que creo es cierto, Panék, las contusiones que pueda recibir semejante nave son mucho más reducidas que lo que cualquier otra. Nuestros misiles la van a afectar un 50% menos que a la Tungstenio; en cuanto a nuestros láseres, van a ser básicamente inservibles. Será como dispararle a una olla gigante, el único daño considerable que podríamos lograr con ellos es recalentar a esa cosa por dentro, pero para semejante cosa vamos a necesitar una flota entera.

—Eso sin contar que tienen un escudo protector, tal como el nuestro...

—Y la está capitaneando Meinhardt Hallyfax —murmuró Panék en solitario, como un agrio sarcasmo hacia su situación.

—¿Hay algún problema con eso? —preguntó Degauss, regresando a su silla y operando los equipos.

—Después de la primera vez que volamos en La Anubis, cuando puse mi pie sobre Titán, pensé que la segunda vez que lo hiciera no podía ser peor que la primera, por ello no te extrañe si todo esto me pone de mal humor.

—Siempre puede ponerse peor, Panék, siempre...

El copiloto señaló a la pantalla.

—La Parca Imperial ya está a suficiente distancia para abrir fuego contra nosotros, Shah.

—Entonces, básicamente, nuestra única ventaja viene a ser la velocidad, ¿no es

así?

Degauss asintió.

—Bien, pasen toda la energía de los láseres a los motores, quiero la máxima capacidad. ¡Piloto, aléjenos de ese monstruo! Ingeniero, encárguese que los motores estén óptimos y que su banco de energía reciba preferencia absoluta sobre cualquier otro sistema operativo de ingeniería, incluyendo la defensa.

—¡Sí, Shah!

—¡A la orden!

—Degauss, si tienes algo que decir, dilo ya.

—Sí, dispararemos a la cabeza de la nave, aun para la Parca Imperial, será muy difícil esquivar nuestros torpedos, cuenta eso como otra ventaja.

—Lo haré. ¡En marcha! ¡Vayámonos ya!

El lobo espacial de los elfos refulgió, el magma expulsado de sus motores, difuminándose en el espacio como un halo mágico, impulsó a La Anubis hacia delante y, llevándolo a describir un arco muy veloz, dejó una estela dorada tras de sí. De fondo, Titán cubría el horizonte, las nubes se movían alrededor del planeta como testigos de la batalla. La Parca Imperial se dispuso a perseguir a La Anubis. El coloso espacial describió el mismo arco, doblándose sobre sí hasta estar de medio lado, como si fuese una enorme rueda, creando susurros en el vacío del espacio, dando la vuelta al hemisferio de la luna élfica.

Un elfo muy alto, robusto, con una de sus orejas cubiertas por aros de plata, controlaba, con sendos guantes en las manos, que los contenedores de energía que servían para dar materia a los proyectiles láseres de La Anubis estuvieran completamente apagados y tibios. Abrió sus ojos de águila y sus pupilas se dilataron. Movié la cabeza para observar hacia arriba, hacia el soporte del techo, las vigas, las columnas de metal plateado, y luego, el suelo. Los vellos que salían de la chiva negra que le crecía en medio de su mentón sobresaliente empezaron a moverse, retorciéndose. Metió una mano entre la axila y el hombro del brazo contrario y con ello se zafó del guante. Acto seguido se colocó la mano sobre el mentón y sintió el cosquilleo. El elfo se colocó de vuelta el guante, trotó hasta los contenedores y, apoyando ambas manos en el vidrio oscuro, asomó la cabeza para observar dentro. La piscina de energía blanca vibraba y flotaban en complejas formas esféricas, como una lámpara de lava. Frunció el ceño, entrecerró los ojos como un gato y, dándose prisa, corrió hasta la puerta, oprimiendo el botón rojo del interruptor. En la sala de mando, el Jefe de Ingenieros recogió la llamada.

—Señor, tenemos un problema. Panék levantó la vista y, con un gesto, ordenó al jefe que hablara.

—Estamos detectando energía magnética en la Sala de Láseres, y lo mismo está ocurriendo en Ingeniería. Nos están llegando advertencias de toda la nave.

—¿Energía magnética? ¿Cómo es posible? ¿Hay una fuga?

—No, señor, estamos limpios. No sabemos de dónde proviene.

El copiloto abandonó su puesto y, abriendo un bulto metálico adherido a la pared, extrajo algo muy parecido a un control remoto.

—Es un lector de daños físicos de la Sala de Medicina, y es capaz de leer si existe radiación en el ambiente.

El Jefe levantó el auricular de su tablero para atender otra llamada de emergencia, pero cuál fue su sorpresa al ver que esta no provenía ni de Ingeniería, ni de la Sala de Máquinas, sino del bar.

—Shah —llamó, girando su silla, con el auricular aún en la oreja—, tiene que escuchar esto: en el bar dicen que todas las copas de cristal están resonando... Como si un dedo invisible estuviese acariciando los bordes en todas ellas.

Panék y Degauss intercambiaron miradas una vez más, a la vez que el jefe levantó el auricular para dejar escuchar el desagradable sonido que se colaba a través de las rendijas.

—El lector dice que no hay radiación en la nave —anunció el copiloto—. Los niveles son normales, no detecta anomalías. Por lo menos no en la cabina, Shah.

Degauss se adelantó unos pasos.

—Entonces no viene de La Anubis, sino de afuera. Alférez, enfoque una cámara hacia la Parca Imperial.

—Sí, señor.

La imagen de la pantalla principal, que hasta ahora mostraba todo lo que estaba delante de la nave élfica, cambió, y reflejó la parte posterior: se veía una larga pista plateada que se alargaba a lo lejos, y que era la cola de la nave; tras ella, apareciendo como un monstruo de detrás del hemisferio de la luna, cundió la Parca Imperial, asomándose a su persecución.

El Jefe de Ingenieros se levantó de su silla, quitándose los anteojos.

—Santo cielos... Miren eso.

—Es como si irradiara energía, energía invisible, ¿pueden verlo?

—Claro que sí —confirmó otro—. Es como el pavimento cuando está expuesto al calor mucho tiempo y exhala una especie de vaporcito transparente que va en ondas, pero mucho más grande y violento.

—Exactamente, alférez. A simple vista no lo pueden ver, no si miran la parte de la Parca Imperial que tiene como fondo el vacío del universo, pero observen la parte que está sobrepuesta a las nubes de Titán: ¡la Parca Imperial está rodeada de eso!

—¿Qué es?

—Es un rayo tractor —dijo Panék—. Han aplicado un rayo tractor.

El solo nombre de aquello produjo que toda la tripulación sintiera un vacío en el estómago. Los elfos volvieron a trabajar lentamente ante sus tableros.

—Es como si la Parca Imperial fuera una araña y el campo magnético alrededor de ella su telaraña. Si se acercan a unas cuantas millas más, nos van a atrapar.

—Y los residuos de ese campo es lo que está provocando las anomalías en la nave. ¿No es así, Shah?

—Sí, parece que Hallyfax disfruta de sus juguetes. ¡Aceleren la velocidad! ¡Tenemos que mantenernos en una posición segura, por lo menos hasta idear un plan!

—¡Sí, Shah!

Panék se puso de pie, subió los pocos escalones que conducían hasta el turboscensor y, una vez ahí, presionó varias veces el botón que estaba a un lado de la placa donde se hallaba una pantalla con un holograma que dibujaba todos los niveles de la nave.

—¿Qué haces? —preguntó Degauss, observándolo.

—Un plan de estrategia que a ti no se te ha ocurrido. Estoy llamando al personal de seguridad de la nave.

—¿El personal de seguridad? ¿De qué va a ser útil el personal de seguridad en esta situación?

Una voz salió de la rendija del comunicador.

—Jefe de Cuerpo de Seguridad a la orden.

—Le habla el Shah... Oiga con atención: revise toda la nave en busca de cámaras de seguridad, cámaras fotográficas, lo que sea. Quiero que reúna todo aquello que capte imágenes, video, incluso fotos de calor, de energía, no me importa. Distribúyalo entre todos sus hombres, repártanse en el bar, en la Sala de Cristal, en todos los lugares donde puedan tener una vista al exterior de la nave, y fotografíen todo.

—¿Pero qué tenemos que fotografiar o filmar, Shah?

—Usted se dará cuenta cuando esté frente a la ventana... ¡En marcha!

—A sus órdenes, Shah.

Panék retornó a su silla, a la vez que veía con atención a la pantalla, la cual seguía reflejando a la Parca Imperial, alejada de La Anubis pero metódica en su persecución.

—Si lo desea, Shah, puedo grabar lo que está reflejándose en la pantalla y guardarlo aquí —dijo el Jefe de Ingenieros, girando la silla.

—Hágalo.

—Quieres tener evidencias e información posible a mano para mostrarlo ante la Hermandad Federal. ¿No es así?

—Solos no podemos ganarle a la Parca Imperial, así que vamos a pedir ayuda.

—Felicidades, Shah —conminó Degauss, irguiéndose—. Sabia decisión.

—No tengo tiempo para pensar el trasfondo de lo que se está cocinando aquí, ni por qué Hallyfax es ahora un vulgar pirata espacial, ni quién diablos construyó esa monstruo, no conozco otras potencias en el Sistema Solar aparte de las de siempre, pero por ahora, todo lo que tenemos que hacer es sobrevivir.

—De eso me encargo yo.

—Excelente, Degauss. Toma el mando de la nave, yo tengo que hablar con la Hermandad.

Degauss tomó el puesto de Panék, a la vez que el Shah se puso en cuclillas al lado de la silla del Ingeniero de Comunicaciones.

—Quiero que abras una señal a la luna Elara y me comuniques con la

Hermandad. Diles que habla el Shah de Titán, Panék.

El ingeniero no pudo maniobrar sobre la computadora holográfica por más de cinco segundos sin que un molesto pitido resonara una y otra vez. El elfo torció los labios y, haciendo otra maniobra, volvió a encontrarse con el mismo sonido estrangulado.

—No puedo, Shah. ¡No me deja!

—Parece que no es solo un rayo tractor lo que han puesto a funcionar —prosiguió el ingeniero—. No nos dejan comunicarnos tampoco. De alguna forma, también nos han aislado.

—Intenta comunicarte entonces con la base de Hamíl. Es más cerca, así que podremos tener más éxito.

—Sí, Shah.

Pronto, la nube difuminada de interferencia dejó escuchar la voz nítida y profunda del elfo Tefnut Netikerty.

—Aquí, base. ¿Cómo va por allá arriba, señores?

—Mal, Tefnut —contestó Panék—. Escúchame bien: necesito que abras una señal ahora mismo con la luna Elara, comunícate con la Hermandad Federal, envíales una señal de alerta roja de Titán, pídeles que el Shah requiere asistencia de inmediato. Diles que hay una nave desconocida y hostil, pilotada por Meinhardt Hallyfax. ¿Captaste? Meinhardt Hallyfax. Anota eso.

—A la orden, Shah, no perderé el tiempo.

Dicho esto, la comunicación se cortó secamente.

—¿Te das cuenta de lo que va a pasar cuando la Hermandad venga y descubra que has tenido a Metallus todo este tiempo en Hamíl, Panék?

—Señor, la Parca Imperial ha dejado de perseguirnos —anunció el teniente, viendo su radar.

—Manténganos lo más alejado posible. Usen a Titán como un eje de separación entre ellos y nosotros —ordenó este, a la vez que observaba a Degauss—. Sí, me doy cuenta, pero lo importante es mantener a salvo a la tripulación. ¿Por qué siento que usted me vuelve a cuestionar, estratega?

—Tu decisión me parece, una vez más, la correcta. Y no te cuestiono, solo pretendo servirte como una conciencia aparte, como Kann.

—Lo haces bien, eres casi tan molesto como él.

Panék no acabó de sentarse nuevamente en la silla antes de que la voz del teniente, gritando, lanzara una nueva alerta.

—¡Shah! La Parca Imperial ha hecho alto total y ha desconectado su rayo tractor.

—Tal vez quieran volver a comunicarse con nosotros...

—No, Shah... ¡Se hallan sobre el cielo de Hamíl! ¡Están por hacer algo!

—¿Qué? ¡Maldita sea! ¡En pantalla!

La cabeza de la Parca Imperial se hallaba frente a la burbuja que representaba la atmósfera de Titán. La nave espacial se hallaba detenida sobre un punto, ajena por

completo a la presencia de La Anubis, que apenas era una migaja asomado sobre el horizonte de la luna.

—Van a evitar que la base de Hamíl se comunique con la Hermandad Federal.

—¡Detecto una enorme cantidad de energía concentrándose sobre la nave enemiga, señor! ¡Van a empezar a disparar hacia abajo!

—¡Alerta a la Bahía de Torpedos! ¡Armen las defensas! ¡Abran fuego a discreción! ¡VAMOS!

La Anubis volvió a resplandecer, embalándose en dirección a la Parca Imperial; desde sus costados resplandecieron luces blancas. Disparó dos misiles al mismo tiempo. Ambos proyectiles, recubiertos de halos brillantes, reptaron como fieras en pos a su objetivo... El primer y el segundo impacto, que vino pocos segundos después, apenas trastocaron el campo de fuerza de la Parca Imperial. No se produjeron sacudidas de ningún tipo.



—Capitán, La Anubis ha disparado dos veces contra nosotros. Impacto en el ala izquierda y en la cabeza. Se preparan para disparar otra vez...

Meinhardt Hallyfax estaba de piernas cruzadas, rascándose el mentón, mirando, a través de sus inescrutables espejuelos negros, en dirección a la pantalla.

—Oh... Vaya que piensan rápido. No importa. Prosiga usted, estimado comandante. Cargue el Vigor Cósmico y dispare contra el pueblo, vamos a hacer albóndigas de elfo.

El sonido difuso volvió a producirse en algún lugar lejano, en la piel de la nave.

—Otros dos impactos, señor. Los elfos han acertado la distancia a de su nave.

—No hagan nada, déjenlos que se acerquen a mí. Déjenlos... —dijo, levantando la mano donde sostenía una copa de martini con una flor margarita a un lado.

—Cargando el Vigor Cósmico.

Las patas eléctricas alrededor de una bola de energía, todas moviéndose y peleando unas con otras, como dedos hambrientos crecían rápidamente, produciendo un sonido huracanado alrededor de ellas, a través del interior del enorme cañón...

—¡FUEGO!

La gigantesca esfera fue eyectada. Los cúmulos naranjas que nublaban aquel espacio del cielo de Titán se hicieron blancos, a la vez que se rompían y despedazaban como algodones, anudándose unos alrededor de otros, como un enorme círculo rotante, con un profundo hoyo en el centro, donde había pasado el Vigor Cósmico.

Las pupilas de Panék se contrajeron hasta hacerse pequeños puntos dilatados, abrió su boca para dejar escapar un grito.

Degauss trotó hasta el puesto del Ingeniero de Comunicaciones, a la vez que este

levantaba la cabeza.

—La línea hacia Hamíl está muerta.

El Shah, viendo directamente hacia la pantalla principal, cayó de rodillas, y empezó a golpear el suelo con su puño derecho, incesantemente, una y otra vez. La tripulación veía a Panék, de pie al lado de sus sillas, asustados, pero más aún, desahuciados.

—Disparen. Disparen otra vez —gimió, arrojando otro puñetazo al suelo—. Dispárenles más torpedos. ¡Disparen! ¡¡Disparen!!

Cerró los ojos y apretó los dientes, solo para ver a sus hijos desfilar como figuras grises, lejos de él.

—Disparen... —gimió.

El copiloto se sentó sobre su silla, observando la pantalla, y preparando otros dos torpedos contra la Parca Imperial.

Degauss se puso en cuclillas, tirando del hombro de Panék, para verlo a la cara.

—Hathor está en la nave, Panék, yo lo subí. No quería decírtelo hasta que fuera necesaria su presencia.

—¡No me importa! —rugió—. ¡Hathor no es mi hijo!

Dicho esto, apartó bruscamente a Degauss y se sentó de vuelta en su silla.

—¡Lo mismo de antes! ¡El 70% de la potencia de la nave sobre los motores! ¡Comuniquen a la Bahía de Torpedos que se preparen! ¡Vamos a lanzarlos todos! ¡Quiero que busquen una manera de arrojar cuatro al mismo tiempo, sin poner en riesgo la energía extra que necesitamos para mantener la distancia!

—¡Shah, recibimos un llamado! ¡Viene de la Parca Imperial, Hallyfax quiere hablar con usted!

—¡IGNÓRELO!

—No. Reciba el llamado, Ingeniero —interrumpió Degauss—. Colóquelo.

El Ingeniero de Comunicaciones, con la frente llena de sudor, observó con miedo primero a Degauss y luego a Panék. Alargó una mano y presionó el botón, recibiendo la llamada de la Parca Imperial.

—Les habla Meinhardt Hallyfax. Nuestras computadoras indican que hay sobrevivientes en Hamíl. Al parecer, la mayoría se hallaba en una base subterránea. ¿Me equivoco, Shah? Panék se puso de pie, observando el comunicador.

—El silencio me dice que no. La computadora ha detectado sobrevivientes allá abajo. Lo voy a dejar claro, elfos: si se entregan ahora sin maniobras, sin trucos, sin plazos extra y sin idioteces todos seremos felices. De lo contrario, voy a disparar otra vez contra su pueblo, y todo lo que va a quedar es un cráter. Les dejo un par de minutos para decidir. Oh, y Shah, si yo fuera usted, desistiría de los torpedos, no es por ofender su posición como líder, pero créame si le digo que está usted optando por una maniobra equivalente a tratar de matar a un toro a pellizcos. Hasta luego.

La tripulación observó a su Shah, a la espera de una orden. Tal como todos lo imaginaron, este decidió no ceder.

—Acerquen la nave y abran fuego. Mantengan la distancia con los cañones.

—Shah, el acercarnos solo aumentará un 15% el daño que le hagamos a la Parca Imperial, aún no sería suficiente para penetrar su escudo, y...

—¡CÁLLATE! ¡ACÉRQUENSE! ¡ACÉRQUENSE AHORA!

La tripulación se puso a trabajar inmediatamente, La Anubis, recubierto en aquel magma brillante, se adelantó como un águila.

—La mejor forma de evitar cualquier daño de la Parca Imperial es poniéndonos sobre ella —dijo Degauss—. Tracen la órbita y háganlo.

—Sí, señor.

—Los torpedos de La Anubis tienen una energía cientos de veces más grande que el espacio del receptáculo donde están contenidos, provocando que puedan volar y desintegrar millas enteras cuando son liberadas. Sin embargo, el escudo de energía que está utilizando la Parca Imperial (tal como su arquitectura) proviene de una tecnología que ni siquiera nosotros conocemos —prosiguió el elfo oscuro—. Panék, nuestras oportunidades de ganar esta batalla son nulas. Comparto tu decisión de no caer en el chantaje de Hallyfax, pero será mejor que pienses en algo que nos lleve a algún lado, y pronto.

Panék tenía los ojos en el visor principal, sin embargo, no era la nave enemiga lo que veía realmente, sino a Pisis y a Tepemkau, sus ojos amarillos reflejaban una ira demencial. Después de ese vuelo, Panék ya no volvería a ser Shah.



La Anubis pasó en rasante cerca de un alerón y, acelerando, voló sobre ella. Desde la pantalla principal, daba la impresión de que la nave cabalgaba a una ballena.

—Ven, ven a mí...

—Voy hacia ti, maldito, ¡voy hacia ti!

—Acércate, ven, ven, alcánzame.

—Te voy a hacer pedazos.

—Ven e inténtalo.

—Panék, ¿qué estás susurrando? ¿Con quién hablas? Panék giró la cabeza para ver a Degauss como si hubiese acabado de despertar de un sueño, un sueño con los ojos abiertos.

—¿No lo escuchaste? —murmuró, sintiendo dormida su cabeza, y cayendo en cuenta, poco a poco, de lo extraño de su propia pregunta.

—Capitán, la nave élfica se ha colocado encima de nosotros.

Meinhardt Hallyfax parecía una gárgola hecha en la forma de un hombre: estaba quieto, como si fuese de cemento, y tenía ambas manos apoyadas sobre las piernas. Demoró en responder.

—Lo sé. Y ese ha sido su peor error. Apaguen las luces.

La cabina de la nave se puso a oscuras, de modo que, nuevamente, parecía un universo encerrado dentro del universo real: no había nada en la negrura más que dos paredes, un techo lleno de lucecitas amarillas y monitores reflejando órbitas holográficas. Los oficiales, como niños hipnotizados, apoyaron sus cabezas a los tableros, y colocaron sus brazos sobre ellas, resguardándose.



Hallyfax se puso de pie, desenroscando los espejuelos negros de sus ojos... Desde que Degauss le había pedido que abordara La Anubis, Hathor se hallaba en todo momento al lado de Knaach, como si el león fuese su guardián máximo. Si el felino no hubiese estado dispuesto a acompañarlo apenas él lo pidió con los ojos, tal vez el chico no hubiese reunido el valor suficiente para abordarla una segunda vez. Hathor no había visto todavía el tamaño de la Parca Imperial, no le había producido ninguna curiosidad asomarse por alguna ventanilla para atestiguarlo, porque un sentido inédito, mucho más potente, completo, amplio y poderoso que el de la vista de los seres comunes se lo había confirmado desde mucho antes. Ahora, además, sabía que estaban volando sobre el monstruo, y sabía también que este había disparado contra Hamíl. Toda la información se la iba diciendo a Knaach, con tranquilidad, como si estuviese dentro de un trance. Este, a su vez, quiso hacer uso de toda la estoicidad habida dentro de su cuerpo para mantener la calma y no pensar en Claudia, quien se hallaba allá abajo. Para ello apoyaba el peso de sus preocupaciones sobre un consuelo: el refugio de los elfos, del cual había oído que poseía una resistencia formidable, y que precisamente estaba construido para ese tipo de ataques. El chico se apoyó a la pared y se dejó caer arrastrando la espalda, levantando las rodillas y pasando sus brazos alrededor de estas. Su mirada parecía desorbitada.



—¿Qué pasa, Hathor? —preguntó el león, empujando el hombro del chico con su hocico.

—Me duele la cabeza... Cielos.

Cerró los ojos, apretó los dientes, se llevó ambas manos a las sientas, gimiendo.

—¡Voy a traer un médico!

—¡No! ¡No! —gimió—. No van a ayudarme, no pueden hacerlo. Quédate conmigo.

Hathor apoyó las manos al suelo, los mechones de cabello de color amarillo claro, que cada vez parecían más blancos, caían por su cara. Su estómago subía y bajaba, como si estuviese a punto de vomitar.

Knaach bajó la cabeza para colocar sus ojos a la altura de la frente del elfo.

—¿Qué diablos sucede contigo?

La cara de Panék se hallaba bañada en sudor, sin darse cuenta, se encontraba a sí mismo agotado, respirando agitadamente. El interruptor de comunicación se activó, giró la cabeza apenas la lucecita roja intermitente le indicó que entraba una llamada, la voz habló clara y fuerte:

—Panék... ¿Me escuchas? ¿Me puedes escuchar, Panék?

—Te escucho...

—¿Sabes quién soy, verdad? ¿No me habrás olvidado?

El Shah se llevó las manos a la cabeza, cerrando los ojos, respirando con dificultad.

—No, ¿cómo puedo olvidarte yo, Marion? Eso ni siquiera lo menciones. ¿Cómo olvidarte a ti, si desde que tú te fuiste, mi vida terminó?

—La eternidad, todo lo que es el paraíso, todo aquello que es sublime ha sido siempre marchito para mí, porque no estás tú. ¡Se dice que en la muerte, el tiempo pasa rápido en el mundo de los mortales, pero eres tanto, Panék, que sin ti, cada hora es eterna! ¡Te amo!

—Marion, quiero irme contigo. Si yo me quito la vida, y el infierno es lo que me espera, pues prefiero que deshagan mi alma en mil pedazos, y dejar de existir...

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí, más cerca de ti de lo que imaginas! ¡Por dios, Panék! ¡No creerías las cosas que he visto, no creerías todo lo que hay! ¡Un mundo infinito de posibilidades, más allá de los límites de la mente! ¡Podemos estar juntos en minutos, mi Panék, mi Shah! ¡Ven! ¡Ven a mí!

—¿Cómo?

—Baja los escudos y abre las compuertas principales de la nave. Ábrelas, amor, y déjame entrar a la nave.

Panék alargó una mano hasta el pequeño tablero holográfico...

—Pero Marion, no puedo hacer eso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si lo hago, si abro las compuertas, voy a exponer a la nave al vacío y todos van a morir.

—Me tomará solo pocos segundos entrar, Panék... Yo te diré cuando esté dentro y las podrás cerrar de vuelta.

—No, Marion ¡no entiendes! ¡No puedo hacer eso! ¡Oh, por dios!

—Panék, si no puedes hacerlo, no importa.

—¡No, Marion, no te vayas! ¡No te vayas!

—No tengo tiempo, me están arrastrando.

Panék dio un salto sobre su silla, su dedo estaba sobre el botón.

—Voy a abrirlas.

—¡Pronto! —suplicó, aterrorizada—. ¡Si descubren que estoy aquí, me van a llevar de vuelta!

Panék levantó la cabeza y, con sus ojos vidriosos, vio, con pesada consternación, que su tripulación estaba echada en el suelo, frente a sus sillas, en posición fetal, delirando.



Degauss apenas se mantenía de pie con los brazos tomados del respaldo de su silla, viéndolo.

—¿Quién eres?

—¡Panék! ¡Vuelve, por fav... P... Por... Por... Por... Por... Por...!

Los elfos volvían lentamente a sus sillas, viéndose las caras.

—¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE YA! —gimió el alférez, apoyando las manos sobre la pantalla.

Degauss caminó maltrechamente hasta Panék y se apoyó de sus hombros.

—Va a volver dentro de poco, quiero que pienses bien...

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Marion?



Hathor se había mordido, sin querer, las comisuras del labio inferior, su barbilla estaba llena de sangre. Si dejaba de apretar los dientes, se desconcentraría, si abría los ojos, también se desconcentraría. Hacía rato trataba de no escuchar a Knaach, y este, por su parte, había desistido de hablarle, pero lo sentía cerca, y eso era lo que importaba. El león era como un segundo apoyo. Pensaba, con toda la fuerza que su cuerpo y voluntad unidas le permitían, en un sólido muro de ladrillos. Un muro de ladrillos que, exactamente igual a como Hathor lo veía en su mente, Hallyfax (enojándose cada vez más) veía en la suya.

Un muro que, además, no podía penetrar. Las sienas de su cabeza calva palpitaban, como si bajo ellas hubiese gusanos moviéndose.



Hathor gritó. Su muro de ladrillos tembló; podía escuchar cómo se rompía lentamente. Intentaba contener a Hallyfax, recoger todo su horrible, espeso y viciado campo psíquico dentro de sí mismo, para que no contagiara a los otros... Pero ya había llegado al límite de sus fuerzas. Panék estuvo a punto de hundir sus garras en sus oídos, para dejar de escuchar la voz de Marion, que por momentos volvía y lo llamaba.

Degauss gruñía como una fiera, intentando apartar de su mente todo aquello que no fuera su computadora. Por la forma como abría los labios y mostraba sus dientes, podía verse que, por intervalos, debía hacer más esfuerzo para concentrarse, como si el dolor llegase por ondas irregulares. Hathor lloraba como un niño pequeño, sin control. Su cara se estaba volviendo cada vez más roja y ahora escondía la cabeza entre sus dos puños, gruñendo. El muro de ladrillos se estaba haciendo pedazos poco a poco.

Crack.

Se caían los ladrillos.

Crack.

Se rompía cada vez más.

El rostro de Hallyfax era la personificación de todo lo depravado, sus ojos negros, y el pequeño punto púrpura y amorfo que representaban sus pupilas, se mantenían quietos, como los ojos de un insecto, pero su cabeza se movía, como si vibrase, concentrando toda su fuerza sobre un solo sitio; destruyendo, despedazando, viendo a través de los espacios vacíos de los ladrillos que hacían polvo a un niño arrodillado. Comenzó a concentrar aún más su poder, para desollar su cerebro. Panék se sentía como si acabase de despertar de un sueño de varios días. Tenía la mente obnubilada, la garganta seca, no podía sentir su lengua.



—Tenemos que salir de aquí ahora mismo ¡Ahora mismo! —ordenó Degauss—. ¡Preparen máquinas!

¡Ingeniero, prepárese para abandonar la órbita de Titán!

—Sí, señor.

Tomó el hombro de su estrategia y lo encaró.



—¿Qué sucede, Degauss? ¿Por qué tomas una orden sin mi consentimiento?

—¡Porque tal vez le estoy salvando la vida al único hijo que te queda!

—Eras tú, maldito, pequeño bastardo, estás ahí atrás... ¿Quién eres? ¿Cómo has podido hacer esto?

Hathor sollozaba; ocultó aún más su cabeza dentro de sus brazos, temblando sin control. El muro de ladrillos apenas se sostenía, estaba casi deshecho. Hasta aquel momento, él solo había estado a la defensiva. Pero una fuerza, muy, pero muy fuerte dentro de él, estaba impulsándolo, tentándolo a pasar a la ofensiva... Una vez que el pequeño elfo aceptó esto, se llenó de valor, y levantó la cabeza. Abrió los párpados y

sus ojos eran dos luces fugaces, blancas y violentas. Como fuego pálido.

Hallyfax se cubrió los ojos inmediatamente, arrojando un alarido incontrolable, y dándose la vuelta. Los plutonianos levantaron la cabeza a oscuras, asustados, contorneaban las espaldas, como si sobre sus columnas vertebrales sintieran de pronto un frío mortal. El capitán de la nave gritaba como si se hubiese despertado de una pesadilla.

—¡AAAAAAH! ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! —aulló, dando vueltas, con un brazo cubriendo sus ojos—. ¡MALDITO! ¡MALDITO!

Las criaturas que estaban en el camarote de Hallyfax, aquellos quienes lo atendían tan cuidadosamente, levantaron los tentáculos que colgaban de sus cabezas, aterrorizados, como si pudieran sentir el dolor de su amo. Desde la Plaza Principal de la Parca Imperial, los tripulantes se pusieron de pie: vampiros, plutonianos y nereidanos, viendo hacia la gran torre oscura por la que la columna de hierro de un ascensor conducía a la cabina de la nave a su capitán. Sus gritos resonaban como los de una bestia herida.



Knaach se puso en cuclillas, como un felino que espera en silencio a una presa, para así amortiguar la caída del cuerpo de Hathor, que se había desmayado.

Panék estaba ya sobre su silla, dictando órdenes para trazar el curso rumbo a la luna Elara, a la velocidad de la luz.

—Degauss, toma el mando.

—¿A dónde vas?

—A buscar a Hathor, quiero verlo. Quiero verlo ahora.

—Bien. Justo cuando se levantaba de su silla.

La Anubis dio un fuerte tumbo, que le hizo perder el equilibrio y que disparó todas las alarmas de la nave.

—¡Shah! ¡No podemos movernos! ¡Es la Parca Imperial! ¡Han conectado su rayo tractor otra vez, y nos ha atrapado!

Degauss trotó hasta la silla del ingeniero.

—Coloca toda la energía de la nave sobre los motores, sacrifica el 60% del soporte de vida del sistema si es necesarios aun sin el generador de aire tenemos suficiente oxígeno para llegar a Elara.

—No, no puedo, señor. No puedo. Han anulado los sistemas, ¡nos tienen atrapados!



La nave volvió a dar otro tumbido violento, una pesada viga de hierro cayó del techo sobre el suelo, a la vez que una computadora empezó a vomitar chispas.

—El campo de fuerza de la nave enemiga está haciendo presión contra el casco de la nuestra, van a partirnos como si fuéramos un huevo.

—Eh, ¿qué es eso? ¡Miren todos la pantalla principal!

—¿Qué es?

—¡Es la Tungstenio!

La nave espacial de los ogros se acercaba a la deriva de la Parca Imperial.

Metallus del Titanium, sentado sobre su silla, veía con atención a la pantalla.

—¡A mover el culo! —gritó—. ¡¡Dense prisa!!

El artillero, con su gruesa mano cerrada alrededor de una palanca, fijaba, viendo a través de la pantalla, al inmenso monstruo negro.

—¡Moco Dick está en la mira, señor!

—¡Los tres reactores están en línea!

—¡Energía al 40... 60... 80... 95...! ¡¡100% y sobrecargando!!

—¡DISPAREN EL DEDO DEL DIABLO!

La Tungstenio se convirtió en una supernova. El disco espacial concentró toda su energía sobre un punto, creando una bola de energía frente a sí que, en poco tiempo, arrojó un torrente de materia brillante contra la nariz de la Parca Imperial.

El puño de energía la golpeó. El escudo verdoso que rodeaba a la gigantesca nave vibró y se encogió, creando una tormenta eléctrica entre ella y el fuselaje. Como si hubiese sido un puñetazo certero, la empujó hacia atrás de golpe. Panék cayó de espaldas sobre su silla.

—¡Estamos libres, señor! ¡El rayo tractor ya no nos tiene!

—¡En marcha, vámonos de aquí!

La Anubis, recubierta en fuego, se proyectó sobre Titán, a la vez que la Tungstenio, sin perder el tiempo, la seguía detrás.

—Reporte de daños.

—Los sectores 10, 13 y 24 han perdido la energía por completo, Shah. Están operando a oscuras. Seis proyectiles láser se desprendieron; fueron arrancados de La Anubis. Afortunadamente, la sala médica e Ingeniería están intactas.

—Quiero que toda seguridad busque a mi hijo ahora. Llénenlo a la enfermería.

—Sí, Shah.

—¿Qué ha pasado con la Parca Imperial? —intervino Degauss.

—Sufrió un impacto, señor —contestó el ingeniero, leyendo rápidamente los datos que caían del holograma—. Su escudo está descompuesto, pero el fuselaje está intacto. El daño ha sido mínimo.

—¿Quieres decir que recibió un golpe directo del arma secreta de los ogros y está intacta?

—Me temo que sí, señor.

—¡Alerta, Shah!

—Oh, por dios, ¿qué sucede ahora?

—¡La nave enemiga se está moviendo! ¡Va tras nosotros!

—¡Aumenten la energía de los motores ahora!

—No, nosotros estamos a salvo, Shah.

El problema es la Tungstenio. ¡A la velocidad que va, la Parca Imperial les dará alcance en cinco minutos!

—Abra una comunicación con la Tungstenio.

Pronto, la pantalla principal de la nave reflejó a Metallus y el resto de la cabina. El anciano Rockengard estaba sumido en sus propios controles, trabajando, así como el resto de la cabina exhalando en atmósfera tensa.

—¿Qué sucede? —preguntó Panék, de pie—. ¿Por qué no aumentan la velocidad?

—¡Porque hemos disparado el Dedo del Diablo! ¡Tenemos un déficit de energía, y los motores deben recargarse! —contestó Metallus—. ¡Eso, y que además llevamos sobrecarga, pues tenemos a bordo a toda Hamíl!

Pisis y Tepemkau salieron de detrás de la silla de Metallus.

—¡Hola, papá!

—¡Ufa! ¡Me siento como enana en este sitio!

Panék levantó instintivamente el brazo, como si a través de la pantalla pudiese tocar a sus hijos. Justo en aquel momento, un sonoro golpe, seguido por una turbulencia, impactó en la nave de los ogros.

—¡Señor, la nave enemiga nos dispara con proyectiles láser! ¡Escudos al 80%!

Otro golpetazo, que tiró a los chicos al suelo, hizo sacudir la cabina.

—¡Escudos al 65%!

Panék se dio media vuelta.

—Den la vuelta, carguen los torpedos, vamos a pelear contra la Parca Imperial.

—Puede que nuestros torpedos hagan algo de efecto ahora que el escudo de ellos ha bajado considerablemente. Aun así, las probabilidades siguen siendo mínimas.

—Lo mismo opino —dijo Rockengard *levantando la cabeza*—. Ni aun entre los dos tenemos un chance. Vi trescientas bahías de torpedos. Ni siquiera sumando las nuestras nos acercamos a eso.

—Metallus, ¿cuántos proyectiles pueden disparar al mismo tiempo?

—¡Seis, pero tenemos que sacrificar mucha energía, que prefiero guardar para aplicar otra vez el Dedo del Diablo! ¡Pero aun así la fuerza que tendría será solo el 50% de lo que fue antes!

—Vale la pena intentarlo, tal vez consigamos que detengan su nave para hacer reparaciones. Nosotros vamos a intentar distraerlos y esperaremos a que carguen sus motores. ¡Preparen torpedos!

Dicho esto, un golpetazo sobre La Anubis hizo que una computadora explotara, y el elfo que estaba sentado frente a ella cayera al suelo junto con el respaldo de su silla roto, cubriéndose el rostro.

—¡La Parca Imperial nos dispara también!

La Anubis apenas se alineaba por varias millas de diferencia con la Tungstenio, tratando de adelantarse a ella. El gigantesco monstruo espacial, haciéndose cada vez más inmenso, repartía castigo a ambas naves por igual. Los láser que disparaban, delgados y azules, abría cicatrices sobre el fuselaje de ambas naves.

De las fauces de la Parca Imperial, el inmenso cañón del Vigor Cósmico (que era del mismo tamaño que la nave élfica) se asomaba otra vez, reuniendo energía. Poco a poco, de la punta oscura del mismo, los tentáculos arácnidos se asomaron, hambrientos, histéricos, resonando como una bola de hormigas eléctrica.

—¿A quién de los dos voy a matar primero? —se preguntó Hallyfax, con una enorme sonrisa en el rostro, mientras sus serviles criaturas lo atendían—. ¿A quién vuelo primero en pedazos? ¿A Metallus o al pequeño que me ha hecho daño? ¿A quién? Oh, me voy a comer los tirones de carne que queden entre los escombros de ambas naves.

El Vigor Cósmico ya estaba listo, crujiendo y danzando sobre la punta del cañón. Finalmente, cuando se disparó, para poner fin a La Anubis, una pared de energía magnética la detuvo. Una estridente risa, por momentos, cundió al universo entero.

—¿Qué diablos ha sido eso?! ¡¿Qué ha pasado?!

—C... Capitán Hallyfax, N... No lo va a creer —gimió un plutoniano, viendo desde su monitor—. ¡Hay un elfo allá afuera, flotando!



—¡No lo puedo creer, DIO! ¡NO LO PUEDO CREER! ¡Casi los matan!

La esfera metálica de color negro giraba a su lado, mostrando imágenes de la Parca Imperial, de Meinhardt Hallyfax, de Metallus del Titanium y de Panék. Los cabellos plateados del poderoso elfo estaban erizados como por una brisa, a la vez que extendía sus dos brazos hacia delante. Varias millas frente a él, el gigantesco Vigor Cósmico, deshaciéndose lentamente, estaba atrapado entre dos paredes de energía, que difícilmente la habían contenido.

—¡Vaya, vaya! —exclamó, tras otra risotada—. ¡Nunca, DIO, nunca pensé que lograran darme trabajo con sus... máquinas! ¡Pero casi lo hacen! ¡Caramba! Pero nos hemos divertido mucho, ¡a que sí, DIO! ¡Jaja! ¡A que hace años no me ves divertirme así! Pero tal vez debí intervenir un poco antes ¿no te parece? Tst... Creo que por querer ver todo el espectáculo, he dejado que pasara más de lo necesario, ni modo... Esto los detendrá un rato... ¡Anímate, Dio! ¡Vamos a hacer una visita!



Degauss veía, junto con el resto de la tripulación, al enorme sol azulejo que

estuvo a punto de darles muerte, atrapado entre dos campos de energía, por cuyo otro extremo se veía a la Parca Imperial, que disparaba contra la pared, intentando traspasarla.

—¡Shah! ¡Nos llaman de seguridad!

—¿Qué sucede?

—No lo va a creer, pero dicen que alguien está «tocando la puerta» tras la compuerta principal de la nave.

—Ordene a los hombres que salgan de ahí y abra la compuerta, déjelo pasar. Degauss, quedas al mando de la nave. Yo voy a recibirlo.

—Sí, Shah.

Los elfos, boquiabiertos, veían a través de la ventanilla de la puerta a la esfera negra flotante y al hombre, como si este fuera un dios. Apenas la compuerta tras él se cerró, apartándolo del universo, este se sacudió sus cabellos blancos, mostrando sus orejas puntiagudas, y saludó con la mano a los tripulantes, que se hallaban aterrados tras una compuerta con una ventana. Estos se hicieron a un lado, al ver que, de repente, el niño elfo, acompañado del león, los apartaba bruscamente. Hathor abrió la compuerta, para el horror de todos.

—¡Casi nos matas! —le gritó el chico, plantándose frente a él y la esfera—. ¿Qué te pasa? ¿Es acaso este el modo en que recibes a tu padre?

27

TRAIDOR

Apenas Knaach hubo visto al gran hombre de cabellos plateados, y a aquella computadora esférica, grande, que rotaba lentamente (y que mostraba su rostro y melena en los monitores holográficos que orbitaban torno a ella si se acercaba mucho) supo, entonces, por qué Hathor era tan extraordinario. Por qué podía escuchar hasta pequeños comentarios a millas de distancia, por qué tenía aquella resistencia tan superior en comparación a Pisis y Tepemkau, quienes ya de por sí, en su condición de elfos, tenían una fortaleza y agilidad maravillosas. Por qué, con la mente, consiguió detener en el aire un muro de varias toneladas y, finalmente, por qué consiguió repeler AQUEL ataque psíquico que iba a destruir a la tripulación de La Anubis. Porque era el hijo de aquel sujeto que Claudia había visto. Y este, su padre. Su padre real, su padre biológico. Por otro lado, el chico nunca le había confesado AQUEL detalle, que Hathor de hecho sí sabía quién era su padre biológico y que, por lo tanto, siempre supo de quién estaban hablando cuando Claudia contó su historia. Hubo siempre mentiras de parte y parte. Pero al final, ¿de quién más podía haber sido hijo, entonces? Un hombre inexplicablemente poderoso, capaz de flotar en el espacio sin traje, capaz de abrir una brecha a una nave, seguido por una esfera circular, algo raro, movido por una tecnología desconocida. Knaach no estaba molesto, cada quien era libre de mantener ciertos secretos, pero sí se resintió por lo que tuvo que sufrir Claudia, cuya credibilidad fue puesta en tela de juicio incluso dentro del bar de Tefnut, en Hamíl, cuando durante la reunión, hubo gente que sí sabía perfectamente quién era AQUEL sujeto del que la niña ogro había hablado. Ahora, los ogros sabrían que la hija de su rey no era una mentirosa.

Panék no tardó llegar a la sala de espera. Encontró a Hathor a un lado, con los brazos cruzados, y el ceño fruncido, viendo hacia la pared, y a su padre del otro lado, sacudiéndose los hombros.

—No pensé que intervendrías —dijo el Shah, con frialdad.

—La vida de mi hijo está en peligro, ¡por supuesto que debo intervenir! ¿Tú qué opinas, DIO?

La computadora reflejó imágenes del rostro de Panék. El elfo intentaba armarse de paciencia.

—¿Tienes idea del alboroto que armaste, Amén?

—El anonimato ya empieza a ser molesto, «Shah» —dijo, burlesco—. Además, ¿no tienes mejores preguntas que hacerme, aprovechando que puedes hablarme de nuevo? ¿Como por ejemplo, qué es esa nave negra? Panék giró la cabeza para observar a Knaach, como si fuese un intruso.

—Vamos a hablar en privado. Y tú vienes con nosotros, Hathor.

Los tres elfos desaparecieron tras el portal.

Knaach se sacudió la melena, y se dio media vuelta, caminando a través de la compuerta del lado opuesto, que lo llevó a lo que él ya tenía denominado mentalmente como «los pasillos de platino» en su mapa mental de la nave. El león trató de no pensar mucho en todo lo que había visto, lo que Panék y el sujeto extraño, llamado Amén, hicieran, no era problema suyo; y tampoco le interesaba en lo más mínimo. Solo quería conversar con Hathor, para que este le explicara por cuenta propia lo que deseara contarle. Era evidente —pensó— que a Hathor no le agradaba en lo más mínimo su padre, que dicho sea de paso, a pesar de todos los poderes que tiene, habla como un loco, y actúa como uno. Tal vez por eso lo han mantenido en secreto. Por lo menos, ahora imperaba cierta sensación de seguridad. Llegó hasta una redoma dentro de los pasillos, que se dividía en tres caminos que se perdían a la vista, cada uno lleno de salas. Knaach sabía qué camino tomar, sin embargo, un sonido familiar le llamó la atención, y decidió desviar su rumbo, para introducirse en la Sala de Ingeniería.

Apenas la compuerta se dividió en dos, se llevó una sorpresa al ver a dos sujetos trabajando arduamente en reparar un sistema fallido gracias al rayo tractor de la Parca Imperial, que los elfos no se habían dado aún a la tarea de arreglar por sí mismos. Eran Hermoso y Precioso. Los leones se estaban manchando de aceite.

—Oh, hola, Knaach.

—¿Ustedes? ¿Qué hacen aquí? —preguntó sorprendido.

—Pues reparando una fuente de energía alterna que sufrió un cortocircuito —contestó el otro—. No podemos aplazar el trabajo porque si no, la enfermería podría quedar con un bache en su flujo de energía. ¿Te puedes imaginar algo más horrible?

—Pero... ¿Ustedes saben de esto?

—El señor Degauss nos enroló en la nave como alférez. No es un rango muy alto, pero él dijo que estaba sorprendido por nuestros avances —repuso Precioso.

Knaach quedó en silencio, viendo cómo los leones intercambiaban herramientas con sus gruesos dedos, y arreglaba cada cual, por su lado, esto y aquello, concentrados.

—Estuvimos meditando mucho —dijo Hermoso, al ver que Knaach se quedaba así, tan de piedra, mirándolos—. Comprendimos que nunca es tarde para iniciar algo nosotros mismos. Quizá vernos crecer como individuos es una riqueza más grande al final de un día que todos los años que vivimos haciendo nada en el palacio de Hamíl. Creo que hace falta iniciar ese cambio, para darse cuenta de que sí vale la pena.

—Hermoso y yo queremos llegar lejos, y tenemos la fortuna de ser criaturas que tienen una existencia muy, muy, larga en comparación a otras, inclusive los mismos elfos. A partir de AQUEL día, decidimos no perder más el tiempo. Además, si nosotros somos los últimos leones que quedan, vale la pena hacer algo para que todos nos recuerden siempre.

Cuando Hermoso se unió a Precioso para reanudar sus labores, Knaach ya se había marchado del lugar, para no interrumpirlos más.



Claudia abrazó a su padre, quien estaba sentado en su silla, en la cabina de la Tungstenio.

—¡Oh, nena, es mejor que vayas de nuevo a la Sala de Seguridad! No quiero que andes por acá.

—Estamos seguros, papá —respondió la niña—. No hay nada de qué preocuparse.

—¿¡Cómo te escapaste de Rockengard!? ¡Le dije a ese anciano senil que tuviera un ojo encima de ti!

—Solo bastó decir que quería cinco minutos libres para ir a molestarte, y él me dejó.

Claudia abrazó a su padre nuevamente y apoyó la cabeza en su regazo. Metallus pasó una mano por su espalda. Padre e hija estaban solos en la cabina, a excepción del técnico de comunicación, quien, ajeno a la conversación, operaba su computadora. Metallus acercó la cabeza al oído de Claudia.

—(Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti) —le susurró.

—¿Por qué?

—(Porque dijiste la verdad, y la mantuviste como una princesa valiente, por más que sabías que nadie te creería).

—¿Nos salvó la vida, verdad? —preguntó la niña, con la cabeza recostada al estómago de su padre.

—(Sí. Pero ahora hay mucho que nos deben explicar).

—Papá... ¿Por qué el Shah de los elfos te odia tanto?

—(Por la misma razón que tú serás una mejor líder para Iapetus y los ogros de lo que el odioso de tu padre jamás será).

—Señor, la Tungstenio está recibiendo una llamada. Viene de la Parca Imperial, quieren hablar con usted.

Metallus levantó la cabeza.

—Claudia, sal de la cabina. Hablaremos después.

La niña obedeció lentamente. Metallus no habló hasta que se hubo ido.

—¡Comunícalos!

La pantalla reflejó a Meinhardt Hallyfax, con una sonrisa de criatura abisal, y a su lado, a Osmehel Cadamaren.

—Querido Metallus del Titanium, su majestad ¡qué honor hablarle! ¡No puedo negar que me sorprendió su famoso Dedo del Diablo! Logró retrasarnos diez segundos.

—¡Meinhardt Hallyfax, vaya sorpresa! ¡Y también una lástima, porque para mí no es ningún honor hablar con un pobre, miserable, saco de mierda como usted!

Hallyfax torció los labios y su sonrisa se hizo más obscena.

—¿Capitán de segunda? ¿Sabes quién soy, verdad? ¿No te estará haciendo falta un tornillo, Metallus? ¿O tal vez tu carácter de ogro te impide ser un mal perdedor?

—¿Con quién te crees que hablas?! ¿Por qué no te quitas la máscara, para que ese mequetrefe porciano al lado tuyo y toda la tripulación de imbéciles de tu nave vomite!? ¿Crees que me engañas a mí!? ¿Crees que no sé tu pequeño secreto!? Hohoho, ¡supongo que el idiota de Cadamaren cree que ha gastado una fortuna en un gran capitán, cuando todo lo que tiene es un asqueroso hapalokiano que escapó de su pueblo y que usa sus poderes para ganar todos los combates difíciles!

—No estamos aquí para ponernos a pelear, caballeros —interrumpió Cadamaren, alzando un brazo—. Estamos aquí para ofrecerte un trato, Metallus. No hace falta que seas tan hostil, primero escúchanos, por favor.

Metallus se acomodó en la silla, y giró la mano en el aire, pidiéndole al plutarca que continuara.

—Metallus, te ofrezco algo que no puedes rechazar.

—¿Ah, sí?!

—Te ofrezco a Titán. Te ofrezco erradicar a todos los elfos de todos los pueblos de esa luna y convertirla en tu imperio, para que tú y tu gente puedan continuar ahí. Piénsalo, Metallus. Somos tus amigos, la lógica dice que lo somos, porque nuestros intereses han sido iguales a los tuyos: nos hemos deshecho de Gargajo por ti y también nos hemos deshecho del juez máximo de la Hermandad Federal de Planetas Unidos. Él está muerto, ¿lo sabías? Y el trabajito lo ha hecho Meinhardt.

Cadamaren guardó un breve momento de silencio, para que Metallus sopesara la buena noticia.

—Tengo planes para el Sistema Solar, su majestad, y quiero que usted esté a mi lado para el imperio que planeo. Tengo en mi poder a Io por sus empresas, fábricas y corporaciones, y tengo en mi poder a Plutón, en su integridad total. Son dos potencias económicas, Metallus. ¿Por qué no te quedas tú con Titán? ¡No puedo administrar todo yo! ¡Juntos, Hallyfax, tú y yo, seremos invencibles! ¡La Hermandad Federal de Planetas Unidos está perdiendo poder!

Metallus se acarició la barba.

—¿Qué te parece? ¿Te quieres quedar también con Iapetus, tu luna? ¡Pues quédatela y conviértela en tu arca de dinero, si eso quieres! Pues estarán viviendo en Titán. Tengo indicios de que Porcia se nos unirá apenas nosotros nos manifestemos como potencia, y más aún si tú estás con nosotros. Yo con mi poder económico, Hallyfax al mando de las fuerzas espaciales y tú al frente de los ogros... Dime, Metallus ¿acaso la Hermandad de Planetas será rival para nosotros? Como ves, te estoy ofreciendo todavía mucho más que retornar a tus tiempos de grandeza. Y esta vez, será por siempre.

—¡Ya veo...!



—Deshazte del Shah, dispara contra La Anubis. Luego llama a tus fuerzas en Iapetus y regresa a Titán de inmediato, ocúpala de una vez. El levantamiento empieza en pocas horas, Metallus, lo está preparado. Yo me dispuse a cerrar y retirar el capital de todas mis cuentas en todas las lunas, cosa que llevará directamente a la quiebra a varios gobiernos. Faltas tú.

—¡Hmmm! ¡Qué gran plan tienes, Osmehel! ¡Te felicito, y te confieso que me has sorprendido! ¡Es aún más grande que esa nave que tienes!

—Es tan grande como el Sistema Solar, querido Metallus. Los cálculos son sencillos: la Hermandad no tiene fuerzas como para enfrentar a tres potencias unidas.

—¡Sí, tienes razón, es tan grande como el Sistema Solar! ¡Pero yo también tengo una propuesta!

—Dime, socio...

—¡¡Enrolla tu plan e introdúcelo por el trasero, bastardo de mil mundos!! ¡¡Yo no estoy a la venta!! ¡Corten la comu...!

—Espera, Metallus, por favor...

Un tercer personaje, tan alto y robusto que dejaba al resto de la tripulación de la Parca Imperial como enanos, apareció entre Hallyfax y Cadamaren. Era Calizo Popstone. Sus anteojos cristalinos brillaban a la luz purpúrea y mortecina de la sala de mandos.

—¿Sabes? —dijo Calizo, suspirando—. Cadamaren era muy sincero cuando te ofreció ese trato, pero debo confesar que me alegra que lo hayas rechazado, porque eso quiere decir, por defecto, que yo tomo tu lugar como Rey, tan pronto te hagan

volar en pedazos, junto con tu Tungstenio.

El ogro, con su cara perfectamente afeitada y su pelo negro brillante, tomó sus espejuelos con una mano y empezó a limpiarlos con un pañuelo.

—No creas que nos perdemos de mucho sin ti —prosiguió Calizo, luego de una larga pausa—. Un hombre tan brillante e inteligente como Cadamaren sabrá reconocer en mí a un líder mucho más inteligente y ágil que tú, así que tal vez deba hablar por él al decir que se alegra de que hayas rechazado su propuesta. Habrías sido un mal elemento... Muy maleable. ¿Cómo si no, yo supe engañarte a mi antojo?

Metallus veía en silencio a Calizo Popstone, ministro y ogro al que su hija considerase como mejor amigo. Los ojos del rey no eran ceñudos, sino que expresaban cierta melancolía, a la vez que sus labios se mantenían cerrados, uno sobre otro, casi cubiertos por su tupida barba negra.

—Matar al agente especial Kannongorff en el tren aéreo de Plutón fue pan comido, el pobre creía tanto en su rey que, al yo decirle que venía de parte tuya, pues...

Calizo sonrió burlonamente.

—No tienes idea de qué tragicómico se veía, dos ogros escondidos en un tren. No fue fácil, no para mí, al menos no hasta la parte donde tuve que matar a Kannongorff.

—¡Vaya! ¿Y qué más hiciste?

—Como el señor Cadamaren es dueño absoluto de Plutón —prosiguió— fue solo una sencilla maniobra transportar el cadáver frío de Kannongorff a la nave Herschel Magnatino, y, desde luego, incriminarte posteriormente frente a la Hermandad Federal de Planetas Unidos. Pero, ¿para qué contarte esto, si la lengua del burro nunca será digna de caviar? Sin embargo, hay que reconocer que varias cosas salieron mal, pero no por mi culpa, ni tampoco del señor Cadamaren, sino por ciertas interrupciones... Tu hijita, por ejemplo...

Calizo sonrió.

—¿Sabes, Metallus? Deberías agradecerle personalmente al león que la acompañó en el viaje, porque de no ser por él, quien la despertó a tiempo para bajarse en la estación, yo me hubiese deshecho de tu cerdita ahí mismo, no te imaginas cuán, cuán poco faltó...

Calizo frotó sus manos.

—Sin embargo, el señor Cadamaren tuvo a bien aceptar mi idea, que, modestia aparte, era fantástica: cuando Claudia consiguió subir a la Herschel Magnatino, incriminarla también a ella te haría quedar a ti como un tipo mucho más sucio, detestable y desesperado frente a los ojos del Sistema Solar, por haber enviado a tu pequeña a hacer el trabajo sucio. Pero una vez más, hubo interrupciones, y la cerdita, contra todo pronóstico, volvió a sobrevivir —resopló, burlonamente—. ¡Debo agradecer que tu nave y La Anubis se hayan enfrascado en combate! Porque eso me dio tiempo de escapar y enviar las coordenadas de tu ubicación en Titán. De no ser por ello, la Parca Imperial todavía andaría buscándote.

—Calizo ha sido muy útil para la causa —prosiguió Cadamaren, dando un paso adelante—. Durante meses, nos estuvo pasando detalles importantísimos sobre la Tungstenio, que en parte ayudaron a los nereidanos a construir la Parca Imperial. Por otro lado, lo que más me duele de todo esto, su majestad, es que cuando Calizo nos dijo dónde se hallaba usted, nosotros movilizamos la Parca Imperial para rescatarlo de los elfos, y ofrecerle el plan, que acaba usted de rechazar. Una lástima. Será entonces un nuevo rey el señor Popstone, quien guíe a la raza de los ogros hacia un mejor futuro, en Titán. ¡Hasta nunca, señor Metallus Titanium!

El gran ogro tuvo que resistir el impulso de empezar a triturar cosas con su puño. Se quedó ahí, sentado, cubriéndose la cara con ambas manos. Mientras que, tras el marco de la puerta de la cabina, se hallaba Claudia, con la cabeza cerca de una rendija, que le permitió escuchar la conversación... La niña se llevó ambas manos a los ojos, llorando.

RÉQUIEM EN EL HIPERESPACIO

Hathor supo cómo encontrar a Knaach. El león se sentía feliz, pero a la vez, melancólico. Eso solía confundirlo y molestarlo al mismo tiempo, pero en este caso no sucedió, porque sabía bastante bien la razón por la cual se sentía así y, muy dentro de sí, consciente de ello, supo que había madurado más. El chico elfo, con el mismo rostro serio que tenía cuando tuvo que seguir a su padre y padrastro a hablar en privado hacía un rato, se acercó a su amigo y se colocó a su lado, viendo la barrera telequinética creada por Amén, sin decir nada. Sin girar la cabeza para verlo, y con la vista fija en la ventana, el león habló.

—¿Y bien?

No recibió respuesta.

—Él es mi padre...

—Sí, ya me di cuenta.

Hubo un corto período de silencio, que, para ambos, se hizo demasiado largo.

—Están planeando cómo escapar de Hallyfax, y poner en aviso a las autoridades de la Hermandad Federal sin la ayuda de mi padre. Se supone que él no puede estar mucho tiempo con nosotros.

—¿Por qué no?

—Es complicado de explicar.

—¿Y por qué no lo intentas?

Knaach seguía viendo al frente. La gigantesca barrera de energía, generada por Amén, estaba muy cerca de la Parca Imperial, y cuando esta intentaba esquivarla haciéndose a un lado, la pared la seguía, para que no pudiera cruzar.

—Escucha, no tienes por qué saber esto, Knaach. Es decir, no quiero contarlo, no quiero compartir ese secreto —dijo, con vehemencia—. ¿Lo entiendes, verdad?

—Tu padre por poco nos mata, a Claudia y a mí, en la nave espacial de la que escapé para ir a caer en tu luna. No te culpo a ti por lo que él hizo, pero creo que merezco una explicación. ¿Por qué un elfo tiene poderes tan enormes? ¿Y por qué anda por todo el Sistema Solar, haciendo lo que le da la gana?

—¡Es difícil de entender! ¡No te he estado ocultando nada! Es decir... ¡no te he estado ocultando casi nada! ¡Es una promesa que hice hace mucho tiempo!

—Y supongo que también es parte del secreto...

—Lo fue por muchos años, hasta hoy... —intervino Degauss, de pronto.

Knaach se sorprendió de verlo ahí, tras ellos. Hathor, por el contrario, se acercó al ventanal y pegó la frente al cristal, en silencio.

—Tienes que entender a Hathor, no ha sido fácil para él —dijo, lentamente— pero tampoco ha sido fácil para ti ni para nadie. ¿Recuerdas a un tal Mojo Bond, y a su jefe, Osmehel Cadamaren? Nos hablaste de ellos en el bar de Netikerty, cuando

confirmaste la versión de tu amiga, Claudia.

—Sí, los recuerdo a ambos.

—Pues están a bordo de la Parca Imperial.

—¿Cómo lo sabes?

—Metallus se acaba de comunicar con La Anubis, y yo atendí su llamado. Lo que nos ha dicho fue horroroso. Ya sabemos qué es lo que pretende Cadamaren. Como comprenderás, ahora la situación es mucho más delicada que antes.

Hathor giró la cabeza para observar a Degauss.

—¿Y qué es lo que se hará ahora? —preguntó.

Knaach recordó aquella expresión en el rostro de Hathor, la había visto antes en la casa de Panék, en Hamíl. Aquellas líneas que demarcaban una madurez insólita.

—Es tal vez la peor parte, Hathor, pues no sabemos. Los poderes de Amén tienen un límite, la Parca Imperial va a cruzar su barrera de energía tarde o temprano, máxime si con cada minuto que transcurre, él se va debilitando más.



El chico, apretando los puños inconscientemente, giró nuevamente para seguir viendo a través del ventanal.

—Los dejo solos otra vez, yo debo volver a la cabina.

—A decir verdad, todos vamos a volver a la cabina.

Todos se voltearon para ver a Panék.

—Vamos a tener una reunión para discutir nuestros planes, y eso te incluye a ti, peludo...

—¿Por qué yo?

—Porque Amén quiere verte, me ha dicho que desea hacerlo.

La tripulación de la cabina de La Anubis se estaba tomando un merecido descanso físico, mas no mental, pues discutían qué órbitas seguir y qué direcciones especiales tomar una vez que decidieran partir. Todos los elfos en la nave repasaban sus labores parte por parte, y una vez que estas finalizasen, repasaban en qué otra cosa podían ser útiles. Entre las ideas que se barajaron, la más popular fue la del Jefe de Ingenieros, que propuso escapar mientras la barrera psíquica de Amén durase. Sin embargo, fue desechada rápidamente, pues el mismo Amén, riéndose, dijo que si la nave se movía con él adentro, entonces la barrera se difuminaría.

En la cabina estaban ya él y DIO, que giraba a su lado. Panék, Hathor, Degauss y Knaach entraron entonces. La pantalla principal de la nave reflejaba la cabina de la Tungstenio, desde donde Metallus, Rockengard y Claudia estaban esperando a que la reunión diera inicio. Una vez que todos estaban reunidos, Panék tomó la palabra, hablando en voz alta.

—He convocado esta junta porque estamos en una situación muy comprometida:

la barrera creada por Amén no durará sino pocos minutos más. Por otro lado y como consecuencia, dentro de pocos minutos, sus láseres y aún peor, sus torpedos, podrán penetrar la barrera. Sin embargo, todos se merecen una explicación, principalmente los que se han sentido engañados, es por ello que abriremos un período de preguntas.

A pesar de que Claudia solo estaba reflejada en una pantalla, todos observaron cuando la niña levantó su brazo.

—Quiero saber quién eres tú y por qué atacaste la Herschel Magnatino aquella noche —preguntó a Amén.

El elfo de gran estatura, con los brazos cruzados, observó sorprendido a la niña, sonriendo.

—Soy Amén, y vi luz en la luna divina de Osiris, en el sistema de Solaris.

El silencio que hubo a continuación fue prueba de que todos quedaron perplejos.

—Creo que será mejor que yo conteste esa pregunta —intervino Panék—. Amén viene de un mundo muy lejano en el tiempo, y es por ello que su modo de hablar es diferente al nuestro. La luna divina de Osiris es lo que hoy conocemos como el planeta Marte, que queda después del cinturón de asteroides que rodea a los planetas sólidos. Solaris se refiere al sol. En aquel entonces, ellos lo consideraban el astro principal y los planetas, sus lunas.

Panék guardó un breve instante, en el que el silencio fue sepulcral.

—Hace muchos millones de años, antes de que cualquier otra raza que conozcamos hoy en el Sistema Solar existiera, había una civilización élfica llamada Osiris. Ellos, de hecho, fueron los primeros elfos que existieron, aún más altos y más fuertes que nosotros.

Se detuvo para observar a Amén y después a Hathor.

—Pero decir que fueron los elfos originales se queda corto al lado de la verdad. Ellos, por mucho, mucho, tiempo, fueron los únicos habitantes que había en el Sistema Solar y por ello estaban en todas las lunas. Construyeron enormes ciudades en cada una. Era una sociedad muy avanzada. Se decía que sus naves espaciales eran capaces de cruzar la galaxia, que podían surcar miles de años luz en minutos, que no existían enfermedades, pestes o plagas que no pudiesen curar. Eran la luz.

Rockengard acariciaba su larga y blanca barba, escuchando con mucha atención las palabras del Shah.

—Siguieron pasando los años y sus descubrimientos tecnológicos se hicieron aún más formidables: empezaron a dominar la materia y descubrieron el origen de la existencia misma. Después de eso, y con el tiempo aún transcurriendo, el siguiente paso se hizo inevitable: los osirianos empezaron a evolucionar como seres, a desarrollarse no por medio de la tecnología, sino por medio de sí mismos. El resultado es lo que tú viste aquella noche en la nave Herschel Magnatino, es lo que han visto hoy mismo cuando nos salvó de la Parca Imperial haciendo lo que nuestras propias naves espaciales no pudieron. Amén puede viajar por el universo sin traje espacial, puede hacer viajes casi infinitos, puede usar poderes psíquicos, puede viajar

astralmente, puede sanar en segundos, no necesita comer, no necesita beber, no necesita dormir, no se enferma nunca... Es un ser superior.

Al ver que la gente también lo observaba a él, Hathor bajó la cabeza.

—Y aun a este nivel, los años, los siglos y los milenios siguieron transcurriendo para la raza de Osiris, y el siguiente punto en su historia se reveló claramente, con un último paso evolutivo: sus cuerpos desaparecerían y su existencia pasaría a un plano superior, en un lugar que para nosotros es vedado, que sencillamente no tiene cabida en nuestra existencia... Se convirtieron en... Algo que solo entenderían como «ángeles», y desaparecieron.

Metallus levantó su brazo.

—¿Pero por qué ellos dos están aquí entonces?!

—A pesar de que estaban por cruzar una frontera que separa a este universo de otro, la civilización de Osiris sintió dolor al abandonar el plano materno. Querían dejar un vestigio, un testimonio, algo que recordara aquí su historia, lo que fueron. Tomaron a uno de sus soldados y lo colocaron en una matriz perene escondida entre los anillos del planeta Neptuno, que sobreviviera al paso de las eras, para que él pudiera observar, y ser testigo del crecimiento de otras civilizaciones, de otros mundos. Para que así, cuando este soldado muriese por voluntad propia y pasase al plano de sus hermanos, pudiera contar todo lo que vio aquí, lo que somos nosotros.

Panék se hizo a un lado, como si estuviese develando a Amén ante todos.

—Pero algo no queda claro, y se trata de la segunda pregunta de Claudia... —observó Rockengard, aclarándose la garganta, y forzándose a no dejarse perder en las palabras de Panék—. Hay algo que yo deduzco y comprendo bastante bien, aun cuando no vengo de una civilización remotamente tan avanzada... Y es que al señor Amén debió dársele como regla que no interviniera en los asuntos de las demás razas. ¿Por qué ha decidido ayudarnos?

—Por una probabilidad que he calculado, y que es de aproximadamente de miles de billones en una, estrategia —respondió Panék, sorprendido por la agudeza del ogro—. De todos, los osirianos escogieron a un tipo que... Resultó ser una oveja negra, una mala semilla.

—Miles de millones en una, sí... Sería acertado decirlo —prosiguió Rockengard—. Y supongo que además, para sumar todavía más a lo que ya ha hecho, tuvo un hijo con alguien, que es el chico que vemos aquí. No cabe duda de que pasan cosas formidables...

Amén se rio a viva voz, viendo a Hathor, que a su vez, le dirigía una mirada de odio.

Knaach, dentro de su cabeza, supo de inmediato que, aun a expensas de poner en juicio su mismísima existencia, Hathor comprendía que su padre había cometido un error.

—La primera noche en que Amén hizo contacto conmigo y con mi esposa, Marion —prosiguió Panék, lentamente—, nos dejó a un bebé sin nombre, al que

luego yo bauticé como Hathor. Él regresaba todas las noches para ver cómo seguía el niño, y durante esas visitas, nos explicó quién era. Después de un año, esas visitas empezaron a hacerse cada vez menos frecuentes, hasta que podía pasar años sin verlo. Crie a Hathor como a un hijo y lo sigo considerando uno. Le enseñé a hacer todas las cosas que hacían los chicos comunes, inclusive dormir y comer, no para resguardarlo de los otros elfos, quienes le hubiesen dado la bienvenida de igual forma, sino para hacer que él no se sintiera aislado, y para proseguir yo mismo de algún modo con el deseo de los osirianos de no intervenir de ninguna forma posible con el transcurso de los acontecimientos de nuestra civilización «joven». Pero con el tiempo, hasta para el mismo Hathor se hizo evidente su diferencia con las demás personas. No solo por sus poderes, sino por su inteligencia, su modo de razonar. Todas esas virtudes se acentuarán enormemente conforme llegue su adolescencia.

Claudia volvió a levantar la mano.

—¿Y qué es esa enorme bola que lleva consigo a todos lados?

—¡Jajajajajaja! ¡Es DIO! —exclamó Amén—. ¡Tu género como un grano de arena en un mar sin agua, niña!

—Lo que quiere decir es que es una computadora, de nombre DIO, y que es capaz de registrar todo. Lleva un registro de los sucesos enteros del Sistema Solar, que van más allá de los libros de historia de cualquiera de nuestras civilizaciones. Todas las razas están registradas en él, DIO lo ha venido haciendo desde que Amén dormía en su matriz.

Knaach levantó la cabeza inmediatamente, hacia la computadora.

—¿Los leones también?

Amén bajó la cabeza para ver al felino a la cara.

—A todos —sentenció.

—Bien, si no hay más preguntas, entonces pasemos a qué haremos ahora para escapar de la Parca Imperial.

—Y más allá de eso, para avisar a la Hermandad Federal de Planetas Unidos el golpe de Estado múltiple que planea dar Cadamaren —repuso Degauss.

—De acuerdo a las palabras de Metallus, Cadamaren ha dicho que su alianza se hará pública en pocas horas. Eso le deja un tiempo limitado a Meinhardt Hallyfax para aniquilar a La Anubis y a la Tungstenio. No es que le cueste mucho llevar a cabo esa tarea realmente, pero de seguro tiene que tomar su lugar en la cabeza de las tropas de Io y de Iapetus con mucha antelación para planear una estrategia en caso de que estalle la guerra.

—¡Se te olvida algo, anciano! ¡Iapetus jamás seguirá a Calizo Popstone! ¡Los ogros entrarán en guerra contra él antes de hacer nada!

—En efecto, yo también creo lo mismo —lo atajó Rockengard—. Sin embargo, Calizo nos ha mentado antes y nada le impide hacerlo otra vez. No te olvides que tiene un padre que es ministro tuyo, y que además, es un viejo ingenuo y bueno, que no sé de dónde ha sacado semejante retoño. Si yo fuera él, diría al pueblo que la

Hermandad te ejecutó ya, y que en nombre de tu memoria entramos en guerra... Eso resultaría.

Metallus gruñó, llevándose la mano a la barba.

—Estratega Rockengard, tengo entendido que usted engañó a la Parca Imperial para acercarse a ella sin que Hallyfax se diera cuenta.

El anciano se aclaró la garganta, haciendo temblar su espesa barba blanca y merlinesca, que cubría la mitad de su cara.

—Fue solo un golpe de suerte. Apagamos todos los censores enérgicos de la nave y planeamos en la estratosfera de Titán. Por eso pudimos acercarnos sin que se dieran cuenta.

—Una brillante estrategia, sin duda.

—Oh, muchas, muchas gracias, señor Degauss. Sin embargo, la mejor idea la tuvo Metallus, pues previno el peligro y abordó a la gente de Hamíl en la nave. Las mejillas de Metallus se pusieron rojas.

—¡Calla, anciano! ¡Y enfoquémonos en lo importante! ¿Cómo vamos a llegar a Elara a tiempo?

Claudia colocó una mano sobre la rodilla de su padre, viéndolo, angustiada. Este posó la suya sobre el hombro de ella y observó fijamente a la pantalla.

—¡Sé que me encarcelarán apenas lleguemos a la Hermandad Federal, pues a los cargos que ya tengo se suman que he atacado y hecho explotar dos de sus cruceros, cuando estaba escapando de la corte! ¡Pero eso no importa ahora! ¡Solo quiero que la Tungstenio también participe en la guerra contra Hallyfax!

—Propongo entrar a la velocidad de la luz cuanto antes —expuso Panék—. La Parca Imperial tendrá más dificultad intentando atacarnos en el hiperespacio. Además, perderán tiempo decidiendo cuál nave quieren aniquilar primero.

—Al parecer, no queda otra sino arriesgarnos. Las chances juegan 50% a favor y 50% en contra...

—Al menos una nave llegará sana y salva hasta la Hermandad —repuso Panék—. Creo que es la mejor opción que tenemos.

—¡Sin embargo, no es lo mismo que tú anuncies la catástrofe a que lo haga yo! ¡A ti te creerán más que a mí! ¡Tú debes sobrevivir a como dé lugar!

—No, no lo haré —contestó Panék enérgicamente—. No quiero tener una posición privilegiada en este asunto. Cada quien va a luchar por un bien común en igualdad de condiciones. Para ello voy a transmitir todas las pruebas que hemos recogido de la Parca Imperial a tu nave, la Tungstenio, además de la bitácora de cada uno de nosotros. Eso será más que suficiente para que decidan actuar rápido.

—Por otro lado —repuso Degauss—, estamos ya dando por sentado que uno de nosotros va a perecer. Ambas naves tienen tripulaciones formidables y saben arreglárselas muy bien. Si la Parca Imperial nos da problemas, entonces le haremos frente, con la intención de sobrevivir a ella.

—Bien dicho.

—Entonces vamos.

—¿Motores listos?

—¡Sí, Shah!

—¿Degauss?

—Todo preparado, Panék. Los motores monopolizan cerca del 80% de energía de la nave, vamos a ir más rápido que nunca antes.



La Anubis y la Tungstenio estaban de espaldas a la barrera de energía azulada creada por Amén. La Parca Imperial se adelantó y, con su nariz, empezó a penetrarla, como una regla triangular pasando a través de un papel. Aún separadas por millas de distancia, hombro a hombro, la Parca Imperial, con su masa, podría fácilmente arrollar a ambas naves.

—Majestad, detecto un campo de energía alrededor de la Parca Imperial.

—Es su rayo tractor —advirtió Rockengard—. Con eso atrapó a La Anubis...

—¡Pues entonces no perdamos tiempo! ¡Aceleren inmediatamente!

—¡Sí, señor!

Cubierta de fuego, La Anubis consiguió adelantarse sobre la Tungstenio, que la seguía justamente detrás. Una vez que la Parca Imperial acabó de penetrar el campo de fuerza se desplazó hacia delante con mucha más rapidez, como si ahora no hubiese una telaraña que entorpeciese su paso.

—Vamos a tardar aproximadamente un minuto en entrar a la velocidad de la luz, Shah.

—Pasen a maniobras evasivas. ¿No puede acortarse el tiempo?

—No, Shah. Entrar a la velocidad de la luz requiere que La Anubis «despegue» dentro del espacio, es un proceso.

—Comprendo, entonces no se dejen golpear. ¿Cómo va la Tungstenio?

—Va bien, Panék, pero calculo que va a tardar más que nosotros en romper al hiperespacio, un minuto y medio, tal vez dos...

—Maldición.

Apenas Panék cerró la boca, la cabina tembló tanto que varios alféreces cayeron de sus sillas, los cimientos de la nave crujieron en un eco pavoroso.

—¡Nos disparan!

La Parca Imperial vomitaba una lluvia de rayos láser que se repartía entre La Anubis y la Tungstenio. Ambas naves parecían estar pasando a través de una ducha.



Knaach estaba en la sala de seguridad de la nave; Hathor, al lado de él, lo abrazaba. Poco faltó para que el león pegara sus fauces contra el suelo cuando la nave volvió a cruzar; los gritos de un elfo se escucharon a lo lejos y el sonido tormentoso de metales temblando cundió los pasillos. Giró la cabeza para ver a través de la ventanilla, la Tungstenio se veía del tamaño de una moneda. La negrura del universo atravesada por las luces asesinas del enemigo lo atemorizó y supuso que la nave de Claudia también estaba bajo las mismas circunstancias que ellos.

Un tercer disparo trajo otro temblor, seguido por más gritos tétricos que iban y venían por los pasillos.

—Sostente bien, Hathor.

Degauss revisaba de cerca el monitor de la computadora que le indicaba que la nave se había quedado sin escudos de defensa, por lo que el próximo disparo empezaría a hacer mella en el fuselaje.

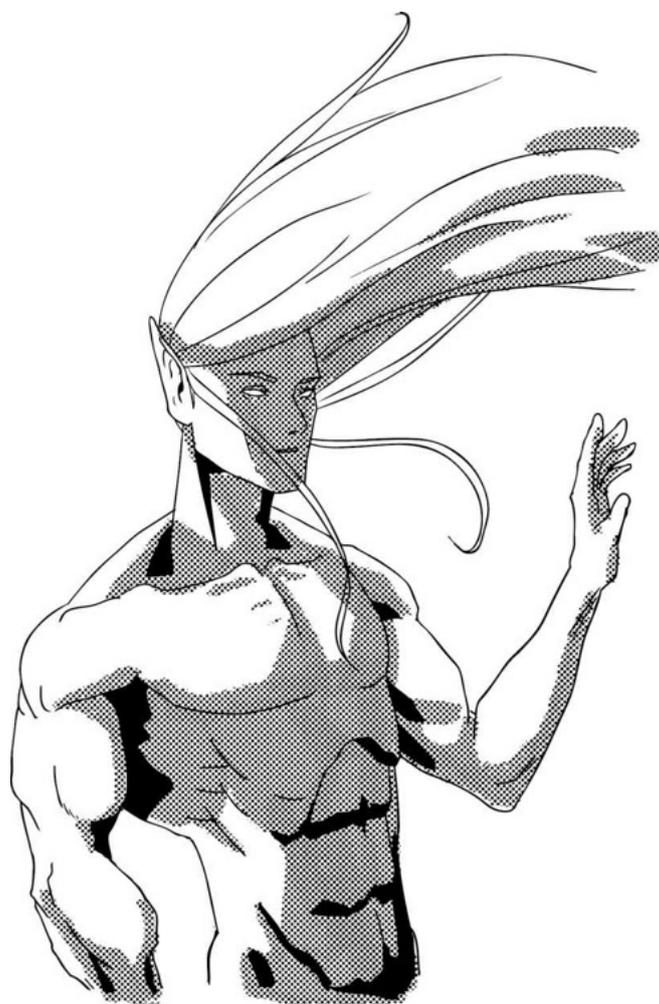
—¿Cuánto falta para que entremos a la velocidad de la luz?

—Veinte segundos, señor.

—¿Cómo está la Tungstenio?

El alférez tecleó rápidamente sobre la computadora, leyendo la lluvia de datos que corría por la pantalla holográfica.

—En iguales o peores condiciones que nosotros, han recibido el mismo número de disparos, pero su armadura es mucho más resistente que la nuestra.



Metallus veía el reloj, contando los segundos que faltaban para que su nave alcanzara la velocidad de la luz. La cabina temblaba pavorosamente en una continua turbulencia, se escuchaba cómo las sillas y las paredes rechinaban. Podía sentir, bajo sus botas, el suelo vibrando. Rockengard y los demás ogros de la tripulación trabajaban sumergidos en sus máquinas y controles. Se sintió un golpetazo sobre el techo, seguido por una alarma titilante.

—¡Deme un reporte de daños!

—La cubierta 16 está dañada, su majestad. Hay fracturas por todo el sector, bajas y heridos.

—¡Díganle a enfermería que se ocupe inmediatamente!

—Sí, su majestad. Sin embargo... Ya hay alguien ocupándose... ¡Su hija!

—¿Cómo?

—Me informan que está ayudando a sacar a los heridos del sector —dijo, atendiendo atentamente al transistor que tenía colocado sobre un oído—. Ahora está tratando de zafar una placa metálica que ha caído sobre la pierna de un ingeniero.

—¡¡QUÉ TERCA!! ¡Ordénele que vuelva a la recámara de seguridad ahora mismo!

—Ya se lo han ordenado los guardias de seguridad, su majestad ¡pero se empeña en zafar la placa!

—Igual a su padre —murmuró Rockengard.

—¡Su majestad, la nave de los elfos está en problemas! ¡La veo expulsando un montón de fuego de sus turbinas!

La alarma general se había disparado en La Anubis. Las computadoras del Ingeniero Jefe se habían vuelto locas, y una lluvia de chispa continua caía sobre la sala de control.

—¡¡Reporte de daños!!

—¡Golpe directo en las turbinas, Shah! ¡Oh, maldición!

Panék ayudaba a un alférez a colocarse de pie y sentarlo en su silla. El elfo apoyó la espalda sobre el respaldo, semiinconsciente.

—Hemos perdido casi todo el poder —anunció Degauss, viendo cómo las barras de energía bajaban—. Ya perdimos la capacidad de entrar a la velocidad de la luz. Ya no hay nada que hacer.

—¡La Parca Imperial prepara su cañón principal!

—Es el Vigor Cósmico.

Panék caminó hasta la pantalla principal, abarcada por completo por la gigantesca nave negra.

—¡Shah! ¡La Tungstenio está volviendo!

—¿Qué? ¡NO!

—Están preparando el Dedo del Diablo.

—Oh dios mío, se van a dar una contra la otra... ¡Miren la pantalla!



—Su majestad, La Anubis nos está llamando.

—¡Ignoren el llamado! ¡Ya sé lo que Panék me va a decir! ¡¿Estás preparado, Rockengard?!

—Sí, Metallus. Tenemos que abrir fuego antes que ellos disparen su cañón.

—¡Adelante entonces!

—¡Los tres reactores están en línea!

—¡Energía al 40... 60...!

—¡No, esperen, esperen! —gritó el teniente—. ¡Miren por la pantalla!

—¿¡Qué sucede!?

—¡Shah! ¡Es el elfo de cabellos plateados! ¡Ha salido de La Anubis!

—¿Amén?

—Sí, es él —dijo Degauss—. Míralo en la pantalla. ¡CANCELEN EL DEDO DEL DIABLO!



Hathor abrió los ojos como si despertase de una pesadilla, una sensación enardeciente le recubrió el cuerpo y, por momentos, Knaach habría jurado que de su cuerpo salía algún tipo de poderoso magnetismo energético. El chico veía hacia arriba, con las facciones de su rostro estiradas, la boca abierta. Con esfuerzo cerró los ojos y empezó a ver dentro de su mente... Amén estaba parado en medio del espacio, con los brazos cruzados, viendo a la Parca Imperial como una ballena monstruosa y abismal, acercándose. Esta, gradualmente, dejó de disparar sus rayos láser. Ahora era el cañón del Vigor Cósmico el que estaba reuniendo fuerzas; la relampagueante energía se aunaba sobre sí misma, apuntando no a la Tungstenio, sino directamente contra él. Sus largos cabellos blancos empezaron a moverse, como volando libremente por una brisa, en sus ojos azul pálido, como los de Hathor, se reflejaba el Vigor Cósmico, creciendo cada vez más. Apretó sus puños y cerró los ojos. Su frente comenzó a arrugarse, a la vez que entraba en trance profundo.

—Hijo... Escúchame bien.

Hathor temblaba de pies a cabeza, frunciendo el ceño, viendo con miedo a su padre, que cada vez brillaba más, en su mente.

—Tú has sido la prueba de que mi rebeldía ha sido magnífica y grandiosa. ¿No tienes acaso un lugar vital entre quienes te criaron y enseñaron, y entre tus amigos? Pues eres una parte de este mundo, no del pasado. Eres un recurso que estas personas y muchas otras que también son parte del presente necesitan, serás una última oportunidad que el Destino que maneja este tiempo sabrá poner en la mano de quienes te llamen y quienes estén a tu lado. ¡No un intruso!

El niño abrió los ojos.

—Eres parte de este tiempo y una parte grandiosa. Tú has sido mi manera de probar que a mi modo soy un dios tan grande como los que se fueron en el pasado. Te estuve viendo muchas veces aunque no lo sepas y el mejor regalo que pude darte fue un amigo de verdad... Lo hice llover frente a tu casa y estoy seguro de que él no se enojará conmigo por haberle dado un rumbo diferente a su destino. ¡Adiós, hijo! ¡Tú eres tu propio dios!

Amén se dio media vuelta y, extendiendo sus brazos, tapando con las palmas a La Anubis y a la Tungstenio, como si las pudiera tocar con las palmas y empujarlas, las hizo desparecer... Empujadas por una fuerza aún más grande que la velocidad de la luz. El Vigor Cósmico se aproximaba tras él y, en segundos, engulló su cuerpo. El estallido de luz azul y blanca fue todavía más grande, y de entre los aros de energía, no quedó vestigio del cuerpo de Amén.

—¡Lo has matado! ¡Lo has matado! —gritó Osmehel Cadamaren, eufórico, con una sonrisa que no cabía en su cara—. ¡Hallyfax, lo has matado!

Mojo Bond hacía movimientos pélvicos eufóricamente, saltando y gritando, lleno

de júbilo. Meinhardt Hallyfax, sentado en su silla, mostraba una sonrisa perversa. La explosión que se veía en la gigantesca pantalla principal se reflejaba en sus



lentes negros.

En la cabina de La Anubis, todos los elfos dormían como niños, en el suelo. Las computadoras reflejaban luces intermitentes mientras que los monitores seguían reflejando imágenes holográficas en movimiento. Todo parecía estar igual, pero sumido en un silencio muy profundo. Panék fue el primero en levantar la cabeza y abrir los ojos. Se sentó, apoyando las manos al suelo, y viendo de un lado a otro. Al son de su Shah, los demás tripulantes fueron despertando. Degauss tenía la cabeza apoyada entre sus manos. Al abrir sus ojos, verdes y brillantes, como los de una fiera, lo primero que hizo fue levantarse y observar sus computadoras.

—¿Dónde estamos?

Un alférez se sentó con desconcierto sobre su silla y, tecleando sobre su computadora, se dispuso a responder la pregunta de Panék.

—Shah... Estamos en... La órbita de Plutón. Nos ha mandado a Plutón.

—¿Plutón?

La pantalla principal de la nave reflejaba a la Tungstenio, flotando a cierta distancia de ellos.

—¿Por qué nos ha mandado a Plutón?

Las puertas del turbo-ascensor se abrieron, todos los elfos giraron la cabeza para ver que, tras las puertas automáticas, emergía Hathor, pasando a la cabina.

—Es la luna de Plutón —repuso el chico—. Mi padre quería que llegásemos a allí.

LUNA DE PLUTÓN

El parque de diversiones Jumbo Jumbo se veía como una telaraña de luces sobre la superficie del último mundo habitado del Sistema Solar. Knaach lo observaba a través de una ventanilla, en silencio. Los elfos se reunían tras él.

—Sea como sea, estamos en la boca del lobo —dijo el copiloto—. Plutón le pertenece a Osmehel Cadamaren.

—Sin embargo, nada parece haber reparado en nuestra presencia. El observatorio espacial no nos ha detectado...

—Es muy posible que Cadamaren haya evacuado todos esos lugares, ahora que está a punto de hacer estallar su guerra —repuso Degauss.

—Shah, la Tungstenio ha abierto un puerto de comunicaciones con nosotros.

—Díganles que nos sigan...

Panék observó a Hathor por largo rato.

—Vamos a acercarnos a Caronte, la luna más grande de Plutón.

—Sí, Shah.

La Anubis, que en toda su circunferencia tenía cicatrices y quemaduras, producto del ataque de la Parca Imperial, fue seguida por la Tungstenio, que estaba en condiciones similares. Ambas naves volaron con suavidad.

—Caronte es uno de los satélites más extraños del Sistema Solar —declaró Degauss.

Los elfos hicieron silencio, escuchándolo.

—Más del 80% de lo que sabemos de ella viene por parte de los filántropos y científicos del CIPC (Centro de Investigación Planetaria Cadamaren). Hasta ahora, muchos creen que se originó fuera del Sistema Solar, que estuvo viajando cientos de millones de años y que, al acercarse, fue atrapada por la órbita de gravedad de Plutón. Un alférez se levantó de su silla, asustado.

—Shah, los controles no responden.

—¿Qué?

—La Tungstenio se vuelve a comunicar con nosotros —anunció el Ingeniero de Comunicaciones—. Tienen exactamente el mismo problema... Su nave ya no les responde.

—Esto es imposible... Pasen el control manual.

—Sí, Shah.

Dicho esto, Degauss giró su silla para ver la palanca que sobresalía del tablero holográfico de Panék, y observó que esta se operaba a sí misma, como por obra de un fantasma.

—Es increíble.

—¿Los censores no detectan nada?

—No, Shah. La nave se está dejando llevar.

—¡Miren todos a la pantalla!

La Anubis y la Tungstenio estaban alineadas una tras la otra, como si ambas fueran controladas por un mismo motor. Ya habían surcado parte de la circunferencia de la luna. Al ras del horizonte, una compuerta inmensa se abría dentro de la tierra, como si Caronte fuese la cabeza de una marioneta, y abriese su boca. Las naves se desplazaron dentro.

—Estamos descendiendo, puedo sentirlo.

—Yo también puedo sentirlo. Creo que estamos en un túnel.

—¿Las computadoras indican algo?

—Nada, Shah.

—Eh, miren, la Tungstenio ha encendido un faro de luz.

La nave de los ogros hizo brillar un gigantesco faro que se situaba en el centro del estómago del disco, y que se movía como un ojo curioso, alumbrando los muros lisos de las que estaban rodeados, de color plateado reluciente, como si la naturaleza las hubiese creado hacía solo unos minutos y llenado de jeroglíficos extraños.

Degauss se colocó al lado de Panék, viendo sorprendido a la pantalla.

—¿Es lo que yo creo que es, Panék?

—Sí. Es definitivamente de Osiris.

El faro de luz de la Tungstenio seguía alumbrando a un lado y a otro, descubriendo que el túnel se hacía cada vez más ancho, como si fuese una Torre de Babel invertida, con anillos más amplios alrededor. Cada vez que bajaban a un área más espaciosa, una serie de escrituras antiguas que rodeaba el siguiente nivel se iluminaba automáticamente. Eran azules y brillantes.

—Hemos descendido alrededor de 50 kilómetros... Y continuamos.

Finalmente, atravesaron el último boquete del túnel y llegaron a un lugar vasto, iluminado tenuemente por una luz color plomo que parecía venir de una gran linterna que no veían. La Tungstenio se colocó hombro a hombro con La Anubis y, ambas, al mismo tiempo, se posaron sobre un suelo negro. Los ogros fueron los primeros en abrir su compuerta y asomarse afuera. Todos desconfiaban del suelo, pues más que un lugar sólido, parecía un abismo disfrazado convenientemente para hacer caer en una trampa al más incauto. Así que decidieron activar la escalera mecánica, que se posó con perfección sobre el suelo.

Uno de ellos, portando su enorme y característica armadura dorada, descendió a través de esta y, con mucho cuidado, colocó un pie en el piso oscuro. Alrededor de su bota se encendieron unas letras que parecían ser holográficas, de color azul y amarillo, y que, poco a poco, desaparecieron.

El ogro levantó la cabeza, conmovido.

—Me ha dicho que el suelo es seguro.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me... Me lo ha susurrado una voz, en mi cabeza.

Giró la cabeza para ver a los otros ogros y, encogiéndose de hombros, colocó el otro pie sobre el suelo y se produjo el mismo efecto. Hecho esto, los demás empezaron a bajar las escaleras, animados. De la misma nave no tardaron en descender pobladores de Hamíl, quienes intentaban entender las escrituras que aparecían cada vez que daban un paso al frente. Algunos, con libretas en las manos, intentaban dibujarlas. Sin embargo, cada vez que daban un paso al frente, se iluminaban símbolos distintos. Pisis y Tepemkau bajaron las escaleras corriendo. Cinco escalones antes del último, decidieron saltar hacia delante, riendo.

Pero cuál fue la sorpresa de ambos que quedaron suspendidos en el aire, atrayendo la atención de todo el mundo. La chica se puso de pie, temblando, y sacudiéndose el traje, viendo hacia abajo. Descubrieron que los chicos no flotaban, sino que habían caído sobre un suelo suspendido, por el que aparecían jeroglíficos iguales, a medida que daban pasos.

Un ogro los cargó como gatos y los bajó hasta su propio nivel. Otro elfo joven del pueblo, viendo aquello, empezó a mover las piernas como si estuviera subiendo por unas escaleras y, tal como si esta existiera debajo de sus sandalias, empezó a ascender hasta llegar a un punto en que a él mismo le produjo vértigo.

Todos, desde abajo, veían los jeroglíficos brillantes aparecer y desaparecer bajo sus pies. Los tripulantes de La Anubis no tardaron en descender de su nave.

—Este lugar es impresionante... ¿Cómo es posible?

Un oficial de seguridad de la Tungstenio comenzó a correr con todas sus fuerzas, se arrojó hacia delante y, tal como si hubiese caído de panza sobre una tabla de surf, dejó toda una línea de escrituras brillantes tras de sí.

—Este lugar lee tu mente.

Panék descendía, tras él venían Knaach y Hathor. Degauss estaba abajo ya, hablando con Rockengard. La comunidad de elfos estaba reunida entre ambas naves. Metallus y Claudia se hallaban reunidos en el centro, viendo alrededor. Lo que más le había llamado la atención a los ogros, era que el túnel desde donde ambas naves descendieron, desapareció. Estaban en un lugar que no tenía paredes, el límite llegaba hasta donde la iluminación les permitía ver. Los elfos se abrieron paso ante Panék, hasta que estuvo frente a frente con Metallus.

—Te agradezco que hayas salvado la vida de los pobladores.

Metallus se tomó las manos entre sí, visiblemente incómodo, su barba se movía de derecha a izquierda.

—¿La diplomacia nunca ha sido tu fuerte, verdad?

—Hmnn, no...

—Y lo más gracioso fue cómo el rey Metallus se salió de la celda a la cual se le había confinado justo antes de despegar La Anubis —dijo uno de los elfos, vestido de uniforme de guardia—. Tiró la pared...

Claudia tomó la mano de su padre, viéndolo y sonriendo.

—Bueno, ahora la pregunta es ¿por qué Amén nos envió a este lugar?

—Porque quiere que veamos algo —contestó Hathor, con seriedad—. No sé de qué se trata, solo quería que viésemos algo.

—Entonces tal vez debamos empezar a caminar...

Ogros y elfos emprendieron su camino, como un pueblo perdido, hacia delante, dejando atrás a sus naves. Al frente, iban Panék, Metallus, Degauss, Rockengard, Hathor y Knaach, liderando la marcha. Justo cuando todos pensaban que entrarían en la oscuridad, la luz los seguía, siempre delante de ellos. El concierto de jeroglíficos iluminados bajo los pies de todos se había hecho tan común que ya no le prestaban atención, sin embargo, la sorpresa vino cuando a un ogro se le ocurrió mirar detrás de sí, y descubrir que La Anubis y la Tungstenio se veían a lo lejos como si estuviesen parados desde una alta colina. Nadie había notado que, sin quererlo, estaban ascendiendo. Luego de seguir caminando, vieron una gigantesca torre tubular, que se extendía cientos, tal vez miles de metros hacia arriba, y lo que era más: al mirar hacia abajo, se dieron cuenta de que estaban caminando a una altura tremenda sobre una ciudad circular, abandonada, cuyo centro, era aquella edificación monumental.

Todos se vieron entre sí y empezaron a murmurar, sorprendidos, habían algunos ogros que a duras penas podían tolerar la sensación de vértigo que les producía estar desde aquella altura. La ciudad era magnífica, pero sus edificaciones, su arquitectura, era misteriosa e incomprensible para todos por igual. Empezaron a bajar como si fueran escaleras, dentro de aquel valle, sumergido en las entrañas de la luna de Plutón. No tardaron en descubrir que aquella metrópolis era en realidad un sistema intrincado de túneles y torres tan complejo, que difícilmente conseguirían orientarse si bajaban entre los gigantescos rascacielos apilados unos tan cerca de otros para posarse en la calle. Aún estaban por encima de las torres más altas y, sin embargo, el suelo se perdía en la negrura. Inclusive los ogros se sentían como pequeños pájaros volando sobre una ciudad.

Pero no hizo falta la orientación de Hathor, que se mantenía varios pasos por delante de Panék, al frente de la fila, para que les indicara que el lugar al que tenían que dirigirse era el más sobresaliente: la Torre Principal. Descendieron hasta un delgado puente que conectaba uno de los edificios más altos con la edificación (había réplicas idénticas a este edificio en cuatro puntos alrededor de la Torre Principal, y todas conectaban a ella por puentes). Todos se sintieron aliviados al notar que sus pies por fin sentían la solidez del metal. La delegación de los ogros, compuesta por su rey y Rockengard, y la de los elfos, por Panék y Degauss, esperaron a que todos llegaran hasta aquella magnífica y larga plataforma, antes de proseguir.

Dicho camino los condujo, desde luego, hasta la Torre Principal, pero el final del camino estaba vedado por una pared de diamante perlado. Los líderes se vieron entre sí, confundidos, hasta que Hathor pasó al frente y la estructura respondió a él. Una línea azul nació desde dos puntos paralelos en la superficie del diamante, se elevaron formando un arco y abrieron una gigantesca puerta. Fueron iluminados por una luz blanca. El interior era brillante, hecho todo de cristal, con grandes escalones en

espiral en su alrededor, que conducían hasta lo alto de aquel lugar. Metallus se irguió y miró hacia arriba.

—No alcanzo a ver la cima —murmuró Claudia—. Es increíble.

—Eso quiere decir que nos espera una larga escalinata —contestó Panék.

Pisis estaba asomada al borde, viendo, asustada, el abismo con sus poderosos ojos élficos, que no alcanzaban a ver ningún fondo, sino miles de escalones anudados perdiéndose en lo profundo.

No tardaron en darse cuenta de que, después de todo, la Torre Principal no era solo escalones: habían tres puertas por cada piso, arcos cuyos bordes brillaban cada vez que Hathor pasaba cerca de ellos.

Knaach se mantenía a su lado, viendo a su alrededor.

—¿Qué hay dentro de esos cuartos?

—No lo sé —musitó el chico— pero creo que nos enteraremos cuando subamos hasta el final.

—Y eso nos tomará tal vez tres días, como mínimo.

—Espera...

Hathor se acercó a una pared que estaba al pie de las siguientes escaleras y colocó la palma de su mano sobre ella. Una línea brillante se dibujó alrededor de sus dedos y, dejando tras sí un sonido similar al que hace una ola suave en el mar, se materializó una compuerta brillante, que se abrió en dos.

—¡¡El chico ha hecho aparecer un ascensor!!

Claudia se acercó y puso su mano sobre el hombro de Hathor.

—¿Cómo supiste que estaba ahí?

—No lo he hecho —contestó, levantando la cabeza para verla a la cara—. Solo pensé en él y la torre me respondió.

Degauss fue el primero en pasar.

—El ascensor es amplio, pero no cabremos todos.

—Hathor, ¿crees que los demás puedan explorar este lugar? —preguntó Panék, colocándose de rodillas para verlo a los ojos.

—No lo sé... Solo siento deseos de llegar hasta arriba. Todo se descubrirá cuando lleguemos arriba.

—¡Tal vez desde allí podamos poner a funcionar otra vez este lugar! —dijo Metallus—. ¡Sea lo que sea, tenemos que hacerle caso al chico!

—Está bien —concedió Panék, dándose la vuelta para hablar a la gente—. ¡Ustedes quédense aquí y siéntanse libres de explorar la torre!

Dicho esto, se introdujo dentro del ascensor, al que también subieron Metallus, Rockengard, Claudia, Hathor y Knaach.

Degauss, siguiendo sus instintos, tocó una pared, donde parecían estar dibujados los botones. Inmediatamente, unas letras azules aparecieron sobre una pantalla alargada que se materializó.

—Bienvenidos. Esperen un momento...

Las puertas se cerraron, justo cuando empezaron a producirse sonidos de energía potenciando alguna maquinaria invisible.

—¿Por qué eso está escrito en nuestro idioma élfico y no en el lenguaje de los jeroglíficos?

—Es extraño —repuso Rockengard—. Yo lo veo escrito en nuestro idioma.

—Sí, yo también lo veo escrito en el idioma de los ogros —aseveró Claudia.

—Es como Hathor dice —repuso Knaach—. La torre de algún modo se pone en contacto contigo. Al principio, yo no alcancé a leer lo que estaba escrito ahí, no lo entendí. Pero luego «ella» lo comprendió y lo colocó ante mis ojos de un modo que yo pudiera asimilarlo.

—¿Por qué no pudiste entenderlo la primera vez?

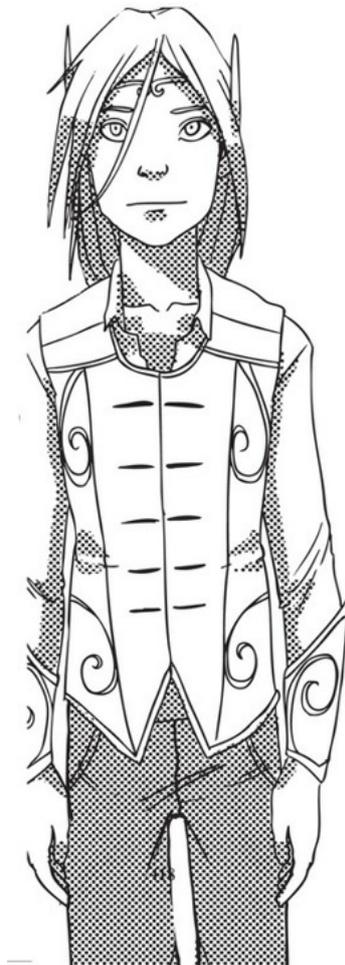
—Porque... Estaba escrito en la lengua de los leones. No sabía que la teníamos...

Todos guardaron silencio cuando el monitor empezó a comunicar otro mensaje.

Ascensor 9887 ----- En funcionamiento

Estado ----- óptimo

Última fecha de funcionamiento ----- 100.0045 años, nueve meses, una semana, seis días, tres horas, veinte minutos, cincuenta y dos segundos.



Todos se vieron entre sí.

—Pensé que Amén utilizaba con regularidad este lugar...

—No lo creo —repuso Panék—. De la época que él vino, ellos ya no necesitaban tener instalaciones como esta. No necesitaban ascensores. Hathor, ¿tienes idea de cómo hacerlo funcionar?

El chico observó el panel y, antes de que moviera siquiera un dedo, todos sintieron que el aparato se había puesto en marcha enérgicamente. No transcurrió siquiera un minuto cuando se detuvo, y las puertas frente a ellos se abrieron, dejando ver al frente una negrura absoluta y un puente brillante extendiéndose muchos metros hasta un pasadizo en forma de arco.

—¿Estamos ya en la cima de la torre?

La armadura de Metallus brilló con varios destellos, al reflejarse sobre esta la luz de los relámpagos que chocaban contra los bordes del abismo oscuro que se extendía bajo el puente. Los rayos lamían largamente las paredes, que estaban llenas de placas de metal.

—Estamos en la cima de la torre —confirmó Hathor.

—¿Puedes escuchar a la gente que dejamos abajo, Hathor? —preguntó el león, viendo hacia abajo, por el borde.

El chico meneó la cabeza, asomando la cabeza también.

Anduvieron a lo largo del puente, caminando uno tras otro, sin escuchar más sonido que el de sus propios pasos, y el de los relámpagos furiosos bajo ellos. La compuerta al final no necesitó de la presencia de Hathor para abrirse ante Panék. Entraron a una gigantesca sala circular, a oscuras.

Por la densidad del aire, Degauss adivinó que el lugar era muy amplio.

—Hay algo inmenso allá adelante —dijo Knaach, en voz alta—. Puedo verlo.

—¿Qué es?

De la nada, una tras otra, se encendieron una hilera de luces brillantes, alrededor de algo que parecía la colosal figura de un animal. Sus afiladas alas brillaron, como si la luz fuera el material del que estaban construidas.



No tenía solo un par de alas, sino dos más largas por cada lado, colocadas sobre las otras, transparentes y brillantes, como un serafín. Su cuerpo era un manto de luz tal que llenó todo el domo. Y su cabeza era enorme, hermosa y noble, con delimitaciones tajantes que representaban sus ojos. Frente a Hathor se levantaba un pedestal con algo escrito, que todos pudieron leer: el Pegaso.

—Es... Una nave espacial de combate —musitó Panék.

Había transcurrido quizá una hora o dos, pero los elfos y los ogros aprendían rápidamente de la Torre Principal y, como los ascensores alrededor de esta sobraban, consiguieron, luego de que Degauss bajó para darles instrucciones a todos, llegar hasta el domo a través de distintas ubicaciones.

—¿La han medido ya?

—Sí, sí, son por lo menos 3400 metros —gritó un elfo—. ¡Es el legado que nos ha dejado Amén!

—Sin dudas es lo que quería que viéramos —dijo Panék—. ¿Alguien ha descubierto cómo podemos acceder a ella?

—¡Aquí, Shah!

Todos trotaron hasta donde se hallaba el Ingeniero en Jefe de La Anubis; a sus pies se levantaban unas escaleras de luminiscencia dorada, como si fuese holográfica, que mostraba la simbología de la civilización de Osiris y que conducía hasta una abertura en la panza del Pegaso.

—¿Cómo la has encontrado?

—Yo... Yo solo tenía deseos de encontrar una compuerta de entrada, y cuando mis ojos dejaron de leer el censor de energía que sostenía en mis manos, la vi aquí, materializada frente a mí. ¡Es como si me hubiese escuchado y concedido mi deseo!

Panék puso una bota al frente, y descubrió que el holograma era sólido y que sostenía su peso a la perfección. Una vez comprobado esto empezó a ascender seguido por los demás tripulantes.

Claudia posó uno de sus zapatos de charol sobre el primer escalón y se levantó, haciendo equilibrio sobre una pierna.

—Me sostiene a mí a la perfección. Ni siquiera tiembla...

Knaach veía la suela del zapato de su amiga desde debajo de las escaleras.

—Lo que me pregunto es... ¿Cómo van a hacer para sacarla de aquí?

—Yo he visto tantas cosas impresionantes que puedo esperarme cualquier cosa —repuso la niña—. ¿Y tú por qué estás tan callado, Hathor?

El chico, que estaba sentado, solo giró la cabeza para sonreír sin ganas.

—Nada...

El león hizo una seña negativa con la cabeza a Claudia, pidiéndole que no dijera nada.

—Supongo que he sido un poco descuidada... —susurró la niña, sentándose en el piso—. Debe estar bastante triste por lo de su padre. ¿Sabes? Yo también estoy muy triste, por otra cosa distinta...

—¿Por qué?

—Solo descubrí hace poco que alguien que creí era un amigo muy especial jamás lo fue. Pero no es algo de lo que me sienta bien hablando ahora... Por cierto, ¿viste a Jumbo Jumbo por la ventanilla, cuando estábamos llegando?

Knaach sonrió ampliamente.

—¿Te trajo recuerdos a ti también, verdad?

—Oh, ¡muchos! ¿Recuerdas el lugar donde nos conocimos, Knaach?

—El circo, sí. ¿Puedes creer que casi lo había olvidado? Fue una parte grande de mi vida.

—Pero querías salir de ahí, querías escapar.

—No puedo negarlo... Y aun así, parece raro que lo recuerde con nostalgia ¿no es así? Pero fueron los amigos que dejé ahí en el circo, los que con más cariño recuerdo. Tal vez ellos son toda la razón por añorarlo. Sin embargo, he aprendido una cosa.

—¿Qué?

—Que a ustedes los extrañaría aún mucho más, porque son los mejores amigos que nunca he tenido. Al lado de ustedes dos, me han pasado las mejores cosas de mi vida.

Hathor levantó la cabeza y observó a Knaach... Pensó que en buena parte, el destino de todos era responsabilidad de Amén: él fue quien lo escribió. Knaach hablaba de lo feliz que era en AQUEL momento, y muy en el fondo, sabía que él era feliz de tener al león a su lado, un amigo que a su vez, le ganó otra amistad: Claudia, perteneciente a una raza que jamás, nunca jamás, ni en sus sueños más salvajes, pensó llegar a ver como amigos.

—¿Recuerdas cuando nos deshicimos de aquellos guardias dentro de la Herschel Magnatino? Nunca dejé de sorprenderme cuando te dispararon con un láser y solo te causó irritación en la piel.

—Es que soy una niña muy fuerte —se jactó Claudia— pero tú también dejaste a uno fuera de combate.

—Oye, ¿y era Gargajo en verdad tan grande? ¿Qué pensaste cuando lo viste?

La chica se alisaba la falda, recordando con ojos soñadores.

—Estaba aterrorizada, porque no me esperé que fuera más grande que yo. Imaginaba que era un monstruo horrendo, por lo que me dijiste sobre los habitantes de Io y todo eso ¿recuerdas? Gargajo era horrendo y además enorme.

—¡Eh, mira!

—¿Qué pasa?

Claudia y Knaach se pusieron de pie.

—Creo que deberías mirar detrás de ti...

El chico giró la cabeza y poco faltó para que se diera un golpe contra DIO, la esfera negra con monitores holográficos alrededor, que flotaba y giraba lentamente, cerca suyo. El pequeño se puso de pie asustado.

—¿Qué hace aquí?

—Por dios, ¡yo ni la vi aparecer!

Claudia se adelantó, y colocó un dedo sobre su polo.

—Nunca pensé que la vería tan de cerca... —dijo, a la vez que todos los monitores empezaron a reflejar la cara de la niña—. Me parece que te ha estado buscando todo el tiempo...

El chico se colocó varios pasos detrás de Claudia. DIO, lentamente, rodeó a la ogro, hasta colocarse al lado de Hathor.

—Me temo que ahora te va a seguir a todos lados...

Hathor, visiblemente nervioso, colocaba cuidadosamente sus manos alrededor de la esfera y la empujaba, pero esta no tardaba en volver a su misma posición,

manteniéndose exactamente a la misma distancia.

—Cielos, va a estar contigo cuando comas, cuando duermas, ¡incluso cuando te bañes! ¿Y cuando tengas tu primera cita, qué? ¡Qué pesado!

—Por favor —suplicó el chico a la esfera—, ve a ver alguna otra cosa...

DIO solo respondió dejando en negro todos sus monitores.

—Oye, si quieres la golpeo... —ofreció Claudia.

El chico se encogió de hombros, viendo al suelo por varios segundos, frunciendo el ceño, pensativo.

—Lo peor es que las pilas no se le van a acabar nunca... —concluyó la ogro—. ¿No tendrá algún botoncito de *off* por algún lado?

—Pues no, no creo —contestó Knaach, olisqueándola con suavidad—. Hathor, ¿sabes si puedes darle una orden mental para que se apague?

El chico levantó la cabeza lentamente y observó a la esfera por varios segundos. Al contrario de la sugerencia de su amigo, al chico, con ojos brillantes, se le ocurrió otra idea.

—DIO... Muéstrame qué está haciendo ahora la Parca Imperial.

La orden de su amo fue inmediata y la esfera obedeció al instante. Todas las pantallas reflejaron imágenes de la luna Elara, envuelta en una masa espesa de fuego, con pedazos de tierra enmarcadas al rojo vivo, parecidos a continentes, resquebrajándose alrededor, mostrando el interior sangriento y caliente del satélite, que vomitaba mares de lava sobre su superficie herida, en dirección a Júpiter.



Claudia apenas consiguió contener un grito, llevándose las manos a la boca. Knaach abrió su hocico, impresionado. Elara, la luna casa de la Hermandad Federal de Planetas Unidos, destellaba, moribunda, en medio de bolas de fuego...

—La Parca Imperial ha atacado con bombas nova a Elara. La ha hecho pedazos, lo único que queda son los 65 kilómetros de roca ardiente que solía ser el subsuelo —anunció Panék, en voz alta, al pie de una larga mesa donde estaba toda la tripulación de La Anubis y la Tungstenio.

—Tengan en cuenta que Elara solía medir aproximadamente 23.000 kilómetros de longitud —prosiguió Degauss—. El poder de las bombas nova es casi absoluto. Calculamos que han necesitado solo una para hacer lo que han hecho.

—¿Pero de cuántas de esas bombas dispone la Parca Imperial? —preguntó un teniente.

—Eso no lo sabemos, pero creo que lo más acertado es pensar de la forma más pesimista: tienen muchas más. La suficiente para volver a hacer lo mismo una y otra vez.

—¿Y qué ha sucedido con las fuerzas de Elara? ¿Por qué la Hermandad Federal

no reaccionó? —exclamó un ogro, con vehemencia.

—Porque no les dio tiempo de responder —contestó de pronto Hathor, quien hasta entonces estaba en silencio, con la espalda apoyada a una pared.

—Lo que dice el chico es comprensible —repuso Rockengard—. El impacto de la bomba nova debió causar más terror y desconcierto que cualquier otra cosa.

DIO mostraba a Elara en todas sus pantallas. La luna, de ser color gris, estaba ahora envuelta en un manto amarillento y chorreante.

Las cabezas de todos los presentes apenas se veían como siluetas oscuras y la única iluminación que habían eran simbologías complicadas talladas. Era la sala de reuniones de la nave espacial Pegaso.

—¿Cuánto tardarán las demás fuerzas de la Hermandad Federal en reunirse?

—Poco, sus tropas apostadas en las demás lunas de Júpiter deben estar preparándose mientras hablamos. Aun habiendo destruido la base central en un ataque inusitado, a Hallyfax le espera una batalla muy dura por delante. Sin embargo, algo es definitivo: con Io e Iapetus peleando de su lado, él puede liberar una guerra terrible.

Hubo un silencio sepulcral, en el que la sala casi quedó a oscuras. Panék tenía los brazos cruzados sobre la mesa, pensativo.

—¿Y qué pasa con esta nave? ¿Pueden manejarla? —se oyó decir a un ogro, del otro extremo de la mesa.

—Sí, por más increíble que parezca, podemos —contestó el Shah—. No hay ninguna ciencia tras la operación de los controles de esta nave espacial, como sí los hay tras los de La Anubis y cualquier otra nave. El Pegaso responde a los estímulos de sus tripulantes, tal como el resto de toda la torre. Sin embargo, sigue habiendo misterios.

Hubo un murmullo general.

—Si nos vamos a quedar aquí sin decir nada útil, entonces es mejor que demos por terminada la reunión —suspiró Panék—. Quiero que nos repartamos todos por la nave y averigüemos todo cuanto podamos sobre ella.

Todos se levantaron de sus sillas, en silencio.

Hathor estaba de pie frente a DIO, que giraba lenta, monótonamente, cuando sintió los dedos de Panék sobre su hombro.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, con suavidad.

—Bien...

Knaach y Claudia estaban al pie de la puerta de la sala de reuniones, viendo los largos pasillos de luz azul oscura que se alargaban frente a ellos y que llevaban a recovecos incógnitos.

—Lamento no poder estar más tiempo contigo —repuso, colocándose en cuclillas frente al chico—. Tenemos una situación muy dura entre las manos, no solo yo y todos los demás, sino tú también. Lo mejor que podemos hacer todos es obrar en consecuencia y buscar la salida.

—Lo sé. Tienes que hacerlo por Pisis y Tepemkau...

—Y por ti también —aseveró—... y también por todo el pueblo de Titán. Por mí no.

—¿Por qué estás diciendo eso?

—Yo te escuché, tú mismo lo gritaste cuando pensaste que habían matado a todos. Yo no soy tu hijo, Pisis y Tepemkau sí.

Los ojos rasgados de Panék se mantuvieron en los de Hathor por un largo rato, sin moverse.



—Hablaemos sobre ello después.

A Panék pareció costarle colocarse de pie otra vez, pero una vez hecho esto, y tras ver a Hathor unos segundos más, se retiró.

—¡Impresionante! ¡Sencillamente im-pre-sio-nante! —exclamó un ogro con una bata blanca de laboratorio, en una sala circular, que parecía ser una sola computadora.

Degauss estaba de brazos cruzados, en el pasillo, viéndolo con paciencia.

—¿Qué sucede aquí? ¿Por qué tanto alboroto?

—Pues porque debe usted ver esto, señor Degauss —contestó el enorme y gordo científico, alzando los brazos—. Esta civilización de Osiris alcanzó logros fantásticos, y como investigador, no puedo sino sentirme emocionado. ¡Venga! ¡Pase! Ya verá por qué lo hemos mandado a llamar... Tal vez usted pueda orientarnos en este tema.

Otro científico elfo veía fascinado el monitor negro y alargado; cada vez que posaba sus dedos, los datos que él quería que aparecieran sobre el Pegaso se materializaban en su idioma. Degauss se colocó al lado del ogro, al que apenas le llegaba por la cintura.

—Dígame, ¿a qué distancia cree usted que estamos de la nave espacial Tungstenio?

—A millas. La hemos dejado fuera de la ciudad.

—Pues se equivoca; esa es la impresión que usted tiene.

—Es la impresión que mis piernas me han dado.

—Todo aquí es relativo. La razón por la que en un principio todo en esta torre nos parecía absurdo, aun a nosotros, que somos seres enormes en comparación a la mayoría de las especies del Sistema Solar, es que las distancias entre una cosa y otra son demasiado grandes. Pues resulta que no, no era absurdo, ¡es en verdad muy lógico! Todo este sitio no está hecho a la medida de las personas que lo recorren todo a pie, o incluso con vehículo. Vea usted...

El ogro extendió un brazo para tocar el monitor alargado y negro de la computadora y, tal como si su dedo se hubiese posado sobre una superficie de agua

calma, se produjo una onda circular. Hecho esto, una flecha dorada se iluminó en una compuerta metálica al final de la sala, como si del otro lado hubiese fuego.

El ogro caminó hasta dicha puerta, cerró su mano alrededor de la manilla, la abrió y, a continuación, apareció del otro lado un lugar blanco, lleno de ogros con trajes grises y batas blancas.

—¿Es acaso ese un laboratorio?

—Sí, señor Degauss, es un laboratorio. Pero no de esta nave, sino de la Tungstenio.

El gran elfo oscuro, incrédulo, caminó a través de la puerta y vio alrededor. En efecto, los monitores de aquella sala mostraban imágenes holográficas con la forma del plato de la nave de los ogros.

—¿Ha abierto una puerta directa a su nave?

—Con solo pedírselo mentalmente al monitor. Y no solo a la Tungstenio, ya lo hemos probado también con La Anubis, y funciona a la perfección. Tienen a bordo un laboratorio magnífico, por cierto.

Degauss observó con sorna al ogro.

—¿No es acaso eso espionaje?

—Es amor a conocer más. Lo cierto es que el Pegaso está conectado con toda Plutón. Todo el interior de la luna está regido por una ley física artificial distinta a la realidad de nuestras lunas, todo hecho a medida de los osirianos. Por cierto, mostrarle esto no fue la razón por la que lo he mandado a llamar...

—¿Para qué ha sido?

—Verá usted: cuando la Tungstenio se acercó a pocas millas de la Parca Imperial, para disparar por segunda vez el Dedo del Diablo, antes que AQUEL formidable ser, Amén, interviniera y nos mandara hasta acá, los motores de nuestra nave, que succionan energía para volverla a expulsar por las turbinas laterales, atrapó algo muy curioso, que provino de la nave enemiga... Mírelo usted mismo.

Al frente, en una probeta de vidrio gigantesca, que estaba sellada y aislada por completo, se hallaba, entre un aire neblinoso y turbio, una figura pequeña, miserable, harapienta y maltrecha, arrastrándose por el suelo con dificultad, como un insecto que ha sido pisado.

Era Chakross, el científico nereidano, quien recibió a Cadamaren en el puerto de la luna Galatea, para presentarle a la Parca Imperial. Su casco, resquebrajado, estaba sucio por dentro, como si bilis marrón se hubiese derramado, el único ojo sano que le quedaba veía expectante a Degauss.

—Por lo que nos ha dicho, pensé que tal vez a usted le interesaría verlo.

El elfo colocó su mano sobre el cristal, y acercó la cabeza para ver a la criatura, que estaba desparramada adentro, entre un centenar de cables húmedos, que parecían órganos.

—¿Quién eres? —preguntó Degauss, en voz alta.

«Soy Chakross».

Degauss y el científico se vieron la cara e, instantáneamente, volvieron a fijar sus miradas sobre la figura miserable dentro de la probeta.

—Es un telépata...

La cabeza se levantó lastimosa y lentamente, para ver mejor al elfo.

—¿Qué eras tú de la Parca Imperial? ¿Qué cargo y posición ocupabas ahí?

«Yo la construí», siseó la voz jadeante, oscura, dentro de la mente de Degauss.

—¿A qué raza perteneces?

«Soy un nereidano».

—¿Un nereidano? Es imposible, la luna Nereida no tiene seres vivos porque no tiene atmósfera —objetó Degauss, con severidad.

Una serie de angustiosos jadeos chocaban dentro de su mente.

«Cadamaren nos envió a Nereida».

—¿Quién eres en realidad?

«Venimos de Urano».

—Bien, Chakross. Espero que estés orgulloso. Tu Parca Imperial ha destruido a Elara, y a poco tiempo de su debut, ha acabado con miles de vidas.

«Lo siento».

Otra serie de jadeos suaves precedió a una segunda contestación, que pareció haber sido transmitida con dolor.

«No había otra opción».

Y luego de una pausa, una tercera.

«Queríamos volver a casa».

—¿Cómo los obligó Cadamaren a trabajar?

«Con un trato... Él dejaría a casa en paz, sin intromisiones ajenas a Urano».

—¿Tienes idea de qué piensan hacer después de acabar con las fuerzas de la Hermandad Federal?

«Gobernarán por medio de un triunvirato... Un triunvirato entre Cadamaren, Hallyfax y Popsttone».

Degauss sintió un agudo gemido, luego un lamento largo y quejumbroso, como si una puerta oxidada se estuviese abriendo lentamente. Chakross empezó a convulsionar.

Los harapos temblaban, a la vez que sus piernas, que cada vez se hacían más y más planas, se quedaban inertes, desinfladas, como si su cuerpo estuviese perdiendo materia, y su cabeza ya no pudiese sostener más su propio peso. Su estómago se hinchó grotescamente, hasta que los huecos que ya tenían los harapos de los que estaba vestido se hacían más grandes a medida que se descosían. El resto del cuerpo se dobló, como un manojito de cartílagos, y finalmente, colapsó, haciéndose pedazos. De lo que parecía aquella barriga voluminosa e hinchada, emergió, finalmente, una esfera de luz, un brillo intermitente y verdoso, que parecía palpar, y que flotaba estáticamente en el aire.

Degauss lo vio fijamente por varios segundos, tras el cristal.

—Es un fuego fatuo... —afirmó.

El ogro puso sus dedos sobre el cristal, como si a través de ellos pudiera sentir las vibraciones que venían de la esfera luminosa.

—Ellos solo existen en su mundo. Jamás salen de ahí. ¿Cómo es posible?

—Los fuegos fatuos son seres xenofóbicos por naturaleza, y siempre han rechazado la presencia de otras razas en su planeta, que no es más que un inmenso mar pantanoso y oscuro, donde nunca hay claridad. Cadamaren les prometió no interferir nunca jamás con Urano y dejar a su planeta en solitario, si lo ayudaban. Estos accedieron y él consiguió la forma de que pudieran obrar físicamente sus conocimientos, conteniéndolos en trajes para que pudieran palpar objetos, herramientas, les dio algo que se asemejase a un cuerpo —reflexionó, viendo la placenta de cables, fibras y cristales regadas en el suelo, bajo Chakross—. Si hay un ser remotamente tan antiguo como los osirianos, son los fuegos fatuos, que poseen una inteligencia formidable. Con esos conocimientos, construyeron la Parca Imperial.

El ogro cruzó los brazos.

—Eso explica por qué nunca entendimos nada de la arquitectura de ese monstruo gigantesco —gruñó.

—Es una pena que su idiosincrasia no les haya permitido compartir tan valiosos conocimientos con nadie más.

—O tal vez haya sido para bien... ¿Qué hacemos con él?

Degauss se dio media vuelta, y, girando la cabeza una vez más para observar al fuego fatuo que levitaba tras el cristal, dijo:

—Déjenlo ir. Nada ganamos con tenerlo prisionero. Vamos a darle lo que quiere.

El ogro dio la orden de que levaran las poleas de la probeta.

Chakross desapareció tan rápido como si fuese un rayo de luz, moviéndose con una agilidad magistral que para nada asemejaba a lo que era cuando llevaba su cuerpo artificial. El fuego fatuo supo encontrar la salida fuera de la luna de Plutón y, por sí mismo, comenzar el camino para iniciar su viaje a casa, en Urano.



La sala de control del Pegaso era impresionante, y enorme. Era por lo menos diez veces el tamaño de la de La Anubis. La pantalla principal era inmensa, y la silla de los tripulantes era meramente holográfica, tal como las escaleras que servían para ascender hasta el interior de la nave. Un ingeniero temblaba de emoción; en su condición de elfo y de científico, eso era mucho decir.

—Estos controles permiten a cada tripulante maniobrar la nave diez veces más rápido... ¡Diez veces, Shah! ¡Porque se le puede dar órdenes directas, que vienen de nuestro cerebro, con tan solo tocarlas!

—Lo difícil es acostumbrarse —repuso el copiloto viendo de cerca los controles

—. Es complicado hacerse a la idea de que la nave responde a tus pensamientos.

—Y aun con esta tecnología —reflexionó Panék— necesita de una gran tripulación para maniobrar bien.

Panék caminó hasta una plataforma circular. Se desintegró frente a los ojos y fue teletransportado a un nivel inferior, precedente a la cabeza de la nave. De ahí, siguió su camino fuera del Pegaso, donde ogros y elfos, en filas militares, lo esperaban.

Panék bajó varios escalones, se detuvo y, desde ahí, observó, de izquierda a derecha, a los soldados elfos, quietos, con expresiones estoicas, viéndolo fijamente. Los ogros eran enormes en comparación; sus armaduras parecían relucir bajo las luces del Pegaso, estos también lo veían con atención. Respiró profundo, y habló lo suficientemente alto como para que su voz cubriera el domo:

—Como ustedes saben, Elara, el hogar de la Hermandad Federal de Planetas Unidos, ha sido destruida.

Hubo un ligero, incómodo, murmullo entre el gentío.

—Los elfos siempre hemos creído que la calma es la mejor solución a todos los problemas. Ha sido siempre nuestra filosofía, ha sido el norte que dirige nuestra raza, siempre, a través de nuestra historia, hemos evitado las confrontaciones directas. Hoy, sin embargo, los elfos debemos aprender no solo del regalo que nos dio Amén, que nos devolvió en parte las esperanzas, sino también de los ogros, que están hombro a hombro con nosotros aquí y ahora. Debemos aprender un poco del valor guerrero de ellos, porque lo requerimos, porque lo necesitamos, porque esta pelea no es como ninguna otra que hayamos librado antes.

Guardó silencio por varios segundos, antes de proseguir:

—Vamos a usar a La Anubis para destruir a la Parca Imperial.

La tormenta de vítores, gritos y puños al aire que vino a continuación llenó por completo el lugar. Los ogros levantaban su puño izquierdo al aire, arrojando un poderoso grito de guerra.

Panék los vio aclamar a todos, manteniendo sus puños cerrados y sus hombros en alto.

—Por ello... —continuó, lentamente—. Hemos seleccionado ya a la tripulación que abordará al Pegaso, esta está compuesta por ogros y elfos, cada uno fue el mejor de su nave en su especialidad. Trabajarán juntos, mientras que el resto abordará La Anubis y la Tungstenio y se dirigirá a la órbita de Júpiter, para asistir a las naves de la Hermandad Federal de Planetas Unidos en la batalla.

La fila se desarmó y todos, apresurados, empezaron a ocupar sus lugares. Panék se dio media vuelta y se introdujo nuevamente dentro de la nave, seguido por soldados ogros y elfos. Degauss estaba de pie al lado de una compuerta, viéndolo, con los brazos cruzados.



—¿Qué espera, estratega? Diríjase a la cabina ahora mismo.

—No, Shah... Yo no te acompañaré en este viaje.

Hubo un silencio incómodo.

—¿No recuerdas tus propias palabras? El Pegaso será abordado por los mejores en su especialidad, y yo no soy el mejor estratega, Rockengard lo es, por ello le he pedido personalmente que te acompañe.

Panék observó al elfo silvestre con perplejidad.

—No voy a aceptar eso.

—Yo soy el que no aceptará una negativa. Aquella vez que entramos en combate contra la Tungstenio, Rockengard me engañó, ¿lo recuerdas?

Él se ha ganado el puesto como estratega de La Anubis. Ya está hecho.

El Shah se encogió de hombros.

—Entonces quiero que tú capitanees La Anubis.

—Sí, Shah. Metallus y yo nos dirigiremos a Júpiter. Él se encargará de reunir a los ogros que están en Iapetus y yo de hacer frente a las fuerzas de Io.

Colocó sus manos sobre los hombros de Degauss y lo aferró.



Claudia se despedía de su padre con un fortísimo abrazo y un beso en la mejilla. Metallus permitió que ella abordara el Pegaso, pues era la nave más segura. Knaach, sentado, lo veía todo, con Hathor a su lado.

—Panék dio un discurso hace rato...

—Sí... —contestó el chico, quedamente—. Oye, Knaach, ¿no tienes miedo de la pelea?

—¿Miedo, yo? Por supuesto que no. Contigo y con Claudia a mi lado, ¿quién puede tener miedo?

Hathor dejó escapar unas risitas, a la vez que Claudia veía a su padre desaparecer por medio de la compuerta, saludándola con el brazo.

—Además —repuso Knaach—, creo que si fuera a morir hoy, lo haría feliz.

Los elfos y los ogros que estaban sentados en la cabina del Pegaso se levantaron de sus sillas cuando vieron aparecer a Panék. Rockengard estaba de pie, con una imponente armadura roja, que tenía espigas y espinas enormes en las hombreras, y que le daba al anciano ogro la apariencia de un guerrero legendario.

Las sillas holográficas se adaptaban al tamaño de los ogros con facilidad; todos operaban instintivamente sus computadoras, probando por enésima vez la efectividad de la misma, la rapidez con que esta accedía a sus órdenes mentales con solo rozar con los dedos aquellos paneles y aquellas pantallas.

—Shah, ¡alerta roja!

—¿Qué pasa?

—¡La Parca Imperial está aquí!

La pantalla principal de la nave reflejó al monstruo negro apareciendo en medio de un hoyo espacial.

—Han abierto un agujero de gusano —observó Rockengard—. Puede que hayan rastreado las partículas que quedaron de La Anubis y la Tungstenio luego de la lluvia láser cuando vieron que no estábamos en Elara, que era donde pensaron que correríamos.

—Prepárense para el despegue —ordenó Panék—. Entramos en combate.

LA BATALLA FINAL

—Entrando a la órbita de Plutón.

—¿Han hallado residuos en los radares?

—Nada, Capitán, solo el mismo rastro de partículas, en dirección a la luna de Plutón.

Hallyfax se frotaba la barbilla, sus delgados labios, pegados uno contra otro, se torcieron moderadamente, a la vez que examinaba el satélite plutoniano que se reflejaba cuán grande era a través de la pantalla.

—¿No estarán del otro lado, Hallyfax? —preguntó Cadamaren.

—Los radares de la Parca Imperial son lo suficientemente potentes para detectar qué habría detrás de veinte lunas de igual tamaño que Caronte puestas una tras otra. ¿Dónde podrán estar metidos?

Mojo Bond tenía las manos tomadas tras la espalda, viendo con la boca estúpidamente abierta el monitor.

—¿No se habrán salido, en su desesperación, de la frontera de Plutón? ¿Ido más allá?

—No creo —aseveró Hallyfax—. Algo raro está sucediendo aquí.

—¡Capitán, veo algo!

—¿En cuál radar?

—Por ninguno, señor, lo estoy viendo con mis ojos. En la pantalla. Mire ahí, al este de Caronte.

Tardaron en encontrarlo, pero ahí estaba: algo transparente, fusionado con el universo, como si fuese un espectro visible solo porque las estrellas se veían difuminadas tras él, surcó la luna en un segundo y luego giró para volar directamente hacia la Parca Imperial. Hallyfax se levantó de su silla y caminó lentamente, perplejo.

—¿Qué diablos es eso?

El Pegaso se materializó como si hubiese saltado del agua. Las alas transparentes en realidad aleteaban, como si fuesen las de un águila gigantesca, y cuando lo hacían, dejaban un rastro de fuego que resonaba como el grito de un monstruo. De entre sus alas salieron, uno tras otros ocho proyectiles, igual a cometas, con colas larguísimas y refulgentes, que persiguieron e hicieron blanco contra la Parca Imperial.

El primero penetró el campo de fuerza y cayó sobre el cuerpo de la nave atravesándola en seco, como un balazo. El proyectil siguió de largo rompiendo el escudo protector, perdiéndose en el universo, y dejando tras de sí un géiser de materia, metales despedazados y relleno de la nave negra que salía como un chorro de sangre. Los otros cayeron sobre una de las alas, agujereándola y despedazando su punta, que quedó visiblemente más corta que la otra. Un plutoniano en la cabina salió volando, chillando y envuelto en llamas, pataleando y hundiéndose contra un monitor

gigantesco del otro lado de la sala, el retumbo tiró a Mojo Bond del suelo, y dos computadoras explotaron, dando cuenta del nereidano que la operaba. Soldados corrían en dirección contraria a un maremoto de fuego que llenaba la columna vertebral de la Parca Imperial, a la vez que toda ella vibraba.

—¿Qué diablos está pasando aquí, Hallyfax?! —gritó Cadamaren, sosteniéndose del respaldo de la silla.

Meinhardt Hallyfax tenía la cara estirada, su frente mostraba una cantidad indeterminada de surcos y arrugas, a la vez que su cuello estaba tan tenso que siquiera una guaya hubiese podido aguantarlo. Ignorando a Cadamaren, se puso de pie.

—¡¡Abran el agujero de gusano!! —vociferó, batiendo los brazos—. ¡¡Ábranlo!!



—¡Blanco directo contra la Parca Imperial, Shah! ¡Los torpedos penetraron su escudo y también su fuselaje!

—Están dando media vuelta, pero también se preparan a disparar sus torpedos para quitarnos tiempo.

Todos pegaron las espaldas a los respaldos de las sillas al sentir que el Pegaso, de un tirón, empezó moverse con tal agilidad que parecía un guepardo en el espacio. Se hizo alargada y, subiendo verticalmente, describió un arco y desapareció detrás de Caronte, para volver a aparecer en pocos segundos por debajo, perdiendo de vista los torpedos.

Un ogro tenía la espalda pegada al respaldo de su silla y las manos aferradas a sus apoyabrazos, con los ojos abiertos como platos.

—¡Shah, la Parca Imperial acaba de desaparecer!

—Han vuelto a abrir su agujero de gusano —aseveró Rockengard.

—Den la orden de seguirla —ordenó Panék—. No quiero perderla.

En poco tiempo, el Pegaso entró en un anillo de luz brillante y se sumergió en un tormentoso túnel gris que se extendía. Un elfo movía la cabeza de arriba hacia abajo, leyendo con atención los datos que emergían de su computadora.

—Shah, hay un problema —anunció un elfo, gélidamente—. La Parca Imperial...

—¿Qué pasa con ella?

—¡Se está dirigiendo hacia Titán!

Panék se puso de pie, viendo fijamente hacia la pantalla.

El Pegaso salió del hoyo de gusano, y, millas adelante, se encontró a la Parca Imperial, de espaldas a ella, colocándose muy cerca de la atmósfera de la gran luna naranja, para luego girar bruscamente, y darle cara.

—¡Están sacando sus bombas nova!

Desde varios lugares del colosal monstruo empezaban a emerger pequeñas semillas, de uno y otro lado, expulsadas al espacio, una tras otra, y otra, y otra, formando al cabo de pocos segundos un inmenso polígono octágono alrededor de la nave, y luego un nonánogo, y después un decánogo, y así sucesivamente.

—Vamos, dispárame ahora —gruñó Hallyfax, conteniendo la risa—. Dispárame si tienes valor, elfo hijo de puta. Dispárame...

—¡Alto el fuego! —rugió Panék—. ¡No disparen!

—Se ha rodeado por completo de bombas nova —dijo Rockengard—. Es impresionante.

—Ya las hemos sacado todas, menos las dos últimas —gimió un plutoniano, con sus brazos temblando, viendo aterrorizado el holograma de la nave.

Hallyfax sonrió con tal amplitud que sus encías moradas aparecieron tras sus labios ensanchados, sus dientes chiquitos, numerosos y grises, apretados los de arriba con los de abajo, mostraban su gran sonrisa triunfal.

—¡FUEGO! —chilló.

Desde debajo de los alerones de la Parca Imperial salió disparada una larga ráfaga de torpedos, como si fuese una metralla de proyectiles, encaminados uno tras otro hacia la nave de Osiris. Panék veía hacia arriba, el impacto y las explosiones se escuchaban como cuando el cielo está cundido de petardos y cohetes durante una gran festividad. Al cabo de varios segundos, empezó a sacudir al Pegaso, estremeciéndola.

—Todos los torpedos han hecho blanco, capitán —tartamudeó un plutoniano—. Pero la nave enemiga sigue intacta.

Cualquier compostura que hasta entonces hubiere mostrado el Capitán Meinhardt Hallyfax se había perdido por completo. Ahora parecía un enorme, abominable y eufórico espantapájaros vivo.

—¡¿CUÁNTAS BOMBAS NOVA NOS QUEDAN?! —gritó, como si estuviese

clamando en una ópera.

—D... Dos, capitán.

—¡TÍRENLE UNA! ¡DISPÁRALA!



—¡ALERTA ROJA! —gritó un ogro—. ¡Han disparado una bomba! ¡Viene directo!

Desde la pantalla, la bomba, dentro de un receptáculo que parecía un corcho metálico de dos metros, se hacía cada vez más nítida.

—¡Muevan la nave de inmediato! —ordenó Rockengard.

—¡No podemos, señor! ¡El Pegaso no responde! Hemos recibido por lo menos cincuenta impactos de torpedo. ¡Es como si se hubiese desmayado!

La bomba ahora podía verse con perfección a través de la pantalla, aproximándose cada vez más.

—Oh, dios mío...

Los ojos amarillos de Knaach observaban atentos a través de la enorme ventanilla redonda. El felino apretó los dientes, bajando las orejas. Claudia apretaba sus puños. Hathor dio un paso al frente, frunciendo el ceño.

El chico llenó sus pulmones de aire y su rostro se tornó similar al de una fiera, que bajaba la frente y veía hacia delante con sus ojos rasgados. Sus pupilas, por momentos, parecieron hacerse más pequeñas y una alfombra delgada de sudor aparecía en su cuello. La bomba atómica pasó bajo la cabeza del Pegaso y, a unos metros de hacer contacto con el pecho de la nave, se empezó a estirar como un fideo. El receptáculo se deshizo igual a un fajo de cartas, anillo por anillo, cada uno tan angosto como una baraja, mientras que su líquido vital se derramaba fuera, en gotitas mínimas, que pronto se difuminaron en una brizna microscópica. Hathor mostró sus colmillos, viendo a través de la ventanilla, concentrando toda su fuerza en la Parca Imperial. Los receptáculos nucleares alrededor de ella empezaron, progresivamente, a alejarse, uno a uno, como si hubiesen cobrado vida y decidido perderse rumbo a Saturno, rompiendo así el escudo que formaban alrededor.



—¡Capitán Hallyfax! ¡Las bombas! ¡¡Las estamos perdiendo!! Hallyfax giró su cabeza lentamente, como si estuviese poseído por un demonio.

El vampiro, sudando, con la cara irradiada por la luz azul del monitor, confirmó el hecho, y repitió:

—¡¡Las estamos perdiendo!!

—¡Ya las has perdido casi todas, Shah! —anunció un elfo.

La pantalla reflejaba solo dos, rodeando a la Parca Imperial, que no tardaron en moverse y alejarse rápidamente en una línea recta.



—Cañón principal del Pegaso listo, señor...

Panék frunció el ceño, y entrecerró los ojos.

—Fuego.

Del estómago de la nave osiriana se asomó un gigantesco cañón plateado, que se alargó sobre la cabeza de la nave. Los motores empezaron a brillar, a medida que el tubo exhaló una tormentosa aura dorada. El agujero refulgió, arrojando un puño de energía, encabezada por una estrella brillante y blanca, con una cola larga.

La Parca Imperial quedó bañada de una luz brillante. La tripulación en la sala de control veía aterrorizada a la pantalla, como niños asustados, con sus bocas abiertas, sus ojeras negras apenas perceptibles ante el brillo que se aproximaba.

El resplandor de ella fue suficiente para que se pudieran ver las pupilas púrpura de Hallyfax reflejadas tras sus lentes negros.

El impacto batió la fortaleza espacial.

EL FIN DE CADAMAREN

Desde cualquier lugar de la Parca Imperial se escuchaban alarmas y sirenas. Los enormes pasillos y los gigantescos corredores se alumbraban y quedaban a oscuras al son de las luces rojas intermitentes.

La mayoría de los tripulantes que había quedado con vida habían abandonado sus puestos y buscaban, desesperados, cápsulas de escape, que no consiguieron, puesto que la Parca Imperial no contaba con ellas, por lo menos no para ellos. Osmehel Cadamaren tenía un aspecto miserable, los guantes blancos de sus manos mostraban dedos llenos de grasa negra, sus bigotes habían quedado deshilachados, parte de su traje estaba sucio y roto, sus ojeras negras estaban mucho más acentuadas que nunca antes. Llevaba un mechón de cabello cayéndole por la frente, confiriéndole la apariencia de un loco.

—Necesitaré muchos abogados. Oh, necesitaré muchos, muchos abogados —se repetía en voz baja, como un loco, mientras caminaba a toda prisa—. Contrataré más, mil no son suficiente... Alegaré locura temporal, eso es, locura temporal...

Presionó el botón para abrir una compuerta y pasó a la Bahía de Cápsulas de Escape privadas para los oficiales de más alto rango de la nave. Al entrar dentro del largo pasillo, de donde caían chispas del techo y el suelo crujía, se encontró con que solo una cápsula funcionaba, la que estaba al fondo del pasillo. Caminó hasta allá, abrió la compuerta, y encontró a Calizo Popsttone abriendo la compuerta de la misma, listo para abordarla.

El ogro, asustado, se dio media vuelta.

—Así que tú también pensabas desertar el campo de batalla, ¿eh? —repuso Cadamaren, sonriendo.

Calizo se reacomodó los anteojos, que estaban empañados y rotos.

—Cadamaren, eres tú...

El magnate sacó de su paltó una compleja y potente pistola con proyectiles de dardos con alta dosis de veneno de pécora plutoniana.

—Cadamaren, no... En la cápsula hay espacio suficiente para los dos, podemos irnos juntos.

—¿Juntos? Estaría demasiado apretado allí adentro con un ogro. Señor Popsttone, nuestras relaciones de negocios han terminado.

Dicho esto, presionó el gatillo, y el potente disparo precedió a un largo y afilado dardo con un envase de líquido verde que se introdujo en la yugular de Calizo.

El ogro se llevó la mano al cuello, estirando los labios. Gimió largamente, como a alguien que están estrangulando, tambaleó, arrugando la frente y la nariz, a medida que ensanchaba grotescamente sus ojos, que estaban vidriosos y secos, y, al cabo de pocos segundos, se desplomó pesadamente contra el suelo. Cadamaren caminó por

encima de él, y antes de cerrar la portezuela de la cápsula de escape, se dio media vuelta y escupió el cadáver de Popstone, con un gesto de asco en la cara.

Se sentó en la silla esponjosa y programó el panel luminoso que estaba frente a él, escogiendo algún destino seguro, donde tenía una propiedad. Los motores de la cápsula energizaron, la esclusa de emergencia se abrió y, lo siguiente que vio a través de la ventanilla, fue la negrura estrellada del universo, dejando atrás a la Parca Imperial.

El magnate apoyó cómodamente la espalda en la silla, y suspiró largamente, cerrando los ojos. Sin embargo, no tardó en escuchar un extraño silbido, que vino de la computadora que colgaba sobre su cabeza. Abrió los ojos, solo para darse cuenta de que una nefasta pared de datos lo estaba esperando frente a sus ojos: Falla Operativa.

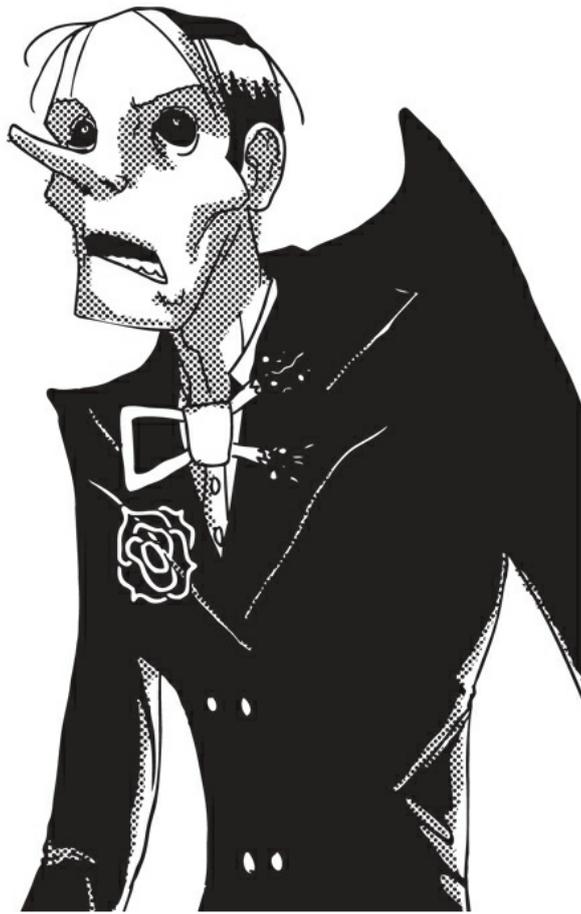
Aquella cápsula había sido la misma que Calizo había usado para llegar hasta la Parca Imperial y había resistido los mismos embates en la Tungstenio que en su nuevo hogar.

Cadamaren intentó maniobrar los controles para caer a salvo en Titán, pero esta no respondía. Las luces se estaban apagando lentamente.

«Falla en el Soporte de Vida. Oxígeno agotándose en 59... 58... 57...».

Cadamaren abrió la boca y los ojos en cámara lenta, transformando su cara en la más amarga, hórrida y terrible expresión de pavor.

Aun a muchos, muchos metros fuera de la cápsula, que giraba y se perdía en el universo, los gritos mortales de Osmehel Cadamaren se escucharon, como un eco vacío.



32

OBLACIÓN

La algarabía de los elfos era enorme; todos, como guerreros, levantaban sus puños al aire. Los ogros se abrazaban entre sí, y se aferraban por los hombros. La Parca Imperial parecía despeñada dentro del universo: estaba inclinada de medio lado y más oscura que nunca antes.

—La nave enemiga está severamente dañada —confirmó un alférez, leyendo datos a través del monitor—. Ya no está en condiciones de pelear. La hemos derrotado.

Tras sus palabras, surgió una nueva y todavía más sonada lluvia de vítores.



La sala de control de la Parca Imperial se hallaba en ruinas, y completamente a oscuras. La única iluminación que quedaba, fantasmal y titilante, era la que proporcionaban las computadoras que todavía funcionaban, que eran muy pocas.

Los cuerpos inertes de los plutonianos reposaban aquí y allá, bajo escombros. Los vampiros iniciaban el lento proceso de recuperación, inconscientes. Meinhardt Hallyfax estaba sentado en su silla, viendo al Pegaso por la pantalla. Una cortina de chispas cayó tras su silla.

Mojo Bond logró salir de debajo del estómago del cadáver de un plutoniano, arrastrándose. El hombrecillo se levantó a duras penas, con los hombros caídos. Hallyfax se puso de pie, caminó hasta la computadora de ingeniería, apartó el cuerpo desmayado del oficial que reposaba su cabeza sobre el tablero y empezó a operar él mismo los controles.

—Debemos rendirnos —empezó a decir Bond, asustado, caminando en dirección a él—. La nave no puede aguantar otro golpe como ese.

Sin embargo, el capitán, ignorándolo, seguía manejando el teclado, a la vez que el monitor de la computadora escupía una serie de «beeps».

—¿Qué está haciendo?

—No voy a perder —gruñó Hallyfax.

—¿Qué? ¿Qué dice?

—¡No voy a perder! —gritó, fuera de sí—. ¡No, no voy a perder! ¡Nunca he perdido una batalla al mando de una nave y no la voy a perder ahora! ¡No!

Bond lo trató de tomar por el cinturón, que era hasta donde sus brazos llegaban.

—¡Entre en sus cabales, hombre! ¡No puede ganarle a esa nave! ¡Entiéndalo, Hallyfax! ¡Si los vuelve a atacar, será nuestro fin!

El Capitán se irguió, extrayendo su arma de reglamento de la academia,

apuntándole en la cabeza y, tras un sonoro disparo, le voló la tapa de los sesos a Mojo Bond.

El hombrecito con traje de Elvis se desplomó al suelo, las chapas de su chaqueta blanca tintinearón por última vez.

Habiendo pasado el control de la Parca Imperial a modo manual, Hallyfax volvió a su puesto de mando y tomó la palanca que salía del apoyabrazos de su silla, apretando los dientes.



—Shah, ¡la Parca Imperial se está moviendo!

—Posiblemente estén tratando de escapar —sugirió un sargento de los ogros.

El monstruo negro empezaba a desplazarse, enderezándose lentamente. Su aspecto parecía el de una criatura herida, que por alguna extraña fuerza, comienza a moverse con rapidez creciente.

—¿Qué hacemos, Shah?

—En esas condiciones, no va a llegar muy lejos.

Paulatinamente, la algarabía que había en la cabina fue apagándose, todos prestaban atención a la pantalla principal, y el silencio que sobrevino, por escasos segundos, pasó, de pronto, a convertirse en crecientes murmullos, y después, en gritos de advertencia. Los motores de la Parca Imperial brillaban con poca nitidez, la nave hacía rato se desplazaba en dirección al Pegaso.

—¿Qué diablos pretende hacer?

—Oh, dios mío... No, no va a ser capaz...

Panék saltó sobre los barandales, puso una mano sobre el monitor negro y gritó:

—¡SOSTÉNGANSE!

La sombra de la Parca Imperial arrojó por completo al Pegaso, justo antes de que su nariz la embistiera en un costado, como un arpón, atravesando su campo de fuerza. La explosión se tragó el puerto del Pegaso, haciendo pedazos el suelo, las paredes, y el techo. El universo devoró a varios elfos. Un ingeniero se sostenía de una barra, pero su fuerza llegó hasta el límite y sufrió, inexorablemente, el mismo destino. La nave vibró, el monstruo negro enterraba su pico cada vez más dentro de las entrañas de la otra, las alarmas se dispararon y un corrientazo azul lamió todo el fuselaje de la nave, como si estuviese ocasionándole un cortocircuito.

Knaach y Hathor cayeron de un lado, Claudia sostenía una de las patas delanteras del león, y a su vez, este sostenía la mano de su amiga, sin embargo, el suelo que había entre ellos se partió, como en un terremoto, y quedaron separados por muchos metros de distancia.



Hallyfax gritaba y reía enloquecidamente; la cabina entera temblaba y torres inmensas de computadoras caían por todas partes. Su mano estaba cerrada con fuerza sobre la palanca con la que dirigía a la nave espacial, empujándola a todo dar hacia delante, consiguiendo con ello remolcar pesadamente al Pegaso.

—¡Yo nunca pierdo una batalla! ¡VOY A PARTIRLOS EN DOS! ¡EN DOS!



Rockengard examinaba atentamente las computadoras, viendo un holograma de ambas naves.

—Si sigue penetrando dentro, va a exponer por completo al Pegaso al vacío del espacio y nos va a matar a todos.

—¡Intenten despegarse! —rugió el copiloto.

—¡No! —exclamó Panék, colocando su brazo sobre el del alférez, que estaba por cumplir la orden—. La Parca Imperial ha embestido un costado. Si forzamos la salida, va a rasgar todo el Pegaso y va a ser todavía peor.

—Dios mío, ¡necesitamos un milagro!

Hathor estaba en cuclillas, contra una pared, cubriéndose la cara; a su lado, pegado a él, se hallaba Knaach. El niño sudaba, con miedo en los ojos, viendo a su alrededor, desconcertado.

—Hathor, ¡trata de hacer algo!

—N... No puedo —gimió, con sangre en la frente—. Estoy agotado.

Claudia, desde el otro extremo, los observaba en silencio.

Hubo un fuerte temblor, la grieta que los separaba se ensanchó aún más, el horrible rechinar de los metales se hacía cada vez más intenso. El león levantó la cabeza, para ver a la niña ogro, quien a su vez lo veía a él a los ojos. Levantó una de sus regordetas manos, para saludar a su amigo y, hecho esto, se dio media vuelta y caminó a través de la compuerta.

—¡Claudia! ¿A dónde vas?

Claudia caminó rumbo a la sala circular, donde se hallaba la compuerta que se abría directamente hasta el paraje que uno le ordenase a la computadora. Se dio un encontronazo con un elfo en bata blanca que corría fuera de ahí.

—¿¡Qué haces tú aquí, niña!?! ¡Tenemos que salir de esta sala!

—Váyase pronto —contestó, con calma.

La ogro se detuvo varios segundos en medio de la sala, extendiendo su mano y posando sus dedos sobre la pantalla, escogió mentalmente un lugar. Caminó hasta la compuerta, la abrió y frente a ella, apareció un lugar ruinoso, que crujía, con una luz

roja intermitente: era la Parca Imperial.



Claudia se dio media vuelta, para ver una vez más AQUEL lugar (el último donde vio a su padre) y, hecho esto, cerró el portal tras ella. La Parca Imperial estaba en peores condiciones que el Pegaso. La niña levantó la cabeza para contemplar AQUEL lugar en toda su magnitud y, abriéndose paso entre un derrumbadero de vigas y máquinas con cables que echaban chispas, llegó hasta su lugar elegido: la Sala de Máquinas de la nave, que era tan grande como un edificio y que tenía, al pie de ella, una enorme computadora, con una gran palanca accionada hacia arriba.

Aquello, al parecer, sería mucho más fácil de lo que esperaba; Claudia, haciendo uso de su inconmensurable poder, tomó la palanca, e hizo, con sus propias manos, lo que requería una serie de complicados códigos para hacer que esta apenas se moviera: bajarla a la fuerza. La palanca crujió, chirrió y se puso caliente; sin embargo, cedió. Hecho esto, la niña se agachó para recoger un tonel de metal tirado en el suelo, lo levantó sobre su cabeza y lo arrojó contra los monitores que aún parecían estar funcionando, causando una tormenta de fuego y chispas. La turbina derecha de la Parca Imperial, lentamente, se apagó. Meinhardt Hallyfax escuchó la alarma que venía del panel holográfico que tenía al lado del manubrio.

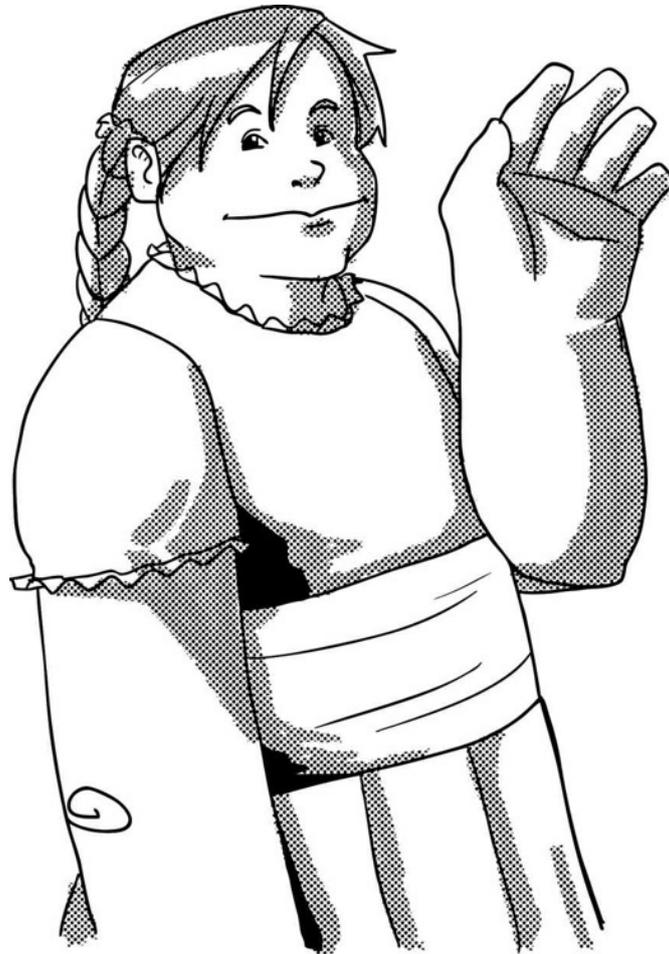
—¿Qué pasa? —siseó amargamente, moviendo la palanca con torpeza a uno y otro lado.

—¡Shah! ¡La Parca Imperial nos ha liberado! ¡Han perdido energía!

Panék regresó a su silla, viendo, a través del monitor, cómo la nariz de la nave negra se separaba lentamente del Pegaso.

—Sáquenos de aquí inmediatamente —ordenó.

—¡Sí, señor!



Las turbinas de Pegaso brillaron. Dio un giro sobre sí misma y dejando a la Parca Imperial tras de sí, se desplazó con velocidad.

Hathor estaba de rodillas, con las manos apoyadas sobre el suelo.

—Claudia —jadeó.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Knaach, dándose media vuelta y dejando de observar el pasillo por donde ella se había ido.

—Está... Dentro de la Parca Imperial.

El león, destempladamente, apoyó sus patas sobre la ventana, observando a la nave negra, que dejaban atrás.

—¡DETÉNGANSE! —rugió—. ¡DETÉNGANSE! ¡SE ESTÁN OLVIDANDO DE CLAUDIA!



La niña observó un tablero amarillo, brillante, y leyó lo que decía, en letras intermitentes.

== Energía auxiliar activándose en dos minutos ==

Aquello solo quería decir una cosa: de nada servía todo lo que había hecho... Hallyfax pronto volvería a tomar el control de la nave. Se dio media vuelta. La Sala

de Máquinas era demasiado inmensa, se alargaba a uno y a otro lado: le tomaría horas dañarlo todo.

Caminó hacia delante, aproximándose a aquello en el fondo que le parecía familiar, y que estaba colocado tras una de tantas vidrieras vacías, rodeada de luces rojas, con varios letreros que rezaban la palabra ADVERTENCIA en idioma plutoniano. Halló el contenedor de la última bomba nova que quedaba a bordo, y frente a ella, una computadora mostraba, por medio de un gráfico, a la nave Pegaso, alejándose a través de un sistema de órbitas transparentes que parecía ser un radar. Presionó el botón de mando y, acto seguido, la computadora le pidió que fijara un blanco entre el Pegaso y Titán. La niña obvió esto y activó el arma bélica, fijándola para explotar en diez segundos.

El monitor frente a ella empezó la cuenta regresiva.

9... 8... 7...

Claudia se dio media vuelta, tomando sus dos manos entre sí, y viendo hacia arriba, con los ojos húmedos. El Capitán de la Parca Imperial se levantó lentamente de su silla y caminó hasta la gran computadora que emitía AQUEL molesto sonido de alarma, y que mostraba una pantalla parpadeando en rojo, junto con el conteo regresivo.

6... 5... 4...

Meinhardt Hallyfax, negando varias veces con la cabeza, sonrió de manera enfermiza.

—No... Oh, no... No...

La princesa Claudia le regaló al universo una última, dulce, sonrisa, antes de cerrar los ojos.

3... 2... 1.

Knaach gritaba con desesperación el nombre de su amiga, aun cuando un destello fugaz se coló por todas las ventanas.

La Parca Imperial colapsó en un hermoso resplandor blanco, expulsando una enorme onda expansiva, que quedó fijada en el universo como un anillo boreal, formado por muchas perlas blancas y brillantes.

OTRO REENCUENTRO EN HAMÍL

Hoy se cumple un año de aquella vez y todavía me cuesta creer todo lo que ocurrió. Pero lo recuerdo como si fuera ayer. Y sé que lo seguiré recordando siempre, porque fueron los momentos más importantes de mi vida. Aun así, quiero registrarlo aquí, porque como todos saben, nosotros los leones vivimos muchos años, incluso siglos, y por eso no quiero perder detalle de nada. (Nota: debo decirle a Panék que extraje esta «registradora de memorias» del Pegaso, aún no puedo creer que escriba y guarde por sí misma todo lo que yo pienso ¡es increíble!). ¿Por dónde puedo empezar? La verdad, no sé, y no se vería bien si no hago más que poner mis propias divagaciones mentales. Así que lo mejor sería hacerlo desde el principio. Cuando los elfos se enteraron del sacrificio que había hecho Claudia por todos nosotros, hubo una enorme conmoción, sin embargo, el más afectado fue Panék. Al principio a mí mismo me costó entenderlo, pues él nunca habló lo suficiente con Claudia. Sin embargo, hoy es lo suficientemente claro. Creo que de algún modo, sintió que la muerte de su esposa, de Marion, había quedado completamente saldada, por nadie menos que la hija del hombre que él más odiaba. Metallus había perdido algo que valoraba tanto como Panék valoró a su esposa. Ese fue el día en que el rey de los ogros recibió una condena que ni Panék, ni tampoco los jueces de la Hermandad Federal de Planetas Unidos podrían igualar. Hablando de la Hermandad Federal, tardaron bastante en recuperarse. La gente de todas las razas aún tiembla ante la idea de que estuvieron así de cerca de dar un golpe de Estado al Sistema Solar y creo que los primeros aliviados son esos jueces tan arrogantes. Esto tal vez ocasionó que se olvidaran de Metallus, y este quedara libre de cargos. Sin embargo, los ogros que una vez al año vienen a vacacionar aquí a Titán, dicen que algo en él murió para siempre y que nunca más ha vuelto a ser el mismo. Se nota cuando habla... Con los elfos como aliados comerciales, las cosas mejoraron mucho en Iapetus, el hogar de los ogros, y cielos, me siento alegre por eso. Tal vez como si ella me hubiese dejado algo de su amor por su hogar. Al parecer, desarrollaron una especie de bacteria que es capaz de comerse, en cierto grado, el veneno de su atmósfera, y la está restaurando (lentamente, eso sí) a su estado original. Oh, y lo más paradójico de todo es donde y quién desarrolló el antídoto... ¡Nada menos que científicos de Io, en un laboratorio auspiciado por Empresas Cadamaren! Vaya, sorpresas te da la vida.

Hablando de Cadamaren, ¿cómo se ha sostenido el parque Jumbo Jumbo, ahora que él ha desaparecido misteriosamente? Pues es muy simple: los jueces de la Hermandad Federal decidieron que había dejado demasiado dinero y que había demasiados intereses de por medio como para dismantelar todos sus negocios y todas sus empresas. (Creo que incluso hubiesen dejado sin empleo a más de la mitad del Sistema Solar). Así que decidieron que los filántropos que secundaban a Cadamaren

(quienes estaban inexplicablemente contentísimos) decidieron tomar las riendas del negocio. Por lo que el parque Jumbo Jumbo sigue estando abierto las 24 horas del día (18, a decir verdad, que es lo que dura un día en Plutón). Y eso sí: de sus arcas de dinero salió todo el presupuesto para restaurar todo lo que la Hermandad perdió.



Con respecto a la luna de Plutón, los elfos han decidido mantenerlo todo en secreto y los ogros que estuvieron ahí también; así como toda la historia que hay tras ello. Me hace sentir muy bien la seguridad que tienen los elfos en mí, es como si supieran lo que vale mi confianza, como yo a mi vez sé cuánto vale la de ellos, e incluso la de los oficiales de la Tungstenio. Hamíl fue reconstruida en poco tiempo, más grande y mejor que antes, los estragos del Vigor Cósmico no solo no dejaron nada en pie, sino que también marchitaron los sembradíos. Sin embargo, la capacidad regenerativa del agua de Titán es aún más poderosa, y todo ha vuelto a florecer, yo diría que mejor que antes.

El Pegaso no ha vuelto a volar más desde AQUEL entonces y La Anubis tampoco. Creo que están diseñando una nueva nave espacial y los ogros también. Ya han hecho numerosas apuestas sobre cuál será mejor que la otra. Panék sigue siendo el Shah, sin embargo, ha cambiado muchísimo, me recuerda al yin-yan, solo que ahora la parte blanca es más grande. Parece querer aún más a sus hijos y también sonríe muchas veces; tanto, que ya me he acostumbrado a ello, aunque confieso que la primera vez que lo vi quedé perplejo.

Degauss ha desaparecido, ha emprendido un viaje por el Sistema Solar, de duración indefinida, según sé, para conocer más cosas, y nadie sabe cuándo volverá.

Los niños han crecido muchísimo, pero el que más me impresiona es Hathor, ya es más alto que Tepemkau (quien por fin logró quitarse esa maña de hablar en tercera persona). Hablando de Hathor, sus cabellos se están tornando blancos, como los de Amén. Siempre juega limpio en todas las competencias, aunque de vez en cuando ejercita sus poderes, que también se han incrementado. Según DIO (que lo persigue a todos lados) van a ser mucho más grandes que los de su padre. Por cierto, Hathor se las ha arreglado para perderlo de vista por varias horas. A veces me siento tentado a pedirle a DIO que me muestre el registro que ha archivado a lo largo de la historia sobre los leones, pero por alguna extraña razón, siempre que lo voy a hacer, me desanimo y no lo hago.

Eso me recuerda a Hermoso y Precioso, que no solo han seguido trabajando muy duro en todo lo que se proponen, sino que ahora hablan como personas normales. Me enteré que ahora su pasión es ser maestros universitarios y que dentro de tres días será su ceremonia de graduación, cosa que es todo un logro para solo un año de trabajo ¡vaya! Ahora soy yo el que siente que se está quedando atrás. Pisis me ha redactado varias cartas que he enviado a mis antiguos amigos del Circo Jumbo Jumbo; hasta ahora, el matemático y la napia velluda me han contestado. Me alegra saber que siguen bien.

Cuando recuerdo el Circo Jumbo Jumbo, cuando recuerdo mi jaula, cuando recuerdo el tren aéreo, la Estación Espacial de Plutón, recuerdo a Claudia. No quiero hacerlo con tristeza, pero a veces no puedo evitarlo... Cuando me olvido de todo lo malo, y decido dejar que mi memoria corra libre, me río yo solo, acordándome de todas las anécdotas, todas las vivencias que tuvimos, y entonces vuelvo a sentir que de algún modo ella vive, otra vez.

—¡Eh! ¡Knaach! ¡Vamos a aplastar gusanos ácidos! ¿Vienes?

El león se asomó por la ventana. Hathor, con los cabellos por debajo de sus hombros, los cuales le conferían una apariencia salvaje, y haciendo honor a su nueva estatura, tenía un pie sobre el primer peldaño del tractor de su padre.

—Más tarde —contestó—. Le pediré a Tepemkau que me lleve.

—Bien, ¡pero no tardes!

El león suspiró, observando el último párrafo que había registrado mentalmente en la registradora de memorias. La dejó a un lado de la cama y salió fuera de la casa.

Las praderas de Titán eran tan hermosas y verdes como siempre; la silueta de Saturno se dibujaba transparente, inmensa, cubriendo parte del cielo desprovisto de nubes. Caminó por largo rato, con la brisa fresca de los campos acariciando su melena hasta una lejana colina, su lugar predilecto, donde podía estar a solas consigo mismo y pensar por largo rato. Ascendió por ella, en silencio, y una vez en la cima, se sentó, observando el horizonte y dando rienda suelta a sus memorias, recordando las aventuras que cambiaron su vida y a la amiga con quien las compartió.

GUÍAS

GUÍA DE PERSONAJES

- **Metallus:** padre de Claudia.
- **Rockengard:** ministro de Ogroroland.
- **Popstone:** otro ministro.
- **Furrufunovich:** otro ministro.
- **DIO:** supercomputadora que ha registrado todos los acontecimientos del Sistema Solar en los últimos milenios.
- **Zellas:** seres telepáticos, humanoides con apariencia de gato.
- **Kannongorff:** un ogro. Agente especial a quien siguen.
- **Emperador Gargajo:** soberano de Io.
- **Emperatriz Flema:** desafortunada esposa de Gargajo.
- **Claudia Nefertitis Vön Sugus del Titanium.**
- **Knaach de Ravencourt III.**
- **Mojo Bond:** tipo con apariencia de Elvis que Claudia tenía la misión de seguir.
- **Osmehel Cadamaren:** el hombre más rico del Sistema Solar.
- **Hathor:** chico que vive en Titán, donde Knaach despierta. Su nombre significa caballo.
- **Tepemkau:** hermano.
- **Pisis:** hermana.
- **Panék:** padre de los hermanos elfos.
- **Hermoso:** león grande de melena clara.
- **Precioso:** león grande de melena oscura.
- **Marion:** esposa difunta de Panék, madre de Tepemkau y Pisis.
- **Calizo Popstone:** hijo del ministro Popstone. Amigo de Claudia.
- **Raah:** juez principal de la Hermandad Federal. Un elfo.
- **Amén:** nombre del osiriano que tiene a DIO.
- **Kann:** anciano elfo, científico que cuida a Hermoso y Precioso y se hace pasar por mayordomo.
- **General Meinhardt Hallyfax:** villano de la historia (aunque muchos dicen que ese lugar pertenece más bien a Cadamaren), Capitán de la Parca Imperial. Desuellamentes.
- **Chakross:** científico nereidano.
- **Degauss:** estratega de La Anubis. Elfo Silvestre.
- **Tefnut Netikerty:** dueño de la Posada de Tefnut.
- **Pigsie:** cerdito.

- **Ixem:** zellas perverso de Hamíl.

GUÍA DE UBICACIONES

- **Parque Jumbo Jumbo.**
- **Iapetus:** luna de Claudia.
- **IO:** luna del emperador Gargajo.
- **Titán:** luna donde despierta Knaach. Tierra de elfos.
- **Lágrima de Plutón:** Observatorio de la Luna.
- **Nave-casino Herschel Magnatino.**
- **Estación Espacial de Plutón** (aeropuerto).
- **Gran Aula Magna de Reuniones** (Herschel Magnatino). Central Ogrera.
- **Hermandad Federal de Planetas**
- **Unidos.**
- **Tribunal Supremo del Sistema Solar:** máximo tribunal en existencia.
- **Palacio Central de Hamíl** (lugar donde viven Hermoso y Precioso).
- **Palacio de Ogroroland:** lugar donde viven Claudia y el rey Metallus.
- **Elara:** luna de Júpiter donde está la central de la Hermandad Federal de Planetas Unidos.
- **Nereida:** luna de Neptuno. Hogar de los nereidanos, una raza de científicos de aspecto terrible, sostenidos económicamente por Osmehel Cadamaren.
- **Galatea:** luna alargada de Neptuno, con forma cónica. Puerto de donde despega La Parca Imperial.
- **La Posada de Tefnut (Hamíl):** lugar más importante de los elfos. Construido hace 1400 años.
- **Prisión Langrenos:** horrible paraje dentro de un cráter (anteriormente un volcán en actividad) llamado Pavonis Mons en Marte, donde envían a la escoria del Sistema Solar.
- **CIPC:** Centro de Investigación Planetaria Cadamaren.

GUÍA DE ELEMENTOS

- **Plutos:** moneda de plutón.
- **Ias:** moneda de Iapetus y Ogroroland.
- **Dedo del Diablo:** rayo láser amarillo. El arma más poderosa de Iapetus.
- **Shah:** la forma como llaman al capitán en una nave élfica.
- **Pigie:** puede comunicarse mentalmente solo con personas malvadas.
- **Zellas:** pueden comunicarse mentalmente con cualquier ser.

- **Vigor Cósmico:** bola de energía con un poder destructivo formidable.

NAVES

- **TUNGSTENIO** 962 metros. 55 bahías de torpedos. 25 proyectiles láser. Capacidad de disparar el Dedo del Diablo. Excelente maniobrabilidad. Viaja a la velocidad de la luz.
- **LA ANUBIS** 850 metros. 40 bahías de torpedos. 64 proyectiles láser. Muy rápida en combate. Viaja a la velocidad de la luz.
- **PARCA IMPERIAL** 91 bombas nova. 7920 metros. 300 bahías de torpedos. 500 proyectiles láser. Viaja a la velocidad de la luz. Capacidad para abrir un agujero de gusano.

OTRAS NAVES

- **HERSCHEL MAGNATINO** 2428 metros. 10 proyectiles láser. No es una nave de combate.

NAVES ESPACIALES DE LA HERMANDAD FEDERAL DE PLANETAS UNIDOS

- **CRUCEROS HAR'M THAK** 400 metros cada uno. 12 bahías de torpedo. 24 proyectiles láser.
- **CRUCEROS DE DEFENSA KIRK** 320 metros. 10 bahías de torpedo. 30 proyectiles láser.
- **AGUJA DEFENSORA** 35 metros. 20 proyectiles láser.
- **NAUTILUS** 500 metros. 20 bahías de torpedos. 20 proyectiles láser. Viaja a la velocidad de la luz.

NAVES ESPACIALES DEL IMPERIO DE LA LUNA DE IO

- **DEFENSORES LAVA** 550 metros cada uno. 15 bahías de torpedo. Un cañón principal.
- **NAVES DE COMBATE ÍGNEO** 20 metros cada una. Seis proyectiles láser. Una bahía de torpedo.
- **EL VOLCANO** 600 metros. 25 bahías de torpedo. Un cañón principal. 10 proyectiles láser.

- **NAVE EMPERADORA** 990 metros. 30 bahías de torpedo. 30 proyectiles láser.
Un cañón principal.

NAVES ESPACIALES DEL REINO DE IAPETUS

- **CRUCEROS GOLIAT** 600 metros. 20 bahías de torpedo. 20 proyectiles láser.
Cinco subcañones.
- **CRUCEROS CANTIL** 300 metros. 15 bahías de torpedo. 10 proyectiles láser.
- **EL GRILLETE** 80 metros. 20 subcañones.
- **NAVE DEL REY** 600 metros. 20 bahías de torpedos. 20 subcañones.

NAVES ESPACIALES DEL TRIUNVIRATO DE PORCIA

- **EL DIAMANTE** 50 metros. Cinco subcañones. Un cañón de torpedos.
- **NAVE DE COMBATE ESMERALDA** 30 metros. 10 proyectiles láser.
- **AGUJAS DE ORO** 10 metros. Tres proyectiles láser. Atacan por enjambres.

Notas

[1] Mentira, era el suyo propio. Pero si le preguntaban, decía que era el de su especie.

<<

[2] En el caso de Claudia, el postre viene a ser LA hamburguesa CON la malteada. La comida fuerte que precede a todo esto es, desde luego, otra cosa muy distinta... <<

[3] El mesero es cinturón marrón (ha dominado ya 95 maneras). <<

[4] Por mucho, la más vacía de todo el tren... <<

[5] No literalmente, obvio. <<

[6] Donde se halla la Central de Ogroroland. <<

[7] Grandes arqueólogos alrededor de todo el Sistema Solar coinciden en que quizá alguna vez fue un planeta habitado al que cuyos habitantes se les fue la mano con algo... <<